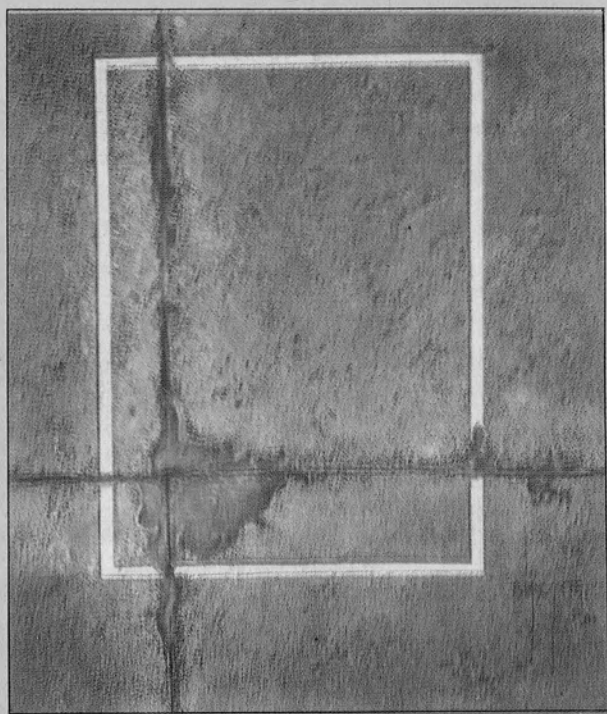


Miradas
y
querencias

• CRONICAS Y ENSAYOS •



VICTOR ALEJANDRO ESPINOZA VALLE

INSTITUTO DE CULTURA DE BAJA CALIFORNIA

*Para Isabel y Alejandro,
mis querencias*

Primera edición: 1995
Instituto de Cultura de Baja California

D.R. © 1995, Víctor Alejandro Espinoza Valle
D.R. © 1995. Instituto de Cultura de Baja California
Av. Obregón No. 1209, Mexicali, Baja California

Ilustración de la portada: *La línea blanca*, de Alvaro Blancarte
(mixta sobre tela)

Tipografía: Oscar Tienda
Corrección: Carlos Alberto Gutiérrez Aguilar

ISBN 968-29-7841-6
Impreso en México

PRESENTACION

Los trabajos que componen este libro fueron escritos en diferentes momentos y circunstancias; hoy han sido reunidos bajo la certeza de que guardan una coherencia temática y se identifican en su aspiración por recoger y mostrar el producto de un trayecto intelectual a medio camino y que se empeña en retornar a su origen: al espacio breve de la patria. Son las miradas y las querencias que la memoria nos vuelve presente y que se materializan a través de la palabra escrita. De ese viaje personal se acumulan vivencias e impresiones que los textos recogen para evitar su desaparición. Es la memoria obsesiva de un habitante de la frontera. No se trata de ninguna manera de una visión que intente mantenerse al margen del juicio de valor que le merece el tiempo vivido. Son miradas, pero también querencias, que apuestan por el entendimiento y, por ello, implican un ejercicio de reconstrucción interesado.

Los 24 textos aquí reunidos fueron publicados en diferentes diarios, periódicos, revistas regionales y nacionales, entre mayo de 1986 y septiembre de 1994. Los trabajos han sido agrupados en tres grandes apartados. En el primero, titulado "Las querencias", los textos se identifican por el ejercicio memorístico, cuyas categorías principales son el espacio y el tiempo. La memoria se convierte en fuente privilegiada para proseguir el quehacer microhistórico.

En el apartado "Vivir la frontera" se incluyen seis textos productos de la experiencia fronteriza. Sin pretensiones apologéticas, la

frontera ofrece el contraste cotidiano entre oferta y demanda social, alternativas para las cuales se requieren decisiones personales que incluyen la emigración en y al margen de las leyes del vecino. Sin que el fenómeno migratorio ocupe la totalidad de la agenda fronteriza, sí es uno de los más dramáticos. La cultura en la frontera se construye cotidianamente y se nutre de los valores y afanes de los distintos grupos sociales que han hecho del norte su lugar de paso y/o destino.

El último apartado, "Encuentros", recoge ocho textos escritos en tierras españolas entre septiembre de 1988 y septiembre de 1990. Son vivencias de la modernidad española tan plena de contrastes y paradojas, y que coincide con la gran transición mundial cuyo momento culminante fue la caída del muro de Berlín en 1989. Se busca recrear las miradas de un habitante de frontera en el extranjero, donde persiste el ejercicio de contrastación con el trayecto mexicano, con sus valores y sus identidades.

Frente a los agitados tiempos actuales, quizás sea recomendable volver los ojos hacia nuestras matris, reconociendo querencias y permanencias, historias menudas con nombres y apellidos. Creo que se trata de un ejercicio saludable, al menos será un entrañable asidero para continuar el camino. Memoria, espacios y afectos nutren los 24 textos que se presentan.

Nota del autor: Agradezco a Ofelia Silvia Nieto Méndez su invaluable apoyo en el procesamiento técnico de los textos.

Hay una casta de hombres para quienes la ciudad en que viven no tiene existencia real, ni la calle donde está su casa, ni aun su casa misma. Han perdido los ojos. Se ocupan constantemente en devolver al caos todos los objetos que la energía espontánea de las retinas había logrado discernir (...) El mundo se les disuelve en leyes generales. Son incapaces de averiguar y de retener los datos que más de cerca les incumben, si no es para hacerlos desaparecer prontamente, reintegrándolos en el cuadro del universo. Saben que hay causas, productos y seres sociales; pero nunca saben lo que sabía Mesonero Romanos: que su barbero se llama Pedro Correa y es natural de Parla, tiene veintidós años, y su padre era sacristán del pueblo. No son curiosos. Posible es que lleguen a escribir buenos libros, pero su trato personal será siempre cosa abominable

Alfonso Reyes, *Cartones de Madrid*

Para ser, los hombres
tienen que recordar

Maurice Halbwachs

LAS QUERENCIAS

LOS VIKINGOS DEL CALLEJON MADERO

Para Abel Valle, vikingo mayor; y para Javier, Jaime y Alberto Delgadillo, Rubén Medina, Antonio Moller, Carlos Nava, Raúl Rebelín, Alfredo Rimoldi, Rubén Ruiz, Francisco y Marco Antonio Soto Valenzuela, Manuel Soto Villa, Humberto Valle, Reynaldo y Javier Vázquez, Alfonso y Rafael Yépez Silva...

Destrozamos las plantas de mamá Chefina, desafiamos la disciplina familiar por un reñido partido de futbol, el qué dirán de los vecinos cuando salimos a bolear; construimos sobre los árboles y sembramos de amistad y fraternidad nuestra calle central. Eramos los *Vikingos* del callejón Madero.

Es lugar común afirmar que no hubo mejor infancia que la nuestra, irreplicable etapa vital donde construimos los recursos para sobrevivir como adultos. El pueblo de los años sesenta se parece tanto y es tan diferente al Tecate actual. Se conserva, aun cuando tiende a extinguirse, el hecho de que los acontecimientos privados rápidamente se conviertan en patrimonio social; ahora ya no parece necesario esconderse en Los Encinos para fumar los primeros cigarrillos o para embriagarse con un bote de cerveza; la tradición de *dar la vuelta* en la Juárez se resiste a partir. Las bodas, quinceañeras, bautizos y demás celebraciones siguen el mismo patrón de antaño. Todavía se pueden ver en calles y callejones

grupos de niños que diariamente juegan y delimitan sus espacios de identificación y pertenencia.

En las dos cuadras contiguas a la aduana tecatense, en el callejón Madero, tuvimos nuestro cuartel general. Al sur, nuestra vecindad más importante era con el Jardín de Niños Estefanía Castañeda; al este, con la calle Presidente Lázaro Cárdenas; al oeste, con la calle Alvaro Obregón; y al norte con la avenida México, sabio nombre para una calle que colindaba con un espacio abierto, por todos conocido como la Línea y en seguida el alambre de púas que tantas veces traspasamos y que indicaba el inicio del *otro lado*.

La Línea

La Línea era un espacio abierto que abarcaba aproximadamente dos cuadras, y que para nuestra representación infantil era tan ancho como para construir una cancha de fútbol (pasado el tiempo he podido comprobar su reducido espacio). Además, con la asesoría de los técnicos (Javy y Reynaldo Vázquez, sobre todo), agregamos porterías con base de concreto y una pequeña pista de atletismo, que incluía fosa para salto de longitud. En esta cancha sostuvimos batallas míticas, como el día en que el *Güero Rábago* y sus amigos del callejón Libertad nos retaron y el empate nos supo a gloria, puesto que la media de edad del equipo contrario casi nos doblaba. Los juegos se realizaban prácticamente todas las tardes y apenas se interrumpían cuando nuestras hermanas unían sus gargantas para recordarnos que teníamos que ir a cumplir con las obligaciones familiares, es decir, tirar las basuras. Como nuestra casa de la México se veía desde el campo, Georgyna, Leny e Ivette, mis tres hermanas, se unían en boicot y desgañitaban

un tremendo “¡Hermanooo!”, que sacaba de concentración a quien en ese momento le apostaba todo al remate que ya merito realizaba. Siempre me gritaban “hermano”, y eso que en Tecate casi todos proveníamos de familias católicas. Ese grito bastaba para que la carrilla no se hiciera esperar y los amigos me interrogaran acerca de posibles vínculos con los *aleluyas*, así llamados todos los protestantes. En el callejón Madero, cerca de la Limpiaduría Imperial propiedad de la familia Yépez, había una pequeña iglesia protestante, cuya única visita la realizamos una tarde, cuando dábamos uno de nuestros acostumbrados paseos por el barrio. Al asomarnos, atraídos por las palmadas y cantos que para nosotros resultaban curiosos, fuimos conminados a pasar y cuando seguíamos el “yo soy un soldadito del Señor...”, el ulular de sirenas vino a nuestro rescate. El humo se localizaba cerca de la Línea y en un primer momento pensamos que la casa de alguno de nosotros se quemaba. Al regresar, vimos que las llamas procedían del *otro lado*. Ese día quedó destruida la American Market, pese a los esfuerzos de Roberto Solórzano, Omar Olivarría, Mercy Valenzuela, el *Charro* Navarro... En realidad la gran cantidad de curiosos obstruyó la circulación y las buenas intenciones de nuestro H. Cuerpo de Bomberos, quienes por la urgencia trataron de arribar al lugar de los hechos por la avenida México y después de dos horas lograron traspasar la muralla humana. Más les hubiera valido no llegar, puesto que la pequeña bombera no funcionó y la otra, la grande, sólo pudo hacerlo por unos minutos, hasta que las mangueras se partieron y los silbidos y abucheos del respetable no se hicieron esperar. Poco se pudo hacer en eso de la competencia entre los apagafuegos. Los del *otro lado* llegaron con modernos dispositivos que incluían una avioneta. Desde *este lado* todo quedó en buenas intenciones.

El club

Siempre tuvimos un espacio para planear nuestras actividades, construir ilusiones y para consumir nuestros primeros cigarrillos. Como sucede en la infancia, las mujeres nunca fueron invitadas. Por ello, Georgyna y Norma intentaron fundar el Club de las Rikys, en el patio de la casa de mi tío Luis, también en el callejón Madero. Nuestro club tuvo varios cambios de domicilio. El primero fue construido sobre un olivo situado en el centro de nuestro patio. El segundo, fue un espacio no edificado para cumplir esas funciones; en realidad se trataba de un corral donde papá Crispín tenía gallinas, chivas y conejos. Aquí surgieron *Los Vikingos*. Quizá influidos por las condiciones físicas del lugar, decidimos adoptar tal nombre. Para empezar, el Javy y Abel se dieron a la tarea de elaborar espadas y escudos para todos. La presidencia la asumió el Meño Soto Villa, y se elaboraron una serie de reglas para normar la vida interna de nuestra sociedad (normatividad que incluía fichas de registro e inscripción). Fue una etapa difícil, sobre todo para los de nuevo ingreso. Uno de ellos fue el Ruly Rebelín. Aquí debo aclarar que quien decidió el tipo de pruebas a las que se le debía someter fue el Meño Soto. Es posible que la severidad en los exámenes de selección se haya debido a que Raúl vivía en la avenida Revolución. Primero se le hizo tomar leche directamente de las ubres de una chiva, para pasar a colgarlo de puntitas y amarrarlo de las muñecas y por último propinarle tres leves cintarazos. Lo cierto es que al otro día don Crispín recibía las quejas de una afligida madre, quien pedía castigo para los culpables de que su hijo estuviera en cama con alta temperatura. Otro que pagó las consecuencias de su novatez fue Carlos Nava. Carlos, quien había llegado a vivir al barrio, al parecer procedente del D.F.,

y se había instalado con su familia en la calle Presidente Elías Calles, se acercó al club con una actitud desafiante. Ahí se le dijo que debería jugar una cascarita con alguien de su camada. Rápidamente, Abel Valle, militante-admirador de Ataulfo Sánchez, se propuso de portero y a mí se me instruyó para marcar a presión a Carlos. Ese día calzaba mis *matavíboras*, unas botas altas con suela de llanta con las que nos uniformaban nuestros padres o nosotros mismos, y que eran capaces de resistir varios inviernos. Con algunas patadas a las espinillas y el apoyo del público, logré vencer a Carlos y dejarlo listo para la siguiente prueba, que consistió en subirnos al pick up Ford 48 de don Crispín, y a la cuenta de tres quien se moviera recibía una soberbia pamba. Obviamente fue Carlos el primero y el único en *moverse* y recibir la grata bienvenida al club.

La tercera sede de nuestro club se desplazó a la Línea. Ahí, mediante ingenioso diseño, cavamos dos metros —el más entusiasta era Pancho *Pata Loca* Soto Valenzuela—. El club tenía entrada por el lado mexicano y salida por el *otro lado*; era en definitiva una sede muy fronteriza. Para camuflar el techo, se utilizó una estructura de madera construida en la casa de la familia Archuleta; posteriormente sería cubierto con tierra y zacate. Para alumbrarnos utilizábamos velas blancas y amarillas, algunas de las cuales habían sido adquiridas para el culto familiar, pero que gracias a nuestra expropiación servían para alumbrar las fantasías de la sociedad. Los mayores del club empezaron a llevar cigarrillos Gratos (mentolados), Faros y Alas. Con los cuales los menores se ponían unas buenas mareadas. Al Javy le encantaba encenderle varios a la vez al pequeño Archuleta, quien, debido a problemas de lenguaje, inmediatamente se convertía en *Rrrobin* —la pareja de Batman, por supuesto—. Cuando Abel y compañía descubrieron

que mi padre guardaba en la guantera de su carro paquetes de cigarros Phillips Morris, fue ocasión para ascender de categoría, pues, literalmente, se nos subieron los humos.

La rutina del club se vio modificada cuando dimos posada a un aspirante a indocumentado. Nuestro ilustre huésped, quien provenía del D.F., encontró solución temporal a su desamparo a cambio de tejer historias para unos curiosos *vikingos*. Rápidamente la solidaridad se instrumentó a través de los horarios escolares. Quienes íbamos por la mañana a la Padre Kino, saliendo le llevábamos comida. Quienes tenían el turno vespertino en la Rafael Ramírez o Francisco González Bocanegra, eran los encargados del desayuno. Por fin, por la tarde-noche todos asistíamos a escuchar sus cuentos. Contestaba a todas las preguntas sobre nuestros ídolos del fútbol. Por supuesto que conocía al *Chalo* Fragoso, al *Cuate* Calderón, Chava Reyes, *Jamaicón* Villegas, Enrique Borja, Zague, Alberto Onofre.... Pero también estaba enterado del medio artístico y se sabía los chismes más sabrosos acerca de María Félix o Tin Tan o Elsa Aguirre... Pronto nuestras familias supieron de él y le ofrecieron trabajo en los patios y jardines. Mamá Licha le acondicionó como habitación el *cuartito* de las herramientas y les escribió a sus familiares en Estados Unidos; al poco tiempo lograron pasarlo al *otro lado*.

El fútbol fue un fuerte lazo de unión. Siempre sostuvimos dos equipos: el de los grandes y otro que se integraba por los más pequeños. Para los que no llegábamos a los diez años de edad, era muy difícil aspirar a ingresar al equipo de *los mayores*. Estos te invitaban si lograbas convencerlos de que tenías aptitudes. Yo logré superar las pruebas, no sé si por mis habilidades futboleras o porque un buen día que realicé un viaje a Tijuana y, al pasar por la tienda de deportes La Popular, me compraron unas medias de

color verde con franjas blancas, que causaron furor en el club y que nos decidieron a cambiar el nombre y uniforme del equipo. En realidad los nombres eran bastante flexibles y estaban en función del color del uniforme adoptado. Así, un tiempo fuimos *Los Universo*; después *Los Vikingos*; para posteriormente cambiar a *Los Alacranes*, cuando descubrimos que el café era un bello color. Aquellas medias verdes nos motivaron a rebautizarnos como *Los Pericos*. El cambio de color de las camisetas y *shorts* era masivo. Para ello se convocaba a los integrantes para que en determinado día llevaran sus prendas de color blanco, que eran colocadas en baldes y teñidas con colorante fijo Putnam. Los colorantes eran patrocinados por la Tienda Pinto. En realidad se trataba de una expropiación a la tienda localizada en el centro tecatense, sobre la avenida Hidalgo. Había comisiones encargadas de este trabajo. Se trataba de una pareja de distractores y otra que se dirigía a la estantería y recogía el color, previamente seleccionado. En estas comisiones casi siempre participaban el Javy y el Reynaldo. A destiempo quiero agradecer el patrocinio decisivo de La Pinto.

Aparte de teñir uniformes, cultivamos la costumbre de bautizar nuestros pantalones Levi's con Coca-Cola. Cuando nos enterábamos de que a algún afortunado le habían comprado pantalones de mezclilla, era motivo suficiente para concentrarnos e iniciar el ritual del bautizo: la ceremonia iniciaba arrastrando y vapuleando en la tierra a los durísimos pantalones —de los de antes—. Esta operación podía durar una hora. Posteriormente se metían a un balde con agua, para sacarlos sin exprimir, colgarlos y rociarlos con la famosa *soda*. Sosteníamos que mediante este sistema los pantalones duraban “toda la vida”. Nuestra relación amorosa con los Levi's siempre se mantuvo. Pasaron todas las modas, pero ellos siempre se adecuaron y fueron objeto de veneración. Los

usamos deslavados; con raya en medio, bien marcada con la plancha o cosida; con valenciana; sin lavar hasta romper la marca del amigo o hasta lograr encender los cerillos grandes de la American Market.

Los hermanos Vázquez simbolizaban la fuerte competencia que existe al interior de todo clan. Era en el terreno deportivo donde se recrudecían los enfrentamientos. Eran capaces de pasar horas, hasta entrada la noche, disputando un partido de volibol, utilizando como red el cerco de la casa de mamá Chefina; o cuando en una carrera de cien metros el Javy —corriendo— desafiaba la velocidad de la bicicleta alterada de Reynaldo. Siempre resultaba difícil para el resto del club determinar quien era el vencedor.

Solidaridades

Sin embargo, más allá de la competencia, nuestra sociedad se nutría de las querencias y complicidades infantiles. Con admiración y sorpresa recibimos la noticia de que el Javy iba a ser sometido a una intervención quirúrgica. Fue el primero del club en ser operado. Cuando retornó del hospital —y no recuerdo si el cirujano fue el doctor Vicario, famoso porque sobre él se cernían historias increíbles: que en realidad era veterinario de profesión, que era capaz de extirpar las amígdalas sin utilizar anestesia, que llegó a poner inyecciones sin acostar al paciente e incluso por arriba del pantalón, etc.—, organizamos una visita de cortesía. En realidad se había corrido la voz de que a los intervenidos de las anginas les recetaban tomar nieve para acelerar la recuperación; un nutrido grupo asistimos a su casa para constatar tan sabrosa medicina. Efectivamente, la mamá de nuestro amigo, a quien encontramos enfundado con sus pijamas y bata de franela, nos brindó una deliciosa nieve de naranja.

Reynaldo y Abel nos trajeron de cabeza por largo tiempo. Todas las tardes anunciaban en tono jocoso que no podían asistir a nuestras actividades en virtud de tener “una cita con manzanita”. Llegó el día que nuestra curiosidad pudo más que su jactancia, que decidimos seguirlos y averiguar tan singular compromiso. Montados en nuestras bicicletas, de marca Schwinn las de más categoría, su rastro nos condujo a la Tienda El Piri, en la esquina de la avenida Revolución y la calle Alvaro Obregón. La carrilla no se hizo esperar cuando los sorprendimos dando cuenta de succulentas conchitas de pan dulce, acompañadas de unas famosas *sodas* Manzanita. Esa tarde se desvaneció el enigma que les daba prestigio.

Un buen día decidimos allegarnos recursos económicos y aceptamos la propuesta del señor Archuleta de vender donas endulzadas, que, calentitas, provenían de la buena cocina de la señora Archuleta. Mediante un contrato verbal que poco nos favorecía, nos convertimos en comerciantes. Pronto nuestras familias se cansaron de ser los únicos clientes y el negocio se vino en picada. Posteriormente surgiría una segunda opción: la boleada. Un buen día el Javy logró fabricar un cajón de bola —que pintó de color verde oscuro— y que sometió a la consideración del club. El se comprometía a fabricarlos en serie y nosotros saldríamos a dar bola, con lo cual a través de módicos abonos lograríamos salir de la deuda y a él le permitiría recuperar —con ganancias— la inversión. De nuevo Reynaldo y Abel decidieron salir en pareja para dar lustre a los desgastados zapatos de los tecatenses. El resultado fue desastroso, pues nunca lograron un solo cliente. Yo siempre pensé que la vergüenza les había ganado y que habían pasado el día en una esquina sin atreverse a ofrecer sus servicios. Ahora Abel me ha recordado que lo que en realidad sucedió fue

que los interceptó el señor Pinkus, pidiéndoles que le mostraran el permiso expedido por la presidencia municipal. Ante la obvia falta de tal salvoconducto, les expropió los cajones, amenazándolos con llevárselos a la comandancia. Al parecer el señor Pinkus no era agente de corporación policiaca alguna. Por mi parte, el primer día de trabajo supe lo que ninguna persona debe hacer si quiere convertirse en comerciante. Me dirigí al centro de la ciudad, al Parque Hidalgo, y ahí conocí a mi primer cliente. Eso de cliente es un decir, puesto que se trataba de un aspirante a indocumentado, quien me dio su palabra de regresar al otro día al mismo lugar y banca a pagarme los cinco centavos oro (M.A.) de la boleada. Obviamente nunca regresó, lo cual me produjo una enorme decepción y dudas acerca de la palabra de los mayores. Sin embargo, pronto dejé la boleada itinerante y subí de categoría cuando logré un contrato en la Barbería Rex de don Cruz Cárdenas. Gracias a la intermediación de Javier el *Chongo* Delgadillo, quien se retiraba, obtuve la plaza. Lo cierto es que fue poco el tiempo que trabajé en la barbería. Mi padre me conminó a abandonar el empleo, pues tal oficio no era bien visto en la sociedad tecatense, máxime tratándose del hijo del director de la escuela secundaria.

En eso de las revelaciones, otra que implicó un verdadero vuelco fue el descubrimiento de la inexistencia de Santa Claus. Incrédulo, me resistía a aceptar que Abel había descubierto el escondite, por demás original, donde Santa tenía aquellos tacos (zapatos) de futbol soñados: abajo de la cama de mi madre. Junto con los tacos estaba el balón que le amanecería a Abel. Para demostrármelo —y dejarme sumido en la tristeza—, una tarde decembrina, cuando no había nadie en casa, llegamos Abel y yo. El lanzaría la típica pregunta a gritos: “¿Haay alguien aquí?!”. Ante lo evidente, me condujo hacia el rincón y

levantando la colcha que cubría la cama me mostró los regalos. La estupefacción pronto dio paso a un estado de júbilo cuando decidimos estrenar los zapatos y el balón, echando una cascarita. Esto se repitió en las dos semanas que faltaban para Navidad, con el resultado de que en la Nochebuena, mi madre y abuelos no atinaban a comprender por qué tanto los tacos como el balón se encontraban en aquel estado de desgaste. Nosotros hicimos como que no nos enterábamos de nada y ellos se quedaron con la incertidumbre.

Por aquellos días de zapatos nuevos, Abel y Reynaldo —los de siempre— me jugaron una broma, más bien macabra, que me hizo pensar en la palabra malicia y a ser más desconfiado en adelante. Una tarde rellenaron el cascarón de cuero de un balón de futbol y lo colocaron en el centro de la calle. Abel se colocó bajo la improvisada portería y cuando salí con mis tacos prenavideños, ambos me azuzaron para que pateara el esférico. Al grito de “¡Métele gol al América, golea a Ataulfo Sánchez!” “¡A ver si eres tan Chiva (Rayada, del Guadalajara)!”, tomé todo el impulso del que era capaz y, al contacto con el balón, salí disparado y con el pie deshecho. La risa desaforada del par de truhanes, pronto se convertiría en palabras de preocupación ante los resultados evidentes de la broma. El “no se lo digas a mi papá, por favor”, “es que no pensamos que chutaras tan duro” fue la cantaleta de ese día, ante las amenazas proferidas como único recurso para resarcir los dolores de mi maltrecha humanidad.

Uno de los pocos hoteles tecatenses que se han negado a desaparecer, sobreviviendo a la lucha contra el tiempo, la mala ubicación, las historias de fantasmas y su imperceptible transformación, ha sido el llamado cuartos La Frontera, ubicado en nuestro callejón Madero. Dicho hotel también era conocido como

los "Cuartos de la Bruja", pues se decía que había sido construido sobre un cementerio; por tal razón, asustados huéspedes afirmaban haber visto fantasmas y aparecidos. De sus propietarios (la familia Moller, de origen alemán), retengo con claridad la imagen del padre altísimo y callado. Y por supuesto de Antonio, el Toño, germanófilo de niño, quien nos invitaba a uno de los cuartos donde tenía su colección de artículos utilizados por los soldados alemanes durante la Segunda Guerra Mundial (cascos, insignias, fotografías, etc.). De ahí tal vez proviniera su entusiasmo por aprender a tocar la corneta en la banda de guerra de su escuela. Sin embargo, antes de convertirse en corneta de orden en la secundaria Francisco González Bocanegra, todo el barrio tuvo que sufrir sus interminables lecciones.

Pronto, más rápido de lo que hubiera deseado, crecimos y nos dispersamos. A algunos se los llevaron sus padres a otras tierras, a otros barrios. Quizá de los primeros en dejarnos fue Alfredo Rimoldi, quien se llevó de la mano a su hermana Berenice. La avenida México nos fue cercenada por la expansión de la Aduana y nuestra querida Línea empezó a morir. Hoy ésta ya no existe. El cerco fue recorrido hacia el sur y el gobierno vecino construyó un muro de acero. División que ofende nuestro recuerdo infantil. Pero nuevos amigos poblaron nuestro callejón. No pocos tienen la misma cara de sus padres; en ellos reconozco el espíritu que nos animaba. Son los nuevos *Vikingos* del callejón Madero.

Febrero de 1994

DE JOVENES IMBERBES

Al profe Víctor Manuel Espinosa y a mamá Licha (María Luisa Valle Quiñones)

El día que la profe Charito habló para invitarme a escribir estas notas quedé sorprendido ante la evidencia: cuarenta años de fundación de la Escuela Secundaria Federal Francisco I. Madero. Rápidamente me puse a hacer cuentas: diecisiete —bueno, casi— de haber egresado de la "secun", como afectivamente le llamábamos; veinte años —casi— del ingreso.

Desde ese día quise escribir mi modesto homenaje, basado en breves retazos de memoria, en hurgar en los recuerdos —tal vez sentimentales— de mi paso afortunado por los pasillos y lugares comunes de mi generación.

La escuela secundaria era percibida como el tránsito imprescindible a la edad adulta. Adolescentes sabíamos que había reglas rigurosas, menos relajadas que el paso posterior a la preparatoria —en ésta última, se decía, los estudiantes podían fumar y dejarse el pelo largo—; en la secundaria todavía no.

Aún era pequeña la Secundaria en 1971. Había sido la primera secundaria fundada en Tecate y su rival —¿acérrimo?— era el Colegio Salvatierra. Este último era una suerte de Club de Tobi, pero al revés: estaba prohibido el ingreso a los varones. Desde acá les llamábamos a las chicas las *cuervas*; a nosotros, por contraparte, nos identificaban como *cacahuates* —por el uniforme, aclaro—. De todos modos, el puente necesario entre los rivales lo

fueron estableciendo algunos compañeros que comprendieron que el flirteo era mejor garantía para unas relaciones exteriores gratificantes; a esa camarilla se le llamó los *cuervos*. Pero esa es otra historia.

Claro, fueron los tiempos de los primeros escauceos amorosos. Las palabras mágicas eran: ¿Te acompaño?, ¿Te cargo los libros? Pero para algunos, los menos avezados, la decisión llevaba días o meses de consultas con los amigos, de consejas colectivas: de sopesar costos y beneficios. Por la tardanza era común perder la oportunidad y de nueva cuenta a esperar mejores tiempos...

En eso de demostrar la gallardía, también había distinciones. Hubo pleitos míticos. Durante el día se voceaba un nuevo enfrentamiento, por ejemplo, de Alfredo, el *Invencible*. A las dos de la tarde, hora de salida, nos encaminábamos hacia las vías del tren y no faltaban los desgarramientos de vestiduras. La única vez que recuerdo que se puso en entredicho la capacidad combativa de Alfredo fue cuando su enfrentamiento con el *Guateque* —creo que también del tercero A—. No se me crea al pie de la letra, pues a esa riña llegué un poco tarde. Pero la impresión recogida fue que cuando menos el pleito había arrojado un empate.

Hubo también actos de desobediencia punibles: recuerdo que un aguerrido compañero (¿del grupo D?) tuvo la infeliz ocurrencia de ponerle, un miércoles de ceniza, la cruz en la frente a la estatua central de Don Benito Juárez. Había sido un acto adolescente que ignoraba de un dedazo las luchas de Reforma encabezadas, el siglo pasado, por el Benemérito y que tuvieron como corolario la prescripción del Estado laico en México. El escándalo se dispó con la expulsión —temporal— del compañero.

Por esos años me tocó cumplir con atrevido encargo. Se trató de la lectura de un texto en la conmemoración del aniversario de la

muerte de Ernesto el *Che* Guevara. En realidad pocos sabían quién había sido el homenajeado; menos cuál era la relación que guardaba su obra de revolucionario con una escuela secundaria de la fronteriza ciudad de Tecate. Yo tampoco lo sabía, como ahora lo sigo ignorando. Pero la lectura de tan singular documento —obra de, ése sí, conocido amigo—, significó para mí un primer acto de heroísmo y disidencia. Máxime que fue leído un lunes, frente a toda la asamblea escolar.

De esa vocación heroica y rebelde ya había dado cuenta cuando me llegó la hora de optar por la materia de Taller. El prestigio lo daban los talleres de Carpintería del profe Liborio, y de Estructuras Metálicas, del profe Aguirre. Recuerdo la sorpresa de mi padre cuando en la dirección de la escuela le comunicué mi intención de ingresar al Taller de Hojalatería, con el maestro Fausto. Haciendo gala de florido discurso le enumeré las ventajas de prepararme como hojalatero. Nunca supe si su sonrisa fue aprobatoria o lo vencí por cansancio. No le he vuelto a preguntar al respecto. Sin embargo, por la enfermedad del profe Fausto, los de Hojalatería fuimos removidos en el segundo año al Taller de Estructuras Metálicas, primero bajo la vigilancia del profe Aguirre y posteriormente del profe don George. Aquí quiero agradecer, muy a destiempo, a Valentín Valencia, pues sin su ayuda jamás hubiera podido terminar una sillita y una mesa, requisitos indispensables para aprobar el segundo curso, que se habían convertido en mi martirio.

Tampoco para la música he desarrollado habilidades. Por aquellos años, el profe Armenta se hechó a cuestras la misión de dotarnos de una mínima cultura musical. Para ello intentó primero, que de nuestros roncros pechos saliera algún sonido respetable, pero ante el fracaso, dado el ostensible desentono, probó con

instrumentos de viento: la flauta dulce. ¡Cuántos dolores de cabeza le provocamos! Sin embargo, desde entonces, a veces me descubro tarareando aquella melodía: tra ra ra ra la la la tra ra la la la.

Pero en Civismo siempre obtuve la máxima calificación, merced a pertenecer a la banda —de guerra, aclaro—. Me tocaron los años cuando ser miembro de la banda daba prestigio. Recuerdo que los que tocábamos en las primarias admirábamos el paso majestuoso de la banda de guerra de la secundaria, siempre abanderando los desfiles. El Pepas Jiménez y Curiel eran admirados como corneta de orden y sargento. Pero sabíamos de las duras pruebas y las novatadas que sufrían los aspirantes. Aún así, al ingresar a la secundaria me atreví a solicitar mi alta. Muchos fueron rechazados, a otros nos dieron la oportunidad de demostrar las habilidades. A finales del primer año, para mi fortuna, Pancho Pataloca Soto Valenzuela fue destituido como corneta de orden por sus constantes desacatos a la autoridad —del sargento— y yo ocupé el puesto. El sargento aludido era Javy Vázquez. Todo el segundo año fue de mucho trabajo, pues el Javy continuamente delegaba responsabilidad bajo el argumento de: “otra vez olvidé la boquilla”. Al salir Javier, me ascendieron a sargento y al Chongo Delgadillo como corneta de orden. Fueron también los últimos años cuando nuestra banda participó en el desfile anual de bandas de música en National City y la nuestra como la única banda de guerra mexicana invitada. A estas alturas tengo que aclarar que para nada influyó mi parentesco con el director de la banda, el profe Víctor, en el hecho de haber ocupado tan altos puestos. Todo se lo debo a la dedicación y a la constancia.

Por cierto, en Matemáticas, la banda no ofrecía garantías. A nadie se le ocurría *pintearse* una clase del profe Víctor. Su método —¿él lo creó?, ¿de dónde lo importó?— era infalible: o entendías

o perdías. Cada lugar valía dos décimas. Éramos tan crueles y celosos del lugar, que si algún despistado llegaba tarde se encontraba con que toda la fila se había recorrido. Hubo dieces míticos y récords imbatibles; algunos dieceros famosos, eran: Valentín Valencia, Lily Valenzuela, Humberto Orduño, Federico Esquer, Armando, el *Teacher* Rivera, Armando el *Sabio* Armenta, Óscar Contreras, entre otros. Por prudencia sólo señalo a los dieceros.

Por el lado de los pertrechos vitales, cómo no recordar las provisiones digestivas de don Victorio y su carrito estacionado en la parte oeste de la escuela, y ahí a un ladito quien sin duda proveyó a generaciones y gozó de mayor consenso: El Buen Taco y su famosa bicicleta. Claro, como era un comerciante moderno, nos brindó la solidaridad de recibir nuestra corbata en prenda a cambio de una orden —de tres tacos a vapor—, cuyo precio se cotizaba en el mercado a una peseta.

Imprescindibles también para generaciones fueron los lugares aledaños a la secundaria: el gimnasio, lugar de encuentros vespertinos de jóvenes basketboleros y pinteros matutinos. Pero sobre todo nuestro Eucalipto's Night Club: espacio para ensayar declaraciones amorosas, difundir epopeyas y vocalizar serenatas.

Ahora, para las ciencias *duras* tampoco tuve mucha vocación. De Química Inorgánica más que nada recuerdo al profe Morales y sus constantes corajes. Una vez no me dejó entrar a su clase, pues consideró que el color de mis zapatos no era el apropiado para el uniforme. A veces, como hoy, me pongo a reflexionar acerca de la relación de los zapatos con los experimentos inorgánicos... Pero quizá el día más festivo, aunque el más dramático para el profe, fue cuando, por fin, conseguimos generar (¿se dice así?) ácido sulfúrico. En física, la abrumadora cantidad de leyes y

fórmulas fueron mejor llevadas con el buen humor y las puntadas del profe Pablo del Valle ¿Oiga profe, todavía utiliza las palmas de sus manos para amplificar su voz?

Y cómo olvidar la conjugación del verbo *to be* estudiado cuidadosamente con la profesora que siempre llegaba en su volkswagen, la profe Nora y al profe Juan Parra que nos enseñó a cecear mucho antes de haber ido a España y al profe con apellido de general y de permanente sonrisa, el (profe) Zaragoza. Y qué me cuentan de aquella maestra de Historia Universal que provocaba tumultos a su paso y que decíamos que era la profe que mejor enseñaba. Y la controvertida y querida profesora Lilia Figueroa, que nos traía azorados con sus pellizcos. Y de las enseñanzas literarias de mi padrino, el profe Benja; oiga, profe, nunca tuve la oportunidad de preguntarle acerca de la veracidad de un comentario que siempre me intrigó y que repetían Abel Valle y sus compañeros: ¿es cierto que continuamente les recomendaba que leyeran los *fanics* de *La Pequeña Lulú*?

Y bueno, ya por último ahí les paso una tarea que alguna vez nos encargó el profe Ceballos: Escuela Secundaria Federal Francisco I. Madero, ¿y la I. de don Francisco I. Madero? ¿Es por...?

Mayo de 1991

UABC 1976-1980. EJERCICIO DE MEMORIA GENERACIONAL

El pasado histórico es un pasado que pudiéramos llamar muerto por contraste con el pasado vivo y vivido de la memoria: el primero habla de hombres que nunca pudimos conocer, mientras el segundo habla de nuestra experiencia, de lo que nos ha ocurrido

Ramón Ramos T.

I

Cuando la Universidad publicó su convocatoria al concurso *Ensayos sobre temas históricos de la UABC* me pareció una buena oportunidad para realizar un ejercicio de memoria largamente postergado. Sin embargo, la primera dificultad a resolver era la referida a la pertinencia de un ejercicio de tal naturaleza. ¿Existía un archivo compartido por los jóvenes de mi generación? ¿Cuál fue el significado intelectual —personal y grupal— de quienes compartimos aulas y sueños universitarios? Y una tercera pregunta: ¿puede hablarse en un ejercicio de esta naturaleza a nombre de una generación? Difíciles interrogantes que me han acompañado estos últimos años.

El profesor N. B. Ryder sostiene que una cohorte generacional “es un conjunto de elementos individuales, cada uno de los cuales ha vivido un acontecimiento significativo en la historia de su vida durante el mismo intervalo cronológico”.¹

Tal vez muchos coincidimos temporalmente en la Universidad y compartimos uno o varios *acontecimientos significativos* que nos hermanaron o desunieron no sólo en la Universidad, sino fuera de ella. Por eso, mi generación, o, más propiamente, mis compañeros de generación, son aquéllos con los que fraternicé y compartí gustos y disgustos, quimeras y desengaños, lecturas y afinidades vitales e intelectuales. Muchos coincidimos en el tiempo, pocos fuimos los amigos.

De esa hermandad y complicidad generacional nos quedan las palabras de Octavio Paz: "Compartí con ellos esperanzas y convicciones, engaños y quimeras. Estábamos unidos por el sentimiento de la justicia ultrajada y la adhesión a los oprimidos".² Ese parece ser el lazo que une a mi generación; tal vez una de las últimas de la Universidad interesada en la Política —con mayúscula.

Nuestro paso, fugaz si se quiere, por la UABC será una referencia obligada para reconocer las trayectorias personales. Aún así, una nueva duda me asalta a la hora de desarrollar mi ejercicio: la lectura de otro texto de Octavio Paz. Ante la disyuntiva de proceder o no a dar respuesta a una petición de Alejandra Moreno Toscano para hurgar en sus recuerdos del antiguo barrio de Mixcoac en la Ciudad de México, Paz se siente lejano, extraño en ese espacio que alguna vez le perteneció. Por eso resuelve contestar: "Te lo confieso, no quiero ser un intruso. No sé si me fui o me echaron: sé que ya no soy de allí. Pienso en el barrio que hoy he recorrido y en el de mi niñez y mi adolescencia: ¿en que se parecen? Y me digo: ha sido peor que una destrucción, una degradación".³

¿Cuánto cambió la Universidad y sus actores en estos últimos diez años como para no reconocermes en ellos? ¿Qué lazos me mantienen ligado a la institución? ¿Es por demás extraña a mis

actividades e intereses presentes? Parto de una certeza: independientemente de los cambios registrados en la UABC en la última década, me liga a ella un fuerte sentimiento de pertenencia. El pasado de mis recuerdos es un pasado vivo. Por ello, no me encuentro, como Paz, extraño a esa universidad; pues como dice mi estimado profesor Ramón Ramos "El pasado de la memoria busca y recrea la continuidad entre el entonces y el ahora".⁴ No sólo reconozco en la UABC el inicio de mi formación profesional en los cuatro años como estudiante, primero, y posteriormente como docente, sino que es una referencia obligada a la hora de evaluar mi trayectoria intelectual y afectiva.

II

La UABC recordada es precisamente la universidad del período 1976-1980. Es una remembranza desde mi generación, la que cumplió la mayoría de edad a su paso por ella. Aspira a recoger el espíritu que nos animaba cuando cruzamos el umbral universitario. En ese sentido no es una historia pormenorizada de los asuntos institucionales, tan solo es el recuerdo de las aventuras y desventuras de uno de sus actores: el estudiantado. O, si se prefiere, la biografía universitaria que hoy nos pertenece. Es, pues, el testimonio de lo que ocurrió entre bastidores.

El arribo

En agosto de 1976 tuve la feliz ocurrencia de acompañar a un amigo a Mexicali. Desde Tecate nos dirigimos rumbo al temible calor veraniego mexicalense. Entre bromas afirmé que *nunca*

podría vivir en esa ciudad. No era para menos: arribamos con el sol de mediodía. Sin embargo, por una de esas jugarretas del destino —como dicen los que creen en él— quince días después decidía irme a estudiar a la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas.

En realidad, como muchos en ese tiempo, mi meta era ir a estudiar al D. F. También mi generación fue tal vez la última que se planteó la posibilidad de salir del estado a realizar sus sueños estudiantiles. Después vinieron la crisis económica y la expansión de la universidad local, lo que se tradujo en un fuerte arraigo profesional. Así, en 1976 se producían los primeros avisos de lo que serían los desequilibrios económicos en nuestro país, lo que para la clase media fronteriza significó un vuelco en sus hábitos consumistas y educativos. Mi generación, que podría caracterizarse como la que siempre se ubicó en el umbral de los cambios, sobre todo en el plano cultural, todavía tuvo la posibilidad de salir del municipio a estudiar a la universidad.

Como a todos los jóvenes les sucede, la decisión de abrazar una carrera universitaria, fue precedida de profundas crisis existenciales. Hacia el final de los estudios de preparatoria, la pregunta recurrente era: ¿qué voy a estudiar? Las buenas costumbres aconsejaban irse a lo seguro —al menos eso se pensaba—: Medicina, Derecho, Odontología, Contabilidad... A pocos se les ocurría estudiar Literatura, Filosofía, Sociología o Ciencias Políticas. Las típicas carreras no lucrativas. Yo fui de esa minoría.⁵ Manual de orientación vocacional en mano, por un intervalo de tres meses dediqué las noches a leer las sesudas recomendaciones. Prefiguraba los escenarios y trataba de encontrarle sentido a prescripciones del tipo: “se requiere capacidad de abstracción” o “es recomendable un espíritu altruista”. Aún hoy no sé con exactitud lo que me orilló a la carrera de Administración Pública y Ciencias

Políticas. A lo mejor fue el promisorio futuro anunciado en el manual de referencia.

El hábitat

Una vez definidos los estudios a cursar, tenía que resolver el problema de la residencia en el desierto. Como el hombre es un animal gregario, cinco amigos partimos rumbo a Mexicali, encontrando a otros tantos tecatenses que ya tenían un año por aquellos rumbos y a quienes su espíritu solidario les llevó a darnos posada. Como no conformes con tener a tan ilustres huéspedes, y puesto que otros cinco tijuanaenses atravesaban condiciones económicas precarias, no tuvieron inconveniente en abrir las puertas de su casa para ampliar el número de moradores a la cantidad de quince. Por fortuna la casa de la señorita Nina —quien siempre fue mi rentera— contaba con dos habitaciones, cocina-comedor y un amplio jardín, que en virtud de tan extensa vegetación se convirtió pronto en nuestro modesto bosque, donde pasamos momentos de solaz esparcimiento.

No puede decirse que la armonía reinara en nuestro hogar. Pero siempre nos empeñamos por respetar el espíritu democrático, tan caro para la época, para resolver cualquier conflicto o llevar a cabo alguna reforma habitacional. Sin embargo, tal vez hubiéramos salido mejor librados en el verano del 76, de haberse impuesto algún espíritu cuerdo, o de haber echado atrás la brillante propuesta de pintar casa y mobiliario de color negro, aderezado con intensos y llamativos números de color amarillo en la fachada principal.

Con nuevos aires independentistas y bajo el argumento de la necesidad de intensificar nuestra preparación profesional, junto con otro amigo decidimos trasladarnos del Ex-ejido Coahuila al

clases medieras fraccionamiento Residencias. Ahí, entre familias de electricistas —se entiende: cuyas cabezas de familia trabajaban en la Comisión Federal de Electricidad— dimos un salto enorme, al menos en lo referido a la distribución espacial: la casa contaba con tres dormitorios, lo cual significó pasar de un promedio de 7.5 a 2 compañeros por cuarto. Así, dos tecatenses y cuatro sonorenses nos dimos a la tarea de forjar nuestro futuro con base en el arduo estudio, apenas interrumpido por las consabidas reuniones sociales de casi todos los viernes.

Del ascetismo estudiantil

Continuadores de la añeja costumbre de vapulear al cuerpo con noches en vela y litros de café, el ingreso a la Universidad nos convirtió pronto en apasionados militantes del ascetismo estudiantil. Partíamos de la certeza de que las noches eran para estudiar y discutir acaloradamente cada uno de nuestros descubrimientos. Desde los tiempos preparatorianos nos habíamos comprometido a aprovechar cualquier resquicio para superar las deficiencias académicas e intelectuales propias del bachillerato. La universidad exigía —pensábamos— poner todos nuestros sentidos y dedicación a la formación profesional, que la sociedad —y el pueblo— nos demandaban. Pronto entre nuestros ritos cotidianos, las desveladas y la mala alimentación, —esto último producto también de la conversión al vegetarianismo indebidamente administrado— ocuparon lugar preeminente.

Con el paso de los semestres, las noches de estudio y reflexión se vieron acompañadas con algunas bebidas de moderación; con lo cual, en no pocas ocasiones, la paz del hogar se vio amenazada por la vehemencia discursiva. Sin embargo, quienes más sufrían

con nuestras *cavilaciones* nocturnas eran quizá los vecinos; alguno de los cuales llegó cierta noche a dirimir una acalorada discusión acerca —seguramente— del futuro de la humanidad. En la diestra blandía un arma de fuego y decíase molesto por la interrupción forzada de su sueño. Inmediatamente acatamos sus recomendaciones y concertamos nuestras diferencias: acordamos no volver a dirigirle la palabra.

La escuela

La Escuela de Ciencias Sociales y Políticas compartía espacio con la Escuela de Pedagogía. En realidad eso de compartir era mucho, pues los compañeros de Pedagogía siempre nos hicieron saber que nos prestaban su espacio. Eran las escuelas pioneras de la Universidad y las que mayores carencias presupuestales evidenciaban.

La Escuela de Políticas, como coloquialmente la llamábamos, llegó a ocupar el ala izquierda del edificio; ahí en aproximadamente diez aulas, cuatrocientos estudiantes compartíamos el sueño de contar con un edificio propio. Este se materializó en el verano de 1980, en un día glorioso, cuando cargamos nuestros pupitres y esperanzas hacia —por fin— nuestro espacio.

Un edificio mejor equipado no es garantía para elevar el *nivel académico*; pero al menos lo hace más transitable. Con él se logró que circularan mejor las ideas. O al menos eso pensamos cuando emprendimos la cruzada para bautizar a nuestro primer auditorio. En la entrada los estudiantes fueron signando sus propuestas; el resultado fue un colorido mosaico de nombres que atravesaban el horizonte cultural: Carlos Marx, Mao, El Pato Donald, Espacio de Reflexión, Gabino, *Che* Guevara... Nunca supe cuál fue el resultado oficial de tal plebiscito.

Los profesores

Algunos de mis maestros todavía usaban el pelo largo. La mayoría había estudiado fuera del estado, lo que les confería mayor prestigio entre los estudiantes, no así entre el resto de profesores que pudiéramos llamar locales —sin ningún ánimo peyorativo—, en quienes se llegó a advertir cierto rechazo hacia los *colonizadores* —como alguna vez se afirma haber escuchado en los pasillos—. Lo cierto es que como la escuela seguía siendo pequeña la mayoría de los profesores de *fuera* impartían clases en las carreras de Sociología y Administración Pública y Ciencia Política. En honor a la verdad, los *fuereños* no eran tales, si consideramos que provenían de aquellas generaciones que salieron a estudiar al D. F. y ahora retornaban a su tierra.

Por aquellos años la actitud provinciana —de profesores y alumnos— seguía haciendo mella. En lo académico, todo lo proveniente de la capital del país era recibido con una mezcla de odio y fascinación. Era más bien un sentimiento extraño que combinaba el rechazo y la aceptación. Estas actitudes se manifestaban, por un lado, en una suerte de chovinismo ramplón que tendía a exaltar las virtudes de provincia. Se trataba de demostrar la autosuficiencia académica del terruño. Por el otro, la mayoría de los estudiantes partíamos del juicio inequívoco de que en virtud de la concentración cultural y política característica de nuestra historia, lo mejor del pensamiento social provenía del D. F. Y no es que todo lo local fuera rechazado y lo *chilango* aceptado acriticamente. Aprendimos a discriminar a los profesores buenos y malos, independientemente de su procedencia.

Los estudiantes

Algunos de esos profesores nos acercaron a las novedades científicas y literarias. Sin embargo, la media estudiantil evidenciaba limitaciones dramáticas. Era muy común encontrar quien pensara que Louis Althusser había sido un roquero afamado o que Max Weber pintaba excelentemente. Ni mala fe ni nada que se le parezca: del bachillerato nos habían enviado a la universidad sin per trechos culturales. En mi caso particular, las lecturas mexicalenses iniciales provinieron de Luis Spota y Eduardo del Río. Ni hablar, fueron los primeros libros que cayeron en mis manos. Ni Ezra Pound ni T. S. Eliot. ¡Puras glorias nacionales! Rius tiene el inmenso mérito de habernos dictado las lecciones inaugurales. Y nos convirtió en vegetarianos y en rebeldes irredentos.

Pronto descubrimos cuáles eran las lecturas definitivas. Con la avidez propia de los estudiantes convencidos devoramos todo el marxismo que en ese tiempo circulaba. Por aquellos años, en las universidades públicas mexicanas nadie se sonrojaba si lo descubrían leyendo a Marx. Los manuales soviéticos y franceses —entre los que destacaba el de la chilena Marta Harnecker— fueron fuente fundamental para las disquisiciones intelectuales. A mediados de los setenta, la teoría crítica de la sociedad gozaba de buena salud. Y no se crea que todo era ortodoxia dentro del pensamiento académico. El estructuralismo francés de Balibar, Althusser y N. Poulantzas criticaba con fuerza los planteamientos más tradicionales: el anti-método había llegado a México por conducto de Raúl Olmedo. Las horas no alcanzaban para ponernos al día de las novedades provenientes de la capital; y es que los estudiantes invertíamos nuestros magros ingresos en libros. No es casual que justo por aquellos años hicieran su aparición —en los pasillos de la

escuela— los primeros tianguis de librerías; antecedente directo de prósperas librerías de hoy.

Las universidades mexicanas vivieron, sobre todo hacia finales de los años setenta, intensas campañas sindicales, que tuvieron su máxima expresión en el proyecto de un sindicato nacional. De ese espíritu movilizador y solidario nos imbuimos los estudiantes. La nuestra fue una generación politizada que fructificó en variadas formas de organización y participación. Se discutían con vehemencia los acontecimientos por los que atravesaba la Universidad y sobre todo los que incumbían a la escuela. Las instancias oficiales —consejo técnico, consejo universitario— eran atendidas con celeridad y sobraban candidatos. Cierto, a veces se suplía el conocimiento con la pasión: nunca faltaron los excesos — verbales y miméticos—, pero provenían de todas las posiciones, de todos los credos. En ese tiempo, los estudiantes no sólo se dividían en buenos y malos, de derecha o de izquierda. También había poetas, teatreros, roqueros, salseros, pintores, vegetarianos y románticos descarriados.

La nuestra fue una generación empeñada en superar las desventajas intelectuales de la vida provinciana. Por eso tal vez su apuesta por la formación teórica y humanista. Pusimos los ojos en la producción académica nacional y europea y sólo con excepciones en la local. El retorno de la mirada a la patria, a la búsqueda de nuestros orígenes, al intento de escudriñar el terruño y volverlo objeto de preocupaciones, vino después, hacia el final, en la década de los ochenta. En la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas se gestaron, durante 1980, los primeros proyectos de investigación sobre temas sociales regionales con que contó la Universidad. Pero ésa es otra historia.

Tal vez los nuevos estudiantes no abrazan las causas y los sueños de ayer. Tal vez cuentan con otros recursos —ánimicos y económicos— para encarar los retos que implica toda carrera profesional. Es probable que la vida académica y estudiantil sea otra. Es cierto también que los tiempos han cambiado y que en la Universidad confluyen otras preocupaciones, retos y proyectos. Sin embargo, los hilos que nos unen a unos y otros estudiantes están presentes, son más las afinidades que las diferencias, derivadas de la convivencia temporal y afectiva con la UABC.

Al final de estas líneas me anima el sentimiento de haber hurtado retazos a la memoria. Muchos otros ejercicios memorísticos se requieren para testimoniar y reconstruir la ronda de las generaciones universitarias, vía imprescindible para conocer nuestra identidad, pues como dijera Halbwachs “para ser, los hombres tienen que recordar”.⁶

Febrero de 1991

¹ N. B. Ryder, “Análisis de cohortes”, en *Enciclopedia internacional de ciencias sociales*, vol. 2, Madrid, Aguilar, 1986, p. 434.

² Octavio Paz, “El lugar de la prueba. (Valencia 1937-1987)”, en *Pequeña crónica de grandes días*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 94.

³ Octavio Paz, “Estrofas para un jardín imaginario. (Ejercicio de memoria)”, en *Revista de Occidente*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, núm. 100, septiembre de 1989, p. 154.

⁴ Ramón Ramos T., “Maurice Halbwachs y la memoria colectiva”, en *Revista de Occidente*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, núm. 100, septiembre de 1989, p. 78.

⁵ De esa vocación marginalista ya había dado cuenta en la secundaria a la hora de optar por el curso de Taller. El status lo daban los talleres de Carpintería y Estructuras Metálicas. Me decidí por Hojalatería, en una suerte de complicidad familiar, pues al menos dos tíos me habían precedido.

⁶ Ramón Ramos T., *op. cit.*, p. 65.

MEXICALI: NOTAS DE TRANSITO

La nostalgia termina cuando entramos
en detalle

J.M.P.G.

Notas invertebradas

Me tocó vivir los años cuando los últimos vestigios del desarrollo estabilizador todavía permitían dudar entre ir a residir al Distrito Federal, Guadalajara, Monterrey o aceptar el reto de estudiar en el estado. Esos años cuando la universidad representaba una buena oportunidad para proseguir el rumbo ascendente, con la certeza de que la movilidad social nos podría beneficiar a todos.

Mexicali se me presentaba con la referencia tan conocida: la ciudad llena de sol, que obligaba casi casi a la selección *natural*: o contabas con la infraestructura mínima —aunque fuera un *cooler*— o te regresabas al terruño inigualable, a tu Tecate de los cerros y las nostalgias. Obviamente el primer equipaje consistía en una pequeña maleta repleta de ilusiones. El pasado comenzaba a sentirse con intensidad; atrás quedaban los apapachos maternos, los amigos y el barrio de la infancia. Ahora te fletabas a la vida estudiantil con sus momentos de ascetismo y las desveladas permanentes en busca de la sabiduría, que se te escabullía entre las manos. La avidez por el conocimiento rápidamente sustituía el *dar la vuelta* por la Juárez con los primeros cigarros consumidos en la clandestinidad. La llegada a Mexicali representaba también el inicio de un peregrinaje que todavía no termina, con las cada vez más esporádicas visitas a Tecate.

La vida universitaria implicaba la constante contrastación con el centro. El Distrito Federal seguía siendo el punto de comparación para nuestros romanticismos académicos. Allá estaban las *vacas sagradas*, acá el provincianismo; allá lo que no podíamos alcanzar, acá el desierto y sus calores; esos sueños que los viernes se disipaban con una apasionada discusión acompañada de las respectivas bebidas de moderación.

Pronto aprendí a defender a Mexicali de las tentaciones externas: para subsistir en el desierto había que convertirse en su apologista, pues se tenía que buscar la frescura en cualquier parte.

Nota determinante

Uno quisiera manejar el derrotero de su historia. A veces no se puede; en la dinámica de los procesos sociales muchos proyectos individuales perecen, los espacios se pierden y cuesta trabajo reconstruir. Por eso me llegó el momento de levantar el vuelo, buscar otras alternativas para seguir creando. En adelante las nostalgias serían para Mexicali.

Nota de justificación

Es curioso, pero mis notas no encuentran el hilo conductor que la crítica exige. Incluso J.M.V. me tacha de desarraigado por seguir abusando de la nostalgia. Lo acepto, no tengo la solución a la mano. ¿Alguien ya la encontró?

Notas recientes

Trato de hilvanar el discurso. De mi segunda estancia en Mexicali quedó grabado el ruido de las sirenas. Existe la explicación objetiva:

por vivir muy cercano al cruce de los bulevares López Mateos y Lázaro Cárdenas, zona *natural* de accidentes. Sin embargo lo sigo dudando. Las sirenas las escuché en toda la ciudad a cualquier hora del día. No sé si exagero; pero también existe un hecho que pudo haber contribuido al reforzamiento: las sirenas las *prenden* para atravesar, sin contratiempos, los semáforos. Tampoco esto me satisface; voy a tratar de averiguarlo, quizá algún día...

Notas con poema

En Mexicali mis nostalgias se acentuaron a pesar de que traté de entrar en detalle. Ahora recorrí las calles, buscando los espacios extraacadémicos. De mis excursiones resultaron estas otras notas, con las cuales concluyo:

Calles
con desiertos
vomitando fuegos
que destruyen sueños

Calles
llenas de nostalgia
por los días idos
y el futuro incierto

Calles
polvosas
pero transitables
con un solo sentido

Calles
con inercias
servidores públicos
y muchas especiales

Marzo de 1987

LAS ENSEÑANZAS DE DON LUIS

A Jorge F. Hernández
y Aura Zarauz

No he tenido la fortuna de asistir a sus cursos. Formalmente no pertenezco al gremio de los historiadores. En pocos eventos hemos coincidido. Sin embargo, me considero un discípulo más de don Luis González y González.

Conocí a don Luis en la ciudad de Zamora, Michoacán, en el mes de octubre de 1986, en ocasión del VIII Coloquio de Antropología e Historia Regionales. El compromiso para mí era mayúsculo pues compartía mesa de trabajo con algunos connotados humanistas, entre los que destacaba el presidente de El Colegio de Michoacán, don Luis, y el comentarista de la sesión, Héctor Aguilar Camín. En aquel tiempo me encontraba empeñado en recrear el pasado de mi pueblo (Tecate, B.C.), a través de las historias contadas por mi abuelo. La ponencia de don Luis, titulada con tino *Suave patria*, significó un estímulo importante para reflexionar en torno a la pertinencia de rescatar nuestras historias menudas. En enero de 1987 inicié la reconstrucción de la historia del terruño contada por el abuelo don Crispín. Con afecto incursionaba por los terrenos de la microhistoria.

En septiembre de 1988 partí rumbo a Madrid. Aparte de la misión de continuar estudios de posgrado, llevaba la firme intención de realizar la versión final de mi libro. Entre las obras indispensables—y postergadas por infinidad de razones—incluidas en el equipaje destacaba *Pueblo en vilo*. Su lectura, realizada en la movida España—postmoderna—, en el umbral de la integración europea y frente a la caída de los

muros, indudablemente que no dejaba de ser paradójica. Allá, se pensaba, desaparecerían las fronteras y las diferencias entre las naciones. *Pueblo en vilo* representaba volver los ojos a la patria, escudriñar en nuestras pequeñas historias para reconocer sus particularidades, nuestras señas de identidad. En ésas andaba cuando el 20 de noviembre, cumpleaños de mi esposa Isabel y aniversario de la Revolución Mexicana, fuimos convocados a la celebración patria. Fue una enorme sorpresa descubrir que nuestra anfitriona era Armida González, hija de don Luis. Esa misma noche conocí a uno de los discípulos más activos de don Luis, Jorge F. Hernández, con quien me unió desde un principio “la magia de la microhistoria, el encanto de la provincia mexicana y el placer de la conversación”. Fue Jorge quien me obsequió en Madrid *El oficio de historiar*, libro publicado por El COLMICH en 1988 y que proporcionaba una buena base para adentrarse por los misterios de Clío.

El interés por el rescate de la tradición oral, por la recuperación de la memoria individual y colectiva que me guiaba en la investigación sobre don Crispín, se acrecentó cuando descubrí los múltiples dones de la microhistoria. Doña Mnemósine, doña historia oral y doña microhistoria resultaron parientes cercanas.

Para las disciplinas del hombre el rescate de la memoria individual y colectiva es un ejercicio necesario. Sobre todo para la historia, de manera creciente el ejercicio memorístico se ha convertido en fuente privilegiada para la investigación. Lo que cuentan los mayores representa una fuente fundamental para descifrar los misterios de la patria. Se trata de reconocer la inmensa fuente de sabiduría que representan las vivencias de los mayores; aquellos que tuvieron que cultivar la transmisión oral de conocimientos para preservar su identidad. De ello da cuenta, por

ejemplo, Esteban Montejo, el narrador del espléndido libro de Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón*:

A mí nada de eso se me borra. Lo tengo todo vivido (...) Aunque estuve unos cuantos años en Ariosa, las cosas se me han olvidado un poco. Lo mejor que hay para la memoria es el tiempo. El tiempo conserva los recuerdos. Cuando uno quiere acordarse de las cosas del tiempo nuevo, no puede. Sin embargo, mientras más atrás uno mire, más claro lo ve todo.

Cuando la historia oral recupera la memoria del individuo no sólo obtiene valiosa información acerca de la vida de ese personaje, sino que realiza el importante rescate de la tradición oral, pues el informante transmite su experiencia, pero sobre todo, lo que han dicho otros miembros de su comunidad.

Don Luis nos ha aclarado que al lado de la historia patriótica o monumental, la que en los libros primarios recrea héroes y batallas gloriosas que después se transforman en estatuas decorativas en la ciudad, hay otra historia: la pueblerina, la familiar, la historia patria. A ella nos acercamos con afecto y sentimiento. La microhistoria nos permite conocer a los pueblos, a los municipios; el sino vital de sus protagonistas, las *huellas digitales* comunitarias, aquello que las distingue de sus parientes nacionales, en una palabra, semejanzas y diferencias, manías y obsesiones.

A través de la historia patria hemos descubierto también que todos tenemos historia, que podemos reconstruir "la historia de aquellos hombres que nunca la han tenido", como los llaman en alguna ocasión Carlo Ginzburg y Juan Pérez de la Riva. La pequeña historia es ejercicio para rescatar el alma pueblerina.

Don Luis, en su multicitada obra, *Pueblo en vilo*, logró realizar la historia universal de San José de Gracia, Michoacán, y con ella abrir la brecha que permite acercarnos al conocimiento de las

historias menudas. La microhistoria es la reconstrucción pormenorizada de los asuntos del terruño, de la aromosa tierra. Si para la historia general el tiempo constituye la categoría central, para la microhistoria lo será el espacio.

En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es el terruño por el cual los hombres están dispuestos a hacer voluntariamente lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la patria, que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales. (*Nueva invitación a la microhistoria*).

El refugio *natural* de la memoria es la microhistoria. Los hombres recuerdan lo vivido, que casi siempre se desarrolla en el espacio breve, el espacio de la patria, de la tierra. Podemos decir que no es posible conocer y reconstruir la pequeña historia sin la memoria individual y colectiva, sin retomar la experiencia de sus protagonistas. Pero si para la historia oral el recuerdo de lo vivido es su único insumo, para la microhistoria es una fuente más, privilegiada si se quiere, pero que deberá ser sometida a las mismas operaciones críticas de comparación y cotejo que las fuentes documentales. Tanto el historiador oral como el microhistoriador tendrán que trabajar con disciplina, pasión y honradez. Tendrán que recurrir a informantes memoriosos y representativos de la comunidad o el tema tratado. Hoy sabemos que no puede haber microhistoria sin memoria, pero hasta hace poco tiempo Mnemósine y academia anduvieron de la greña. Hoy para fortuna de todos se han reconciliado; han reconocido sus lazos de parentesco.

Estos son sólo algunos apuntes desprendidos de mi pasión por el trabajo de recuperación de la historia menuda, y de la admiración por la persistencia profesional del pionero de los estudios microhistóricos profesionales, don Luis González y González. Sólo me resta reiterar que por desgracia no he asistido a alguno de sus cursos, pero sí he tenido el privilegio de cenar en su casa de la colonia Viaducto-Piedad y de compartir su mesa en San José de Gracia, su querido San Pepesburgo.

Noviembre de 1993

ENTRE FLORES Y ESPINAS. EL ENCANTO DE LA MICROHISTORIA

Hace ahora cuatro años, el 20 de noviembre de 1988, en ocasión del cumpleaños de Isa, mi esposa, y de un aniversario más de la Revolución Mexicana, conocí a Jorge F. Hernández. Fue una *amistad a primera vista*. Para conmemorar los aniversarios fuimos convocados a una reunión, la cual incluyó viandas y bebidas tradicionales y fue decorada con símbolos patrios. Esta descripción podría parecer trivial si no acotara que tales acontecimientos tuvieron lugar fuera del terruño, en la madrileña calle de Alonso Cano. Y ya sabemos que las identidades nacionales se refrendan en la distancia, al contacto con otras realidades culturales.

Pronto descubrimos que compartíamos la pasión por la microhistoria. Ambos nos encontrábamos en la fase de redacción de los trabajos *Don Crispín. Una crónica fronteriza* y *La soledad del silencio*, libro del cual pretendo ocuparme a través de estas notas. Las referencias obligadas que nos guiaban en el quehacer microhistórico eran sin lugar a dudas las obras de don Luis González y González, sobre todo *Pueblo en vilo*. De mi parte, la sorpresa mayor —magia, diría Jorge— fue cuando descubrí que aquella noche la reunión había sido convocada por Armida González de la Vara, hija de don Luis.

Tres años después, en noviembre de 1991, aparecería publicada la obra *La soledad del silencio. Microhistoria del Santuario de Atotonilco*¹. Como dice don Luis González en el prólogo: "*La soledad del silencio*, historia de una vieja y humilde casa de ejercicios espirituales, corresponde, por la parte del papá, a una estirpe que

fue hegemónica en la Nueva España, a la familia de la crónica misional, y por parte de mamá, a la tribu de la microhistoria". Como sabemos, la microhistoria se propone la reconstrucción pormenorizada de los asuntos del terruño, de la aromosa tierra. Al lado de la historia patriótica o monumental, la que en los libros de la primaria recrea héroes y batallas gloriosas que después se transforman en estatuas decorativas de la ciudad, hay otra historia: la pueblerina, la familiar, la historia patria. A ella nos acercamos con afecto y sentimiento. La microhistoria nos permite conocer a los pueblos, a los municipios; el sino vital de sus protagonistas, las huellas digitales comunitarias; aquello que las distingue de sus parientes nacionales, en una palabra, semejanzas y diferencias, manías y obsesiones. A través de la historia patria hemos descubierto también que todos tenemos historia, que podemos reconstruir la "historia de aquellos hombres que nunca la han tenido", como dijera en alguna ocasión Carlo Ginzburg y Juan Pérez de la Riva. La pequeña historia es ejercicio para rescatar el alma pueblerina.

A través de un paciente trabajo de investigación, Jorge F. Hernández nos descubre la "universalidad que cabe en los espacios minúsculos". El Santuario de Jesús Nazareno y la Santa Casa de Ejercicios, conocidos como el Santuario de Atotonilco, fue fundado en el siglo XVIII por el padre Luis Felipe Neri de Alfaro, continuador de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. El santuario se localiza en el municipio de San Miguel de Allende, Guanajuato; pero, como dice el autor: la delegación de Atotonilco

no es cabecera municipal y no tiene cementerio. Desde hace catorce años cuenta con una escuela primaria y desde hace 247 años con un Santuario que le ha dado numerosas peregrinaciones de fieles que llegan hasta allí para realizar ejercicios espirituales (...) En Atotonilco no se han realizado ni

batallas determinantes ni se han firmado decretos presidenciales. Pero Atotonilco escuchó los gritos de Hidalgo y los insurgentes desde Dolores. Al pasar éstos por Atotonilco, rumbo a San Miguel, el Santuario los abanderó con el estandarte de la Virgen de Guadalupe que de su interior tomaron. Este suceso le ha dado a Atotonilco la oportunidad de aparecer con letras doradas, en las historias patrias. Pero de ahí en fuera, poco se sabe de las flores y espinas que han crecido en el lugar desde la fundación del Santuario".

Para escribir su historia universal de Atotonilco y su santuario, Jorge F. Hernández tuvo que revisar muchos documentos, archivos parroquiales, afinar sus técnicas de investigación privada y sobre todo aspirar los olores del recinto y conversar con muchos atotonilquenses. No todos han realizado los ejercicios espirituales en la Santa Casa, pues como le confesara un vendedor de cilicios y disciplinas: "allí dentro vive el mismo Diablo; de tanto que lo han echado pa' fuera, ya se quedó ahí a vivir". Así, el testimonio oral es convertido en fuente privilegiada para descifrar los misterios de esa aromosa tierra.

Como buen historiador, Jorge F. Hernández nos presenta un libro bien documentado, pero ameno, que permite una ágil lectura. Me parece que tanto el ritmo como el estilo en que fue escrito, son producto de su cercanía con la literatura. Este joven autor —ronda los treinta años—, que admira la obra de Carlos Fuentes y trabaja con pasión el cuento, pronto podría enviar a imprenta una buena muestra de su narrativa. Historia y literatura, realidad y ficción, se cruzan pero mantienen sus fronteras. Quizá el momento más *literario* de la obra histórica se concentra en la presentación de resultados, pues el proceso de investigación requiere de un ejercicio constante de comparación y cotejo de las fuentes. Es en esta fase del trabajo cuando don Luis González propone no ceder ante la

comodidad de dar como ciertas las ocurrencias del investigador. Esto lo sabe bien Jorge; si no, don Luis tuvo tiempo para recordárselo durante todo el trayecto de la investigación.

Estas notas han pretendido tan sólo celebrar esta meritoria muestra del quehacer microhistórico. A través de su lectura podemos compartir con Jorge las flores y espinas, y demás dualidades, que han convivido en el Santuario de Atotonilco. Desde aquí hago votos por la microhistoria.

Noviembre de 1992

¹ Jorge F. Hernández, *La soledad del silencio. Microhistoria del Santuario de Atotonilco*, México, Universidad de Guanajuato/Fondo de Cultura Económica, 1991, 181 pp.

¿Y QUE QUEDA? QUEDA LA PALABRA

Cuando apenas me disponía a realizar los comentarios al libro *Empapados de sereno*, su autor me sorprendió con un nuevo trabajo¹. La obra de José Manuel Valenzuela, natural de Tecate, se ha convertido en una referencia persistente para descubrir los procesos y misterios socioculturales de nuestra frontera norte.

En verdad celebro esta obra, no sólo porque me une una sólida amistad con José Manuel, y eso podría relativizar los juicios vertidos, sino por el gran valor académico, y agregaría moral, del rescate cultural que este libro condensa. Seguramente quien haya realizado trabajos de recopilación, selección y edición sabrá del inmenso esfuerzo que ello representa.

Los ensayos contenidos fueron originalmente presentados en el Foro de Análisis del VII Festival Internacional de la Raza que se celebró entre el 1 y el 5 de mayo de 1990, bajo el título *Tradiciones y Leyendas de la Raza*.

Al margen de las definiciones estrictas, acerca de las tradiciones, mitos y leyendas, y que, como dice el autor en la introducción, "resultan difíciles de diferenciar", sólo me atrevo a presentar algunas de las reacciones que me ha provocado la lectura de los textos.

En primer lugar, existe una íntima relación entre las tradiciones, las costumbres, los mitos y las leyendas. El nexo más inmediato parece determinado por el papel social o funcionalidad que cumplen en la comunidad de la cual surgen. Se trata de expresiones sociales seculares que la mayoría de las ocasiones no atienden a las explicaciones racionales ni a los dictados institucionales. En ese sentido

condensan un potencial contestario que atenta contra la corriente modernizadora. Claro, me refiero básicamente a la *reproducción profunda* de los elementos que les dan sentido a las acciones cotidianas de los ciudadanos. Un claro ejemplo de esto último lo proporciona Arturo Medellín en su trabajo “Tradiciones y leyendas en la frontera tamaulipeca”, en el que destaca que el mito de la Llorona “conserva aún su capacidad, la leyenda está viva porque el desamparo de sus hijos lo mantiene vigente” (p. 195). La vigencia de los mitos y las tradiciones también está en función de su capacidad de resistencia, “esto es de que dichos elementos sean o no utilizados como una resistencia entre otros de la misma naturaleza pero provenientes de una cultura distinta” (p. 193).

Evidentemente desde las instituciones del Estado también se han generado leyendas y mitos. Qué si no la leyenda de los niños héroes y su *enredo* con la bandera nacional; la del *Pípila* soportando la losa, el mito de la bonanza petrolera, o el de la elección presidencial, (a propósito del cual el senador Alfonso Martínez Domínguez expresó categórico: “El *dedazo* es una leyenda, una cosa esotérica que ya pasó a la historia, pero ustedes no se dieron cuenta” (*El Financiero*, México, D.F., 24 de septiembre de 1992, p. 1), que son incorporados al bagaje cultural del Estado-Nación mexicano como símbolos de la identidad nacional. Así, los elementos de la cultura institucional y del México profundo se funden para generar un proceso de construcción de la cultura popular.

Las tradiciones, mitos y leyendas son parte y fuente privilegiada de la identidad cultural comunitaria. Se trata del alma pueblerina, de las *huellas digitales* de la patria. Es el archivo compartido transgeneracional que cimienta el sentido de pertenencia al terruño. Un ejemplo palpable de la tradición —culinaria— norteña es sin

duda el de las carnes asadas. No resisto la tentación de reproducir la descripción de José Carlos Lozano en su trabajo “Apropiación de tradiciones anglosajonas en la frontera norte. El caso del día de la coneja”:

Además de satisfacer las necesidades alimenticias de los miembros del grupo en ese día, el norteñísimo ritual de asar carne concilia lo foráneo de la coneja y los huevos de Pascua con la arraigada tradición culinaria y cultural de la región. Los hombres convergen alrededor del asador (y yo agregaría, para precisar la dinámica: sobre todo alrededor del barril. VAEV) a entablar sus pláticas y contar chistes; las mujeres, en otro grupo, preparan las salsas, el guacamole y las demás guarniciones. Para los fronterizos (...), el asar carne en las casas, los parques o los ranchos es mucho más que una deliciosa manera de matar el hambre. Es espacio de interacción y convivencia, ritual permanente de vinculación con el medio geográfico y la tradición ranchera, acto de fe en lo suyo, pretexto para platicar y refrendar lazos afectivos con parientes y amigos, ocasión accesible para armar fiesta (pp. 243-44).

Cuando los individuos incorporan las tradiciones, mitos y leyendas a su acervo cultural, refrendan sus lealtades comunitarias prácticamente como actos de fe que los identifican con el grupo. No se trata simplemente de la fe religiosa, sino, como dice Norma Cantú en “Los matachines de la Santa Cruz de Laredo, Texas. Un acto de resistencia cultural”: “fe en la comunidad y el sólido contrato social” (p. 170).

En los trabajos de José Manuel Valenzuela: “Por los milagros recibidos: religiosidad popular a través del culto a Juan Soldado”; Carlos Monsiváis: “José de Jesús Fidencio Cántora: el niño Fidencio”; Amelia Malagamba: “Don Pedrito Jaramillo, una leyenda mexicana en el sur de Texas”, y Brianda Domecq: “Un Collage (sobre la Santa de Cabora)”, existen extraordinarias coincidencias

simbólicas. Todos mueren muy jóvenes —treinta años en promedio— y se convierten en leyendas vivas una vez que han muerto, aunque no así Teresa Urrea, que es elevada a santa por la comunidad aún con vida; sus trayectorias pueden ser definidas por lo que Carlos Monsiváis llama la “mística de la marginalidad”. Con excepción del niño Fidencio, cuyos dones curativos son reconocidos por el mismo presidente de la República Plutarco Elías Calles al visitarlo como paciente en Espinazo, Nuevo León; las instituciones —y sobre todo la Iglesia Católica— condenan los actos de fe populares y las reivindicaciones contestarias que inspiran. De los cuatro, Juan Soldado y don Pedrito Jaramillo, atendiendo a la composición de sus seguidores y al lugar de peregrinaje, pueden ser caracterizados como mitos fronterizos.

El ámbito natural de la *reproducción profunda* de los elementos identitarios de que hablamos es, sin duda, el breve espacio, la tierra o patria. Como dice José Manuel Valenzuela en la introducción, es el espacio “de la socialización primaria que se delimita en la relación íntima, directa, cara a cara” (p. 16); por supuesto será la familia

uno de los vehículos privilegiados de reproducción de las tradiciones y costumbres (...) (y) dentro de la cual se presenta de manera relevante la adquisición del lenguaje, la interiorización de las pautas sociales, la internalización de relaciones de poder, la asimilación de la realidad objetivada, el sometimiento a relaciones de rutinización, la habituación e institucionalización y la apropiación del *habitus* del grupo, proceso en el cual se delimita la identidad cultural (p. 16).

En el *Terre*, el pueblo, nuestra comunidad, se estrechan los lazos de parentesco y se “hace pública la vida privada”. Esta es una cualidad fundamental para el arraigo de las creencias y para

compartir las informaciones culturales. Es el espacio idóneo para conservar las tradiciones, generar mitos y leyendas. Un ejemplo, que más que mito puede ser hecho comprobado, es el del alto consumo cervecero del pueblo tecatense; otro más el de la calidad de su pan (con minúsculas).

Un elemento central en esta reflexión lo constituye sin duda el hecho de que las tradiciones, como los mitos y las leyendas, se reproducen y transmiten fundamentalmente de manera oral. De ahí el extraordinario dinamismo y las mutaciones que sufre la información con el paso del tiempo. El registro privilegiado es la memoria colectiva, la cual es selectiva y se transforma con el paso de las generaciones y los cambios sociales. Esto se ilustra en los trabajos de Fermín Herrera: “Los usos del folklore en California”; de Francisco Moreno, “La tradición oral de los mixtecos en Tijuana”, y sobre todo de Guillermo Hernández: “El corrido ayer y hoy. Nuevas notas para su estudio”, en el cual el autor da cuenta de las contribuciones modernizadoras de Eulalio (Lalo) González en el *Piporro* a través del corrido de Rosita Alvérez.

La palabra hablada permanece aunque las “tradiciones se despidan”, para utilizar el enunciado de don Luis González y González. Es decir, permanece la comunicación aunque cambien sus contenidos. El gran mérito de una obra como la que nos ocupa, es que contribuye a la recuperación de la palabra para lograr su permanencia escrita a través de la recreación de los mitos, leyendas y tradiciones; pero además proporciona un útil examen de la génesis y fundamentos de algunos de los elementos definitorios de la identidad cultural nortehña. No se trata de un inventario exhaustivo, pero sí de un sabroso adelanto para conocer los referentes culturales de la raza.

De nuevo celebro esta obra y más el que Manuel se hubiera decidido por la sociología de la cultura, abandonando su empeño por la ingeniería química.

Septiembre de 1992

¹ José Manuel Valenzuela A. (comp.), *Entre la magia y la historia. Tradiciones, mitos y leyendas de la frontera*, México, Programa Cultural de las Fronteras/El Colegio de la Frontera Norte, 1992, 259 pp.

LETRAS PARA EL TERRUÑO

¿Cómo se manifiesta el amor al terruño? Entre otras formas, refrendando los lazos comunitarios, difundiendo sin tregua las virtudes de la tierra —con el peligro siempre latente de rayar en el chovinismo—; otra más parece ser el esfuerzo por estelarizar el sentimiento, poniéndole letra y música a la querencia. Letristas y cantadores esforzados surgen, la mayoría de las ocasiones sin foro, en todos los rincones de la patria. Personajes, espacio e historia han sido recreados en alguna canción del terruño.

Luchando contra corriente, la tradición oral todavía conserva vigor. Pero la palabra hablada requiere de un decidido esfuerzo para cultivarla, difundirla y lograr su preservación a través de la palabra escrita. La gran mayoría de los artistas locales pasan desapercibidos para los medios de comunicación. Su contacto con las masas populares es horizontal y se reconoce en las festividades y en las desgracias, allí donde haga falta.

En Baja California todavía no realizamos el inventario de autores y letras que hablan de la épica del terruño; tampoco de su vasta producción en general. Dentro de ese cuerpo de creadores regionales destaca uno de los más prolíficos: Fernando *Freddy* Quiñones. Nacido en Tecate en el año de 1928, su trayecto personal y su biografía musical parecen seguir el patrón fronterizo. En su juventud tecatense formó parte de uno de los primeros grupos de música de la ciudad, Los Maniceros, que tuvieron sus mejores noches en El Mocambo, un bar que se ubicaba en la —actual— calle Cárdenas, y que pertenecía al señor Efraín Ferreiro. En 1945

se trasladó a Mexicali, donde realizó una temporada en el Tecolote Night Club, un céntrico bar —ubicado muy cerca de la garita— que con anterioridad al gobierno de Lázaro Cárdenas había sido casino. El dueño del Tecolote, Alfredo Aldrete, hijo de don Alberto Aldrete, quien fuera gobernador del Territorio Norte de la Baja California. En 1946 realizó una gira por el estado, acompañando a la actriz Isabela Corona. Hacia finales de aquel año cruzó la frontera rumbo a San Francisco contratado por la Orquesta de don Merced Gallegos; en esa ciudad californiana prosiguió su trabajo artístico hasta 1954, regresando a Baja California, concretamente a la ciudad de Tijuana. Como para todo artista de aquellos años, el espacio de trabajo era la avenida Revolución. Allí se convertiría en *show man* en el Monalisa y el Ritz, entre otros centros nocturnos. Por esos años también ingresó a la ANDA. En 1959 de nuevo decidió cambiar de aires y se marchó a San Francisco, ciudad en la que permaneció hasta 1983, cuando trasladó su residencia a Chula Vista, California, desde donde siguió cantándole a la vida y a sus amores. Uno de ellos su natal Tecate.

Fernando Freddy Quiñones es autor de por lo menos doscientas canciones, entre boleros y canciones rancheras. De ellas diez están inspiradas en la patria (Tecate) y dos dedicadas a la ciudad de Tijuana. Lugar privilegiado en su producción ocupa el corrido, que es oportunidad para recordar y venerar espacios, reconocer a personajes; en una palabra, representación de la realidad. En ellos se recoge la atmósfera del pueblo, episodios dignos de contar, frustraciones y buenos deseos. Precisamente el pasado 20 de junio (1993) tuvo lugar en Tecate la presentación de un cassette, grabado en esa ciudad, y que contiene tres corridos (*Quiero cantarle a Tecate, Feliz cien años Tecate, Los pioneros*) y tres boleros (*Otro paraíso, Mi virgencita, Dices que te vas, te vas*),

todas letras de su inspiración, interpretadas por la Estudiantina Guadalupana, que dirige Yoly Maldonado. La singularidad de este esfuerzo estriba en que se recogen canciones dedicadas al terruño y de que todo el trabajo de producción y edición se llevó a cabo de manera local, y dirigido por el mismo autor. En síntesis, se trata de un meritorio rescate de la tradición oral que de otra forma, como la gran mayoría de la producción de los artistas locales, se hubiera perdido de manera lamentable.

Concluyo reproduciendo algunas coplas del corrido *Los pioneros*, incluido en la producción:

Fue el año mil ochocientos
el noventa y dos corría
cuando todos los pioneros
que esta colonia habitaran
pedían que esta frontera
se municipalizara...

De fiesta los Federico
los Valenzuela y Santana
Sandoval, Castro y Romero
Rebelín, Valencia y Aldama...

Canta, canta trovador
que mi corazón ya late
aquí termina el corrido
del municipio Tecate.

BIOGRAFÍAS FUNDADORAS

La historia oral es el recurso primordial de las comunidades para preservar su identidad. En los últimos años hemos sido testigos de un creciente interés por parte de los investigadores sociales, en la recuperación testimonial de las historias menudas. Se trata de un valioso reencuentro entre academia e historia popular. Por décadas imperó la falsa creencia de que había historias triviales que no merecían un lugar en los santuarios académicos. Por fortuna, hoy la historia oral goza de buena salud. Para todos parece quedar claro que la historia oral representa un excelente recurso para combatir la desmemoria social.

Sin duda, el valor de la historia oral se acrecienta cuando se trata de recrear el pasado de las pequeñas comunidades; espacio natural de aquellos hombres que nunca han merecido una página en la historia monumental o de los pueblos que a duras penas han logrado llegar al primer siglo de vida. Estos pueblos pequeños y jóvenes que ni siquiera han provocado la reacción de la historia oficial, y que parecen descubrir en el registro testimonial un precioso medio desde el cual reflexionar sobre la construcción de su pasado. Así, el recuerdo de la vida individual y comunitaria ha sido rescatado como fuente historiográfica por la historia oral y/o las historias de vida. Cuando la historia oral recupera la memoria del individuo, no sólo obtiene valiosa información acerca de la vida de ese personaje, sino que realiza el importante registro de la tradición oral, pues el informante transmite su experiencia, pero sobre todo, lo que han dicho otros miembros de su comunidad.

En el caso mexicano, para el reconocimiento pleno de las virtudes de la historia oral como fuente privilegiada de la nueva historiografía, sin duda ha influido profundamente el desarrollo de la microhistoria, que ha tenido en don Luis González y González a su principal promotor e inspirador. Los trabajos pioneros de don Luis demostraron que la historia menuda también era merecedora de distinciones académicas y de que toda acción humana era susceptible de ser historiada. "Todo es historia", por pequeño y simple que sea el objeto de estudio. Para la microhistoria, la historia oral y de vida es un insumo primordial para develar los misterios del terruño. Para conocer el *santo y seña* de nuestras comunidades, para tomarle las huellas digitales a la patria, tenemos que recurrir a la memoria y al testimonio de sus moradores.

Un valioso ejemplo de los múltiples dones de la reconstrucción testimonial nos ofrece el reciente libro de Mayo Murrieta y Alberto Hernández, titulado: *Puente México (La vecindad de Tijuana con California)*.¹ Los autores han reunido nueve bellas y generosas biografías fundadoras de una patria llamada Tijuana. Francisco M. Rodríguez (Boca Brava), Raymundo Carrión, Arturo Pompa Ibarra, Abelardo Plasencia, Héctor Seemann, Isaura Alvarado, Miguel Rivera, Soco Monge y Rubén Vizcaíno, dejan testimonio de un profundo amor y respeto a la tierra que hicieron suya. Nueve historias de vida que son una muestra representativa de la población que construyó esta ciudad. Migrantes todos que llegaron desde el sur del país, surtidos de creencias, sueños y tradiciones, a crecer y sobrevivir en una tierra límite, en un espacio fronterizo. La vecindad con California les obligó a valorar y refrendar sus lealtades nacionales. Aprendieron de la diaria convivencia con una cultura externa, la que muy pronto dejó de ser desconocida. Supieron vivir con y frente a los vecinos. A través de sus biografías percibimos los

valores de una sociedad que registra un fuerte proceso de terciarización económica y una alta movilidad social. Ellos, como gran parte de los pioneros tijuanaenses, lograron ascender en la escala social hasta la clase media fronteriza. De ahí su visión peculiar de la cultura nacional y la representatividad lograda por los autores en su selección.

Para quien esto escribe tres son los testimonios más acabados: "Eramos extranjeros en nuestra propia patria", de Francisco Rodríguez, *Boca Brava*; "Tijuana de Arco", de Isaura Alvarado, y "La ciudad del hombre", de Rubén Vizcaíno. Sin demérito de las historias restantes, me parece que en el texto de *Boca Brava* se refleja claramente la personalidad impactante de un conocido luchador por los derechos de los mexicanos en los albores de la ciudad. En la historia de Isaura Alvarado, el placer del relato de una generosa mujer migrante. El texto de Rubén Vizcaíno representa un mínimo homenaje que la ciudad y sus escritores le adeudan. Defensor apasionado de las letras bajacalifornianas, obstinado filósofo del ser tijuanaense; de quien se puede disentir, pero que estamos obligados a reconocer su valiosa y persistente lucha por ganar espacios para el quehacer artístico y cultural en el estado. Un ejemplo: la creación de la Escuela de Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California.

Mayo Murrieta y Alberto Hernández han logrado reunir nueve valiosas biografías fundadoras de la patria tijuanaense. Esta es ya una obra de consulta obligada para quien se proponga conocer el sino vital de una cultura de frontera.

Noviembre de 1991

¹ Mayo Murrieta y Alberto Hernández, *Puente México (La vecindad de Tijuana con California)*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1991, 195 pp.

GANDHI, RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

A Cristóbal Muñoz R.
y Fabiola Di Caccamo

No se trata de hacer un comercial; simplemente reflexionar sobre ese arte que la modernidad se empeña en destruir y del que sólo van quedando las excepciones que confirman la regla: la conversación, la buena afición de conversar en lugares públicos, preferentemente al amparo de una taza de café acompañada de las respectivas dosis de cigarrillos. Los cafés en el México de principios de siglo cumplieron papel central como espacios imprescindibles para los ansiosos tejedores de crónicas y poemas. Así, en las biografías de escritores de la talla de los Contemporáneos, el famoso grupo sin grupo (Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, entre otros), el café vespertino representa la referencia obligada para emparentarnos con su producción. "El café, lugar donde se ponen a prueba las ideas, se experimenta con ellas, se ejerce la sociabilidad literaria y se practica la tolerancia de la crítica inmediata y fresca, fue el ámbito natural de la 'novísima generación'" (Guillermo Sheridan, *Los contemporáneos ayer, México*, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 69). Pero no sólo ellos hicieron de las excursiones cafeteriles el espacio de sociabilización de experiencias, angustias y conocimientos; en los años cincuenta lugares como el Café La Habana, en las calles de Bucareli, sirvieron

de escenario para fraguar aventuras revolucionarias, como en el caso cubano. A este último se pueden agregar los nombres del Café París, Lady Baltimore y El Sorrento, donde León Felipe, Efraín Huerta y Andrés Henestrosa registraron ideas y notas posteriormente plasmadas en lo mejor de sus obras.

Hoy, en la ciudad de México, la Gandhi "reivindica un espacio que en los años sesenta parecía condenado a ser pieza de museo". Sí, porque la vida moderna no tolera momentos de ocio productivo; es más, el triunfo del positivismo ve con malos ojos la reflexión apasionada y prefiere la televisión sobre la conversación animada. Cada vez los buenos contadores desaparecen; Eraclio Zepeda se va quedando solo en eso de tejer historias.

Para avivar la nostalgia algunos aventajamos a otros. Tal vez por ello cada que retorno al D.F. aprovecho cualquier pretexto para reencontrarme con la Gandhi. No recuerdo cuándo fue mi primera visita; posiblemente en 1977, en pleno fervor huelguístico del STUNAM. No han cambiado mucho las cosas en ese café-librería del sur de la ciudad; los mismos meseros, los mismos ajedrecistas compulsivos, los mismos expropiolibros, los solitarios. Eso sí los precios no son los de antes. Sin embargo la ciudad la tiene sitiada; es difícil resistir la embestida de la modernidad, hagamos votos porque no perezca.

Cuando uno retorna a la Gandhi aprecia su valor y aspira su magia. Angeles Mastretta, con su inigualable sensibilidad, la llama "La hechicera Gandhi"; y sobre ella nos habla:

Cuando yo todavía no me dejaba caer por lo que Fermína Daza sintió como el abismo del desencanto, cuando la prudencia era palabra de viejos, cuando la Facultad de Ciencias Políticas me parecía el centro del mundo, cuando la

ahora vigorosa y significativa librería Gandhi abrió sus puertas, yo creí que ahí sí vendían la magia en bolsitas.

Tengo una amiga que la encontró sentada en el café. Así, de repente, entró con un libro de feminismo en la soledad de cualquier mesa y salió con los ojos ensartados al futuro en común con un desconocido prodigioso. Supe de quienes se conocieron tras los estantes de ciencias sociales y acabaron quién sabe cómo en los de poesía...

Siempre salía de noche, con algunos libros y el puro sortilegio que les cupiera dentro. Afuera nunca encontré nada, lo que de ningún modo mermó mi certidumbre de que en la Gandhi vendían la magia en bolsitas a uno que otro privilegiado.

Así como la Gandhi, El Parnaso o El Agora, algunas cafeterías de provincia —La Parroquia en el puerto de Veracruz, alguna vez El Capuchino en Mexicali— todavía guardan el eco de apasionadas discusiones juveniles, de generaciones forjadas en los albores de Televisa, dispuestas a tomar el cielo por asalto. Sin embargo, no nos engañemos: cada vez son menos los privilegiados o tal vez cada vez son menos los espacios. Aunque la Gandhi, a pesar de todo, sigue cumpliendo la función encomendada. Ayer se discutía sobre LEA, hoy sobre MMH. Vale la pena reproducir los comentarios de David Martín del Campo:

Sobre esas mesas de la Gandhi miramos ojos que nos arrancaron plumas del alma, sin saber sus nombres, sus teléfonos, ¿estudiarían economía? Sobre esas mesas de la Gandhi (como dice el tocayito poeta) escupimos todas las siglas, todos los emblemas, adivinando si la razón le asistía al PMT, o al PCM, o al PAN, nunca al PST, o a JLP, o al PSUM, o a Muamar Kadafi, o a Ives Montand, o a la Divina Angélica Chain, o a la garbosa novelista Malú Huacuja, o a Lucía Méndez, corazón de piedra corazón. O a nadie (y menos a nosotros, por no poder acceder a ellas).

Sobre esas mesas nos desencantamos. Perdimos amigos en el campo de la reproducción de la especie. (Los hemos vuelto a ver, amandilonados, sonrientes, cargando hijos y rentas adeudadas). Algunos de ellos vuelven a la Gandhi, con morbo, como quien asoma al burdelito donde se gastaron los primeros 200 pesos en aras del amor.

Vale, ¿no?

Agosto de 1986

VIVIR LA FRONTERA

UNA COLINDANCIA NECESARIA, UN LIMITE OBJETIVO

*En coautoría con Edmundo Jacobo
Molina*

Puras mentiras. La gente decía que en Chihuahua no había cristianos sino puros apaches. Nosotros teníamos miedo y ganas de verlos, pero nada. Los de allá son como los de aquí, lo que pasa es que a la gente le gusta abusar, contar mentiras, platicar distancias y hacer confusiones, nomás de argüendera. Yo nunca vi un apache.

Jesusa Palancares
Hasta no verte Jesús mío

El interés en nuestro país por el estudio de los problemas y fenómenos de la frontera es reciente. En un lapso muy corto, la realidad fronteriza ha obligado a reflexionar desde perspectivas teóricas y metodológicas novedosas, remolcando visiones anquilosadas y centralistas, para dar cuenta de manera precisa y objetiva de los complejos fenómenos que se producen en esta vasta región del país.

La crisis, sobre todo las estrategias instrumentadas para paliarla, así como la creciente complejidad de las relaciones con los Estados Unidos de América, han abierto la caja de Pandora por donde ha saltado a la vida nacional la problemática fronteriza. La crisis ha obligado a pensar en un nuevo modelo de desarrollo, en la

necesidad de modernizar al conjunto de la sociedad mexicana, transformando las estructuras económicas, políticas y sociales.

Hasta ahora, el énfasis ha sido puesto en la recuperación de la actividad económica, cuestión que ha sido planteada a través de la reconversión industrial y de una mayor integración del país a los mercados internacionales —vía maquiladoras, GATT, apertura comercial y de inversiones—. Dentro de este nuevo esquema de desarrollo, la frontera norte resulta el espacio privilegiado para su instrumentación. Por su ubicación geográfica, no sólo es la lógica plataforma de exportación y asentamiento de industrias cuyos productos tienen como destino los Estados Unidos de América, sino que al mismo tiempo es puerto de entrada de capitales, mercancías, tecnología y, con todo ello, de los cambios políticos y culturales que el mundo vive.

Por largo tiempo la frontera fue vista como espacio en el que enraizaban los elementos más corrosivos de la nación: desnacionalización, provincianismo, barbarie, pragmatismo, reivindicación ilimitada del *american way of life*. Las investigaciones recientes han servido para avanzar en el conocimiento de temas y fenómenos que el olvido y desdén hacían presa de fáciles estereotipos. Se ha podido comprobar la falsedad de la idea generalizada de que los habitantes fronterizos son, por definición, pronorteamericanos. Efectivamente, existen tales manifestaciones pero no son ni el resultado único del *fatalismo* de la vecindad, ni exclusivas de esta zona; las encontramos a lo largo de todo el país y debidas a múltiples causas, desde posiciones de clase hasta la homogeneización que los medios masivos de comunicación y las nuevas pautas de consumo han producido.

En la frontera, lo nacional se vuelve tangible a través del contraste cotidiano con lo externo: "Somos de la frontera, carnal, y

a los güeros los *washamos* todos los días"; ahí difícilmente se pueden construir los mitos que surgen en otras regiones del país. Sin duda, la vecindad con el país más poderoso del mundo capitalista es un elemento que permea la vida fronteriza, pero no como un problema moral, sino como fenómeno económico, social, político y cultural.

Una frontera: dos concepciones

Sabemos que las relaciones entre los dos países no son de igual a igual. Nos encontramos frente a dos economías, dos culturas, dos sociedades que, merced a la cercanía, intensifican su convivencia. Obviamente las repercusiones de tal vecindad tendrán efectos y significados distintos para los dos países. Median grados de desarrollo, necesidades y posibilidades diferentes. Se trata en muchos casos de hechos incontrastables y divergentes, aunque entre los dos países se hayan constituido zonas —económicas y políticas— convergentes que imponen mutuas dependencias y obligan a la negociación permanente. La frontera es lugar de confluencia y, por lo mismo, escenario privilegiado en el que los esfuerzos diplomáticos se materializan, así como las presiones y tensiones entre los dos países se viven con mayor intensidad.

Para Washington, Latinoamérica es el *traspatio*, su área natural de influencia, el espacio sobre el que se extiende su soberanía y en el que se intenta ejercer ampliamente su noción de seguridad nacional. Su definición de la frontera con México resulta de una concepción amplia y otra restringida de la nación. Desde la óptica de la primera, los límites nacionales no deben tener más restricciones que las que impone el mercado; sólo así se entiende la ya añeja iniciativa de un mercado común norteamericano (Canadá-

Estados Unidos-México), así como las presiones para flexibilizar la ley mexicana de inversiones extranjeras, las iniciativas para hacer más fluido el tránsito de mercancías e, incluso, la evidencia inobjetable de un mercado de trabajo en el que la oferta y la demanda se imponen a cualquier normatividad en materia de migración.

Desde la concepción restringida de nación, a los norteamericanos se les impone el etnocentrismo, la ideología, la necesidad de reafirmar *lo americano* en contraste con lo otro, el subdesarrollo. Sin embargo, aquí está también presente el ingrediente objetivo de la política, la frontera con México es potencialmente explosiva en la medida en que es el límite tras el cual se inicia la incertidumbre, la inestabilidad, el cambio, el avance socializante o, ya en el extremo, de donde proviene la *invasión silenciosa*.

La concepción y la política estadounidenses con respecto a la frontera con México han estado cruzadas tradicionalmente por la dicotomía que resulta, por una parte, de la demanda objetiva del mercado capitalista y, por la otra, de las restricciones que a la política internacional —del Departamento de Estado o del Pentágono— le imponen las condiciones nacionales de los países al sur del río Bravo, sobre las que resulta difícil extrapolar modelos, y si no que lo diga la historia reciente de Latinoamérica.

Para México la frontera norte es —aun en estos momentos de modernización y apertura comercial— delimitación del espacio soberano. En la medida en que la frontera tiende a desdibujarse, sea por factores económicos o culturales, incide directamente en el ejercicio estatal, al abrirse la posibilidad de que las reglas del sistema político vigente se vean alteradas, restringiéndose el margen de maniobra gubernamental. Además de razones económicas, a la lógica anterior obedece la definición de la región como área estratégica y prioritaria para la actual administración federal.

La frontera norte, hoy más que nunca, puede llegar a constituirse en polo de desarrollo alternativo, capaz de atraer capitales y fuerza de trabajo; es ya en estos momentos importante válvula de escape de la tensión que la crisis ha provocado. Para que esta posibilidad se convierta en realidad es necesario abandonar los viejos prejuicios, tanto los provenientes de un nacionalismo trasnochado que ve en toda apertura fronteriza una forma de entreguismo o penetración, así como aquéllos derivados de una concepción ingenua, según la cual la resolución a todos los problemas del país está en el mercado internacional, específicamente en el estadounidense.

Por franja un mosaico

La franja fronteriza no es un espacio homogéneo, aunque los estados y municipios que la conforman compartan características primarias que posibilitan su identificación, como sería la vecindad, zona receptora de flujos migratorios, de intercambios económicos desiguales (inversiones, consumo), entidades relativamente jóvenes con bajos índices de analfabetismo, etc. A pesar de todo, se requiere matizar y precisar las particularidades estatales. Los procesos políticos recientes han probado con creces que las diferencias en la expresión política de problemas semejantes sólo se explican a partir de las características peculiares de cada uno de los estados norteros.

Estas características, que distinguen a las entidades y municipios fronterizos, se derivan de tres rasgos fundamentales:

- 1) La base sobre la que se ha sustentado tradicionalmente la economía de cada región (maquiladora, industria, comercio, agricultura, ganadería).

- 2) La forma en que cada una estructura sus relaciones políticas con el centro del poder federal y sus vínculos económicos con el

resto del país (mayor o menor margen de autonomía respecto del centro, mayor o menor vínculo o dependencia con el mercado interno).

3) El estado de la Unión Americana con el que se colinde es de fundamental importancia. Es distinto el impacto que la vecindad con California puede producir, a la que genera cualquier otra colindancia. En el primer caso, hablamos del estado más desarrollado de la Unión (novena economía mundial), con una alta integración al mercado internacional (pieza clave en la Cuenca del Pacífico), vanguardia tecnológica, cuya dinámica demanda un tipo de industria, máquina, materia prima y fuerza de trabajo adecuadas a sus niveles de desarrollo. En el otro caso (Arizona, Nuevo México y, en muchos sentidos, Texas) se trata de entidades más enlazadas con el mercado interno estadounidense y comprometidas generalmente con productos y procesos de trabajo tradicionales. Estos fenómenos marcan diferencias, las que se refuerzan con el hecho de que hasta hace poco tiempo (siendo aún tortuosas las alternativas nacionales que se ofrecen) la única posibilidad para recorrer el norte del país a todo lo largo era utilizar el *freeway*; de otra manera el viaje nos obligaba a un constante subir y bajar del norte al centro, reproduciéndose aun en esto la lógica del poder centralizado.

La otra frontera

La frontera norte, como objeto de estudio, ha diversificado su oferta. Siguen siendo temas centrales la migración, las maquiladoras y el crecimiento urbano; pero a ello se ha añadido el interés por la secuela problemática que la modernidad deja a su paso. Las sociedades norteñas se han complejizado: en los municipios tipifi-

cados como fronterizos viven y sobreviven aproximadamente cuatro millones de mexicanos que reclaman espacios democráticos, educativos, de servicios y que, a través de su quehacer cotidiano, crean nuevos fenómenos sociales y culturales. Las acciones individuales y colectivas de los diferentes actores sociales han dado lugar a movimientos de impugnación al centralismo, hacia las formas verticales del ejercicio del poder político y por la reclamación de un justo reparto del suelo urbano.

Mujeres, jóvenes, migrantes, sectores medios y empresarios reivindican, cada vez con mayor fuerza, el derecho a una amplia participación en la definición de estrategias para el presente y futuro inmediatos. Los sectores sociales, desde su concepción de lo que debe ser, enarbolan demandas, proponen opciones y ponen a prueba sus recursos.

Octubre de 1987

PASAPORTE NO LO TENGO PORQUE NUNCA ME LO HAN DADO (Experiencias de un cruce indocumentado)

En coautoría con José Manuel
Valenzuela Arce

El 31 de julio de 1986, acompañados por Rosa Martha Fernández, decidimos compartir la ruta de los migrantes que se internan indocumentados a Estados Unidos. Proceso que se inicia en los lugares de origen con rupturas, desencanto y esperanza. Sentimientos que en la línea fronteriza devienen en temor generacional, sagacidad o indefensión.

El escenario

Tijuana, ciudad de contrastes, en cuyo seno se perfila la modernidad y pervive la leyenda negra; lugar de diversión de fin de semana para los ávidos adolescentes norteamericanos que buscan en la avenida Revolución paliativo a sus frustraciones; destino natural de migrantes en busca del paraíso perdido; ciudad que presenta una dinámica poblacional intensa —de 1980 a 1986 la tasa de crecimiento anual fue de aproximadamente cinco por ciento—, lo que influyó para su crecimiento urbano anárquico. A esta ciudad arriban diariamente cientos de compatriotas y centroamericanos dispuestos a iniciar una aventura que promete el cambio de posición social. Si bien los costos de traslado del centro del país hacia la frontera se han incrementado marcadamente, en

términos absolutos la afluencia de migrantes no ha decrecido. Con sólo echar un vistazo por la central camionera de la ciudad uno puede percibir el intenso flujo de personas, que en esta ciudad encuentran su refugio dentro del territorio nacional, y ante el cual sólo se abren dos opciones: intentar el drama del ascenso social por la vía del cruce fronterizo o decidirse por la residencia temporal en este último rincón de la nacionalidad. Optar por alguna de estas alternativas está en función de las posibilidades de sobrevivencia y el mejoramiento en las condiciones de vida.

En Tijuana las opciones de cruce fronterizo son variadas: la Mesa de Otay, Playas de Tijuana y el Cañón Zapata; son los puntos de cruce más recurridos y cuyas preferencias se definen por el conocimiento del lugar y el monto del capital del que se disponga para intentar la *pasada* con éxito. De estos tres puntos el Cañón Zapata, localizado en la colonia Libertad, es el que registra el número más alto de cruces diarios. Los *polleros* de la zona —según nos informaban— estiman un promedio de cuatro mil migrantes por jornada en temporadas altas (primavera y verano).

Los accesos al lugar y su trazado natural impactan al observador. En ellos se percibe todo el escenario acondicionado para la función. Corredores y puentes con ingeniosos diseños populares; puestos de observación sin un ápice de rubor, actores de un drama sin guión; *migras* y *polleros* con sus papeles bien conocidos y una escenografía natural que no podría ser más apropiada. Todos prestos, al caer la tarde, para dar inicio, como siempre, a una representación más del *show (business)*.

El Cañón Zapata es una formación natural en cuyo centro se dirime el futuro de la fuerza de trabajo de exportación. Los cerros y las laderas de uno y otro lado observan el paso nocturno, sigiloso, de cientos de personas que prefieren el riesgo de cruzar la frontera

a las promesas de campaña; los ingresos por sobre los discursos. Arribar al Cañón Zapata en autobús, desde el centro de la ciudad, tiene un costo de 125 (viejos) pesos. A la entrada un letrero nos anuncia "A Los Angeles" y la flecha apunta hacia la utopía (¿quién expropió este anuncio que ayer señalaba la ruta del progreso en un cómodo y funcional *freeway made in USA?*).

En la planicie del cañón, espacio ganado a los gringos, se reproducen los hábitos e instrumentos del comercio mexicano, combinados con una estructura inverosímil de exposición de artículos para el *viaje*: puestos por doquier, vendedores ambulantes; tianguis de la esperanza que ofrece desde: *tenis* de tres dólares, suéteres de uno, tequilita pa'l frío, tacos de carnitas, buche, chicharrón; canelitas con alcohol de 96 grados y capacitación sobre el cruce indocumentado. Aquí en el Cañón Zapata uno se va haciendo a la idea del futuro prometedor que le espera allá, nomás cruzando la lomita.

Zonas y conflicto

Después de salvar innumerables obstáculos en su recorrido —transportación, retenes aduanales, inclemencias climáticas, separación de bienes y familia—, el migrante que llega a Tijuana todavía ha de enfrentar mayores riesgos: burlar la severa vigilancia y las presiones de todos los que participan en este *negocio* de la exportación de fuerza de trabajo hacia los Estados Unidos. La policía mexicana hostiga con frecuencia a los migrantes, cobrándoles una cuota aproximada de diez mil —viejos— pesos (según la información que nos fue proporcionada por éstos últimos) cada vez que les sorprenden en las inmediaciones de la zona de cruce e incluso en el centro de la ciudad, guiándose por su apariencia *sospechosa*.

Los vecinos del Cañón Zapata relatan con lujo de detalles las aprehensiones que realiza la policía municipal, convirtiéndose en testigos de la extorsión. Si uno realiza el recorrido hacia el cañón, puede comprobar fácilmente estos hechos vergonzosos. Comúnmente los vigilantes del orden se apostan en las entradas al cañón en espera, no sólo de las personas que van llegando al lugar, sino de los candidatos al paraíso, cuando son obligados a regresar por la *migra*. Entre ésta y la policía mexicana forman un cerco a los asustados *pollos*. La táctica se utiliza también en las otras zonas de cruce, es decir, prácticamente a todo lo largo de la Línea internacional; vicisitudes del tránsito hacia la esperanza.

Otro de los obstáculos a vencer por los candidatos a trabajadores indocumentados lo representa la presencia acechante de los *bajapollos*. La actividad de tales personajes se caracteriza por sus temerarios ataques a los migrantes, ataques cuyo móvil es el despojo de sus pertenencias —es práctica generalizada que los *pollos* liquiden los servicios a los *polleros* una vez que el viaje concluye, cuando son trasladados a su lugar de trabajo—. Esto legitima a los *polleros* ante los migrantes, pues representa un gesto de honestidad y los protege ante las posibles aprehensiones por parte de la *migra*; pero a la vez convierte a los indocumentados en objeto de asaltos y vejaciones por parte de los *bajapollos* y en ciertas ocasiones por parte de los mismos *polleros*. Generalmente su radio de acción se circunscribe a la *tierra de nadie*, a las inmediaciones del Cañón Zapata, en ese terreno ganado a los vecinos pero que todavía no nos pertenece. En realidad el peligro de ser asaltados por los *bajapollos* está presente durante todo el recorrido, y a ello agregamos que en la madrugada los nervios se tensan multiplicando los temores. Tampoco es seguro que el asalto se limite a la expropiación de los bienes, sumándose el asesinato al

inventario de desventuras. Como dato confirmador podemos agregar que dos días después de nuestro recorrido (2 de agosto de 1986) fueron asesinados nueve migrantes en el Cañón Zapata, ya dentro de territorio norteamericano, presumiblemente por estos mismos *asaltapollos*.

Paradojas de nuestro destino, pero los migrantes —y ésta es opinión generalizada, como lo pudimos comprobar— temen más a la aprehensión por parte de la policía mexicana que por las patrullas fronterizas del SIN (Servicio de Inmigración y Naturalización) de los Estados Unidos, popularmente conocidos como los *migras*. Sin embargo, la *migra* también representa un factor de tensión y conflicto para los indocumentados. En ella se corporizan los elementos deleznable de la seguridad norteamericana, cuya nota dominante será la intimidación, la burla y el desprecio hacia los morenos, la gente de color, los sureños. En el inventario de recursos para la represión hacia los indocumentados aparece como dominante la agresión verbal frente a la agresión física, aunque nunca se excluye ésta última como recurso de poder.

Contactos y redes

En Tijuana son tres las zonas estratégicas para el reclutamiento de migrantes: la Central Camionera, el Mercado Municipal y la Zona Norte. En estos tres puntos de la ciudad se desarrolla la actividad de los enganchadores de la fuerza de trabajo. Sin reparar en sutilezas, los enganchadores —punta de lanza del comercio de mano de obra, primer contacto del migrante con la frontera— abordan burdamente a todo aquel que presente aspecto de indocumentado, aquel que cumpla con el estereotipo del migrante (ropa vieja, andar pausado, mirada temerosa). Al margen de la

clandestinidad, el enganchador realiza su trabajo de agente de viajes: proporciona horarios de cruce, tarifas, lugares de destino e información general sobre el tránsito al país de la esperanza. Es en la Zona Norte, zona del centro de la ciudad conocida como la *Cahuila*, donde se realizan intensamente las actividades de reclutamiento y selección, pero a la vez se trata de una inmensa sala de espera para la mano de obra indocumentada. En el tránsito hacia los Estados Unidos, la Zona Norte es el lugar de *esparcimiento* natural de los migrantes; espacio donde se dirimen querellas amorosas, se resuelven con hombría las desventuras y se planea el paso hacia Estados Unidos. La Zona Norte es la versión mexicana de la norteamericanizada avenida Revolución en fin de semana. Un hecho corrobora nuestras apreciaciones: en la *Cahuila* la red hotelera iguala en número a cantinas y expendios de comida. (Para la posteridad: en los hoteles de la Zona se aplica tarifa doble a quien requiera hacer uso de sus instalaciones por algunas horas, resultando a mitad de precio para quien lo solicite por todo un día, es decir, tarifa para indocumentados).

Los *polleros* o *guías* representan un ingrediente fundamental en la infraestructura de la migración. Conocidas son sus actividades en el medio. Como dato adicional se podría agregar que ellos definen su trabajo como *servicio social*. En la exageración destaca la ironía: son imprescindibles para el cruce indocumentado. ¿O es que puede prescindirse de sus servicios dada la *ilegalidad* del comercio de la fuerza de trabajo? Un dato impactante está dado por la participación femenina en las actividades de exportación: si bien la gran mayoría de *guías* son hombres, también fue posible contactar mujeres *polleras*, las cuales, además, mostraron gran disposición para el diálogo. Una de ellas afirmaba tener diez años prestando sus servicios en las mismas condiciones que los *polleros*.

Lo que no puede negarse es que este tipo de actividades encierran un doble peligro para las mujeres debido a la violencia sexual de que han sido víctimas tradicionalmente, de ahí tal vez su desproporción numérica en relación con los hombres.

Una de las labores que pasan desapercibidas en los estudios sobre la migración indocumentada es la desarrollada por los *choferes*, encargados de hacer llegar a la mano de obra hasta las casas de distribución indocumentada y de ahí a los centros de trabajo. Si bien en muchas ocasiones los *polleros* o *guías* realizan estas actividades, sobre todo cuando se dedican de manera individual al cruce de migrantes, existe un numeroso grupo de personas que deciden correr los riesgos de su profesión junto con los *polleros*. Algunos son residentes legales en Estados Unidos — *green cards*, la mayoría de las veces; ciudadanos norteamericanos de origen mexicano, en otras—. Cuando se trata de residentes legales, excepto ciudadanos norteamericanos, adicionan a las sanciones de privación de la libertad, el peligro de la repatriación forzada. A pesar de ello, los elevados ingresos que proporcionan estas labores, propician el aumento en la oferta de conductores de indocumentados.

Serán sin duda los *rancheros* norteamericanos los grandes beneficiarios del negocio de exportación de mano de obra. Existen ágiles redes de comunicación entre aquéllos y los *polleros* en términos de la definición de las necesidades de fuerza de trabajo, fundamentalmente en lo que se refiere a las labores agrícolas californianas. La información captada indica que los *rancheros* se encuentran en permanente contacto con los *polleros* para determinar la cantidad de indocumentados que deberán trasladar y que son requeridos en las diferentes zonas agrícolas. Este dato comúnmente pasa desapercibido, con lo cual se vela un ingrediente

básico en el análisis de la migración hacia Estados Unidos; y sin embargo, es el elemento central para la comprobación de las necesidades de inmigración de fuerza de trabajo en aquel país. En las recientes discusiones sobre la Ley Simpson-Rodino, en Estados Unidos, las referencias a este último e importante ingrediente del problema están ausentes. Difícilmente hubieran podido sostener sus prejuicios contra la mano de obra indocumentada, de reconocer su oferta y necesidad de fuerza de trabajo subpagada.

El Cañón

Llegamos como a las tres de la tarde; desde lo alto del cerro se observaba el cañón, inhalador permanente de ilusiones. La columna se uniformaba en tonalidades oscuras: mimetismo armonioso de la noche. La interrogación nos sorprendió desde un cuartito de cartón: “¿Se quieren pasar?”, era un joven de éstos que envejecen más temprano, los ojos rojos y sonrisa sincera. No, nada más queremos ver; pues vénganse, “diaquí se ve mejor”, y se hizo a un lado ofreciéndonos parte de algo que en otros tiempos fue un sofá, y su experiencia de vigía: “Antenoche violaron aquí abajito a una muchacha; aquí en corto ...sí; pasa seguido”. Vivía en un cuarto de tres por tres, junto con su hermano y su padre: “Mi jefe se la pasa pisteano desde que lo dejó mi jefa... No, ya pisteano desde antes, si por eso lo dejó”.

Finalmente bajamos y cruzamos la Línea. Había cientos de personas distribuidas en grupos pequeños. Algunos deambulaban incansables, la mayoría permanecía sentada, en silencio. En algunos de los grupos, los *polleros* daban instrucciones precisas sobre el recorrido; la necesidad se transformaba en fe refrendada por el *pollero*: “Si siguen las instrucciones y no se apendejan todo va a salir bien”. Las anécdotas recientes se compartían “nos agarró

el *mosco*... aquí nomás nos aventaron...”, “a mí me chingaron policías mexicanos, éstos están más duros”. Al mismo tiempo llegaban las ofertas: “¿Para dónde van?”, “si van a Los Angeles órale, porque ya nos vamos”. Conforme se *apagaba la vela* (oscurecía), se iniciaron las primeras escaramuzas; grupos que avanzaban y eran perseguidos por la *migra* ante la complicitad vuelta gritos y risas: “¡Aguas!”, “¡Ai les van”, “Córranle pa'l otro lado!”, “Ese güey ya se cayó”. El escenario se iba completando y los grupos tomaban posiciones; la noche, el traguito y la esperanza componían el cuadro.

El viaje

El primer elemento a evadir era la extorsión de la policía mexicana; práctica común en nuestra frontera. Después, cruzar la Línea y esperar la noche en una franja pequeña; lugar donde la ociosidad de la persecución la ha convertido en tierra de nadie. Ahí se encuentra el tianguis de la esperanza.

Por razones económicas llegaríamos sólo hasta San Diego. El trato con el *pollero* se había establecido de tal manera que le pagaríamos —150 dólares por cada uno— al llegar a San Diego, donde un primo de Rosa Martha pasaría a recogerlos y entregaría el dinero. Pronto establecimos el contacto e hicimos trato con un joven no mayor de 23 años, de nombre Joaquín. Mientras esperábamos a que anocheciera, la escena de la tarde anterior se repetía como en una vieja obra donde todos conocen sus papeles.

En la tarde los *polleros* reunieron al *gentilicio* e iniciamos la marcha. Primero avanzamos en grupos compactos “juntitos, no se separen”—, como recurso de protección a posibles asaltos; después, pasada la zona de los *bajapollos* apareció Goliat en

patrulla; Goliat a caballo; Goliat con perros adiestrados, Goliat en el *mosco* lanzando las luces que petrificaban la esperanza de aquellos a quienes sorprendía.

Eramos cientos, incluidos ancianos, ancianas, niños y niñas, mexicanos, centroamericanos, todos latiendo al ritmo de los descuidos reales o calculados de la *migra*. Sombras que corrían, desaparecían, se fusionaban, conducidas por la voz mesiánica del *pollero*. Un grito de zozobra estremeció los chamizos, rompiendo el pacto implícito de silencio: “¡Negraa!”, “¡Negraaa!”. “¡Juntitos, no se separen!”, ordenaba nuestro guía —“¡Métnense en esos matorrales!”—; y luego, en un susurro: “Ya se perdió una”.

Caminábamos tensos por la zona de los *bajapollos*; a pesar de las precauciones, nuestros movimientos eran torpes y ruidosos, cuando menos en comparación con la gran agilidad de Joaquín, nuestro guía, quien conocía a la perfección las veredas y donde menos sospechábamos nos descubría algún escondite. Sorpresivamente, topamos con un grupo de personas que se encontraban agazapadas. Era un grupo numeroso que silenciosos nos veían; “avancen rapidito... juntitos, no se separen”, ordenó Joaquín. Apenas los habíamos pasado, cuando una voz nos puso fríos. ¡Hey!, “rapidito, no se separen”, repitió Joaquín, pero los pasos a nuestras espaldas nos obligaron a voltear. Uno de los que estaban en el grupo se dirigía a nosotros, mientras otros se levantaban; esperamos tensos: “oigan, se nos perdió un grupito, ¿no se lo encontraron por ahí?”.

Joaquín nos ordenó esperar escondidos debajo de unos arbustos; ahí aprovechamos para ver las estrellas y así robarle un espacio al sobresalto. Por no poder conversar, era el momento de sistematizar imágenes e ideas; de recordar el antecedente académico pionero: *El espalda mojada: informe de un observador*

participante, de Jorge A. Bustamante; de pensar en los que ya habían aprehendido y en esos momentos irían derrotados en un carro de la *migra*, quizá planeando un nuevo cruce; o a los que les fue peor y fueron sorprendidos por los *bajapollos*; en la seriedad de Joaquín, sabedor de que si la *migra* lo identificaba como *pollero* le correspondían varios meses de cárcel; en el cumpleaños, pues alguien señaló que pasaban de las doce y habíamos entrado a otro día, y bajo los arbustos se generó una leve secuencia de abrazos para Manuel, el festejado.

La reflexión terminó cuando el *pollero* ordenó continuar; las sombras se incorporaron y reiniciamos la marcha, seguidos por un grito recurrente, casi llanto: “¡Negra, Negra!”. Llegamos hasta un túnel; era una tubería como de metro y medio de diámetro. Debíamos avanzar por ella poco a poco; el tubo se fue tragando la luz de la noche; nuestros pasos resonaban con fuerza inaudita para el silencio que se nos había exigido. Caminábamos agachados, entre tropiezos ocasionales, charcos de agua y un objetivo inmediato: observar el nacimiento de la luz que indicara el final del túnel.

Finalmente llegamos a una loma; desde ahí veíamos Chula Vista (el mito), sólo nos separaba la enorme carretera de concreto; Joaquín dio las instrucciones: debíamos correr hasta la mitad del *freeway*, teniendo mucho cuidado de una barda que se extiende por el camellón; “¡muchos cuando corren se encandilan con las luces y no ven la bardita, así que chocan con ella y por eso los atropellan!”. Después de cruzar el *freeway*, nos escondimos entre una cerca y unos árboles de un parque recreativo. Ahí permanecemos, mientras Joaquín fue por un carro que previamente había estacionado en un lugar cercano. Antes de partir, dejó instrucciones acerca de la manera de cómo deberíamos abordarlo.

El recorrido de Chula Vista a San Diego se cubre en pocos minutos; sin embargo, siempre fuimos agachados, sólo Joaquín y una de las muchachas eran visibles desde el exterior. Pronto llegamos a San Diego, y a los pocos minutos Joaquín señaló: “Ya pueden levantarse”. Por los nombres de las calles y por el estilo, nos fue fácil reconocer que nos encontrábamos en el Barrio Logan. Un barrio habitado principalmente por chicanos y mexicanos, ubicado en el sur de San Diego. Este barrio es muy conocido a partir de la lucha que dio la comunidad por conseguir que el área localizada debajo del puente Coronado Bay Bridge, se construyera un parque y no una estación de policía como estaba previsto. Este conflicto culminó con la toma del parque (Chicano Park) por activistas de la comunidad en 1970. Posteriormente, artistas de la comunidad se dieron cita en el barrio chicano para pintar murales y celebrar el aniversario de la toma del parque. Esta práctica se sigue realizando hasta la fecha.¹

Entramos a una casa descuidada. Sillones, catres y colchones como único mobiliario evidenciaban su función: lugar para pernoctar y esperar la salida (principalmente a Los Angeles). Dos individuos alcoholizados gesticulaban y platicaban sobre sus proyectos con unas *Coors* en las manos. En una de las puertas se establecía el límite por quien debía ser el más alto de la jerarquía: “favor de no pasar sin consentimiento/es todo/El Rafa”.

Nota final

La elástica cuantificación de la magnitud del fenómeno de la migración indocumentada hacia Estados Unidos ha permitido el manejo de cifras que van de uno a catorce millones.

Diversos estudios demuestran que los trabajadores indocumentados representan un beneficio para la economía estadounidense, tanto por su vulnerabilidad y sobreexplotación, como por su mayor participación en relación con los impuestos que pagan frente a los servicios sociales que reciben. La enmienda texana de 1952 permitía abiertamente a los patrones la contratación de trabajadores indocumentados: así, mientras se permite la contratación, se penaliza al indocumentado, generando mayor abuso y explotación sobre el trabajador.

La manipulación política del fenómeno migratorio por Estados Unidos ha sido práctica recurrente; pero en los últimos años ha llegado a niveles grotescos, asociándose la inmigración de trabajadores indocumentados con el incremento del consumo de drogas.

La reciente aprobación de la Ley Simpson-Rodino, aunque introduce cambios formales en las reglas de contratación de mano de obra indocumentada, se empeña en ignorar las necesidades de fuerza de trabajo de la economía norteamericana, teniendo por objeto mantener su vulnerabilidad. Muchas injusticias, violaciones y muertes permean la migración de trabajadores a Estados Unidos.

Septiembre de 1986

¹ Para una historia detallada del Parque Chicano, véase Eva Cockcroft, "La historia del Parque Chicano", en *A través de la frontera*, México, Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, A.C./Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1983, pp. 163-172.

LAS DAMAS BIEN DE LA FRONTERA

Lugar central en la prensa provinciana ocupan las secciones de sociales y deportivas. Particularmente las primeras representan escaparates clasemedios de una bonanza que ni la crisis ha podido arredrar. *Las sociales* difunden aquella cara de la sociedad que aspira a la trascendencia y al reconocimiento universal. "Al salir en sociales me olvido de todas las calamidades y desgracias en que nos ha metido el gobierno". Los sectores medios y altos han sido los mejores promotores de la idea estilizada de que no hay mejor sociedad que la ofrecida por la prensa.¹ Un hecho paradójico: si los invitados al *party* son escrupulosamente seleccionados, las páginas de sociales se encargarán de proveer espectadores.

Los clubes sociales

Por su persistencia en la oferta, los clubes sociales organizados en torno a objetivos filantrópicos se han convertido en piedra angular de sesudas columnas *sociales* y *culturales* (*sic*). Llevar a cabo un rastreo hemerográfico de su actuación nos permitiría reconstruir la biografía de una parte importante de los sectores medios provincianos. Sin ningún ánimo machista me atrevo a plantear la hipótesis de que dichos clubes han servido como medio articulador de acciones colectivas de mujeres de ingresos medios y altos. En su interior se gesta la participación social, cultural y política de mujeres que aprovechan su tiempo libre para "hacer el bien", sintiéndose

mejor, porque "pues es bonito ayudar a los necesitados, a los desvalidos dando algo de uno desinteresadamente". Yadeys, Myentras, Soroptimistas, Rotarias, etc., son sólo algunos de los numerosos clubes que en Baja California se desenvuelven. Evidentemente que también la población masculina cuenta con dignos representantes; pero en números absolutos y persistencia pública las mujeres llevan la delantera.

EL Club de Mujeres de Caléxico

Los clubes femeniles poseen una larga historia en nuestra frontera. Como sabemos, algunas ciudades mexicanas surgieron al amparo de sus vecinas norteamericanas. Por ello han estado estrechamente vinculadas —económica, social y culturalmente— a lo largo de su crecimiento. Este es el caso de Caléxico y Mexicali, fundadas al calor de una importante producción agrícola². En ellas es difícil diferenciar con certeza las fronteras culturales y demográficas. Las organizaciones primarias, tipo clubes sociales, tienen a ambas ciudades como su radio natural de acción e influencia. De ahí que sean perfectamente identificables sus estructuras orgánicas y las funciones encomendadas. Por ello me permito ofrecer un documento histórico singular, útil para recrear la biografía de los clubes sociales y que sólo gracias a la fecha (1924), podemos ubicar en el pasado. El documento procede del libro de Aurelio de Vivanco: *Baja California al día. Distritos Norte y Sur de la península, s/e, 1924, (Lower California, Up to Date, North and South Districts of the Peninsula)*, consultado en la Sociedad Histórica de San Diego (San Diego Historical Society). Se presenta en seguida el texto referido:

Con mucha satisfacción damos cuenta de los progresos hechos por este club en Caléxico y, de una vez, manifestamos nuestros vivos deseos porque esta clase de instituciones se extendiera, tomándose con interés, en todas las poblaciones de nuestra patria y, en general en la América Latina.

Los benéficos resultados de los Clubes de Mujeres, organizados como lo están en Estados Unidos, son del todo indudables porque despiertan actividades en la mujer en ciertos sentidos en que no está familiarizada en nuestros países. Mucha de la grandeza de los Estados Unidos, depende de la acción social de sus mujeres, éste es un hecho de observación palmaria reconocido por todos.

Los Clubes de Mujeres de la Unión Americana cuentan con cerca de tres millones de miembros. En el solo estado de California, 70,000 mujeres pertenecen a esta organización. Refiriéndose a esta sección del país el Presidente Coolidge ha dicho: "Nuestras mujeres están llevando el trabajo más allá de donde los hombres lo podrían hacer".

Estos clubes son organizaciones meramente cívicas y se proponen promover las actividades sociales en todos los órdenes de la literatura, la educación, filantropía, civismo, salubridad pública, etc. Para llevar a efecto estos propósitos están divididos en secciones y cada una de éstas elige un Comité Directivo que toma la iniciativa en todos los asuntos. Hay 22 de estas secciones y las más importantes son:

Arte: Adornar el hogar llevando las mejores pinturas y embelleciéndolo.

Educación: Estimular la educación. Con este objeto se ha establecido un sistema de premios que discierne el mismo club.

Conservación: Conservar los bosques, árboles, pájaros, etc.

Historia y lugares históricos: Estimular el culto de los grandes hombres nacionales. A este respecto es muy digno de mención lo que estos clubes han hecho con sus peregrinaciones a los lugares históricos de Lincoln.

Salubridad pública: Proponiendo a la higienización de las ciudades, hogares, etc.

Higiene del niño: Lo que su nombre indica.

Drama: Preparar los programas y organizar las representaciones que sean convenientes para levantar fondos.

Relaciones: Para el fomento de las relaciones con las instituciones análogas y otras.

Publicidad: Para hacer conocer las actividades de la organización y llevar a cabo sus fines, etc.

Los Dignatarios del Club de Mujeres de Caléxico son:

Sra. R. L. Glasby, Presidente.

Sra. Hudson Boatner, Prim. Vicepresidente.

Sra. J. O. Butts, Segundo Vicepresidente.

Sra. George Willoughby, Secretario.

Sra. E. F. King, Tesorero.

Estos clubes, por otra parte, por su sana adhesión a las leyes del país, contribuyen, con su influencia moral y prestigio, a que se les respete extendiendo asimismo su acción moralizadora. Para concluir no vacilaremos en afirmar que estas organizaciones constituyen uno de los mejores baluartes de la defensa social, sobre todo en momentos como los de la presente actualidad histórica.

Agosto de 1987

¹ Para Federico Campbell, "el periodismo de *sociales* se inscribe en una peculiar tradición de los diarios capitalinos, la de la crónica social, el recuento de bodas, quinceañeros, bautizos, fiestas, despedidas de soltera, y que tuvo en los años sesenta como figuras cumbre a Rosario Sansores, Agustín Barrios Gómez y el llamado Duque de Otranto, que en realidad respondía al nombre legal de Carlos González López Negrete (...) Esta tradición del diarismo mexicano, que sólo se sigue con igual alborozo en los periódicos de provincia norteamericanos, tiene ahora a sus más célebres practicantes en Enrique Castillo Pesado y Joffre de la Fontaine de *El Universal*, que han hecho un solo oficio de las relaciones públicas y el periodismo (...) El negocio y el discurso de la trivialidad tiene también en Castillo Pesado a uno de sus exponentes". "El periodismo de *sociales* evoluciona de los pergaminos a la juventud, pero con dinero", en *Proceso*, México, núm. 564, 24 de agosto de 1987, p. 17.

² Al respecto Jorge A. Bustamante señala: "Mexicali (...) surge de las obras del río Colorado emprendidas por los estadounidenses para el desarrollo agrícola del Valle Imperial", *Frontera Norte*, Tijuana, CEFNOMEX, octubre de 1982, p. 3. (mimeo).

DE PERFILES CULTURALES

Hoy, cuando comenzamos a recuperarnos del artificial deslumbramiento de la modernización y a desembarazarnos de los fuertes prejuicios del progreso, volvemos los ojos hacia atrás orgullosos de descubrir —por fin— las manifestaciones culturales de nuestro pueblo. Los temas que el desarrollo cibernético archivó convirtiéndolos en cosas de museo, expuestos como actos folklóricos al margen de la exquisitez cultural, hoy, para desgracia de los muy *chic* —y por supuesto libres de tan elementales barbarismos locales—, comienzan a ser revalorados. Todo parece indicar que ya podemos declararnos ciudadanos de provincia sin sentir la vergüenza que nos provocaban tantas miradas recriminatorias.

Y de pronto aceptamos que el corrido también es cultura, y más acompañado del respectivo paso doble llevado con sapiencia inigualable por la ágil pareja norteña. Los rituales también se imponen a la hora de danzar la cumbia *chera*. Y es que en Sonora la franqueza se liga con el árido paisaje, desierto domesticado para beneficio de algunos con reconocimiento de todos. Es el orgullo de sobrevivir en medio de las penurias climáticas, con un pasado homogeneizado por la revolución triunfante; sí, porque en Hermosillo los museos han registrado la historia de caudillos, al margen de discrepancias, para beneplácito de sus descendientes. En Sonora se vive la proliferación de vaqueros —los verdaderos y los urbanos— uniformemente vestidos y de hablar golpeado, dispuestos, algunos fines de semana, a reforzar el rito del baile, desprecupadamente. Todo esto, para los que no somos sono-

renses, causa un agradable asombro; para ellos es sólo la reproducción de su identidad.

Esto que hemos observado en un rápido viaje a Sonora nos certifica que existen fuertes lazos de identidad regional detectables en todas las clases sociales. Por eso la cultura es mucho más que la aséptica adición de actos refinados; la cultura tiene que ser entendida en su acepción antropológica, como el modo en que los hombres construyen su cotidianidad. De ahí que el conjunto de actitudes, concepciones y actividades de las comunidades constituyan hechos culturales. Los estilos de vida, el lenguaje, el vestido, la comida, los rituales, etc., hacen parte de una identidad cultural regional, más allá de la división de la sociedad en clases sociales. Las manifestaciones culturales de los pueblos implican las reivindicaciones del localismo e incluso, en algunos casos, tienen que ver con la negación del exterior. Anteriormente estos reconocimientos merecían el desdén de los cultos, pues con la defensa del universalismo se aspiraba a la trascendencia.

Hoy es posible reivindicar las identidades regionales en las que los perfiles culturales se empiezan a revalorar; sonorenses, bajacalifornianos, tabasqueños, yucatecos, etc., expresan realidades generadoras de nuestra nacionalidad.

Los perfiles culturales no se definen en el plano moral, no pueden calificarse de buenos o malos; existen y se reproducen cotidianamente y nos indican, eso sí, que los prejuicios exteriores y centralistas son desmontables.

Mayo de 1986

EL NORTE DE GALIO BERMUDEZ

*Para Sergio Hiraes M[†],
por la historia pendiente*

Esto es México. Esto sólo puede pasar en México. A Santoyo le hubiera parecido... no sé. Pienso que le hubiera gustado.

Paloma Samperio

Apenas tener *La guerra de Galio*¹ en las manos y leerlo de un solo golpe, como uno más de los apetecibles *wisquis* de Galio Bermúdez; y terminar en la madrugada o en la soledad del cubículo agotado y desolado, triste ante el final de esta historia, que por lo demás es como nos dejan las historias verdaderas: perplejos ante la estúpida e inesperada muerte de Carlos Vigil.

No me propongo sintetizar la trama de esta novela que nos seduce desde el primer momento. Muchas reseñas ha merecido ya en la prensa nacional. Aquí sólo intento algunos apuntes inspirados "por esos primeros prejuicios de la retina" —como diría Alfonso Reyes— resultado de la lectura de esta obra central de la literatura —y la historia política— mexicana contemporánea.

Acompañamos a Vigil por los laberintos y los sótanos de la historia del país. A través de este viaje denso y emocionante no queda lugar para la duda: no hay noticia política inocente. Es un viaje autobiográfico, donde los personajes son tan reales como imaginarios. Tan heroicos como humanos. Tan decididamente duros como frágiles. La frontera entre realidad y ficción es tan débil

que nos lleva a dudar acerca de los límites entre historia y literatura. La verdad de las mentiras —en la expresión de Vargas Llosa— aflora a lo largo del viaje nocturno de Vigil y sus amigos. Al leer la novela de Héctor Aguilar Camín, o la historia rutilante del periodista e historiador Carlos Vigil, o la del agudo Galio Bermúdez, o la de los guerrilleros norteños (los hermanos Santoyo), recuerdo las recomendaciones de José María Pérez Gay en sus seminarios de la UNAM: “Lean con asiduidad novelas. En ellas podrán encontrar muchas de las claves necesarias para comprender a la sociedad”. No es casual que el primer libro de tan excelente profesor fuese una novela. Pero, podría agregar, en algunas novelas encontramos más claves —que en otras— para comprender nuestra compleja sociedad.

En el libro de Aguilar Camín asistimos a historias que se desarrollaron en los años setenta. La historia de las relaciones corruptas —y en ocasiones honestas— de la prensa con el poder, la del cinismo e hipocresía de las fuerzas policiacas personificadas por un comandante “ondulante y apoteósico, gordo monumental travestido en Mae West”; la de la inteligencia —en este caso, de Galio Bermúdez— puesta a disposición del gobierno en turno; la del ubicuo presidencialismo y sus fieles servidores. Y sobre todo la historia del surgimiento, expansión y extinción de la guerrilla mexicana que va de lo rural a lo urbano, en esa suerte de apuesta perdida por la redención del género humano, y que libró una lucha desigual contra el Estado, culminando en la masacre y en lo que más detestaba: la reforma política. El norte en *La guerra de Galio* proporciona la clave para contar la historia política moderna. Desde el norte se emprenden las dos apuestas emancipatorias: la derrotada y la triunfante. Esta última, la guerra victoriosa de los generales sonorenses en la revolución mexicana. Dice el narrador:

En la historia del Norte mexicano había todos los ingredientes para el gran relato a que Vigil aspiraba: un pasado de aislamiento y supervivencia en territorios de frontera, una guerra despiadada contra los indios nativos que repetía las pugnas arquetípicas de la civilización y la barbarie, una rebelión existosa contra los poderes del centro en 1910, la disputa por el poder en una sociedad cerrada que permitía mirar en su desnudez primigenia las pasiones trágicas y universales de la revolución.

En gran medida, la guerrilla mexicana de los años setenta llegó del norte. La *efeméride sagrada* la proporcionó el asalto al cuartel Madera de Chihuahua, el 23 de septiembre de 1964. La inspiración original de corte agrario acompañó a los jóvenes norteños que se alistaron en la guerrilla. El autoritarismo del Estado Mexicano, cuyos extremos trágicos se conocen en octubre de 1968 y junio de 1971, refuerzan en muchos estudiantes la convicción de que no había más vía redentora que cambiar los libros por el fusil, las reformas por la revolución. “La movilización social y la represión habían puesto —dijeron— ‘la bola caliente de la revolución’ en sus manos. Honrar el momento histórico exigía renunciar a la idea *etapista* de la revolución —las reformas como posibilidad efectiva de cambios— y asumir la acción armada, en el campo y la ciudad”. El epílogo lo conocemos: persecución feroz, orden de exterminio y degradación de los grupos guerrilleros. Algunos saldos: impunidad de las fuerzas policiacas para actuar contra toda disidencia, anticomunismo militante y antiintelectualismo provinciano de algunos medios de comunicación. Pero también: apertura política y legalización de partidos de izquierda a partir de 1978.

El libro de Aguilar Camín, al recoger la participación del norte en la guerrilla, formula un llamado de atención a los historiadores y alienta a escribir esa historia proscrita, que reconoce en los jóvenes norteños a sus protagonistas más conspicuos. Hace falta —para-

fraseando al profesor de Carlos Vigil— “un libro dedicado a preguntarse por el secreto de esos hombres decisivos, su trayecto, su vocación, su sino triunfal —y triste, como todos los otros”. Ese trabajo pudiera informarnos de las razones que orillaron a tantos hermanos Santoyo a embarcarse desde el desierto —en nuestro caso inmediato, Mexicali— para intentar tomar el cielo por asalto.

Septiembre de 1991

¹ Héctor Aguilar Camín, *La guerra de Galio*, México, Cal y Arena, 1991, 591 pp.

EL UMBRAL DE LA FILERA: ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN

Por fortuna, de nuevo nos convoca una obra de José Manuel Valenzuela. Se trata de su primer libro de literatura, que se viene a sumar a otros trabajos de corte sociológico: *A la brava, ése: cholos, punks, chavos banda* y *Empapados de sereno*; a los que se agregan las compilaciones: *Entre la magia y la historia* y *Decadencia y auge de las identidades*. Me da mucho gusto entonces poder asistir a este alumbramiento y compartir algunas reflexiones sobre un trabajo que se inscribe en esa fecunda veta de la literatura mexicana: la narrativa breve, así definida por José Emilio Pacheco. Al ser publicado y presentado en sociedad, *El umbral de la filera*¹ nace y se independiza de su autor, existe. Le sucede lo que a toda obra literaria: a pesar de haber sido concebida por su autor hace ya algún tiempo, no existía. Por eso hoy se deberá enfrentar a la crítica y, lo que me parece más importante, al juicio del público en general, que sólo reconoce dos formas de expresión del mismo, pero que son buenas claves para valorar la obra artística y literaria: “me gustó” o “no me gustó”. Aquí quien es juzgado ya no es el autor, sino la obra que se transformó en sujeto.

El umbral de la filera no es un libro fácil de leer, que no de fácil lectura; por dos razones: requiere de un mínimo manejo del *slang* cholo, de giros idiomáticos propios de la frontera, y, por lo mismo, extraños al público no enterado. En ese sentido, creo que su destinatario natural es el lector regional. Pero su segunda dificultad estriba en que, dada la crudeza de la mayoría de sus textos, exige un cierto estado de ánimo. No es un libro para leer después de la

comida o para cuando no tengamos nada que hacer. Nos conduce directamente a muchas de las cicatrices no cerradas de nuestra realidad fronteriza. Pero quien traspasa el cerco e inicia su lectura, rápidamente queda atrapado en su atmósfera y agradece el esfuerzo del autor por descubrirnos la realidad que siempre está allí, aunque nos duela “como una espina en la garganta”, según el bello poema de José Javier Villarreal. En ese momento el libro es ya de fácil lectura.

Me atrevo a sostener que el autor ha asimilado las lecciones narrativas de autores como Juan Rulfo, Eraclio Zepeda, pero sobre todo del más persistente y entusiasta promotor del cuento en México: don Edmundo Valadés. Lo digo, porque como bien lo resumió José Emilio Pacheco: “Valadés rompió las falsas fronteras entre narrativa fantástica y realista”. En esa dirección transgresora se inscribe *El umbral de la filera*.

De un tiempo para acá, no sólo la literatura latinoamericana, sino también la mexicana o la europea, iniciaron un interesante ejercicio de encuentro entre ficción y realidad. Ejemplos acabados del caso latinoamericano los encontramos en la novela *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez. Un autor mexicano que logró notable popularidad —si acaso le faltaba— fue Fernando del Paso, con su obra *Noticias del imperio*; y en Europa, José Saramago lo lograba con su *Historia del cerco de Lisboa*, para mencionar algunos ejemplos notables. Literatura que así como ha logrado adeptos, también ha generado detractores, sobre todo aquellos empeñados en la tarea radical de separar la ficción de la realidad.

Así como ha crecido el interés de los escritores por hacer historia, también se ha dado el proceso que va de los historiadores o sociólogos hacia la literatura. De nuevo no resisto la tentación de

mencionar como ejemplo del primer caso las obras de Ignacio Solares: *Madero, el otro* y *La noche de Angeles*. Y del segundo, la del historiador Héctor Aguilar Camín con *La guerra de Galio* y su más reciente, *Historias conversadas*. En el caso de sociólogos reconocidos por su trayectoria científica debo mencionar el impresionante trabajo —definido como una novela de ideas— de José María Pérez Gay, *La difícil costumbre de estar lejos*, o su más reciente, *El imperio perdido*. A través de todos estos ejemplos, así como en el libro que hoy nos ocupa, se desprende una interrogante central: ¿cuál es el umbral entre ficción y realidad? O, para expresarlo con otras interrogantes: ¿cuáles son los alcances de la narrativa de ficción en relación a la posibilidad de ayudarnos a comprender la realidad?; ¿podemos hablar, a la manera de Mario Vargas Llosa, de una verdad de las mentiras?

Creo que la frontera entre ficción y realidad podría comprenderse mejor si atendiéramos al proceso mismo de elaboración de la obra sociológica o histórica y del trabajo literario. En ambos casos se requiere de rigurosidad y seriedad en el tratamiento de los temas seleccionados. Para ambos habrá comunidades expertas que evaluarán los resultados —científicos o críticos literarios—. Sin embargo, las diferencias las establece la metodología utilizada. En el trabajo sociológico tenemos la obligación de confrontar las diferentes fuentes utilizadas, someter a prueba nuestros supuestos de partida o hipótesis. En el trabajo literario no tenemos esas camisas de fuerza. Podemos utilizar con mayor libertad datos sueltos, testimonios, y con nuestra imaginación completar las historias. Siempre tendremos el recurso de apelar a nuestra subjetividad para justificar el tratamiento dado a nuestros textos. Se me dirá que la versión última y difundida del quehacer sociológico e histórico también adolece de subjetivismo. Claro, las verdades abso-

lutas no existen, puesto que, como explicara Jürgen Habermas, las verdades se establecen por consenso. Por ello, nuestra historia patria se ha modificado constantemente, creando personajes, situaciones o mitos, los que nuevos hallazgos se encargarán de desmitificar o simplemente quedarán archivados a la espera de otros sexenios.

José Manuel tiene claros los problemas planteados. Lo dice en una reciente entrevista:

Lo que busco es incursionar en otra experiencia discursiva, en otro lenguaje, en otra forma de narrar las cosas sin el control que implica el texto académico, donde uno finalmente tiene que atender a un discurso controlado. En este caso es simplemente partir de una experiencia de vida y jugar con las historias posibles; jugar con la posibilidad de generar una nueva historia con visos de credibilidad y con un ritmo que busca quedar integrado dentro de algo que sería literario.

De ahí que el valor de la buena literatura sea precisamente el de ayudarnos a construir la visión de las cosas, que el trabajo científico, precisamente porque tiene que atender a las rigurosas reglas establecidas, deja trunca. Eso lo dice también José Saramago en su trabajo "La historia y la ficción literaria": "(Después del trabajo histórico) quedará siempre, no obstante, una gran zona de oscuridad y es ahí, según se me alcanza, que el novelista tiene su campo de trabajo". Y abunda:

Un historiador como Max Gallo decidió un día empezar a escribir novelas históricas por una necesidad de equilibrar con la ficción la insatisfacción que le producía lo que consideraba una impotencia real para expresar en la Historia el pasado entero. Fue a buscar en las posibilidades de la ficción, de la imaginación, de la elaboración libre sobre un tejido histórico perfectamente definido, lo que había echado de menos como historiador: la

complementariedad de una realidad. No estaba muy lejos de este sentimiento, supongo, el gran George Duby cuando escribió: "Imaginemos que..." en la primera línea de uno de sus libros. Precisamente aquel imaginar que antes había sido considerado el pecado mortal de los historiadores positivistas y sus continuadores de diferentes tendencias.

En los trece cuentos que componen *El umbral de la filera*, Valenzuela crea personajes, situaciones y tramas perfectamente acontables y reconocibles. Es el drama, sin concesiones, de los olvidados urbanos. En sus cuentos se asoma con nitidez la miseria de los barrios citadinos y tijuanaenses. Aquí se leen también las historias proscritas de la ciudad, los acontecimientos que han dejado onda huella en la memoria colectiva: el agandalle, las victorias pírricas de la raza brava, de los *homies*. Ese es un terreno donde José Manuel ha incursionado en sus innumerables viajes para conocer la vida del barrio. Como conoce bien a la *clica*, sabe tejer sus historias. Y cómo no si en su infancia vivía muy cerca de La Mili, en Tecate. Quizá el apartado más fuerte de su libro, que además lo pone al final como llamada de atención a los discursos triunfalistas de la modernización, sea "Fronterianas". Es el resumen de la vida de frontera, con sus historias de la migración, las recurrentes inundaciones, los riesgos en el *jale* que conducen a la contaminación por el uso indebido o por la ausencia del equipo adecuado... En el cuento "La Encantada", reconstruye una de las leyendas favoritas de los tecatenses: la mujer que se aparece vestida de blanco ante los aterrorizados ojos de los viajeros solitarios que regresan de Tijuana; sabe Dios si para algunos sea la forma de expiar sus culpas por la juerga nocturna que hasta hace poco les negaba el terruño.

Para mi gusto, el cuento más logrado es el que le da título al libro: "El umbral de la filera". En tres páginas, José Manuel nos

detalla los móviles vitales de los *homies*. Luisillo y *Conejo* deciden darse un tiro entre compas para demostrar "quién es el mejor para los trompos". Luisillo es más rápido que el *Conejo*, quien recibe la puñalada mortal. El silencio lo rompe el Luisillo con un grito desgarrador que suena en el barrio: "¡Levántate, *Conejo*! ¡No me dejes abajo! ¡Guacha, ahí viene la Lety! ¡Levántate, carnal!".

Si Aguilar Camín ha escrito: "la férrea paradoja de la literatura, cuya aleación peculiar de mentiras tiene por única ley soñar verdades", José Manuel ha imaginado sus historias sin finales felices o de fondo rosa. Quizás, las historias verdaderas de la construcción de nuestra frontera; sin olvidar que también hay otras historias que en estos momentos nuestros escritores están desarrollando.

José María Pérez Gay nos recomendaba que leyéramos literatura para comprender los procesos sociales. Hago míos sus consejos: recurramos a la ficción para entender nuestra realidad, para reconocer las mentiras de la realidad. Sigamos imaginando.

Febrero de 1994

ENCUENTROS

¹ José Manuel Valenzuela Arce, *El umbral de la filera*, Mexicali, Instituto de Cultura de Baja California, Serie *Rumores del Viento*, 1994, 103 pp.

DE TERTULIAS, *MOVIDAS* Y OTRAS MARCHAS ESPAÑOLAS

*A Liliانا Jacott
y Javier Barbancho*

En el principio fue la necesidad política de tomar la calle, de abrir los espacios cerrados por tantos años de dictadura. Hacia finales de 1975 (noviembre), con la muerte del caudillo Franco, afloran las transformaciones que tiempo atrás se venían gestando en el seno de la sociedad española. A partir de 1976 la vida española se vuelca con fuerza inédita hacia el exterior. Se propicia el proceso de socialización del conocimiento de las novedades tecnológicas y culturales del resto de Europa y de Estados Unidos. En ese proceso secular los medios de comunicación electrónica dictan modas y pautas de consumo, que pronto convivirán con las añejas tradiciones de esta sociedad latina, bulliciosa, gitana.

Cuando se llega a ciudades como Madrid, pronto surge una interrogante: ¿cuál es el resorte que impulsa a sus habitantes a volcarse, a todas horas, los 365 días del año, hacia la calle? ¿Por qué aprovechan cualquier resquicio para acudir a sus innumerables cafés, bares y cantinas a conversar animadamente sobre cualquier cosa? Aventuro una respuesta, con todos los riesgos de la simplificación extrema: lo que hoy convive en los espacios públicos de Madrid —y de España— en la calle, los bares, los cafés y las viejas tabernas, es el producto de la fusión entre tradición y modernidad. Decir España es referir una añeja tradición del arte de

conversar en público. Así la palabra tertulia —definida por el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* como: “Reunión de personas que se juntan habitualmente para discutir sobre alguna materia, para conversar amigablemente o para algún pasatiempo honesto”— hace parte fundamental de la biografía cultural española. Aquí hay tertulias para todos los gustos: desde las más tradicionales con lugar, día, hora y temario previamente establecidos, hasta las más modernas e informales, es decir, aquéllas surgidas al calor de la primera bebida. También los medios de comunicación —radio y televisión— dedican buena parte de sus espacios a este ejercicio de hacer públicas las ideas privadas. En España todos somos contertulios.

La muerte de Franco aceleró la transformación de las estructuras sociales y políticas. En el escenario urbano, en un primer momento, la sociedad salió de sus casas en busca de los espacios perdidos. Posteriormente, los marginados se apropiaron —en gran medida— de las calles; y los sectores medios de los bares y cantinas. Como todos sabemos, a mediados de los años setenta se inaugura una época de crisis económica a nivel mundial; así, en España se entroniza la crisis con la transición a la democracia. Eso va a significar, en el horizonte urbano, la imposibilidad familiar y personal de acceder a viviendas espaciosas; como en México a la generación —asalariada— que llega a la edad adulta hacia finales de la década pasada y con mayor razón en la presente, solamente le pertenece el sueño de condominio. A falta de espacio privado, la cotidianidad habrá que construirla en la plaza pública. A la par, la entrada a la democracia permite por primera vez, después del encierro dictatorial de más de treinta años, el diálogo público: hacer extensivas las reflexiones personales, de cualquier índole, a los conciudadanos; la prohibición de ayer convierte a la conversación

de hoy en recurso democrático. Me permito citar las palabras del sociólogo norteamericano Albert O. Hirschman, aplicables a estas reflexiones:

Al congregarse en (los) lugares públicos (los españoles) se escapan de sus actividades puramente privadas, discuten toda clase de asuntos de interés público, desde los deportes y los escándalos del día hasta el aumento de los precios y las próximas elecciones, y así actúan de alguna manera relacionada con el interés público. Al llenar los cafés y las cantinas, es posible que (...) no estén manifestando tanto su preferencia por el placer sobre la comunidad como una preferencia por las actividades públicas sobre las actividades privadas.

Todos esos factores —tradición, crisis económica, transición democrática— han contribuido a sacar de sus casas a los españoles y a hacer de la calle una extensión de sus vidas privadas. El tránsito del reducto privado al espacio público, asumido con particular energía por los jóvenes, lo denominan orgullosamente como la *marcha*. La noción es flexible y admite modalidades expresivas: “ser *marchoso*” significa ser capaz de recorrer infatigablemente la selva urbana; “ciudad *marchosa*”= Madrid o Salamanca; aquella que está abierta al público las 24 horas...

A principios de los años ochenta —coincidiendo con el periodo de gobierno del *mejor* alcalde de Madrid, el *viejo profesor* Enrique Tierno Galván, recordado por su especial simpatía hacia la apertura cultural y política— en la capital de España se desarrolla un movimiento sociocultural que ha sido conocido como la *movida madrileña*. La *movida*, tal como su nombre lo indica, implica deambular de un sitio a otro, tomar la noche por asalto. Es un movimiento que concentra a los jóvenes en torno a conciertos roqueros, representaciones teatrales, bares, *pubs* y cantinas. Algunos sociólogos

españoles ven al movimiento como contrario a una *buena* formación intelectual de los jóvenes y lo califican de enajenante. Por ejemplo, Amando de Miguel concluye que “la *movida* (...) consiste simplemente en reunirse y libar”. Independientemente de las consideraciones morales, el fenómeno está aquí, en las calles madrileñas. Desde mi punto de vista quienes le han dado vida —y cuerpo— a la *movida* madrileña son los jóvenes de clase media y alta. Precisamente son éstos los que cuentan con una base económica familiar que les permite seguir siendo jóvenes y disponer del ocio necesario para ganarle las horas al sueño. A este estallido nocturno lo ha seducido la uniformidad postmoderna. En la crítica a la modernidad también la industria del vestido sale a la calle y con todos los recursos para imponerse; esto ayuda a explicar la ansiedad por estar a la moda, por vestir la así llamada ropa de marca. La televisión y la radio sin fronteras juegan su papel: crean estereotipos y necesidades culturales. Sin embargo, la lectura del movimiento no puede ser tan lineal. Los mensajes de la industria cultural —y del vestido— son decodificados, reciclados y devueltos a la superficie social en forma de propuestas artísticas y culturales particulares. De ese proceso surge la *movida* madrileña, un movimiento sociocultural con vida propia, cuya singularidad sigue siendo la marcha frenética hacia el espacio público. No resisto la tentación de cerrar estas notas citando a Moncho Alpuente —artista y animador por excelencia de la *movida*—, pues nos brinda una descripción certera de la clientela de un bar de medianoche, útil para ejemplificar lo que he venido diciendo acerca de tal *movida*:

Entre la clientela abundan los replicantes maduros, reciclados de urgencia con materiales de derribo, remozados en los saldos de las *boutiques*, al acecho de carne fresca para rejuvenecerse, en dura competencia con las

viudas negras, alegres divorciadas, fetichistas del luto, de la media de malla y del tacón de aguja que suelen clavar en sus jóvenes e indefensas víctimas. Y hay vaqueros de asfalto, *cowboys* de medianoche que consumen *bourbon* y se soban las puntas metálicas del cuello de sus camisas. Filósofos de barrio que peroran insomnes su historia interminable a cambio de unas copas, *camellos* con arreos de *yuppy* y *yuppies* que se ajustan la prótesis dental en los lavabos. Pero, sobre todo, hay artistas. La concentración por metro cuadrado de artistas de video, la música, el diseño, la fotografía, el teatro y el cabaré es mucho más alta que en el París de los cincuenta, el San Francisco de los setenta o el Nueva York de los ochenta. Se respira arte, se bebe arte, se *esnifa* arte, se inyecta arte. Todos somos artistas. La profesión se ha democratizado; se puede ser artista sin obra o, mejor dicho, cada artista ha de convertirse en su propia obra. (...) El género que mejor cultivan es el oral, pero por desgracia nadie subvenciona a los narradores de cuentos. Equivocada política, porque en sus amplias disertaciones nocturnas muchos de estos artistas esbozan argumentos geniales y describen magníficos planteamientos de imaginarias novelas. Habría que promocionar salvajemente a estos jóvenes valores, pues entre la hojarasca podrían surgir uno, diez, veinte nuevos péndulos de Foucault.

Madrid, mayo de 1989

HUGO O DE LA REDENCION DEL PATRIOTISMO

A Rafael Farfán
y Arturo Gutiérrez Olvera

¡Húgo-Húgo!, ¡clap, clap!; ¡Húgo-Húgo!, clap, clap... El estadio completo ruge, vitorea al héroe azteca, acá, en la patria de los conquistadores, en este país que ya no sólo insinúa el racismo pero que se rinde ante este mito: Hugo Sánchez, el mejicano — con jota—, el moreno, el indio, Hugo *Tequila* Sánchez.

I

Penúltimo juego del Real Madrid en el Santiago Bernabeu, campeonato de liga 1989-90. Dos goles más del mejicano, voltereta incluida, saludos al respetable y sobre todo a la temible porra del fondo sur del estadio, los Ultra Sur, quienes no dan concesiones al contrario y le demuestran su amor al *manito* desgañitando *Cielito lindo*. Goles que saben a gloria, que son catarsis para el ciudadano urbano y este Real Madrid que al final empata a tres tantos con el Logroñés —el exclub del otro famoso, *Abuelo* Cruz, para quien la religión fue más importante que los entrenamientos y terminó dejando *solo* a Hugo en estas tierras ibéricas—, y es que para los *forofos* madridistas en cada lance va la vida y el honor depositado en los botines de Butragueño o Rafa Martín Vázquez o Gordillo o tantos otros de los miembros de la plantilla de este Real “que sí juega limpio”.

II

La televisión convirtió los triunfos deportivos de Hugo Sánchez en vehículo primordial del redescubrimiento de España. Pronto se convirtió en su embajador por excelencia y devino en mito. Hugo Sánchez es el prototipo del hombre triunfador, la imagen ideal del héroe moderno, guía *light* de las aspiraciones del mexicano medio. Hugo Sánchez, quien también *se mete* en política, demostrando que como político es mejor futbolista (recientemente una publicación madrileña le atribuyó la siguiente declaración: “Si el pueblo mexicano me lo solicitara estaría dispuesto a ser presidente de México”). Como el patriotismo existe y las lealtades a nuestro país son muchas, en un estadio de futbol los sentimientos patrios afloran. Un ejemplo: un amigo —mexicano, por supuesto—, renuente al espectáculo futbolero y dedicado a los quehaceres intelectuales (de la filosofía habermasiana, dirá otro), por fin aceptó acompañarnos al estadio. Pues bien, el segundo de los goles mencionados, al ser anunciado con música de mariachi como el gol doscientos en la aventura ibérica de Hugo, convocó a los espíritus patrióticos y le impulsó —a mi amigo y al resto de los mexicanos presentes— tantos Vivas México como notas de mariachi se escuchaban. Y de ahí el delirio; el problema fue cómo reprimir su euforia mexicanista. Al final, fue el primero del grupo que reivindicó la idea de asistir al último partido de la temporada...

III

Para un mexicano que se precie de serlo —Televisa de por medio—, vivir o estar de paso por Madrid implica la obligada visita al estadio Santiago Bernabeu o al campo de entrenamiento del Club de Futbol Real Madrid. Poder asistir a ambos frentes ya es privilegio ontológico del que pocos pueden presumir. Una soleada

mañana del pasado mes de marzo, un amigo sinaloense (Arturo) y yo decidimos la aventura patriótica. Del metro Plaza de Castilla nos encaminamos a las instalaciones de la Ciudad Deportiva del Real Madrid. Una vez ahí, tras pagar la módica suma de cien pesetas — 2,500 viejos pesos, aproximadamente—, nos acomodamos en las graderías para esperar la salida de los héroes de la televisión. Cometimos el error de no preparar víveres necesarios para aguantar la jornada. Los viejos lobos de mar —ésos que se la saben de todas todas, que conocen a la perfección las biografías de los jugadores y en general todo acerca del mundillo deportivo, esos que todas las mañanas compran su diario *Marca* y lo pasean el día indicado debidamente enrollado y en la bolsa trasera del pantalón— son los principales moradores de las tribunas junto con una buena cantidad de jovencitas(os) de secundaria. No faltan tampoco algunos matrimonios jóvenes y los trabajadores de la zona que aprovechan su descanso de media mañana para irse a echar sus *bocatas* (especie de torta a la española sin más ingredientes que un pedazo de pan blanco y un trozo de jamón serrano o cualquier otro embutido o producto del mar, de las cuales *todos* los mexicanos renegamos bajo el argumento de que allá, en nuestra tierra, somos más creativos y le incluimos, tomate, cebolla, picante, aguacate y todo lo que dé la imaginación). Una vez instalados en zona estratégica decidimos, para no estar de *oquis*, también *hacer deporte*. Recordando a Jorge Ibargüengoitia, nos damos a la tarea de reconocer a los paisanos asistentes. No tardamos mucho en descubrir al primero, o al menos eso creemos. Posteriormente comprobamos nuestro acierto, que después relataré. Hacia las once de la mañana salta el grupo de jugadores a la cancha y por hora y media se dedican a hacer sus evoluciones, que nos llenan de sopor. Nos reconfortamos pensando en que nuestra paciencia

tendrá su recompensa una vez finalizado el entrenamiento, pues será el momento de recibir autógrafos y sacar fotografías de los ídolos. Cuando la mayoría de la plantilla se ha retirado rumbo a los vestuarios, Hugo Sánchez decide publicitarse. Extiende una toalla en el césped, situándola estratégicamente frente a la nube de fotógrafos de los distintos medios, e inicia una serie de abdominales y otros ejercicios que mañana aparecerán impresos en los diarios, alimentando la leyenda de que “Hugo es un verdadero profesional que rinde tanto y nunca se lesiona gracias a su excelente estado de forma, producto de trabajar más que el resto de sus compañeros”. Por fin es la hora indicada y junto con el resto de aficionados nos encaminamos hacia la salida. Mi compañero, una vez reconocido todo el terreno, me dice con cierta desilusión: “Las Chivas de Guadalajara tienen mejores instalaciones deportivas”.

En el estacionamiento contiguo a la salida de los jugadores, sobresale un automóvil Corvette negro, de año reciente, también estratégicamente mal estacionado, que atrae todas las miradas —no sólo porque es imposible no ver un auto de tales características, de los cuales no circulan en España, sino porque está tan mal estacionado que no podría pasar inadvertido aunque fuera de otro modelo—, y de inmediato se suelta el rumor de que “es uno de los tres autos que posee Hugo Sánchez” —los otros, se dice, son un Jaguar y un Mercedes Benz—. De nuevo la espera se hace larga y ya para esas horas hemos logrado ubicar al grupo mexicano: una pareja mayor procedente del D.F. que espera a Hugo “para invitarlo a comer uno de estos días”. El matrimonio se encuentra acompañado de un español que sabe toda la vida y obra —personal y deportiva—, del Real Madrid y anexas. Y luego está el resto, proveniente de Monterrey. Se trata de un periodista de algún diario de aquella entidad que ha venido a entrevistar a Hugo; su

esposa, dos hijos y, desde luego, su secretaria. La identidad de ésta última la develamos cuando le dice al periodista: "Licenciado, pase por acá". El hijo del licenciado, mientras el padre ha entrado a los vestuarios a cumplir con su trabajo, se ha encargado de vocear que es de México, de Monterrey, y que Hugo "es muy amigo de la familia, pues varias veces ha ido a nuestra casa". Además, en un arrebato de sinceridad, y sin que venga mucho al caso, dice que a él no le gustan las películas italianas porque pasan muy rápido las *letritas* —de los subtítulos, me imagino— y no alcanza a leerlas. Mi amigo y yo nos volteamos a ver desolados. En fin, al poco tiempo sale el padre por el hijo, seguramente para llevarlo a saludar a su amigo Hugo, y es cuando comprobamos nuestra primera suposición: el periodista-licenciado usa un peinado que sólo hemos visto en México, pero que es muy difícil describir en este espacio.

A los pocos minutos comienzan a salir los ídolos: Martín Vázquez, Chendo, Gordillo, Esteban, Buyo, Butragueño —a quien lo espera una jovencita para reclamarle quién sabe qué, pues no conseguimos enterarnos, ya que la conduce hacia un lugar privado y ahí se desarrolla el fuerte diálogo—, etc. Pero Hugo, el esperado, el *mexicano querendón* —así se autodefinió recientemente en una entrevista— no aparece. De nuevo los rumores: "siempre sale al último, le están dando masaje", "siempre lo hace así", etc. Por fin, hora y media después de su último compañero, aparece el ídolo vestido *sport*, con enorme cadena al cuello, departiendo sonrisas y repartiendo estampas con su fotografía y firma, patrocinadas por Colgate y Adidas. Poco hay que hacer; para esas horas el cansancio y el calor nos han hecho mella y la aglomeración en torno al ídolo es insoportable. Aún así, en un último esfuerzo por sacralizar el instante nos hacemos una fotografía con él, previo reclamo de mi compañero, que le dice: "A ver, Hugo, una foto con los paisanos,

no se haga". Hugo aparentemente no escucha, pero pasados unos momentos viene hacia sus paisanos lleno de sonrisas...

IV

Distancia es patria, o algo así, pues cuando llegamos al Santiago Bernabeu para presenciar el último juego de la temporada entre el Real Madrid y el Real Oviedo, la enorme manta que pende sobre la lateral del estadio con la leyenda "Hugo Sánchez Fans Club", custodiada por las banderas de España y México, hace renacer el fervor patrio. Hugo se enfrenta a una labor magna esa noche: debe anotar tres goles si quiere empatar el mítico récord del vasco Zarra —38 goles en una temporada— y con ello remachar su quinto pichichi —en ese momento ya no lo alcanza el sevillista-austriaco Polster—, situándose como fuerte aspirante al trofeo Bota de Oro como el mejor goleador europeo. El resultado todos lo conocen: gana por cinco goles a dos el Real Madrid y Hugo bate la portería enemiga en tres ocasiones —escapándosele otras dos oportunidades claras de gol—. El orgullo patrio queda muy en alto; la música de mariachi regresa y el grito de "¡Hugo, enséñales cómo se juega en México!", que ya había sido lanzado cuando menos en el partido anteriormente reseñado, de nuevo resuena en el graderío. Al final el estadio ruge: "¡Húgo-Húgo!" y canta *Cielito lindo*; luego vienen los festejos por ese quinto trofeo de liga consecutivo obtenido por la Quinta del Buitre...

A la salida del estadio me pregunto: ¿es que acaso Hugo Sánchez con sus goles y piruetas consiguió que por unos momentos México dejara de ser un país de segunda para los espectadores? Extraña pregunta para un simple partido de fútbol.

Madrid, mayo de 1990

NO HAY AGUA PERO BRILLAN LOS OJOS

a Karla, Carlos, Mundo, Lupita y Margot

Con verdadero interés fue recibido en España Octavio Paz. Pronto corrió la voz de que el gran poeta mexicano, nuestro compatriota, llevaría a cabo una lectura de poemas en la Residencia de Estudiantes el viernes 9 de junio. Para los que tenemos la suerte de vivir hoy en estas tierras, el acontecimiento revestía trascendencia: por un lado, el de acercarnos a una de las figuras míticas de las letras, de escuchar al gran provocador de la palabra y el gesto; por el otro, cierta solidaridad nacional, aquella que todo extranjero siente para con sus compatriotas fuera del terruño. ¿Cómo no hacer nuestra la enormidad del maestro Paz?

El sol veraniego cae con aplomo en estas tardes madrileñas. La cita con Paz nos obliga a buscar el número 21 de la calle de Pinar. En el trayecto la bella Plaza de Emilio Castelar sale a nuestro encuentro desde el gran Paseo de La Castellana. Cuesta arriba, sobre la calle de Pinar, la residencia de la embajada de México me lleva a pensar en otro rumor despertado por estos días: que el expresidente Miguel de la Madrid será el próximo embajador de México en España. Lo hemos comentado entre los amigos y los más mordaces dicen: "En México todo es posible, ya ves que hasta hace algunos años nombraron para el mismo cargo a Díaz Ordaz". Sin embargo, creo que hay distancias entre ambos. En todo caso, la barda de esta residencia es tan enorme que impide la visibilidad hacia el exterior ¿Será tan grande como en la residencia de Los Pinos?

El local para la lectura de Paz, la Residencia de Estudiantes, bien vale una caminata. Enclavada en lo más alto de la calle de Pinar, circundada por cientos de árboles, a su belleza arquitectónica añade un aire mítico, descrito en esta breve relación:

La Residencia de Estudiantes es una referencia obligada —casi un mito— en la historia de la cultura española. Su brillante trayectoria, desde el mismo año de su fundación en 1910 hasta el estallido de la guerra civil en 1936, la convirtió en el primer centro cultural de Madrid, durante dos decenios. Por ella pasaron las figuras más descolantes de la ciencia, el arte y el pensamiento europeos. [Algunos nombres: Luis Cernuda, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, León Felipe, María Zambrano, Luis Buñuel, Federico García Lorca, Manuel Jiménez, Alfonso Reyes y Paz en su estada española (V.A.E.V.)]. En ella vivieron y se formaron algunos de los más destacados protagonistas de la España de este siglo.

Desde 1986 la Residencia reabrió sus puertas después de cincuenta años. Ahora le corresponde a Octavio Paz clausurar el ciclo anual de poesía.

Han citado a las ocho de la tarde. El que en Madrid hablen de ocho o nueve de la tarde es perfectamente acorde con su clima. En el verano el sol suele ocultarse a las 10:30 p.m. Por eso tal vez en esta tarde no hay vestimenta nocturna. En el vestíbulo se respira cierto aire *snob*: sombreros de medio lado, multitud de manos en cigarillos, algunos peinados exóticos, artistas mexicanos que hablan con voz muy fuerte de sus últimas producciones, gente que trata de colocarse lo más cerca posible de la pasarela y sobre todo *ciudadanos de a pie*, los que pocas proezas podemos contar al prójimo. Y como siempre los importantes llegan al último, han arribado por fin Paz y su esposa Marie-José, quienes no dejan de repartir sonrisas al respetable. Desde su azul mirada Paz sabe que todos le esperan.

Días antes, en un programa de Televisión Española, Paz dijo a propósito de la producción literaria: "Los poemas son del tiempo, están hechos en un tiempo y en un lugar. Se escriben sobre los objetos, sobre lo que existe y por ello tienen destino". Me adhiero totalmente a esta idea; así he entendido desde hace tiempo los contenidos del ejercicio poético. Y dijo más: "La primera línea del poema proviene de la inspiración del poeta, las siguientes las dicta el poema, el ritmo exigido por el poema". Hoy en su lectura comentada inicia autodefiniéndose como un poeta moderno. Para él, el primer poeta moderno de España es Ramón Gómez de la Serna; la característica del poeta moderno es que vuelve sus ojos, escribe sobre el ciudadano, aquel ser que vive en las ciudades; de ahí que como protagonista esté inmerso en una doble dinámica: la de la colectividad y la de la soledad (podría yo agregar y en la soledad en compañía, que es más fuerte, que es la dimensión trágica de la soledad). Para Paz los poemas son criaturas individuales, obras incompletas que requieren del lector para poder realizarse. La labor de la crítica será precisamente la de acercar el poema al lector. No resisto la tentación de plasmar un *collage* con algunas de las líneas de su poesía leídas aquella tarde. Es una mezcla arbitraria cuyo único hilo conductor posible es el de la belleza expresiva:

Ahora tiene dos nombres y una mujer
Las piedras son tiempo
No hay agua pero brillan los ojos
Los bebedores contemplan la disolución de sus facciones
La mariposa no dudaba, volaba
La cascada es una muchacha que baja muerta de la risa
Mirar es sembrar, las miradas son semillas
Arbol adentro, tus miradas lo encienden
Oyeme, como quien oye llover

Al final, la ronda de preguntas obligada. Un comentario de Paz sobre los chicanos:

Yo soy chicano, viví de niño en Los Angeles. Ahora los chicanos son la segunda minoría numérica en Estados Unidos y la primera minoría cultural. Ellos han sabido conservar su cultura y son una fuerza económica. Nos debe interesar ver con simpatía y admiración el movimiento chicano. Acabo de asistir a una exposición de artistas plásticos norteamericanos; de los 25 pintores, 17 eran chicanos...

Finalizada la sesión, muchos se acercan a la caza del autógrafo del escritor. Octavio Paz es todo sonrisas; sin dilación se entrega a la firma de las más variadas ediciones de su obra. Una estudiante con mucha pena pero con más determinación, al carecer de un libro le pasa una hoja. Paz se le queda viendo y sentencia: "Pero compren mis libros, por favor". En el vestíbulo nos hemos reunido varios amigos a comentar los pormenores del acto. En un momento determinado Paz se acerca y ahí nos presentamos. Nos sorprende con su amabilidad y estilo campechano al acomodarse plácidamente entre nosotros. Sólo atinamos a darle respuestas cortas. A dos de nosotros nos dice: "Pero por qué estudian sociología, estudien como su compañera, biología o algo así". Le felicitamos por su lectura...

Son las diez de la tarde y todavía cae el sol sobre Pinar. Bajamos hacia el Paseo de La Castellana en busca de un bar donde mitigar la sed y proseguir la tertulia. Tratamos de encontrarle sentido al consejo de Paz. Concluimos que no tiene importancia, que fue una recomendación de trámite y preferimos pasar a otras anécdotas...

Madrid, junio de 1989

LOS ESPAÑOLES, LOS EUROPEOS Y LOS OTROS

A Ludolfo Paramio
y Julio Carabaña

Turcos, cubanos, marroquíes, judíos...
Nadie quiere al extraño en esta
Europa que se configura después de
la caída del muro

Maruja Torres

En Europa se desperezan los demonios del racismo y la xenofobia. Con singular fuerza vuelven a escena reclamando el viejo protagonismo de cuya trágica existencia nos recuerdan los hechos de la Segunda Guerra Mundial. Francia parece ser el país donde las explosiones racistas han sido más estridentes y han tomado forma organizada en el Frente Nacional, partido neonazi liderado por Jean-Marie Le Pen. En este país, de la virulencia discursiva se ha pasado a la profanación de tumbas judías en el cementerio de Carpentras y al juicio contra el integrista musulmán a propósito de tres estudiantes que llevaban el velo durante las clases. Pero también en Suiza en el cementerio de Villaret fueron pintadas cruces gamadas y estrellas de David sobre las tumbas judías. En Florencia, Italia, fueron atacados y asesinados dos jóvenes magrebíes por el "delito de ser africanos y tener piel oscura", y además grupos de jóvenes racistas organizan *patrullas* para atacar a inmigrantes de color. En Inglaterra ya tienen

organizado su National Front y en Alemania el racismo militante ha sido resucitado por los *skin-heads*, o cabezas rapadas... Por desgracia los ejemplos se multiplican. Es un racismo que surge con fuerza en sociedades cuyas economías presentan signos alentadores y donde los procesos democráticos se abren paso.

Tradicionalmente las minorías étnicas han sido el chivo expiatorio de los pequeños y grandes males de las sociedades opulentas. Los *otros*, los diferentes en razón de cultura o raza son identificados como amenaza laboral, social o cultural; esto último bajo el argumento de que la importación de tradiciones y prácticas pudieran desplazar los valores de la cultura nacional. Convendría puntualizar que la lógica del racismo se mueve cuando menos en dos direcciones. Por un lado, el racismo antisemita, antijudío, se sustenta en una suerte de complejo de inferioridad. En el fondo se reacciona ante la idea de que la judía es una raza con un proyecto de expansión y de hegemonía económica y cultural. O como dice la escritora española Maruja Torres, "a los judíos fundamentalmente se les odia porque se les envidia". El otro racismo obedece a la lógica contraria, es decir, al complejo de superioridad sobre culturas y razas consideradas como inferiores y, por lo mismo, portadoras de todos los males que amenazan a la modernidad. Los *otros* son incultos, flojos, atrasados, delincuentes; en síntesis, poseen vocación tercermundista y, para colmo, la mayoría de las veces, son de color más oscuro.

España no ha permanecido ajena a este fenómeno de emergencia de actitudes xenófobas y racistas. La existencia de organizaciones de corte fascista y neonazis, que en virtud de la transición gradual a la democracia nunca fueron desarticuladas, aunada al hecho de que durante la dictadura de Franco el país se convirtió en refugio de militantes nazis, son factores que pueden ayudarnos a

comprender algunas manifestaciones organizadas del fenómeno. El caso más vistoso lo constituye sin duda el grupo neonazi CEDA-DE (Círculo Español de Amigos de Europa), que cuenta con 1,500 militantes y tiene su sede en Barcelona. Sus principios se sustentan en “La superioridad del concepto de raza sobre la nación, por entender ésta última exclusivamente como ‘etnia organizada’. Cada etnia europea constituye una nación; es la sangre el elemento primordial”.

En España se perciben sentimientos racistas en una importante zona de la sociedad; es un “racismo cotidiano,” según la expresión de Alí Elmorabet, marroquí que encabeza SOS Racismo de Cataluña, para quien lo peor es: “La forma en que se siente el rechazo, incluso en personas progresistas. La forma en que te miran, sintiéndose profundamente superiores”. Ese racismo que lleva al extremo de negarle la renta de una vivienda a ciudadanos de color o a latinoamericanos. Un ejemplo: un día dejo de ver a un vecino y ante la pregunta en la portería acerca de su paradero, el encargado me contesta: “Lo corrí porque era negro”. Dentro de esa tragedia discriminatoria los latinoamericanos tampoco hemos salido bien librados. En España un conocido periodista, Francisco Umbral, acuñó el término despectivo *sudacas* para referirse, primero, a los ciudadanos procedentes de América del Sur —argentinos, de manera particular—; después se hizo extensivo a todos los latinoamericanos y devino en expresión cotidiana. Así el estereotipo del *sudaca* incluye ser: flojo, sospechoso de narcotraficante, ignorante, violento, borracho, delincuente en potencia y moreno.

España es un país con escasa tradición de inmigración, pero donde el fenómeno inverso (emigración) fue vivido de manera intensa entre 1930 y 1970 —los años de la dictadura—, que conocieron del éxodo de miles de ciudadanos preferentemente

hacia países de América Latina. Hacia México emigró una buena parte de los intelectuales, fundadores de importantes instituciones —entre otras la Casa de España, que después se convertiría en El Colegio de México— y activos participantes en la vida social y cultural mexicana. Se conoce menos acerca de los miles de españoles (niños y adultos) que arribaron, y que en virtud de su inserción laboral y social no merecieron las primeras páginas en los medios de comunicación; pero que en conjunto representan una referencia obligada para valorar las relaciones entre ambos países.

La ausencia de tradición española en materia de inmigración puede ayudarnos a comprender, no sólo el trato discriminatorio implícito en las leyes reguladoras de la materia —traducidas en una rígida Ley de Extranjería y en el hecho de que las dependencias encargadas de su tramitación se localicen en las jefaturas de policía (con lo cual los extranjeros reciben un trato de presuntos delincuentes por parte de las burocracias respectivas, quienes acostumbradas a enfrentar a la delincuencia urbana, exigen del extranjero la demostración de su *inocencia* como requisito previo para la tramitación de sus documentos)—; sino también las crecientes actitudes racistas y xenófobas de buena parte de la sociedad. Hasta finales de los años sesenta y principios de los setenta, en el epílogo de la dictadura franquista, en España se registran las primeras oleadas de extranjeros —por lo regular provenientes del resto de Europa— cuyo motivo de viaje era turístico. No será sino hasta mediados de la década de los ochenta cuando se incremente la llegada de ciudadanos de países pobres con el ánimo de encontrar trabajo. En el caso español se reproduce el patrón típico de las migraciones internacionales: en el país de recepción se registra una importante recuperación económica que demanda fuerza de trabajo barata destinada a empleos agrícolas, de construcción o

de servicios, aquellas labores que debido a su naturaleza pocos españoles están dispuestos a realizar. Y, por el lado de la oferta de fuerza de trabajo, se profundizan los desequilibrios sociales y económicos en los países del Tercer Mundo. La cercanía geográfica es un factor importante en la determinación de la intensidad de las interacciones migratorias. De ahí que las colonias de extranjeros más numerosas en España sean precisamente la marroquí y la portuguesa.

Para un mexicano —cuya referencia inmediata es la emigración de compatriotas hacia Estados Unidos— resultan sorprendentes las cifras globales sobre inmigrantes en España; parece no haber correspondencia directa entre el total de extranjeros y el revuelo xenofóbico que han levantado. Según datos oficiales, actualmente viven en España 778 334 extranjeros, de los cuales el 38 por ciento, es decir 295 766 se encuentran en situación de *ilegalidad* (al igual que en Estados Unidos, grupos crecientes de inmigrantes han pugnado por el reconocimiento del estatus de indocumentados en oposición al de *ilegales* utilizado oficialmente). Ese total representa un mínimo porcentaje con respecto al total de la población, cifrado en aproximadamente 44 millones de personas. Del total de extranjeros en España, como decía, las colonias más numerosas son la marroquí y la portuguesa con 170 484 (21.9 por ciento de las cifras globales). De ellas sólo el 38.4 por ciento tienen estatus legal, contra un 61.5 por ciento que es considerado ilegal. Si bien en conjunto la población de origen latinoamericano es la más numerosa, en términos relativos su situación de legalidad con respecto a los procedentes de los dos países mencionados es ligeramente mayor, pues de 180 231 que viven en España, el 43.4 por ciento tienen resuelta su residencia legal, contra un 56.5 por ciento que son considerados como indocumentados. Sin embargo,

las diferencias de estatus son mínimas y los latinoamericanos junto con marroquíes, portugueses y filipinos, padecen las consecuencias —discriminatorias— de la Ley de Extranjería, que ha sido considerada como una de las “más duras de Europa”.

Entre 1985 y 1989 las expulsiones de extranjeros se quintuplicaron, llegando a un total de 4 739 en 1989. En el 90.2 por ciento de los casos se argumentó la ilegalidad residencial y al resto se les expulsó por indeseables, delincuentes o por participación en acciones de narcotráfico. El 32.4 por ciento (1 538) de los expulsados fueron marroquíes y los siguientes grupos más numerosos fueron de senegaleses, portugueses y argelinos. De nuevo se observa cómo los ciudadanos de los países vecinos más pobres son los que reciben el peor trato por parte de la ley. Observando lo que sucede cotidianamente no sólo en España, sino en el resto de Europa, no parece aventurado sostener que el trato discriminatorio por parte de la sociedad y las leyes está en función no sólo del país de origen de los extranjeros, sino del color de la piel. Son los africanos sin duda los que lo sufren directamente.

Pero el racismo y la xenofobia se ensañan también con otros grupos, que aun siendo de ciudadanos españoles no han dejado de sufrir un trato social discriminatorio. Me refiero a los gitanos y a los judíos. Sobre éstos últimos ya he explicado la lógica racista con la que son rechazados; sólo un comentario adicional. Según datos oficiales, Europa acoge al 25 por ciento de los judíos; en España se calcula que viven aproximadamente diez mil de ellos, cifra que contrasta con los setecientos mil de Francia, 410 mil de Inglaterra o los casi tres millones de la URSS. Se trata de una pequeña comunidad que sigue siendo vista con recelo y que todavía recuerda cómo fueron cerradas sus sinagogas y prohibidos sus derechos de libre culto.

En el caso de la comunidad gitana, pesa sobre ellos un racismo ancestral. Siendo ciudadanos españoles, padecen una marcada discriminación que los ha confinado a las periferias urbanas y relegado del acceso al mercado laboral en igualdad de condiciones que el resto de los españoles. De ahí derivan también los bajos niveles de educación, problemas de salud, de drogadicción y delincuencia, entre otros. Sobre los gitanos se esgrimen también los estereotipos y se percibe un fuerte desdén hacia lo que representan sus expresiones culturales. Sin duda es una visión estrecha, pues difícilmente podría comprenderse la historia moderna de España sin el examen de su participación. (Bastaría recordar su papel en la *Reconquista* del territorio andaluz de finales del siglo XV como abanderados de los ejércitos de los reyes católicos, o su importante contribución a la cultura andaluza contemporánea).

Ante el panorama que se presenta a inmigrantes y minorías, es justo señalar que también han surgido voces españolas que se alzan contra la política discriminatoria y las manifestaciones racistas y xenófobas. El tema comienza a debatirse públicamente y se extienden las organizaciones de defensa a inmigrantes, de derechos humanos, por la dignificación del trabajo de las minorías, etc. Así, no todo es hostilidad hacia el extranjero en España. Tal vez el problema resida en que esas voces no han sido suficientes para levantar diques ante las crecientes actitudes racistas que se manifiestan en la sociedad española y aún más frente al futuro cercano de la Europa unida. Si en la perspectiva de la unificación la supresión de fronteras internas anunciada para los primeros días de 1993, auguraba el reforzamiento de los controles de ingreso a los países de la Comunidad Económica Europea —al duplicarse los requisitos formales para el otorgamiento de permisos y visas y una más escrupulosa aplicación de las leyes migratorias—, los

profundos cambios registrados en la Europa del este durante 1989, han exacerbado los sentimientos nacionalistas y permiten prever un recrudecimiento de las hostilidades hacia las minorías y los inmigrantes provenientes de países pobres. Así, ante la Europa unida y el resurgimiento de los nacionalismos, el futuro inmediato parece deparar una profundización de los ánimos racistas y xenófobos. En el caso español en sus relaciones con los países latinoamericanos, España deberá enfrentarse ante una disyuntiva: optar por una política más restrictiva en materia de inmigración, limitando el tránsito de la población latinoamericana —y africana— para responder a las presiones de la Comunidad Europea, convirtiéndose virtualmente así en portero de Europa, o apelar a la memoria histórica, respondiendo a los compromisos de solidaridad y fraternidad expresados por diversos organismos gubernamentales en el marco de las —controvertidas— celebraciones del Quinto Centenario del encontronazo con nuestros pueblos. La sociedad y el gobierno español tienen la palabra.

Madrid-Tijuana, septiembre de 1990

FRONTERA ESPAÑOLA. UNA HISTORIA CONOCIDA

a José Manuel Valenzuela A.

La madrugada del primero de noviembre, un grupo de veintitrés marroquíes abordaron una patera —especie de bote pequeño— en las costas del norte de Marruecos, Africa, con la intención de atravesar los trece kilómetros que los separaban de tierras españolas, a través del Estrecho de Gibraltar. Una milla antes de llegar a su destino, la pequeña embarcación zozobró víctima del mal tiempo y de su frágil estructura, muriendo ahogados diez y nueve de sus ocupantes...

En España, el tema de la migración indocumentada acapara la atención pública cuando, como en este caso, la aventura adquiere tintes dramáticos. Pero desde hace años, el cruce de trabajadores indocumentados de Africa a Europa es permanente. De Marruecos a este país, existen dos posibilidades, dos caminos que los conducen al *sueño europeo*. Y por los cuales se calcula que llegan a trabajar cada año aproximadamente quinientos marroquíes. Pero la cifra de emigración aumenta cuando vemos que la policía de fronteras, la *migra* española, captura a 39 de cada 100 que intentan el cruce.

Por la primera de las rutas, el futuro indocumentado se embarca en una patera para intentar cruzar las peligrosas aguas del Estrecho de Gibraltar, que en su parte más cercana a la costa comprende trece kilómetros, los cuales son recorridos en las frágiles embar-

caciones en un tiempo que oscila entre tres y seis horas. Los *fletadores* o conductores de indocumentados (*polleros* en el lenguaje de la frontera mexicana), le cobran a cada marroquí treinta mil pesetas españolas por el cruce (aproximadamente 275 dólares); y cien mil pesetas más (novecientos dólares) por un pasaporte falso y la promesa de que otras personas los estarán esperando para conducirlos por tierras españolas. Unos metros antes de llegar a la costa son bajados de las pateras, teniendo que cruzar a nado la distancia. Si tienen la fortuna de no ser interceptados por la guardia costera, pronto se darán cuenta de que el *fletador* los ha engañado pues nadie hay a recibirlos.

Por el segundo camino no es tan alto el riesgo de una desgracia, pero es el menos probable para llegar a España. Este país conserva de su pasado colonizador dos ciudades en Marruecos: Ceuta y Melilla. Dada la localización de la primera, en la parte más cercana al Estrecho español, los ciudadanos marroquíes cruzan su frontera con el ánimo de tomar el primer transbordador rumbo al país del norte. Pero como resulta que las autoridades migratorias de Ceuta han sofisticado sus métodos de detección, sólo un mínimo porcentaje de indocumentados logra burlar la vigilancia.

En Marruecos se dice que en España hay trabajo, comida y dinero y que por ello vale la pena correr los riesgos del cruce. Barcelona y Madrid son dos de las ciudades que mayor número de marroquíes indocumentados reciben. Sin embargo, los ciudadanos del vecino país africano preferirían llegar a Francia, pero las dificultades ante la vigilancia fronteriza y sobre todo los costos del desplazamiento, se lo impiden.

En España trabajan de manera indocumentada aproximadamente noventa mil marroquíes, mientras que otros diez mil han logrado legalizar su estancia. Esa gran mayoría subsiste merced a

la economía subterránea o en condiciones de subcontratación. Una particularidad del fenómeno de la migración que sigue la ruta Marruecos-España es que para aquel país africano el problema de emigración de fuerza de trabajo no existe. Ni como válvula de escape y menos como fuga de capital humano, ya que los migrantes son considerados simples delincuentes o traficantes de droga. Desconozco si esa concepción tiene que ver con las leyes islámicas que rigen la vida en Marruecos. Pero sí creo que ayuda a explicar por qué los ciudadanos que son interceptados y devueltos por las autoridades migratorias españolas a sus similares marroquíes, son víctimas de vejaciones por parte de éstas. Para ellos son simples malhechores que pretenden huir. Sin embargo, el problema es de fondo y obedece a la lógica que impone el mercado internacional de fuerza de trabajo: en Europa demandan trabajadores y África los oferta. Lógica similar a la que rige en el fenómeno de migración de mexicanos a Estados Unidos. Y tal como están las cosas, de cara a la reactivación y futuro de las economías europeas, de las cuales España es hoy plenamente partícipe desde su ingreso a la Comunidad Económica, todo indica que la migración africana indocumentada se acentuará pese a su penalización en ambos continentes.

Madrid, noviembre de 1988

ESPAÑA. LOS INFANTES AUSENTES

Resulta poco aconsejable escribir acerca de un país al cual se acaba de llegar. Al respecto, Ludolfo Paramio comentaba que recientemente se vertieron fuertes críticas al diario *El País* por haber enviado a un nuevo corresponsal a México, quien, habiendo desarrollado su carrera periodística en ciudades europeas, al tercer día de instalarse inició una serie de crónicas que recogían sólo la *parte negra* de la vida mexicana, y en las cuales las referencias a homicidios, tráfico de drogas, delincuencia, etc., eran su materia prima.

Pero aun con esas salvedades, digamos que tan sólo registro las primeras miradas de un mexicano interesado en los fenómenos que presenta una sociedad recién descubierta por la democracia. Y sólo por ahora me referiré a esa primera impresión que causa llegar a Madrid u otra ciudad española —en mi caso incluyo Valencia— y poder contar con la palma de la mano, entre el mar de gente que recorre sus calles, a los niños. Al principio uno cree que porque aún no inicia el ciclo escolar los niños están ausentes del bullicio ciudadano. Pero con el paso de los días esa primera impresión se convierte en obsesiva interrogante: ¿dónde están los niños españoles? Se intuye que la respuesta a esta pregunta también forma parte de las preocupaciones del gobierno que encabeza Felipe González y de muchos ciudadanos conscientes de que la española será, para el año dos mil, una sociedad de viejos. Desde luego que esta percepción no incluye ningún tipo de valoración moral sobre la población vieja. Sólo que parece que la sociedad

española no contará con fuerza de trabajo joven dentro de poco tiempo. Y ésta es la gran verdad del dilema poblacional al que tendrán que enfrentarse.

Desde finales de la década pasada —y no es casual que sea para estos años cuando en este país tengan lugar las grandes transformaciones democráticas— las tasas de natalidad españolas empezaron a descender. Ejemplifiquemos esto con el caso de Madrid, la capital española. Según la información de Isabel Campo publicada en el diario *Ya* (7-IX-88, p. 26):

La población de Madrid en 1986 era de 3.058, 182 habitantes y es inferior en casi cien mil personas de la censada en 1981. El municipio ha perdido un 31.9 por ciento de la población censada cinco años antes. La natalidad desciende de forma significativa entre 1971 y 1975, donde el promedio anual de nacimientos en Madrid se sitúa en torno a los 54,000. Entre 1981 y 1985, difícilmente se han superado los 37,000 nacimientos por año. La tasa de natalidad ha pasado de 20.41 nacimientos por mil habitantes en 1970, a 10.90 en 1985.

En este caso en concreto se añade el hecho de que ha habido un aumento en las tasas de mortalidad, pues en “1970 la tasa era 6.68 defunciones por mil habitantes, mientras que en los últimos años ha aumentado a 7.5”. Además, se registra una fuerte emigración de jóvenes hacia la provincia debido al alto costo de la vida madrileña. Aquí no puedo dejar de contrastar con el caso de la capital mexicana, donde la población sigue aumentando en términos absolutos de manera alarmante. Aun cuando las condiciones son adversas, es mayor la tasa de inmigración —que la de emigración—, con los consabidos problemas de desempleo, conflictividad social y demanda urbana que esa realidad conlleva.

Volviendo al caso de la notable ausencia de niños en los principales centros urbanos españoles, y que lleva a algunos

medios de información como la revista *El Globo*, a titular en ediciones recientes: “En el año dos mil la española será una sociedad de ancianos”, nos encontramos también con algunos datos que para sociedades como la nuestra resultan increíbles: el pasado 15 de septiembre iniciaron los cursos anuales en los sistemas educativos preescolar y de enseñanza general básica; este año disminuyó en 280 mil el número de estudiantes con respecto al año anterior. Las causas oficiales: “Debido al descenso de la natalidad en los últimos años” (*Ya*, 15-IX-88, p. II).

Así, hoy la población de Madrid —una de las principales comunidades autónomas de España— está representada por jóvenes, adultos y ancianos. Deambular por sus calles, desvelarse en sus interminables bares-restaurantes, asistir a los actos públicos o abordar cualquier modalidad de transporte público, corrobora las frías estadísticas:

Hay pérdida del grupo de población menor de 15 años de edad, que pasa de 855,000 en 1970, a tan sólo 573,000 en 1986, con un descenso del 33 por ciento. También se da un incremento notable del grupo de población mayor de 64 años, que pasa de 257,000 en 1970, a 395,000 en 1986 (Isabel Campo, *op. cit.*).

Múltiples son las causas a las que obedece ese descenso de la natalidad (y aquí tan sólo enumero sin jerarquizar): la necesidad de los jóvenes de vivir y gozar una libertad apenas reconocida en la década de los ochenta; la conciencia de una nueva guerra mundial y los riesgos derivados de su pertenencia a la OTAN —en ese escenario trágico, las nuevas generaciones son concebidas como carne de cañón—; el alto desempleo entre los jóvenes —18.6 por ciento de la PEA se encuentra desempleada—; pero también, los altos niveles de educación; España como parte de una Europa

desarrollada con una fuerte vinculación de las mujeres al mercado laboral; en fin, la pertenencia a una sociedad que parece ponderar a la familia nuclear sobre la extensa...

Por ahora éstas son tan sólo las primeras impresiones sobre los infantes que fueron. Y vale, como dicen por acá.

Madrid, septiembre de 1988

NO TODOS LOS CANALES CONDUCEN AL BARRIO ROJO

Entre las recomendaciones para la visita de los sitios de interés turístico de la ciudad de Amsterdam, Holanda, aparecía una nota escueta, hábilmente redactada para convocar a curiosos: "Barrio Chino: no nos engañemos, éste es uno de los principales atractivos de la ciudad. Tal vez el más fuerte de Europa, presentándonos las mujeres en escaparates. Merece la pena ser visto (ambiente extraño, elevado número de emigrantes, pocos holandeses)".

El también llamado Barrio Rojo está enclavado en el centro de la ciudad de los canales, ahí muy cerca de la histórica Plaza del Dom. Como todas las zonas de su tipo, se le llama Barrio Rojo pues éste es el color universalmente aceptado como sinónimo de la sangre, de la pasión, de lo prohibido; en oposición al blanco, que simboliza la pureza. (La metáfora de los colores no es privativa de una cultura o una religión; por ejemplo, la cultura árabe y musulmana también participa de esta concepción.) El Barrio comprende aproximadamente dos manzanas, en las cuales se agrupa una impresionante cantidad de escaparates, *sex shops*, casetas de video, comida ultrarrápida, etc. Todo se encuentra acondicionado para resaltar las vitrinas estratégicamente colocadas a lo largo de angostos laberintos, donde las mujeres son exhibidas entre sugestivas luces fosforescentes. Por su aspecto y lógica discriminatoria, la mayoría de las mujeres en exhibición provienen de países asiáticos y/o sudamericanos. Es un barrio donde la oferta de drogas también abunda y en el cual el sentimiento de inseguridad es permanente.

Aunque el espectáculo es deprimente, no deja de sorprender la cantidad de turistas que inundan el Barrio. De alguna manera es un paseillo obligado en la ciudad de Amsterdam, de ahí que grupos enteros de hombres y mujeres extranjeros de todas las edades, deambulen por sus calles. Ante el espectáculo pienso que el paseo turístico sirve para aligerar las malas conciencias; el mismo efecto que produce pasear por países o zonas miserables: en ellos nos contrastamos pues estamos *muy lejos* de padecer esas denigrantes formas de vida, somos lo opuesto a lo aquí exhibido; de ahí que no me convenzan las maliciosas sonrisas de los paseantes... Debo decir que el Barrio Chino de Amsterdam no posee la exclusividad de la prostitución exhibida; en menor escala en la ciudad de Bruselas, Bélgica (la capital de Europa), también se le puede encontrar. Pero más allá de la degradación humana que supone toda actividad de prostitución —y en este escrito he tratado de no presentar una visión moralista del problema—, la particularidad holandesa reside en el hecho de que las mujeres del Barrio, reivindicando sus derechos ciudadanos como trabajadoras, han logrado organizarse en un sindicato, por medio del cual han pactado con los patrones horarios laborales de ocho horas, salarios mínimos, servicios médicos y sanitarios, además de otras prestaciones...

Sin embargo, no todos los canales conducen al Barrio Rojo. Con ser sin duda importante, no se puede concluir que Amsterdam es una ciudad de la perdición. En Baja California sabemos de la tentación simplista de explicar la vida y cultura de una ciudad como Tijuana a partir de la *leyenda negra*. Sin negar la historia fundacional de la ciudad y las formas de vida miserables que encierran zonas como la llamada popularmente *Cahuila* o la imagen que los norteamericanos han forjado de la avenida

Revolución y que se les vende, Tijuana no es sólo eso. Bien lo entendemos quienes en ella hemos vivido. Pero, claro, es más rentable una literatura basada en el morbo. Por fortuna, los estereotipos están siendo desmontados.

En Amsterdam, sus aproximadamente 750 mil habitantes, como en el resto del país, han aprendido a convivir a pesar de sus diversidades culturales. En Holanda el 40.4 por ciento de la población es católica, el 30.7 por ciento protestante, otras confesiones representan el 5.3 por ciento y las personas que no profesan religión alguna suman un 23.6. En este país además se hablan por lo menos tres idiomas: holandés, frisón y alemán. Amsterdam, la también llamada *Venecia del Norte* —bautizada así por haber sido construida entre cien canales, noventa islas y cuatrocientos puentes—, da la impresión de ser una ciudad tranquila, limpia y culta, donde la bicicleta se ha convertido en el principal medio de transporte. A la gran admiración que despierta saber que Holanda ha crecido merced al inmenso trabajo que supone ganarle terrenos al mar, se une el hecho de que es un país receptor de perseguidos políticos europeos y latinoamericanos, y que ha sabido respetar y recoger todas las ideas y tradiciones culturales de los inmigrantes. Como indica la propaganda oficial: “Aquí todas las ideas han tenido siempre cabida, todas las formas de ser son admitidas”.

Paseando por los bellos canales de Amsterdam, sorprende la ausencia de cortinas en sus casas adyacentes, por lo que la frontera entre vida pública y privada se desvanece. La explicación proviene de la ética protestante, tan fuertemente arraigada en Holanda: nada se debe ocultar, quien lo hace encubre su vida privada, guardando oculto lo que debiera ser transparente y causando

resquemor público. Por ello, tal vez por medio de una operación muy fácil, trato de encontrar una explicación a la existencia del Barrio Rojo en una ciudad como Amsterdam: por un lado, representa una cuantiosa fuente de divisas, perfectamente acorde con el espíritu capitalista; y por el otro, retoma de la ética protestante el imperativo de la exhibición nitida de sus interiores...

Madrid, agosto de 1990

COMUNIDAD EUROPEA. LOS DILEMAS FRONTERIZOS

Desde la experiencia latinoamericana hemos aprendido a reconocer y defender nuestros límites territoriales mediante el ejercicio cotidiano de la soberanía nacional. Es en el terreno político y cultural desde donde con mejores resultados hemos levantado diques a la desigual relación económica con los países más desarrollados. Esta relación asimétrica con Estados Unidos ha forzado históricamente la reivindicación de la *unidad latinoamericana* frenando la expresión de las diversidades nacionales; una condicionante externa que, dadas las actuales relaciones de desigualdad que se establecen entre Estados Unidos y América Latina, se ha convertido en un obstáculo fundamental de la modernización social, económica y democrática deseada. El sociólogo brasileño Octavio Ianni ha expresado recientemente que la diversidad de América Latina puede fructificar cuando la presencia de Estados Unidos —el factor externo— en nuestros países no siga siendo decisiva: “la idea de una América Latina es resultado de las presiones que vienen de afuera. Cuando no haya más presión externa no necesitaremos hablar de una sola América Latina; reconoceremos la pluralidad nacional. Cada pueblo tiene el derecho de ser bonito a su manera”.

En el caso mexicano, la amplia frontera de más de tres mil kilómetros con Estados Unidos, la de mayor extensión en Occidente, caracterizada por el intensivo contacto de dos economías y dos culturas diferenciadas, nos ha obligado a reconocer la demarcación

territorial como un elemento constitutivo central de nuestra soberanía. La frontera es el límite formal de contacto y diferenciación entre las dos sociedades, de ahí que la colindancia obligue a reafirmar las diferencias socio-culturales. Este fenómeno es más conspicuo cuando por vecino se tiene a una cultura con vocación hegemónica como la estadounidense.

Los mexicanos fronterizos hemos ido construyendo las reflexiones anteriores a través del contacto permanente con la sociedad *del otro lado*. Así, acostumbrados a actuar y pensar desde esa lógica, no dejan de llamarnos la atención los esfuerzos de los países de la Europa occidental por integrarse territorialmente a través de la supresión de sus fronteras internas. Como muchos saben, la Comunidad Económica Europea, integrada por doce países, tiene sus antecedentes formales en la firma de los Tratados de Roma el 25 de marzo de 1957. (Entre paréntesis diré que el tema de la integración europea es muy amplio y complejo y que aquí sólo me interesa detenerme en lo relativo a las fronteras internas). De los Tratados de Roma a la suscripción del Acta Unica Europea en 1987 se establece, entre otros, el fuerte compromiso de suprimir las fronteras internas entre los doce países. La fecha prevista para la entrada en vigor de tan trascendental compromiso es el 1 de enero de 1993. Esta medida garantizará el libre tránsito de personas de un país a otro sin necesidad de mostrar documento de identidad nacional o revisión física; sólo para fines de control se crearán brigadas mixtas móviles, que llevarán a cabo revisiones ocasionales. Sin embargo, aunque la medida entrará en vigor dentro de tres años, algunos países ya han hecho adelantos considerables al respecto. Por ejemplo, entre Bélgica y Holanda la frontera ha desaparecido, así como los controles que implicaba. Hace poco España y Francia anunciaron que el próximo año la

frontera por Cataluña y Aragón quedará suprimida. Así, la integración territorial europea no sólo es hoy un proyecto aprobado formalmente, sino que en los hechos avanza de manera constante.

Sin ignorar que los fenómenos que se presentan en Europa y América Latina no permiten comparaciones, no puedo prescindir de algunos comentarios. En primer lugar, al interrogar al secretario general para las Comunidades Europeas, don Rafael Pastor Ridruejo, acerca de las implicaciones que la desaparición de fronteras traería para los fenómenos de soberanía e identidad nacional, pregunta formulada desde nuestra perspectiva americana, contestó: "La inevitable desaparición de fronteras se traducirá en la pérdida de una parte de nuestra identidad nacional. Es una apuesta, un acto de fe en el futuro". Creo que de la apuesta por una comunidad integrada económica y territorialmente, los fenómenos de integración política y sobre todo cultural —tomando en cuenta, por ejemplo, el problema de que en los doce países se hablan nueve idiomas— han sido los temas más debatidos y hasta ahora los de más difícil solución. En ese terreno se inscribe la respuesta del señor Pastor Ridruejo. Desde mi punto de vista, la formación de una comunidad de países europeos occidentales (CEE) fue obligada, entre otras razones, por la necesidad de protegerse y competir económicamente en mejores condiciones ante Estados Unidos, Japón y los llamados Dragones Asiáticos (Singapur, Taiwan, Corea del Sur y Hong Kong) en la nueva fase del capitalismo mundial. Así, el factor externo, aludido al inicio, se traduce también para Europa en un determinante central de los procesos de integración, homogeneización y pérdida en soberanía de los pueblos occidentales. Creo que ahí existe un reto fundamental del proyecto comunitario que deberán enfrentar en un futuro inmediato los países miembros.

Por último, también para nuestros países americanos, la integración europea tiene consecuencias en todos los terrenos. Sólo resalto el más inmediato: con la desaparición de las fronteras internas, el control de las fronteras externas se intensificará. Refugiados, estudiantes o simples turistas verán aumentar los trámites y requisitos de ingreso a Europa. En ello reside sin duda una grave tentación racista que deberán resolver, sobre todo España, que para 1992 tiene el serio compromiso de llevar adelante la controvertida celebración del V Centenario del encontronazo con nuestros pueblos.

Madrid, diciembre de 1989

INDICE

PRESENTACION.....	9
-------------------	---

LAS QUERENCIAS

• <i>Los Vikingos</i> del callejón Madero	15
• De jóvenes imberbes	27
• UABC 1976-1980. Ejercicio de memoria generacional.....	33
• Mexicali: notas de tránsito	44
• Las enseñanzas de Don Luis	48
• Entre flores y espinas. El encanto de la microhistoria	53
• ¿Y qué queda? Queda la palabra	57
• Letras para el terruño	63
• Biografías fundadoras	66
• Gandhi, recuerdos de otros tiempos	69

VIVIR LA FRONTERA

• Una colindancia necesaria, un límite objetivo.....	75
• Pasaporte no lo tengo porque nunca me lo han dado	82
• Las damas bien de la frontera	95
• De perfiles culturales	99
• El norte de Galio Bermúdez	101
• <i>El umbral de la filera</i> . Entre la realidad y la ficción...	105

ENCUENTROS

- De tertulias, *movidas* y otras *marchas* españolas 113
- Hugo o de la redención del patriotismo 118
- No hay agua pero brillan los ojos 124
- Los españoles, los europeos y los otros 128
- Frontera española. Una historia conocida. 136
- España. Los infantes ausentes 139
- No todos los canales conducen al Barrio Rojo 143
- Comunidad Europea. Los dilemas fronterizos 147

Lic. Ernesto Ruffo Appel

Gobernador Constitucional del Estado de Baja California

Lic. Marco Antonio Esponda Gaxiola

Secretario de Educación y Bienestar Social

Dr. Guillermo Trejo Dozal

Coordinador de Desarrollo Social

Lic. Manuel Felipe Bejarano Giacomán

Director general del Instituto de Cultura de Baja California

Profra. Nora Granados Alpízar

Directora de Desarrollo Cultural

Lic. Olga Angulo Angulo

Jefa del Departamento Editorial

MIRADAS Y QUERENCIAS

Los 24 textos que componen este libro, escritos en diferentes momentos y circunstancias, fueron publicados en diversos diarios, periódicos, revistas regionales y nacionales, entre mayo de 1986 y septiembre de 1984. Hoy han sido reunidos bajo la certeza de que guardan una coherencia temática y se identifican en su aspiración por mostrar el producto de un trayecto intelectual a medio camino, que se empeña en retornar a su origen: al espacio breve de la patria.

Estos trabajos son las miradas y las querencias que la memoria nos vuelve presente y que se materializan a través de la palabra escrita. De ese viaje personal se acumulan vivencias e impresiones que los textos recogen para evitar su desaparición. Es la memoria obsesiva de un habitante de la frontera. Son miradas, pero también querencias, que apuestan por el entendimiento y, por ello, implican un ejercicio de reconstrucción interesado.

Víctor Alejandro Espinoza Valle (1958), tecatense de origen, es doctor en Ciencia Política por la UNAM y en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid; es director del Departamento de Estudios Sociales de El Colegio de la Frontera Norte e investigador nacional por el Sistema Nacional de Investigadores. Entre otros trabajos, es autor de los libros *Don Crispín. Una crónica fronteriza* (El Colegio de la Frontera Norte, 1992) y *Reforma del Estado y empleo público* (Instituto Nacional de Administración Pública, 1993; Premio INAP 1992).

2.1.2 Sobre algunos problemas en la adscripción de la pequeña burguesía

Resulta pertinente detenernos en el señalamiento de algunos de los problemas presentes en la adscripción clasista de la pequeña burguesía en Marx. En esta clase Marx incluye, como ya vimos, a pequeños propietarios industriales, artesanos, campesinos parcelarios, así como a los pequeños comerciantes; estos últimos, fuerza es decirlo, en términos de una definición apegada a la determinación por el modo de producción, quedarían excluidos. Pero este “error” es sólo una de las imprecisiones en que cayó Marx en sus obras que tratan sobre las clases sociales, tal como lo demuestra en su trabajo Sergio Bagú.¹⁸ En los análisis marxistas se reproducen estas “imprecisiones”. Para Agustín Cueva: “La pequeña burguesía incluye también, en su composición orgánica, a un sector social que no es propiamente productivo, sino que se origina en el plano de la circulación correspondiente a dicha forma [de producción mercantil simple] : *el pequeño comercio*”¹⁹. Este tipo de problemas indican que los estudios para definir la adscripción de clase de la pequeña burguesía tradicional —y no se diga la de la “nueva pequeña burguesía”— todavía tienen un largo camino por recorrer. Los pequeños comerciantes están más cerca de la burguesía tradicional que de la burguesía o de la clase obrera. Su tipo de propiedad, sus funciones, su acción intercomunicativa o vida cotidiana y sus prácticas político-ideológicas, así lo demuestran.

Además se trata de un problema de adscripción no exclusivo de la pequeña burguesía: por ejemplo, para el caso de la burguesía

“Puesto que la toma de posesión de la agricultura por parte del modo capitalista de producción, la transformación de los campesinos que trabajan por su cuenta en asalariados, es de hecho, la última conquista de este modo de producción en general”. Karl Marx, *El capital*, t. III, vol. 8, Siglo XXI, p. 836. Véase también Karl Marx, *La guerra civil en Francia en Obras escogidas en un tomo*, p. 304.

¹⁸ Véase Sergio Bagú, *op. cit.*, capítulo IV.

¹⁹ Agustín Cueva, *op. cit.*, p. 88.

nadie niega que las fracciones financiera o comercial hacen parte de ésta, así se ubiquen en la esfera de la circulación.

2.1.3 Indicadores de clase

Los límites de clase —entre burguesía y clase obrera— están determinados por su no inserción en las relaciones capital-trabajo; como dice Marx cuando se refiere a los campesinos parcelarios: “Amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo”²⁰. Las relaciones entre el capital y el trabajo son las relaciones básicas del modo de producción capitalista, relaciones sobre las que se definen las clases principales; la pequeña burguesía queda excluida de dichas relaciones, porque hace parte de una forma de producción secundaria, aunque en una formación social capitalista, participa en éstas de manera eventual. La participación eventual de los pequeños propietarios en las relaciones básicas se materializa cuando utilizan personal extra familiar asalariado. Sin embargo, la misma eventualidad nos está indicando que el trabajo asalariado es utilizado de manera secundaria, privando fundamentalmente el trabajo propio y/o familiar. Ejemplos ya clásicos serían los del tendero y los del dueño de un taller en pequeño. Este hecho no es aceptado por autores como J. Calixto Rangel, quien sostiene que por el sólo hecho de utilizar a más de un trabajador, por ejemplo en el mismo pequeño taller, les da una determinación de clase

Al respecto Denis Baranger dice, de manera por demás irónica, “con frecuencia los autores marxistas se apartan en menor o mayor medida de la definición estricta.

El mismo Marx habla de los ‘pequeños comerciantes’ como integrantes de esta clase, por lo que el concepto se debe extender, abarcando también a los pequeños propietarios de medios de *circulación*. Si además se quiere dar cuenta de los profesionales, se puede acudir a la idea, de ‘medios de producción intelectuales’, etc.” *op. cit.*, p. 1600. Sin embargo, el autor no propone alguna posible solución a esta imprecisión.

²⁰ Karl Marx, *La guerra civil*, *op. cit.*, p. 297.

distinta²¹. Conviene tener presente que la mayoría de los autores marxistas sostienen correctamente esta diferenciación entre el pequeño capitalista y el pequeño burgués, pero con matices diferentes a los postulados por Calixto Rangel. Se trata en general de criterios más flexibles sobre la adscripción de clase y la utilización de fuerza de trabajo ajena. Reproduzcamos algunas citas que corroboran nuestros argumentos. Para Agustín Cueva, la diferencia entre los pequeños capitalistas y la pequeña burguesía, está dada porque los primeros sí se insertan en las relaciones capital-trabajo asalariado, ya que emplean de manera *sistemática* trabajo asalariado, no así la pequeña burguesía “que se caracteriza por trabajar por ‘cuenta propia’ en su taller, su negocio o su fundo, apoyándose en el trabajo personal del propietario y su familia y ocupando sólo de manera eventual y secundaria personal *extrafamiliar asalariado*”²². También Sergio Zermeño parte de la misma idea: “El término pequeña burguesía hace referencia a

²¹ La diferencia entre “el pequeño propietario de un taller que emplea a 5 obreros asalariados y un pequeño agricultor, quien ayudado por su familia, en una buena temporada levante una cosecha regular” es que en el primer caso se trata de “un pequeño capitalista” y en el segundo de “un trabajador por cuenta propia —un pequeño burgués—”. José Calixto Rangel Contla, *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895 a 1960*, p. 22.

²² Agustín Cueva, *op. cit.*, pp. 88-89, (cursivas nuestras).

Marx sostiene en *El capital*: “La mínima expresión del capital variable es el precio de costo de una sola fuerza de trabajo empleada durante todo el año, un día con otro, para la obtención de plusvalía. Si este obrero contase con medios de producción propios y se bastase a sí mismo para servir como obrero, sólo necesitaría trabajar el tiempo indispensable para reproducir sus medios de vida, v. gr. 8 horas diarias y no necesitaría tampoco, por tanto, más que medios de producción para 8 horas al día. En cambio, el capitalista, que además de estas 8 horas le hace rendir, supongamos, 4 horas diarias de trabajo excedente, necesita contar con una suma de dinero adicional para adquirir los medios de producción adicionales. Sin embargo, bajo el supuesto de que aquí partimos, para poder vivir como un obrero cualquiera de la plusvalía diaria acumulada, es decir, para poder cubrir sus necesidades más perennes, necesitaría dar trabajo a dos obreros, por lo menos. Si así fuese, la finalidad de su producción sería simplemente ganar para vivir y no incrementar su riqueza, como ocurre en la producción capitalista. Para poder vivir doble de bien que un simple obrero y

ciertos sectores que son propietarios de sus medios de producción y que al mismo tiempo *no emplean mano de obra asalariada de manera regular y cuantitativamente importante*”²³. A su vez Arnaldo Córdova habla de las diferencias, pero denomina a los pequeños capitalistas, capitalistas medios: “Muchos estudiosos de la realidad social prefieren reservar el nombre de *capitalistas medios* para los propietarios de medios de producción que emplean el trabajo asalariado, mientras que llaman simplemente *pequeños propietarios* a los que no emplean trabajadores asalariados, sino que son ellos mismos quienes los trabajan”²⁴.

2.1.4 Definición de pequeña burguesía tradicional

En síntesis, una de las características fundamentales para la determinación de clase de la pequeña burguesía, es la no utilización sistemática y significativa de fuerza de trabajo asalariada.²⁵ El otro determinante básico lo establece el hecho de ser propietarios

volver a convertir en capital la mitad de la plusvalía producida, tendría que multiplicar por ocho el número de obreros que emplea y el *mínimo* de capital desembolsado. Claro que también puede intervenir directamente en el proceso de producción, como un obrero más, pero en ese caso no será más que un término medio entre el capitalista y el obrero: *un pequeño maestro* artesano. Y al llegar a un cierto nivel de desarrollo, la producción capitalista exige que el capitalista invierta todo el tiempo durante el cual actúa como capitalista, es decir, como capital personificado, en apropiarse, y por tanto en controlar el trabajo de otros, y en vender los productos de este trabajo”, Karl Marx, *El capital, t. I, op. cit.*, pp. 246-247. Aquí quedan planteados, de manera por demás clara, los límites entre la pequeña burguesía y la clase de los capitalistas. Para que aquélla se convierta en capitalista no le basta con emplear trabajo asalariado, tiene que emplearlo de manera capitalista, convirtiendo la plusvalía en nuevo capital.

²³ Sergio Zermeño, *México: una democracia utópica, el movimiento estudiantil del 68*, p. 202, (cursivas nuestras).

²⁴ Arnaldo Córdova, *Sociedad y Estado en el mundo moderno*, p. 232.

²⁵ En el mismo sentido lo plantean Denis Baranger, *op. cit.*, p. 1595 y Ross Gandy, *op. cit.*, p. 170.

de sus medios de producción, así sea en pequeña escala.²⁶ Así la pequeña burguesía tradicional es aquella clase intermedia entre la burguesía y la clase obrera —clases fundamentales del modo de producción capitalista—, que por tal motivo combina atributos de ambas y que tiene su asiento en una forma de producción mercantil simple. La pequeña burguesía es propietaria de sus medios de producción y los trabaja por cuenta propia y/o utilizando trabajo familiar, aunque eventualmente y, por lo mismo, no sistemática ni significativamente, utiliza fuerza de trabajo asalariada.

Así las dimensiones de la definición de clase social de Lenin, sólo se cumplen —positivamente— de manera parcial en el caso de la burguesía tradicional; esta clase social es propietaria de sus medios de producción, no explota fuerza de trabajo ajena —aunque eventualmente lo pueda hacer— y no desempeña un papel relevante en la organización social del trabajo. Y no puede ser de otro modo pues, como vimos, “si no hay lugar dentro del modo de producción capitalista para la pequeña burguesía tradicional, es porque ésta es una clase perteneciente a otro modo de producción”²⁷.

2.2 La pequeña burguesía en la visión de Lenin

2.2.1 Las semejanzas con Marx

La pequeña burguesía, al igual que en Marx y Engels, estuvo presente como objeto secundario en las elaboraciones teóricas de Lenin. Es un hecho, y así se desprende del análisis de sus trabajos, que Lenin utilizó recurrentemente el concepto de pequeña burguesía para designar a los agentes sociales que aquí he definido como pequeña burguesía tradicional —pequeños propietarios

²⁶ Autores como Ruy Mauro Marini y Esthela Gutiérrez, sostienen que la pequeña burguesía tradicional se define por su condición de propietaria, por ello puede ser caracterizada como “pequeña burguesía propietaria”. Véase Ruy Mauro Marini, *El reformismo y la contrarrevolución, estudios sobre Chile*; pp. 79-82, y Esthela Gutiérrez, “La determinación económica de las clases sociales en el capitalismo”, en *Teoría marxista de las clases sociales*, pp. 121-124

²⁷ Denis Baranger, *op. cit.*, p. 1598.

industriales, artesanos, campesinos parcelarios y pequeños comerciantes—, a grupos sociales no envueltos directamente en la lucha entre trabajo y capital²⁸. Sin embargo, conviene precisar, que en la mayoría de los casos, Lenin utiliza el concepto de manera crítica y hasta peyorativa; es decir, lo utiliza como arma para emprender una crítica política demoledora contra sus adversarios fueran o no miembros de la II Internacional²⁹.

El problema de la adscripción de clase de la pequeña burguesía es resuelto de manera semejante que en Marx y Engels; se trata de una clase que se asienta en una forma de producción mercantil simple, en una forma de producción secundaria y transitoria, que con el desarrollo capitalista tiende a la desaparición. Sin embargo, para Lenin la pequeña burguesía se puede convertir y en la mayoría de los casos se convierte, en una clase social que obstaculiza el desarrollo capitalista y socialista, ya que se aferra a su pequeña propiedad y la idealiza; es por tanto reaccionaria. Más adelante trato este punto.

En su dimensión histórica, Lenin, al igual que Marx, sostiene que el capitalismo moderno hunde sus raíces en la pequeña propiedad, esta es la base sobre la que se desarrolló el capitalismo industrial: “El capitalismo ha nacido y sigue naciendo, constantemente, de la pequeña producción”³⁰. El capitalismo se

²⁸ “La oposición de clase de la pequeña burguesía (se caracteriza) por su inestabilidad económica en la lucha entre el capital y el trabajo”, Lenin, “Uno de los problemas fundamentales de la revolución”, en *Obras escogidas en tres tomos*, t. II, p. 284.

²⁹ Un claro ejemplo lo constituye su crítica al “renegado Kautsky”. Véase “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, en *Obras escogidas en tres tomos*, t. III.

³⁰ Lenin, “Marxismo y revisionismo”, en *Obras escogidas en tres tomos*, t. I, p. 73.

En el mismo sentido Marx sostiene en *El capital*, a propósito de explicar la génesis del capitalismo industrial: “Es indudable que ciertos pequeños maestros artesanos, y, todavía más, ciertos pequeños artesanos independientes, e incluso obreros asalariados, se convirtieron en pequeños capitalistas, y luego, poco a poco, mediante la explotación del trabajo en capitalistas *sans phrase*”, *El capital*, t. I, *op. cit.*, p. 637.

levanta sobre las ruinas de la pequeña propiedad arrasándola y arrojando a sus representantes hacia alguno de los dos campos: la burguesía o el proletariado. La pequeña burguesía, en gran medida por ésto último, combinará atributos de las clases principales, será pues, una clase intermedia: “Los pequeños propietarios, pequeños burgueses, [son] gentes que ocupan un lugar intermedio entre los capitalistas y los obreros asalariados”³¹. De ahí que, objetivamente, a la pequeña burguesía no le queden más que dos opciones “históricas” —aunque más bien parece ser sólo una—: o proletarizarse o aburguesarse; así lo dice Lenin en forma por demás irónica: “Cualquiera ha podido observar, naturalmente, como se desviven los pequeños propietarios, como se esfuerzan por ‘salir adelante’, por llegar a ser verdaderos propietarios, por escalar la posición del propietario ‘sólido’, la posición de la burguesía. Mientras impere el capitalismo, no hay para el pequeño propietario más que una de estas dos salidas: o conquistar la posición del capitalista (posibilidad que, en el mejor de los casos, sólo se abre ante el uno por ciento de los pequeños propietarios) o pasar a la situación del pequeño propietario arruinado, del semiproletario y después a la del proletario”³². Aquí también está planteado el proceso de desaparición de la pequeña burguesía a partir del impetuoso desarrollo del capitalismo, que ya para el tiempo de Lenin era un capitalismo desarrollado que había entrado de lleno a su fase imperialista, a la fase de los monopolios. De ahí que la pequeña burguesía observa una incesante movilidad social descendente, pasando rápidamente a engrosar las filas del proletariado: “Entre los campesinos, al igual que en las demás capas de la pequeña burguesía, sólo una minoría insignificante se eleva, se abre paso en sentido burgués, es decir, se convierte en gente acomodada, en burgueses o en funcionarios, con una situación

³¹ Lenin, “Las tareas del proletariado en nuestra revolución”, en *Obras Escogidas en tres tomos*, t. II, p. 49.

³² Lenin, “Las enseñanzas de la revolución”, en *Obras escogidas en tres tomos*, t. II, p. 223.

estable y privilegiada”³³, la mayoría se proletariza. La pequeña burguesía, como clase, en su enfrentamiento cotidiano con la burguesía, pierde la pelea, a la par que el proletariado se vigoriza: “Mientras la burguesía desune y dispersa a los campesinos y a todas las capas pequeñoburguesas, cohesiona, une y organiza al proletariado”³⁴.

2.2.2 *El papel político-ideológico de la pequeña burguesía*

Del breve análisis de los pasajes de Lenin se desprende que sus planteamientos sobre la pequeña burguesía son similares a los de Marx y Engels, por eso me he permitido presentarlos de manera muy resumida. Sin embargo, en lo que sí encuentro variantes es en lo relativo al papel ideológico y político que cumple la pequeña burguesía; aunque más que variantes, se trata del mayor énfasis que pone Lenin en la caracterización y utilización del concepto de pequeña burguesía como sinónimo de clase reaccionaria; dicha clase cumple un papel retardatario para las luchas revolucionarias del proletariado. Esta idea está planteada una y otra vez a lo largo de sus escritos, e incluso elabora una serie de artículos destinados a dar cuenta del “espíritu pequeño burgués”³⁵, tan nocivo políticamente como el mismo espíritu burgués.³⁶ Detengámonos un poco en esta argumentación.

Conviene tener presente que la mayoría de las fuertes críticas a las posiciones “pequeño burguesas” estaban dirigidas a los “falsos revolucionarios” que retardaban el triunfo de la Revolución

³³ Lenin, “El Estado y la revolución”, *op. cit.*, p. 328

³⁴ *Ibidem*, p. 313

³⁵ Véase Lenin, “Acerca del infantilismo ‘izquierdista’ y del espíritu pequeñoburgués”, en *Obras escogidas en tres tomos*, t. II.

³⁶ En “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, podemos leer: “Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que vencer a millones y millones de pequeños patronos, los cuales, con su labor corruptora invisible, inaprehensible, cotidiana, producen los mismos resultados que necesita la burguesía que determinan la restauración de ésta”, en *Obras escogidas en tres tomos*, t. III, p. 371.

Rusa. No por ello dispensan a Lenin de su concepción política e ideológica sobre esta clase social. Sin duda que es a partir de la obra de Lenin que el marxismo —en general— ha concebido a la pequeña burguesía —incluso a la “nueva”— como una clase reaccionaria por naturaleza e incluso el concepto sigue siendo utilizado para descalificar a los “enemigos” de los “verdaderos” revolucionarios. Pero esto ya no es culpa de Lenin.

El hecho de que la pequeña burguesía pase a engrosar las filas del proletariado —con el desarrollo monopolista— no significa que se asimile a aquél y que reproduzca sus prácticas político-ideológicas, al contrario, lo “infecta” de elementos pequeñoburgueses: los “pequeños productores cercan al proletariado por todas partes del elemento pequeñoburgués, lo impregnan de este elemento, lo corrompen con él, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento”³⁷. Sin embargo, bajo el capitalismo es “perfectamente natural” que así sea: “Es perfectamente natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros”³⁸, y es natural que sea así porque bajo el capitalismo al lado del proletariado “puro” coexisten clases sociales pertenecientes a formas de producción transitorias.³⁹ Por ello Lenin se da a la tarea de desenmascarar a ese “espíritu pequeñoburgués” que funciona como freno del proceso revolucionario y que se corporiza en los partidos reformistas, revisionistas, “socialistas revolucionarios”, “comunistas de izquierda” o en las “tendencias revolucionaristas pequeñoburguesas”. De ahí que la vanguardia revolucionaria —el partido— tenga la obligación de dirigir —concientizando— a “las enormes masas de la población”, entre las que sobresale la pequeña burguesía, clase que siempre subsiste al lado y con el proletariado.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ Lenin, “Marxismo y revisionismo”, *op. cit.*, p. 73.

³⁹ Véase Lenin, “La enfermedad infantil...”, *op. cit.*, pp. 396-397.

La pequeña burguesía cumple un papel reaccionario mediatizando el impulso revolucionario de los obreros: “Esta gigantesca ola pequeñoburguesa lo ha inundado todo, ha arrollado al proletariado consciente no sólo por la fuerza del número, sino también ideológicamente; es decir, ha arrastrado y contaminado con sus concepciones pequeñoburguesas de la política a grandes sectores de la clase obrera”⁴⁰. Cabría preguntarse entonces ¿cuál es la determinación estructural que hace más propensa a la pequeña burguesía a reproducir una ideología conservadora, reaccionaria? ¿por qué la pequeña burguesía no se asimila rápidamente a las respuestas revolucionarias del proletariado, a pesar de que el desarrollo capitalista la empuja a ese campo? El mismo Lenin tiene una respuesta: “En la vida real, la pequeña burguesía depende de la burguesía: su vida es (por el *lugar* que ocupa en la *producción social*) la del propietario, no la del proletario, y en su forma de pensar sigue también a la burguesía”⁴¹. En ello radica el secreto de las vacilaciones pequeñoburguesas. La pequeña burguesía es propietaria —en pequeño— de sus medios de producción; por ello se aferra a esa propiedad, la defiende contra viento y marea, se resiste a incorporarse al “trabajo libre” capitalista; y así, aunque estructuralmente pase a formar parte del proletariado, sus manifestaciones ideológico-políticas las sigue reproduciendo y, aún más, la pequeña burguesía subsiste —así sea temporalmente— al embate capitalista e irradia al conjunto de las clases dominadas sus vacilaciones y claudicaciones.

Para Lenin la pequeña burguesía, en su situación de clase intermedia, se caracterizará por la ambigüedad: el desarrollo capitalista la arroja a las filas del proletariado, pero reproducirá en su seno las concepciones pequeñoburguesas porque estructuralmente, en su definición como clase —por el lugar que ocupa en la producción social— está más cerca de la burguesía que del proletariado. De ahí que bajo el capitalismo, la pequeña burguesía, y las concepciones ideológicas que de ella derivan, sea

⁴⁰ Lenin, “Las tareas del proletariado...”, *op. cit.*, pp. 49

⁴¹ *Ibidem*.

una clase reaccionaria, ya que la mayoría de las veces sirve de freno al impulso revolucionario obrero.

Por lo anterior, Lenin, sin descuidar las definiciones estructurales, ahonda en el análisis del papel ideológico-político de la pequeña burguesía, tomando como base el ejemplo de las luchas políticas en Rusia. Dentro de esa coyuntura revolucionaria, los intereses de la pequeña burguesía toman cuerpo en los partidos políticos "reaccionarios", que se convierten en peligrosos adversarios del marxismo-leninismo. Sin duda, la experiencia Rusa determinará, de manera fundamental, la concepción de Lenin sobre el papel ideológico y político de la pequeña burguesía. El análisis de Lenin dentro de ese contexto, nos permite comprender y explicar las diferencias de matiz en su concepción de esta clase, respecto a la de Marx y Engels. La teoría marxista posterior reproducirá la visión de Lenin, ahondando en la equiparación pequeña burguesía-clase reaccionaria.

2.3 Clase en sí y clase para sí: la pequeña burguesía tradicional

En este apartado desarrollo una última reflexión sobre las implicaciones de la definición de la clase en sí y clase para sí en la pequeña burguesía. Como ya lo he expuesto, en general la tradición marxista considera que una definición de clase social que no contemple los dos planos sólo será una definición parcial y podrá presentarse a graves equívocos.⁴² Sin embargo, para el caso

⁴² La distinción hecha por Marx entre clase en sí y clase para sí, no ha sido aceptada unánimemente por los teóricos marxistas, sobre todo porque se ve en ella una dicotomía de influencia hegeliana y que Marx y Engels abandonaron después de 1847. Véase al respecto la obra de Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, p. 87. Otros autores sostienen que la distinción se presta a confusiones "porque sugiere una referencia directa a la clase en sí que como conjunto se transforma en clase para sí", Sergio de la Peña *Trabajadores y sociedad en el siglo XX*, p. 198. Esta distinción dicotómica de una clase social, de claro "sabor hegeliano", se encuentra planteada, fundamentalmente, en dos obras de Marx y Engels: *Miseria de la filosofía y La sagrada familia*.

de la pequeña burguesía, la elaboración de una definición integradora ha sido intentada con múltiples dificultades y, acaso, no ha podido ser concretada una definición que conlleve a un consenso, a un acuerdo entre los estudiosos.

El análisis de la pequeña burguesía en el plano estructural-económico (clase en sí) ha sido expuesto en las páginas anteriores y no requiere de mayor explicación, tal vez sea sólo necesario hacer algunas anotaciones al momento de desarrollar el otro plano, el de la clase para sí.

El problema del paso de clase en sí a clase para sí en la pequeña burguesía puede quedar planteado, suscintamente, de la siguiente manera: si la pequeña burguesía cumple los requisitos de la definición de clase en el nivel económico, tal como hemos visto, ¿puede llegar a convertirse en una clase para sí? Veamos algunas repuestas. Para Marx la pequeña burguesía es una clase económica más no política. A propósito de los campesinos parcelarios estableció: "En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, *aquellas forman una clase*. Por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, *no forman una clase*. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un Parlamento o por medio de una Convención. No pueden representarse, sino que tienen que ser representados"⁴³. De tal modo que la pequeña burguesía no logra convertirse en clase para sí, no es capaz de "hacer valer sus intereses de clase"; por lo mismo tendrá que conformarse con ser una clase "apoyo": "Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra

⁴³ Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras escogidas en un tomo*, pp. 171-172.

otra clase".⁴⁴ Pero la pequeña burguesía —siguiendo con el ejemplo de los campesinos parcelarios— está imposibilitada para llevar a cabo dicha lucha porque "su modo de producción los aísla a unos de otros en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos [...]. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; y al lado, otra parcela, otro campesino y otra familia"⁴⁵. Así la imposibilidad de la toma de conciencia como clase, es una imposibilidad estructural, localizada a nivel del modo de producción; esta explicación puede llevar a pensar en la falta de autonomía —así sea relativa— entre los planos estructural y superestructural. Y, también, en una lectura lineal, a explicar el problema de la conciencia y la ideología de clase de manera mecánica. Pero estos son problemas no resueltos aún dentro de la teoría marxista.

La determinación estructural de la pequeña burguesía le impide el tránsito hacia una toma de conciencia, hacia una definición para sí, lo cual implica la imposibilidad de estructurar una ideología de clase: "La forma *ideológica* que cobra la 'conciencia de clase' de los campesinos es mucho más cambiante en cuanto a contenido que la de las demás clases; pues es siempre una conciencia tomada en préstamo. Por eso los partidos que se basan totalmente o parcialmente en esa 'conciencia de clase' no pueden nunca contar con un fundamento firme y seguro en las situaciones críticas [...] Por lo tanto, no se puede propiamente hablar de conciencia de clase cuando se trata de estas clases, y eso en el supuesto que puedan llamarse tales desde un punto de vista marxista riguroso: la plena conciencia de su situación les revelaría la falta desesperada de perspectivas de sus particulares esfuerzos ante la necesidad del proceso social".⁴⁶ Lukács pone en duda

⁴⁴ Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, pp. 60-61.

⁴⁵ Karl Marx, *El dieciocho brumario...* op. cit., p. 171.

⁴⁶ Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, p. 66.

incluso la existencia de la pequeña burguesía como clase social y, aunque habla de una conciencia de clase de la pequeña burguesía, lo hace entrecomillándola, para después negarla: "No se puede hablar de conciencia de clase cuando se trata de estas clases".

Arnaldo Córdova es más explícito al negar la posibilidad de que exista una ideología pequeñoburguesa: "La pequeña burguesía no es capaz en ningún momento de la historia de producir algo que pudiera llamarse una 'ideología pequeñoburguesa'. Lo que comúnmente se llama 'ideología pequeñoburguesa' entre nosotros en realidad no es una verdadera ideología. Llamamos 'ideología pequeñoburguesa', a los temores, las actitudes serviles frente a los poderosos, los prejuicios individualistas y los complejos que son típicos de los intelectuales en la sociedad burguesa. Pero todo eso no merece el nombre de ideología. La ideología es un sistema colectivo de ideas, creencias y valores. La ideología ofrece, a nombre de una clase, todo un programa de organización social, política y económica para la sociedad [...] Todo ello no quiere decir que los intelectuales y los demás sectores medios no sean capaces de producir una ideología. En realidad no hay agentes 'ideológicos' tan connotados como ellos. Pero no producen 'ideologías pequeñoburguesas'. Lo que ellos producen son ideologías para otras clases, las clases fundamentales de la sociedad: la burguesía y el proletariado; y habría que decir que más para la burguesía que para el proletariado".⁴⁷

Por medio de la revisión anterior hemos obtenido una respuesta a nuestra interrogante inicial: la pequeña burguesía no es capaz de generar una comunidad de intereses que la conduzca a elaborar un proyecto político propio —de clase—, por medio del cual se transforme en una clase dirigente. Esta imposibilidad está dada por su inserción estructural en un modo de producción secundario, es decir, porque no se encuentra inmersa directamente en la lucha entre trabajo y capital.

A pesar de la cantidad significativa de trabajos que sobre el

⁴⁷ Arnaldo Córdova, "México. Revolución burguesa y política de masas", en *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, p. 84.

tema se han elaborado, el problema de la “toma de conciencia” de clase no es nada sencillo e incluso no privan acuerdos entre los estudiosos, que conduzcan a una proposición acabada. Algunas anotaciones complementarias podrían servir, así sea mínimamente, para indicar algunas rutas de investigación: comúnmente se identifican las categorías de ideología, conciencia de clase y psicología de clase, lo que conduce a una mayor confusión. Debe quedar claro que no son sinónimos y que no se trata sólo de diferencias de matiz. Theotonio Dos Santos lo explica sintéticamente: “Por conciencia de clase se entiende la expresión sistemática de los intereses de las clases sociales; por ideología, la operacionalización de estos intereses en metas y medios definidos para lograrlos; por psicología de clase se entiende el modo de pensar y sentir de determinados agregados humanos en una situación o momento dado”.⁴⁸ De ahí lo importante de extender el concepto de ideología más allá de las fronteras de “falsa conciencia”; por medio de la ideología se operacionaliza la conciencia de clase, que conduce a un enfrentamiento antagónico de las clases. Estos tres momentos de la constitución de una clase para sí, es decir, los tres momentos de la constitución de la clase a nivel superestructural, se presentan en secuencia lógica. Este proceso lo podríamos esquematizar de la siguiente forma: psicología de clase-conciencia de clase-ideología clasista. No debe olvidarse que estos tres momentos están íntimamente ligados y que el segundo y el tercero —conciencia e ideología de clase— establecen la determinación de clase para sí. La toma de conciencia se da bajo la forma de una ideología política que implica el reconocimiento de sus condiciones reales de existencia y las contradicciones entre ellas y sus intereses clasistas, proponiendo los medios políticos para superar su situación. La psicología de clase implica la sistematización de las impresiones de los individuos de una clase, sobre las relaciones reales del sistema social, sólo que esta sistematización no abarca a la totalidad de los individuos de una clase, de ahí que la psicología de clase

⁴⁸ Theotonio Dos Santos, *Concepto de clases sociales*, p. 47.

implica el nivel de la clase en sí. La definición de clase para sí como enfrentamiento consciente de una clase contra otra, significa una toma de conciencia de la clase en términos globales, es decir, de toda la clase social, “no referenciable directamente a una o algunas conciencias empíricas”.⁴⁹

Si hemos definido a la pequeña burguesía tradicional como una clase social, necesariamente tenemos que reconocerle “la existencia de un elemento de auto-conciencia que le pertenezca”.⁵⁰ La imposibilidad estructural de una toma de conciencia, que lleve a la pequeña burguesía a un enfrentamiento con otras clases, no implica, desde mi punto de vista, que no posea una serie de representaciones, ideas y aspiraciones, más o menos sistemáticas, que incluso pueden llegar a ser importantes y trascendentes en un momento histórico determinado; el caso de la Revolución Mexicana constituye una prueba fundamental de ello. De ahí que el problema del paso a una situación de clase para sí, en la pequeña burguesía, sea un problema hartamente complejo y no superable con explicaciones mecanicistas.

En la teoría marxista, la explicación estructural de las clases sociales, es un hecho innegable y en realidad no existe otro punto de partida “objetivo”. El gran problema es que los niveles político e ideológico no pueden ser reductibles a la simple relación económica o deducidos mecánicamente de ésta. De la revisión de los textos citados queda la impresión de que el segundo nivel —superestructural— de la definición de clase social ha sido relegado a un nivel secundario e, incluso, las afirmaciones de Lukács y Arnaldo Córdova, en el sentido de que la pequeña burguesía tiene una “conciencia tomada en préstamo” y que sólo “produce ideologías para las clases fundamentales”, corroboran esta impresión. Sin embargo, tampoco podríamos definir correctamente a las clases a partir de indicadores extraeconómicos —como los sugeridos por Nicos Poulantzas, autor que analizo en el capítulo IV de este trabajo— y que nos alejarían de la resolución del

⁴⁹ *Ibidem*, p. 41

⁵⁰ Denis Baranger, *op. cit.*, p. 1602.

problema. Lo que se impone es el reconocimiento de la relativa autonomía de los planos económico y político-ideológico en la constitución de las clases sociales. Por ello, el estudio de las mediaciones, entre los dos planos de la realidad, conduce al enriquecimiento de nuestro conocimiento sobre los agregados sociales concretos. Para el caso de la pequeña burguesía, tendríamos que comenzar reconociendo la existencia de una psicología de clase y sus implicaciones en los procesos históricos. Tengo la certeza de que un análisis de la pequeña burguesía en una formación social concreta enriquecería profundamente nuestro conocimiento sobre sus alcances y limitaciones ideológico-políticas.

Como la pequeña burguesía es “incapaz de ‘unirse’ y de ‘actuar por su cuenta’,”⁵¹ sería demasiado arriesgado reconocerle capacidad hegemónica, directiva, del conjunto de clases de una formación social. Sin embargo, debo insistir, ello no implica negarle su capacidad de autorreconocimiento como clase social y el trascendente papel que ha jugado en los procesos histórico-políticos, incluso proporcionando a los hombres que dirigieron revoluciones, aunque no fuera a su nombre. Por ello concluyo —siguiendo a Baranger—: “Nos parece más correcto sostener que el lugar económico de la pequeña burguesía conlleva la posibilidad de que asuma sus propias posiciones de clase. Lo que sí es cierto es que no tiene capacidad *hegemónica*: vale decir, no es pensable una alianza de las clases ‘subalternas’ —para retomar la expresión gramsciana— que se realice bajo su dirección. El proyecto de la pequeña burguesía no abarca más allá de sus propias fronteras, e históricamente no ha sido capaz de trazarle a su acción un horizonte que se extienda al conjunto de la formación social”.⁵²

⁵¹ Lenin, *El Estado y la revolución... op. cit.*, p. 313.

⁵² Denis Baranger, *op. cit.*, p. 1623.

Capítulo III

Las clases medias en la perspectiva de C. Wright Mills

En 1969 Kevin Phillips apuntó una idea que sigue vigente: Hay en Estados Unidos una mayoría republicana emergente que dominará las elecciones presidenciales durante las décadas de los setenta y los ochenta. Su proposición fue sustancialmente exacta. Estados Unidos se ha convertido en un país conservador, occidental, de oficinistas de cuello blanco, clasemediero y, por tanto, republicano.

Mark Perry

¿Por qué los demócratas no van a ganar?

Los estudios de C. Wright Mills sobre las clases medias norteamericanas en los años cincuenta se convirtieron en punto de partida para el análisis sociológico posterior. La influencia de Mills es mayor en el caso de aquellos trabajos sobre la estructura social en países altamente industrializados. Por lo que respecta a los estudios sobre la clase media en países como el nuestro, dicha influencia se deja sentir incluso en autores que utilizan una perspectiva teórica crítica.¹

Dentro del análisis de las clases sociales, la versión sociológica de clases medias proviene de los trabajos de Wright Mills, quien sistematizó una visión global, tomando como punto de partida la realidad norteamericana. A partir de ahí, los trabajos sobre los grupos sociales medios utilizaron la noción de clases medias bajo la cobertura de los resultados de sus investigaciones. ¿A qué se debe que tanto estratificadores como marxistas retomaran tales planteamientos? La respuesta parece encontrarse en el tipo de enfoque utilizado, que incluyó las principales perspectivas teóricas: tanto los criterios estratificadores provenientes de los trabajos de Max Weber, como los de la teoría marxista de clases sociales en la elaboración de Marx y Engels; como él mismo lo sostiene: "El vocabulario técnico usado y, en cierto modo, por tanto, la perspectiva general de este volumen [se refiere a su obra central *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*] está tomado de Max Weber. Conceptos tales como clase, ocupación, *status*, poder, autoridad, manejo, burocracia y profesión son fundamentalmente suyos. Detrás de Weber, por supuesto está Karl Marx. Y no puedo evitar, especialmente en estos tiempos en que su obra es, por una parte, ignorada y vulgarizada, y por otra, ignorada y difamada, reconocer mi deuda general, especialmente a sus primeras producciones".² Sin duda, dicho eclecticismo es el

¹ Véase por ejemplo los trabajos de Soledad Loaeza, "Las clases medias mexicanas y la coyuntura económica actual", en *México ante la crisis*, t. 2 y "El papel político de las clases medias en el México contemporáneo", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLV, núm. 2.

² C. Wright Mills, *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, p. 439. Efectivamente Mills incorpora a su estudio sobre las clases medias

que le permite zanjar dificultades a la hora de analizar la zona media de la sociedad contemporánea. Los grupos sociales no adscritos claramente en alguna de las dos clases principales son alcanzados más fácilmente por la definición de clases medias.

Una aclaración resulta pertinente: la obra de Mills, a pesar del eclecticismo explícito, está más cerca de la tradición sociológica que de la perspectiva marxista; y hablo de tradición sociológica en términos muy generales sin desconocer las divergencias a su interior, únicamente con el objeto de diferenciarla de la perspectiva marxista que parte de otros supuestos para la definición de clase social, como ya vimos en el capítulo 1. Aún así, la obra de C. Wright Mills va a influenciar significativamente el pensamiento marxista posterior, pues exporta la noción de "nueva clase media", que tomará carta de naturalización bajo el nombre de "nueva pequeña burguesía".

Mills es un profundo conocedor de los problemas del poder y la desigualdad social, lo cual no significa que desatienda el análisis de lo "empírico". De ello resulta la singular riqueza de sus estudios sobre la clase media norteamericana: vuelve tangible la vida cotidiana de los sectores medios y su lucha —a su manera— por el poder y la realización de las aspiraciones sociales. De todo esto queda la certeza de que los estudios de Mills sobre la clase media se han convertido en material imprescindible para comprender la dinámica de la sociedad moderna.

No se requieren de mayores argumentos para justificar la

norteamericanas conceptos centrales de la teoría weberiana. Si bien los teóricos funcionalistas de la estratificación utilizan conceptos como *status*, estrato, poder, etc., existen diferencias importantes con respecto al uso de tales términos en la sociología de Weber. Por ello, puede afirmarse que antes que Talcott Parsons se encuentra la influencia de Max Weber en el análisis de Mills. Al respecto pueden consultarse los apartados de Weber en su libro *Economía y sociedad*, titulados "División del poder en la comunidad: clases, estamentos, partidos", pp. 682-693; "Estamentos y clases", pp. 242-248; los capítulos VIII y IX, pp. 94-108 del libro de John Lewis. *La sociología de Max Weber*, así como el magnífico ensayo de Catherine Nelson, "¿Clase o *status* social? de Max Weber a Talcott Parsons", publicado en el libro *Max Weber: Elementos de sociología*, pp. 127-213.

inclusión del presente capítulo en este trabajo. Tal vez sólo agregar, en palabras de Denis Baranger, que “consideramos el pensamiento de Mills acerca de la clase media, no precisamente porque su obra sea la más representativa de la tradición sociológica, sino porque es uno de los ejemplos más valorables de esa tradición. Su obra nos permite además establecer un paralelo extremadamente significativo entre la nueva clase media y la pequeña burguesía”.³

En este capítulo no me propongo realizar una revisión exhaustiva de la obra de Mills, únicamente presento sus planteamientos centrales sobre la problemática de clases medias, articulados a partir de tres ejes temáticos: a) los indicadores básicos utilizados para la adscripción de clase; b) grupos sociales e individuos adscritos a clases medias y c) los procesos de desaparición o ascenso de clases medias, planteados por el autor. Si bien la presente revisión crítica pone el acento en los ejes temáticos señalados, no se excluyen otras precisiones que podrían resultar en el mejor entendimiento de la temática estudiada.

Los señalamientos anteriores de carácter metodológico, sirven para ubicar los alcances y limitaciones del presente capítulo. Analizar a profundidad la obra de Mills desborda por el momento los marcos de nuestra investigación.

3.1 Las antiguas clases medias

El mundo de las antiguas clases medias ya no existe, sólo sobreviven reminiscencias de un pasado paradisiaco, opulento, que la competencia capitalista ahogó.

La obra clásica de C. Wright Mills, objeto central del presente capítulo, *White-collars. Las clases medias en Norteamérica*, nos recrea en un tratado sociológico-literario, que nos demuestra cómo la concentración y la centralización del capital fueron minando los espacios vitales de la antigua clase media. Sin embargo, la existencia de los amplios contingentes *white-collars* actuales, no puede explicarse sin atender a su referente inmediato anterior: la

³ Denis Baranger, “Clases medias y pequeñas burguesías”, *op. cit.*, p. 1607.

antigua clase media. Los *white-collars* son producto de un largo proceso de movilidad entre la antigua y la nueva clase media, propiciado por el desarrollo capitalista: “Se supone que los empleados *white-collars* representan una especie de continuación de la antigua clase media de los empresarios”⁴.

Dentro del cúmulo de “verdades norteamericanas” que plantea el autor, es posible localizar un parangón con la concepción marxista del desarrollo capitalista y sus implicaciones. En un plano general, se coincide en afirmar que el desarrollo capitalista arroja a los antiguos pequeño-proprietarios al mercado laboral, es decir, el proceso de monopolización económica implica la desaparición del mundo del pequeño propietario, liberando su fuerza de trabajo y engrosando las filas del trabajo asalariado: “Los pequeños negocios se van haciendo más pequeños y los grandes negocios mayores”⁵.

Pero ¿en qué consiste y cómo está compuesto ese mundo de la antigua clase media? A pesar de las coincidencias generales anotadas, y que pudieran llevar a suponer que la noción de antigua clase media de Mills equivale a la definición marxista de pequeña burguesía tradicional, las diferencias en la concepción de *clase social* nos muestran las distancias que guardan una y otra definición.

Partamos de los tres ejes temáticos a los que hacía alusión al principio del capítulo para aclarar los planteamientos anteriores.

3.1.1. Indicadores de adscripción

En primer lugar, resaltemos los indicadores básicos utilizados por Mills para llevar a cabo la adscripción de la antigua clase media. La *propiedad* —territorial y de capital— será la variable independiente que definirá la adscripción de esta “clase”. Así, su asiento económico será el capitalismo liberal de pequeñas propiedades. El ingreso, el *status* y las formas de interactuar

⁴ C. Wright Mills, *op. cit.*, p. 11.

⁵ *Ibidem*, p. 45.

socialmente resultan variables dependientes. De ahí la afirmación de que “los hijos del pequeño hombre de negocios o del granjero pueden confiar en la herencia de una propiedad más o menos segura como base de su *status*”. Los que los diferencia de la nueva clase media, pues en ésta “los hijos del jefe de departamento comercial o del ayudante del director no pueden esperar heredar tal posición familiar”⁶

Para Mills la posesión de la propiedad garantizaba la independencia de su trabajo, la posibilidad de mantenerse al margen del trabajo asalariado: “Al poseer tierras, el pequeño empresario no sólo tenía una *inversión*: poseía la esfera de su propio trabajo y, como era su propietario, era independiente [...]. El trabajo y la propiedad estaban íntimamente unidos en un todo. La capacidad y la habilidad para el trabajo se ejercían con y en la propiedad de uno mismo; la posición social se basaba fundamentalmente en la cantidad y en las condiciones de la propiedad que uno tenía; los ingresos procedían de los beneficios obtenidos trabajando en las propias posiciones. Había, por tanto, un enlace entre los ingresos, la posición personal, el trabajo y la propiedad. Y el poder que daba la propiedad, al igual que la distribución de esta misma, estaba muy extendido, y la conciencia de esto era el origen del carácter personal, así como del equilibrio social”.⁷ Así, el rasgo distintivo básico de esta clase es su carácter de trabajadores por cuenta propia. Ciertamente este es un rasgo derivado de la situación previa de la posesión de la propiedad. Aquí es donde se revela en Mills una suerte de determinismo económico para la definición de esta antigua clase media, y que conduce a la homogeneización del comportamiento social y político.

El recurso de adscripción de la antigua clase media lo determina la referencia empírica del mundo de los pequeños propietarios, que caracteriza a la sociedad norteamericana de mediados del siglo pasado. El comportamiento social y político de la antigua clase media, determinado por la propiedad individual, puede ser

⁶ *Ibidem*, p. 320.

⁷ *Ibidem*, pp. 27-28.

reconstruido con una metodología de análisis empírico para la cual los criterios estratificadores serán elaborados a posteriori; esto aparece de manera más clara cuando se analiza a la nueva clase media. Por ello Mills utiliza indistintamente las nociones de clase social, estrato social o grupo de *status*, ya que no existe una conceptualización previa a la investigación social, a la manera de la conceptualización marxista de clase. Así afirma: “La clase media en América era un *estrato* tan amplio y de tal peso económico que, incluso para el estadístico, la sociedad en su conjunto, era una sociedad de clase media; quizás cuatro quintas partes de las personas libres que trabajaban tenían bienes”.⁸ El concepto de antigua clase media se construye privilegiando la investigación empírica; diferencia fundamental entre la perspectiva sociológica y la marxista.

3.1.2 *Los que hacen parte*

Paso enseguida a analizar quienes hacen parte de la antigua clase media.

Para Mills la antigua clase media está integrada por los agricultores, los pequeños hombres de negocios y los profesionales liberales. Sin embargo, tanto los agricultores independientes como los pequeños hombres de negocios serán los representantes genuinos de dicha clase. Mills no vacila en calificarlos como héroes en el mundo del pequeño empresario. Paradójicamente el mundo de los pequeños propietarios, era un mundo de libertad donde ésta se conseguía por medio de la propiedad: “La competencia era el proceso por medio del cual los hombres se alzaban y caían, y gracias al cual se armonizaba la economía en su conjunto. Pero para los hombres de la era del liberalismo clásico, la competencia no era nunca un mero mecanismo impersonal que regulaba la economía del capitalismo, ni únicamente una garantía de la libertad política. La competencia era un medio de producir

⁸ *Ibidem*, pág. 25.

individuos libres, un campo de prueba de los héroes; en esos términos, los hombres vivieron la leyenda del hombre que se basta a sí mismo⁹. Para el marxismo la “libertad” de la mayoría de la población es el producto neto del proceso de concentración y centralización del capital. Dicha libertad resulta de la expropiación violenta de la propiedad de los medios de producción que arroja al mercado laboral a esa inmensa mayoría cuya única libertad será la de vender su fuerza de trabajo; es decir, mientras que para Mills bajo el capitalismo liberal la pequeña propiedad garantiza la libertad, para Marx la única “libertad” posible bajo el capitalismo sólo se da en aquella fase dominada por los monopolios. Mas aún, se trata de una libertad basada en la no propiedad.

Los agricultores independientes, a los cuales se refiere Mills, base fundamental de la antigua clase media norteamericana, difieren sustancialmente del campesino parcelario integrante de la pequeña burguesía tradicional. El *farmer* norteamericano es un *pequeño empresario* y no un típico campesino pobre francés del siglo pasado. “En la sociedad norteamericana nunca han existido los campesinos ni la aristocracia en el sentido europeo. La tierra fue ocupada por hombres cuyo absoluto individualismo entrañaba una ausencia de cadenas tradicionales, y que, sin la traba de la herencia de la Europa feudal, estaban dispuestos y ansiosos de marchar hacia el capitalismo [...]. A través de toda la historia de los Estados Unidos, *el agricultor es, cuantitativamente, el sostén de la clase media independiente*”¹⁰. Por ello el escenario por excelencia de la antigua clase media es el rural, a diferencia del medio urbano donde florece la nueva clase media.

Los profesionales liberales conforman el tercer grupo adscrito a la antigua clase media. Sin ser poseedores de propiedad —territorial o de capital— se bastaban a sí mismos para sobrevivir con libertad, es decir, no requerían convertirse en profesionales a sueldo: “La antigua clase media profesional nunca precisó poseer propiedades; pero, gozaran o no sus miembros de medios de vida

⁹ *Ibidem*, p. 31.

¹⁰ *Ibidem*, p. 22, (cursivas nuestras).

propios, su unidad de trabajo era pequeña y manejable personalmente, y sus vidas de trabajo entrañaban un alto grado de independencia en las decisiones cotidianas. Ellos mismos fijaban sus honorarios o su remuneración, regulaban sus horas de trabajo y condiciones del mismo, conforme a las circunstancias del mercado y a sus inclinaciones personales”¹¹.

Los pequeños hombres de negocios y los agricultores independientes no corresponden al pequeño industrial y al campesino parcelario adscritos por el marxismo en la pequeña burguesía tradicional. Aquéllos son empleadores de fuerza de trabajo insertos en la relación capital-trabajo asalariado, éstos no utilizan sistemáticamente fuerza de trabajo ajena. Lo dice claramente el autor: “La industrialización de América, especialmente después de la guerra civil, dio origen, no a un estrato amplio de pequeños hombres de negocios, sino a capitanes de industria. Fue este el primer representante nacional americano del hombre de la clase media como hombre de negocios, y nadie le ha suplantado nunca [...]. Era el propietario diligente de lo que había creado y luego dirigía. Nada del funcionamiento de su empresa escapa a su alerta atención o dejaba de recibir su amoroso cuidado. En su papel de patrono proporcionaba oportunidad para que los hombres mejores que había contratado aprendiesen a trabajar a sus órdenes [...]. La gloria que se atribuye a este héroe de la antigua clase media de la ciudad se debe a su doble éxito como técnico-industrial y como financiero y hombre de negocios”¹². Así, los individuos que Mills adscribe en la antigua clase media —agricultores independientes y pequeños hombres de negocios— son para el pensamiento marxista *pequeños capitalistas o capitalistas medios*,¹³ en clara distancia con la pequeña burguesía tradicional. En ese sentido, se puede afirmar que tanto los indicadores básicos utilizados para la adscripción de clase, así como los individuos comprendidos en la noción de

¹¹ *Ibidem*, p. 154.

¹² *Ibid.*, p. 24.

¹³ Véase capítulo II.

antigua clase media en la concepción de C. Wright Mills, no corresponden a la definición marxista de pequeña burguesía tradicional y por lo tanto, no deben utilizarse como sinónimos, dado que el origen de tales desavenencias se localiza en el enfoque teórico utilizado para su conceptualización.

3.1.3 *La inevitable desaparición de la antigua clase media*

Otro aspecto que interesa destacar es el referido a la visión del autor acerca de los procesos de desaparición de las antiguas clases medias producto del desarrollo capitalista. Es en esta visión donde podemos localizar los elementos de mayor confluencia con respecto a la reflexión marxista de las clases. Tanto Marx y Engels como C. Wright Mills sostienen la inevitabilidad de la desaparición de la antigua clase media producto del desarrollo monopólico; aunque deberá tenerse en cuenta que aún con existir tales coincidencias en un plano teórico general, se alude a nociones de clase claramente diferenciadas, como veíamos anteriormente.

Para Mills “la clase media rural [sostén cuantitativo fundamental de la antigua clase media] ha sido sometida lentamente a una polarización que [...] destruirá el carácter tradicional de la agricultura, dividiendo aquella en cultivadores para el propio consumo, trabajadores asalariados y *sharecroppers* de un lado, y grandes agricultores comerciales o compañías rurales del otro [...]. Dentro de la población rural, la mecánica del mercado y los supuestos técnicos del cambio social han venido reduciendo la proporción de empresarios libres. Desde hace por lo menos cincuenta años, el ideal americano de granja familiar se ha ido convirtiendo cada vez más en un ideal y cada vez menos en una realidad”¹⁴.

Tanto la antigua clase media rural como la urbana sucumben con el desarrollo capitalista, aunque se establece, al igual que en el marxismo, que el gran capital utiliza a la pequeña industria y al

¹⁴ C. Wright Mills, *op. cit.*, p. 39.

pequeño comercio para aumentar sus ganancias, lo que les permite cierta posibilidad de supervivencia,¹⁵ así como para propagandizar un ideal de vida, una ideología que aspira a democratizar las esperanzas: “Las efigies de los hombres pequeños suelen surgir y persisten, por lo general, únicamente porque los hombres grandes pueden servirse de ellos”¹⁶.

Para Mills la prueba tangible de la polarización social es la existencia, cada vez más numerosa, de empleados asalariados cuya procedencia mayoritaria se localiza en la quiebra de los pequeños empresarios, aunque también la educación ha servido de vehículo de movilidad social hacia el trabajo asalariado: “*Los colleges* y universidades han sido ascensores sociales que han llevado a los hijos de los pequeños hombres de negocios y granjeros a los más bajos órdenes de las profesiones”¹⁷.

A pesar de las profundas diferencias en la conceptualización de clases sociales entre Mills y el enfoque marxista, las coincidencias en cuanto a la visión de las repercusiones sociales del desarrollo capitalista —concretamente en el plano de los grupos sociales— propician, desde mi punto de vista, la importación mecánica de las nociones de clase media —antigua y nueva— al campo de interpretación marxista. Y es que si no se lleva a cabo una lectura cuidadosa, resulta muy tentadora la oferta de utilizar como sinónimos antigua clase media y pequeña burguesía tradicional, por un lado, y nueva clase media y nueva pequeña burguesía, por el otro. Al menos así se ahorran muchos dolores de cabeza. La cita es elocuente: “El descenso numérico de los antiguos sectores independientes de la clase media es un acontecimiento en la centralización de la propiedad; el aumento numérico de los nuevos empleados a sueldo se debe a la mecánica industrial, por medio de la cual han surgido los empleos que componen la nueva clase media”¹⁸.

¹⁵ Véase al respecto el cap. II.

¹⁶ C. Wright Mills, *op. cit.*, p. 71.

¹⁷ *Ibidem*, p. 339.

¹⁸ *Ibid.*, p. 96.

3.2 White Collars. La nueva clase media

La sociedad moderna, y el paradigma sigue siendo EUA, que desde la visión del autor arremete con fuerza en los albores del siglo XX, se caracteriza por la existencia de dos procesos generales, íntimamente entrelazados: el desplazamiento del mundo rural — en cuya (antigua) clase media descansaba la estructura fundamental— por un mundo netamente urbano y la progresiva integración de la fuerza de trabajo al mercado laboral, por la vía del trabajo asalariado. Dicha fuerza de trabajo será denominada por Mills como nueva clase media.

De la lectura de la obra de Mills podemos adelantar una conclusión: la sociedad moderna está conformada por tres grandes “clases” sociales: los grandes propietarios —la burguesía en la versión marxista—, los obreros manuales y las clases medias — antigua y nueva clase media—. La mayoría de la población, obreros y clases medias, comparten la característica de no ser propietarios de sus medios de producción, lo cual los obliga a vivir de la venta de su fuerza de trabajo. Ahora bien, el acontecimiento más importante en la estructura social de las sociedades capitalistas avanzadas es la emergencia de la nueva clase media que pasa a convertirse, en términos cuantitativos, en el sector social de mayor peso.

Pero ¿cómo se integra la nueva clase media? ¿cuál es su relación con la antigua clase media? ¿cómo se definen las clases medias? Paso a dar respuesta a tales interrogantes.

3.2.1 Indicadores de adscripción

En primer lugar analicemos los criterios utilizados por Mills para la adscripción de la nueva clase media. Como había sostenido anteriormente, la nueva clase media puede ser considerada como un grupo social dado a luz por el desarrollo monopólico capitalista. La *ocupación* desplaza así a la *propiedad* como variable definitoria de la situación de clase. “En sentido negativo, la transformación

de la clase media es un cambio de la propiedad a la no propiedad; en sentido positivo, es un cambio de la propiedad a un nuevo eje de estratificación: la ocupación”¹⁹. Por ello también afirma: “La cuestión de la propiedad no es un problema para la nueva clase media de la presente generación”.²⁰ Así, a diferencia de la antigua clase media, la base del *status* de la nueva clase media es el trabajo asalariado. Esto se refleja también en las expectativas de sus descendientes, los cuales recorrerán el mismo camino que los padres: “Los hijos del pequeño hombre de negocios o del granjero pueden confiar en la herencia de una propiedad más o menos segura como base de su *status*; los hijos del jefe del departamento comercial o del ayudante del director no pueden aspirar a heredar tal posición familiar”.²¹

El cambio en la dimensión definitoria de la situación de clase —de la propiedad a la ocupación— hace que el eje de estratificación recaiga en gran medida en la educación, al convertirse ésta en la impulsora de la movilidad social: “El cambio de la pequeña propiedad independiente a las ocupaciones dependientes aumenta grandemente el peso de la educación formal a determinadas condiciones de vida. Para la nueva clase media, la educación ha reemplazado a la propiedad como garantía de una nueva posición social. El ahorro y el sacrificio de la nueva clase media para asegurar una *buena educación* a los hijos sustituye al ahorro y al sacrificio de la vieja clase media para asegurarse de que los hijos puedan heredar la *propiedad* con la que han de vivir. La herencia

¹⁹ *Idem*, p. 95, (cursivas nuestras). “La situación de clase, en su sentido más sencillo guarda relación con la cantidad y la fuente de ingreso. Hoy, la ocupación más que la propiedad, es la fuente de ingresos en la mayoría de los que perciben algún ingreso directo [...]. En las ocupaciones de la nueva clase media los hombres trabajan para alguien o para la propiedad de alguien. Esta es la clave de muchas diferencias entre la clase media antigua y la nueva, así como del contraste entre el mundo antiguo de los pequeños empresarios con propiedades y la estructura de ocupaciones de la nueva sociedad”, *Ibidem*, p. 103.

²⁰ *Ibid*, p. 11.

²¹ *Ibid*, p. 32.

de la ambición ocupacional y de la educación, que es su condición, reemplaza a la herencia de la propiedad".²²

Mills, como se desprende de la revisión anterior, adolece de la falla de los estratificadores sociales: como no parte de una definición de clase *a priori*, en la exposición de su trabajo adecúa sus reflexiones a las evidencias empíricas. Sólo así podemos explicarnos el salto, ciertamente espectacular, de las dimensiones definitorias de una clase social. Para adscribir a la antigua clase media recurre a la variable *propiedad*; para adscribir a la nueva clase media utiliza la variable *ocupación*. Es decir, substituye los criterios estratificadores al margen de una conceptualización rigurosa. En efecto, es posible que ciertos grupos sociales compartan prácticas de clase o posiciones ideológicas y políticas, pero no se puede dejar de lado que existe una definición primaria de la situación de clase. Los criterios definitorios no pueden establecerse al libre albedrío del investigador pues nos encontraríamos con tantas definiciones como obras existieran. Cabe aclarar que no estoy velando ninguna proposición economicista, lo único que afirmo es que existen dimensiones de clase, que no pueden soslayarse del análisis de las clases sociales. Incluso Mills abona a la ambigüedad: "Los *white-collars* [que analizo mas adelante] no pueden ser adecuadamente definidos con arreglo a ninguna dimensión posible de estratificación: especialidad, función, clase, *status* o poder. Generalmente, forman los grados intermedios de cada una de estas dimensiones y en cada una de las cualidades señaladas. Su posición es más fácil de definir con arreglo a sus diferencias relativas con otros estratos que en términos absolutos"²³. Mills resuelve el problema mediante un trabajo empírico riguroso que, vale decir, enriquece profusamente el conocimiento acerca del accionar cotidiano y las formas de interacción de los sectores sociales definidos, pero que lo conduce a una definición de clase al margen de una unidad económica homogénea. Así resuelve también la problemática de la categorización de la nueva clase media, que

²² *Ibid.*, pp. 312-313.

²³ *Ibid.*, p. 108.

analizada en su determinación económica, muy poco tiene en común con la antigua clase media. Si la variable definitoria cambia —de propiedad a la ocupación— ¿Por qué llamar nueva clase media a los amplios sectores asalariados? Los criterios extraeconómicos vuelven aflorar como medio para resolver tales desavenencias. Para Mills la continuidad definitoria la da el hecho de que la nueva clase media tiende a repetir los comportamientos de la antigua clase: "Los incentivos de trabajo de nuestros empleados y nuestras propias esperanzas acerca del trabajo a realizar son heredados de una época en que la mayoría de los que trabajaban lo hacían por cuenta propia [...] los Estados Unidos constituyen una Nación de empleados dependientes que tratan de actuar con una psicología del trabajo propia de una Nación de empresarios independientes y libres".²⁴

En suma, a pesar de la diversidad en la inserción económica de los grupos que la integran, es a nivel de "lo ideológico" que aparece la posibilidad de definir a la nueva clase media, en claro contraste con la noción "estructuralista" de la antigua clase media.

3.2.2 *Los que hacen parte*

Un aspecto importante en la obra de Mills es el referido a quienes son los integrantes de la nueva clase media. Su ubicación nos ayuda a comprender las reflexiones anteriores en torno a los criterios definitorios de clase.

Los integrantes de la nueva clase media son los directores, los profesionales a sueldo, los comerciantes —empleados de comercio— y los oficinistas. A todos estos grupos sociales Mills los denomina *white-collars*. Así, el término *white-collar* será utilizado como sinónimo de nueva clase media. Para Mills la aparición de este *estrato social* es una característica común de la sociedad contemporánea, en la cual el trabajo asalariado se convierte en el sostén del desarrollo capitalista. Sin embargo, el

²⁴ C. Wright Mills, *Poder, política, pueblo*, p. 104.

término es “norteamericano”, teniendo, por tanto, un especial significado referido a la sociedad de Estados Unidos.

Dentro de los *white-collar*s, si bien la característica compartida es su condición de asalariados, Mills establece estratificaciones en las que los empleados de oficina y los vendedores —empleados de comercio— pasan a ser los sectores mayoritarios, es decir, conforman la “base de la pirámide”. A la cabeza se sitúan los directores o *managers* y los profesionales a sueldo. Las diferencias son ubicadas desde la procedencia de los integrantes. “Los más de los trabajadores *white-collar* de la presente generación —los empleados de oficina y vendedores— parecen estar equilibradamente repartidos por su origen entre las viejas clases medias y el estrato de los obreros; cuatro de cada diez tienen padres que fueron empresarios libres, y otros cuatro, obreros urbanos. En las tres generaciones pasadas, los trabajadores inferiores *white-collar* han cambiado probablemente en cuanto origen para incluir mayor proporción de hijos de obreros [...] la gente superior del grupo, profesionales asalariados y empleados directivos, probablemente procederán menos de los obreros y vendrán más de los niveles superiores, o de sus propias filas”²⁵.

La heterogeneidad estructural de los *white-collar*s lleva a Mills a buscar los indicadores de estrato a nivel de “lo ideológico”. Es por ello que factores como el prestigio son fundamentales para definir a estos grupos sociales. “La posición de prestigio de los empleados *white-collar* ha sido uno de los puntos más discutibles acerca de ellos como estrato, y el punto principal a explicar por los que desean situarlos en las modernas estructuras sociales. Aunque no les cuadra ninguna dimensión de estratificación, la estimación social que estos empleados han reclamado con éxito es una de las características más importantes que les definen”²⁶. Partiendo de tales criterios, los reclamos de prestigio y, sobre todo,

²⁵ C. Wright Mills, *White-collar... op. cit.*, p. 345.

²⁶ *Ibidem*, p. 307. Por lo demás resulta interesante el “cruce” de variables que lleva a cabo para definir a los *white-collar*s: “La posición de clase de la gente empleada depende de sus oportunidades en el mercado del trabajo; su posición

las posibilidades de obtenerlo, ante tal “posición de clase” desigual, lleva a que la masa *white-collar*, la gente de oficinas y ventas, se identifique ante sus limitaciones. Esto resulta importante pues los estratos mayoritarios constituyen la base fundamental del sindicalismo *white-collar*.

Conviene precisar que los *managers* o directores, como estrato superior de la nueva clase media, en la perspectiva marxista pertenecen a la burguesía.²⁷ Incluso para Mills se convierte en un problema definirlos como *white-collar*s, pues su mismo ingreso difiere substancialmente del percibido por los empleados de la masa *white-collar*. Según Mills para 1950, los *managers* gozan de un ingreso anual que oscila entre los 25 mil y los 500 mil dólares.²⁸

Mención especial merecen los señalamientos de Mills sobre el creciente proceso de burocratización de la sociedad moderna. En su obra, el análisis cotidiano de la burocracia nos proporciona un rico material para comprender el accionar de las burocracias. El autor divide a la burocracia en pública y privada, estableciendo su génesis y relaciones. Aquí solo me interesa destacar que en el tratamiento del fenómeno burocrático Mills tiene muy presente la perspectiva weberiana acerca de los crecientes procesos de *racionalización* en el mundo moderno. Para Max Weber, como para Mills, la acción racional de acuerdo a fines —instrumental y valorativa— define el accionar fundamental de la sociedad industrial. Todas las esferas de la vida, desde la organización de los negocios, el arte, el Estado, la política, en fin toda la vida social en

en el *status* depende de sus oportunidades en el mercado de bienes. Las demandas de prestigio se basan en el consumo; pero dado que el consumo está limitado por los ingresos, la posición en la clase y en el *status* se entrecruzan. En esta intersección, el gasto en vestir es, pos supuesto, meramente un índice, aunque muy importante, para el aspecto y modos de vida que corresponden a los estratos de los *white-collar*s”. *Ibid*, pp. 307-308.

²⁷ Véase al respecto Denis Baranger, *op. cit.*, p. 1067. Una diferencia fundamental entre los *managers* y el resto de los trabajadores asalariados, es que aquéllos participan activamente en la organización social del trabajo.

²⁸ C. Wright Mills, *White-collar... op. cit.*, p. 119.

occidente se rige por el principio y el predominio de acciones racionales con arreglo a fines "objetivamente correctos".²⁹ Por ello juega un papel central la burocracia, constituida, según Mills, por los directores de empresa y del gobierno. Este papel gerencial la diferencia de los oficinistas y los ubica en la cúspide de la pirámide. Para Mills los *managers* se encuentran en una posición intermedia entre los directores principales —dueños de las empresas— y los obreros y/o trabajadores asalariados. Es por ello que hacen parte de los *white-collar*s, es decir, por su papel de intermediarios entre el capital y el trabajo, por *sufunción*. "Es en las capas intermedias de los directivos donde se ponen más de manifiesto los procedimientos y estilos burocráticos. Estos directores intermedios sólo pueden actuar dentro de esferas de trabajo limitadas; transmiten órdenes de arriba a los que están debajo, para su ejecución [...]. La existencia de directores intermedios indica una nueva separación del obrero y del propietario director principal."³⁰ Así, quien operacionaliza o instrumenta los dictados racionalizadores de los *managers* es precisamente la masa *white-collar*.

El creciente proceso de racionalización del trabajo *white-collar* implica cambios en las necesidades de capacitación. Cada vez este tipo de trabajo requiere menos tiempo de preparación para poder ejecutarse, con ello se mina un importante insumo en su prestigio.³¹ Para el trabajador *white-collar* la racionalización se traduce en fuente de inestabilidad laboral pues resulta fácil de reemplazar al disminuir el entrenamiento necesario para realizar

²⁹ "Actúa racionalmente con acuerdo a fines quien orienta su acción por el fin, medios y consecuencias implicadas en ella y para lo cuales *opese* racionalmente los medios con los fines, los fines con las consecuencias implicadas y los diferentes fines posibles entre sí; en todo caso, pues, quien no actúe ni afectivamente (emotivamente en particular) ni con arreglo a la tradición," Max Weber, *Economía y sociedad*, p. 21.

³⁰ C. Wright Mills, *White-collar*s... *op. cit.*, p. 121.

³¹ "El tiempo necesario para las especialidades *white-collar* y la manera como se aprenden es una base importante de su prestigio, aunque a medida que

sus funciones. Desde el punto de vista de Mills, estos hechos lo llevan a la identificación con los obreros manuales. Es también un factor importante que motiva la sindicalización *white-collar*.

3.2.3 Crecimiento y proletarización de los *white-collar*s

Conviene detenernos en el análisis de las dos tendencias más importantes señaladas por el autor —crecimiento y proletarización— en el trabajo *white-collar* y que guardan estrecha relación con lo visto anteriormente. Por un lado, Mills rebate la tesis de la polarización sostenida por el marxismo: "La polarización no se ha producido; en el curso de la historia del capitalismo, la estructura de clases no se ha simplificado, como lo preveía Marx, en dos clases. Por el contrario, se produjo en general la tendencia opuesta y cuanto más 'avanzado' el capitalismo, la estratificación se hizo más compleja y diversificada [...]. El cambio más decisivo es la expansión de la nueva clase media de los empleados asalariados: profesionales asalariados, *managers*, empleados de oficina y personal de ventas integraron los estratos que se expandieron [...]. [Los *white-collar*s] en sus niveles medios y bajos no pueden ser entendidos 'meramente' como un nuevo tipo de proletariado. Simplemente no encajan dentro del esquema de estratificación del marxismo clásico, ni en ningún esquema que sea reconociblemente marxista; su misma existencia contadice la polarización esperada en dos clases del capitalismo moderno"³². Desde mi punto de vista la "polarización" planteada en el marxismo clásico no debe ser entendida como lo sugiere Mills. El hecho no es tan simple como decir que el desarrollo capitalista elimina a las clases secundarias, repartiendo a la población en sólo dos: burguesía o clase obrera. Tal y como expuse en el capítulo I, la teoría de la

el trabajo *white-collar* se racionaliza, el tiempo necesario para adquirir los conocimientos indispensables disminuye. El ochenta por ciento de la gente, según la apreciación normal, ejecuta ahora trabajos que puedan ser aprendidos en menos de tres meses", *ibidem*, p. 312.

³² C. Wright Mills, *The marxists*, (trad., Denis Baranger), p. 109.

polarización social en Marx está referida a la estructuración “del campo de lucha de clases en una formación social capitalista, que hace que la oposición ‘proletariado/burguesía’ sobredetermine toda lucha de clases en esas formaciones”.³³ Para Marx esa es la *tendencia* en la sociedad capitalista, la cual no invalida su previsión sobre el ascenso de nuevos sectores que trae aparejado el desarrollo industrial; en *Teorías sobre la plusvalía* está planteado claramente, tal y como lo vimos en el capítulo II. Otra cosa son la interpretaciones mecánicas que algunos lectores de Marx han llevado a cabo en obras como el *Manifiesto del Partido Comunista*, pues citas en mano, se trata de “probar” que el desarrollo capitalista conducirá a la desaparición de las clases intermedias y algunas otras, creándose las condiciones objetivas para el salto revolucionario; sólo restaría sentarse a esperar plácidamente tales condiciones. Pero todo esto ya no es culpa de Marx.

Lo que sí resulta válido rescatar de las observaciones de Mills es lo referente a la falta de investigación desde el marxismo sobre “la nueva clase media” y la resolución del problema de la adscripción clasista —o no— dentro del cuerpo teórico marxista sobre las clase sociales.

Ahora bien, la otra tendencia importante señalada por el autor es en referencia al proceso de proletarización del trabajo *white-collar*. Para Mills los estratos más bajos de la nueva clase media —oficinistas y empleados de comercio— padecen condiciones económicas que los acercan al género de vida de los obreros: “Objetivamente, hemos visto que la posición estructural de la masa *white-collar* está pareciéndose cada vez más a la de los obreros. Ambas están, por supuesto, desposeídas de propiedad, y sus ingresos se aproximan cada vez más. Todos los factores de la posición de *status*, que han hecho posible que los trabajadores *white-collar* se sitúen aparte de los obreros, están ahora en clara decadencia [...]. En el curso de la nueva generación, se formará

³³ Denis Baranger, *op. cit.*, p. 1607.

una *clase social* entre los empleados inferiores *white-collar* y los obreros, lo cual significa, en términos de Weber, que entre las dos posiciones existirá una típica movilidad de trabajo. No comprenderá, por supuesto, los estratos profesionales ni los altos cargos directivos, pero sí la masa de los trabajadores de ventas y de oficinas”. En otro momento también afirma “Aunque las tendencias no deben ser confundidas con los hechos, está claro que muchas tendencias apuntan a una proletarización del *status* de los estratos *white-collar*”.³⁴

Las aclaraciones resultan pertinentes: los estratos superiores *white-collar* —*managers* preferentemente— no se identifican con los obreros pues hacen parte de otra clase social (la burguesía). Los estratos inferiores —oficinistas y empleados de comercio— son trabajadores asalariados que empiezan —en virtud de sus condiciones económicas— a identificarse con las formas de vida proletarias. Desde mi punto de vista esta diferencia es substancial para comprender la tesis de la proletarización del trabajo asalariado. La creciente proletarización de la población bajo el capitalismo no significa la abolición de los grupos sociales medios o su incorporación a la clase obrera manual. Significa la estructuración de un campo de lucha de los asalariados en virtud de la identificación de sus condiciones económicas, pero también por el *autorreconocimiento* como integrantes de ese campo. Así, la proletarización no es sólo un hecho económico, sino también ideológico, moral y, por tanto, político. Por eso no todos los proletarios hacen parte de la clase obrera e incluso llegan a disentir de sus reivindicaciones políticas.

Al analizar el comportamiento sindical y político de los *white-collar*s, Mills niega la posibilidad de luchas políticas abanderadas por ellos. Su heterogeneidad económica condiciona sus posibilidades

³⁴ C. Wright Mills, *White-collar...* *op. cit.*, pp. 317 y 372. En el mismo sentido André Glucksmann apunta: “La parte inferior de la nueva clase media se halla a menudo en una situación económica tan triste como la de la mayoría de la clase obrera”, *Hacia la subversión del trabajo intelectual*, p. 112.

reivindicativas. Así, los *white-collars* están destinados a ser una *clase en disponibilidad*³⁵ “no pueden plantearseles problemas como las relaciones de partido, de sindicato y de clase, porque no son una clase homogénea [...]. Mientras la fuerza política descansa en el poder económico organizado, los trabajadores *white-collar* solamente podrán derivar su fuerza del *capital* o del *trabajo*. Dentro de la estructura total del poder, son variables dependientes. [...]. No hay probabilidad de que las nuevas clases medias formen, inicien o dirijan ningún movimiento político [...] la pregunta política sobre las nuevas clases medias es ésta ¿de qué bloque o movimiento marcharán a la zaga? y la respuesta es: del bloque o movimiento que claramente parezca que va a vencer [...]. En el mercado político de la sociedad americana, las nuevas clases medias están a la venta; cualquiera que parezca respetable y bastante fuerte podrá, probablemente, quedarse con ellas. Hasta ahora, nadie ha hecho una oferta seria”³⁶

Difícil dilema el de la “nueva clase media” que a la heterogeneidad económica agrega su postración política ¿no se deberá al hecho de que no son ni llegarán a ser una *clase social*? La ausencia de una conceptualización *a priori*, que permita incorporar el conocimiento empírico de los sectores medios, parece ser la fuente de equívocos en la concepción, no sólo de Mills, sino de los autores que parten del enfoque estratificador para estudiar a las clases sociales. Y dichos equívocos se transmiten también al campo del análisis marxista, si no como reflejo, sí como importación de nociones, que en la obra de Mills reconocen su principal inspirador: antigua y nueva clase media. Si la nueva clase media,

³⁵ “Las teorías de la elevación del poder de los *white-collar* nacen generalmente de los hechos de su crecimiento numérico y de su indispensabilidad en las operaciones burocráticas y distributivas de la sociedad de masas. Pero solamente si se cree en una pura y automática democracia del número, el mero crecimiento de un estrato significa un aumento de su poder. Y sólo si se cree en el salto mágico desde la función ocupacional al poder político, la indispensabilidad técnica significa poder para un estrato” C. Wright Mills, *White-collars...op. cit.*, p. 434.

³⁶ *Ibidem*, pp. 433-435.

los *white-collars*, viven en la permanente indeterminación económica y política, también la “nueva pequeña burguesía”, desde la visión marxista, será aquella clase definida por sus limitaciones y temores. Las evidencias no dejan lugar a dudas: la tradición sociológica ha exportado al campo del marxismo la forma de concebir a la zona media de la sociedad moderna.

3.2.4 *Las clases medias*

Resta sólo agregar que para Mills las *clases medias* se conforman por la adición de la antigua clase media y los *white-collars* o nueva clase media. Más propiamente, las clases medias actuales son fundamentalmente urbanas: la sociedad norteamericana de fines del siglo XX ha terminado por desplazar a los *farmers* como pilares de su crecimiento; la oposición campo-ciudad está en la base del nuevo desarrollo capitalista. Así lo asienta Mills: “La *clase media* incluye al pequeño negociante y a los empleados de cuello blanco. El estrato del pequeño negocio incluye la venta al detalle, los servicios, la venta al por mayor y los propietarios industriales que emplean a menos de 100 trabajadores [...] los estratos de cuello blanco incluyen las familias de profesionistas asalariados y los puestos administrativos menores, los empleados, mecanógrafos y contadores de libros, los vendedores de tiendas o de otro tipo y los capataces de la industria”³⁷

Mills sin duda ha realizado un trabajo de primer orden al estudiar el comportamiento cotidiano de las clases medias. Sus estudios rescatan el conocimiento vivencial de las clases sociales, la mayoría de las veces relegado del análisis marxista. Sin embargo, dadas las limitaciones metodológicas, se condiciona la conceptualización a los resultados de la investigación perceptiva y de ello resulta la heterogeneidad —económica y política— que se le asigna a las clases medias. Aunque sin duda, el pensamiento marxista debe rescatar el “lado activo” del pensamiento de Mills y no sólo

³⁷ C. Wright Mills, *Poder, política...op. cit.*, p. 210.

quedarse con la importación de las nociones de antigua y nueva clase media.

En suma, es necesario incorporar la comprensión del accionar cotidiano de las clases sociales a una conceptualización rigurosa, lo que nos permitiría conocer a profundidad, no sólo la definición de la estructura de clases en la sociedad moderna, sino también su funcionamiento, es decir, la dinámica real de sus conflictos.

Capítulo IV

Las interpretaciones de Nicos Poulantzas

Sin embargo, esa clase produjo una especie de cultura: películas policiacas, novelas de crimen, westerns. El detective privado navega entre viejos ricos demasiado embrutecidos para defenderse y eternos pobres perdidos en su pobreza: un cuadro medio idealizado.

André Glucksmann
Hacia la subversión del trabajo intelectual

La obra de Nicos Poulantzas tiene el gran mérito de problematizar aspectos centrales de la teoría política contemporánea. Sus trabajos son referencia obligada para el análisis del Estado capitalista y sus derivaciones: los Estados de excepción —fascismo, dictadura, bonapartismo—, la autonomía relativa estatal, el poder político y, de manera fundamental, las clases sociales en las sociedades industrializadas.

Si afirmáramos que en el terreno del estudio de las clases sociales, desde la perspectiva marxista, alguien es pionero, dicho mérito le pertenece a Poulantzas, básicamente en lo referido a la interpretación de la adscripción de aquellos grupos sociales ubicados por diferentes autores en la “pequeña burguesía”, “la clase media”, “capas medias”, etc.; es decir, la definición de la zona media de clases en aquellas sociedades en las cuales el capitalismo monopolista domina la esfera de la reproducción social. Sin embargo, en la medida que el tema ha sido objeto de interés creciente para los investigadores sociales, las críticas a las interpretaciones de Poulantzas se han multiplicado.

Con todo, Poulantzas avanza un trecho importante en el intento de dar respuesta a uno de los fenómenos más importantes y contradictorios de las sociedades modernas: la expansión acelerada de grupos e individuos, “agentes” en su interpretación, que no presentan las características de las definiciones clásicas de la clase obrera o de la burguesía. Grupos sociales que desde la perspectiva estratificadora y sociologista son adscritos sin titubeos en la *clase media*. Pero al marxismo, precisamente por partir de un enfoque radicalmente distinto, no le satisface la noción de clase media y ha intentado, la mayoría de las veces infructuosamente, de dar una respuesta objetiva, sistemática, vale decir científica, a la complejización que presenta la estructura social. Algunos autores han preferido evitar su tratamiento, otros, amparados en citas de los clásicos —fundamentalmente de Friedrich Engels—, niegan la existencia, bajo el capitalismo actual, de clases fuera de la burguesía y de la clase obrera; la tesis es bastante conocida: “Todo trabajador asalariado hace parte de la clase obrera”. Esta misma interpretación es severamente criticada por el autor: “Definir a la clase obrera

como el conjunto de la ‘clase asalariada’ reduce las divisiones de clase en la sociedad a una división entre ricos y pobres. Las características propias de la clase obrera se convierten simplemente en un asunto de desigualdad”.¹

Poulantzas se atreve a ponerle imaginación al asunto y aún cuando su esfuerzo sea débil en ciertos aspectos y contradictorio en otros, en sus estudios se encuentran proposiciones trascendentes que el marxismo determinista parecía olvidar; para mencionar sólo una de ellas: “Las clases se definen en la lucha de clases”. Esta divisa aparece en todos sus trabajos que tienen que ver con las clases sociales; otros autores como Alain Touraine han radicalizado esta premisa oponiéndola a la definición estructuralista², alejándose así de la determinación primaria de clases.

En este capítulo de ninguna manera me propongo una apología de la obra de Poulantzas, pues como se verá difiero de sus propuestas; trato de presentar de manera sintética el núcleo central de sus argumentaciones, introduciendo ciertas notas críticas. Conviene precisar que un análisis a profundidad acerca de las clases sociales, en general, y la pequeña burguesía, en particular, en Nicos Poulantzas, requiere de una investigación aparte; mi propósito es más modesto, tal vez sólo destacar críticamente la importancia de este autor, quien ha influido de manera singular en el pensamiento marxista contemporáneo, de ahí que sea referencia obligada.

Las críticas vertidas acerca de las inconsistencias teóricas de Poulantzas en realidad pudieran generalizarse, matizando diferencias, al grueso de las investigaciones que sobre la “zona media” de la sociedad se han elaborado. No existe hasta el momento un trabajo acabado sobre el problema. Eso sí, existen interpretaciones que han obtenido cierto consenso, pero ninguna hegemónica. Una aproximación a las razones del estado que guardan los estudios sobre el tema y que además son las razones

¹ Nicos Poulantzas, “La nueva pequeña burguesía” en *Clases y estructura de clases*, p. 142.

² Véase, por ejemplo, Alain Touraine, *Le retour de l'acteur*.

de la ciencia, la proporciona Harry Braverman: "Pero habría que reconocer que las dificultades que tuvieron aquéllos que antes de la Primera Guerra Mundial intentaron llegar a una 'definición' de la posición de clase de los empleados de oficina, son un poco las mismas que uno enfrenta hoy al tratar de definir las capas intermedias del empleo moderno. Estas dificultades surgen, en último análisis, del hecho de que las clases, la estructura de clases, la estructura social en su conjunto, no son entidades fijas sino procesos en marcha, ricos en cambios, transiciones, variaciones e incapaces de ser encajonadas en fórmulas, no importa cuán analíticas puedan ser dichas fórmulas. El análisis de estos procesos requiere que se entiendan las relaciones internas y vínculos que sirven como fuerza motriz, y también debe ser entendida su dirección como un proceso. Sólo de un modo secundario aparece el problema de 'definir' el lugar de los elementos particulares en el proceso, y este problema no puede ser siempre resuelto de un modo nítido y definitivo, ni, podría añadirse, la ciencia exige que ello debe ser resuelto."³

4.1 Las clases sociales

Poulantzas propone un acercamiento dinámico a la concepción y definición de las clases sociales. Contrapone sus planteamientos a los que se basan en criterios economicistas y estáticos para la comprensión de la dinámica social.⁴ Las premisas de su

³ Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, p. 469.

⁴ Incluso en su libro *Las clases sociales en el capitalismo actual* matiza sus diferencias con respecto a autores, que como él, se reconocen discípulos de Louis Althusser. Ahí se lee "En efecto, aunque los textos de cierto número de nosotros hayan sido percibidos y hayan funcionado ampliamente como pertenecientes a una 'problemática' idéntica, existían, desde el comienzo, entre algunos de esos textos, *diferencias esenciales*. Así, en el dominio del materialismo histórico, existían ya diferencias esenciales entre *Poder político* (e igualmente los textos de Betelheim, pero yo no hablo aquí más que en mi propio nombre) de un lado, y el texto, marcado por el economicismo y el estructuralismo, de Balibar: 'Acercas de los conceptos fundamentales del materialismo histórico' en *Para leer El capital* (Siglo XXI, 1969), de otro", p. 12.

interpretación son las siguientes: "1. Las clases sociales son conjuntos de agentes determinados, *principal* pero no exclusivamente, por su lugar en el *proceso de producción*, es decir, en la esfera económica... 2. Las clases sociales significan para el marxismo, en un *único y mismo* movimiento, contradicciones y *lucha de clases*: las clases sociales no existen *primero*, como tales, para entrar *después* en la lucha de clases, lo que haría suponer que existen clases *sin* lucha de clases. Las clases sociales cubren *prácticas de clase*, es decir, la lucha de clases, y no se dan sino en su oposición...⁵ 3. La determinación de las clases, sin dejar de cubrir prácticas —lucha— de clases y extendiéndose a las relaciones políticas e ideológicas, designa unos *lugares objetivos* ocupados por los agentes en la división social del trabajo: lugares que son independientes de la voluntad de tales agentes. Puede decirse así que una clase social se define por su lugar en el conjunto de prácticas sociales, es decir, por su lugar en el conjunto de la *división social del trabajo*, que comprende las relaciones políticas y las relaciones ideológicas. La clase social es, en ese sentido, *un concepto que designa el efecto de estructura* en la división social del trabajo (las relaciones sociales y las prácticas sociales). Este lugar cubre así lo que voy a designar como *determinación estructural de clase*, es decir, la *existencia misma* de la determinación de la estructura —relaciones de producción, lugares de dominación-subordinación política e ideológica— en las prácticas de clase: las clases no existen más que en la lucha de clases, 4. Esta *determinación estructural* de las clases, que no existe así más que como lucha de clases, debe no obstante ser distinguida de *posición de clase* en la *coyuntura*: coyuntura que constituye el lugar en el que se concentra la

⁵ Esta segunda premisa resulta fundamental para autores como André Glucksman quien se aboca a definir a la "*nueva clase media*". "La sociedad de clases es un vasto conjunto de campos de batalla, las clases actúan en esos terrenos, en ellos 'trabajan', allí es donde hay que descubrirlas... Las clases sociales no se apilan como platos, nacen, viven y mueren *de y en* la lucha de clases", *Hacia la subversión del trabajo intelectual*, pp. 47-49.

individualidad histórica siempre singular de una formación social, en una palabra la situación *concreta* de la lucha de clases". Al respecto Poulantzas introduce la noción de *posición de clase* que en relación con la determinación estructural, mantiene una autonomía relativa. Es decir, en un momento determinado, una clase, fracción o capa social, pueden mantener una posición de clase discordante con su determinación (económica-política-ideológica). Un ejemplo preciso sería el de la aristocracia obrera que llega a asumir posiciones de clase burguesas pero no por ello deja de pertenecer a la clase obrera; "5. El *aspecto principal* de un análisis de las clases sociales es el de sus *lugares* en la lucha de clases: no es el de los *agentes* que las componen. Las clases sociales no son grupos empíricos de individuos —*grupos sociales*— 'compuestos' por la suma de dichos individuos: las relaciones de estos agentes entre sí no son, por lo tanto, relaciones interindividuales. La *pertenencia de clase* de los diversos agentes depende de los lugares de clase que ocupen".⁶

Sin duda la propuesta de interpretación de Poulantzas es novedosa e invita a la reflexión. El concepto de determinación estructural de clase es central para comprender sus estudios sobre las clases sociales particulares, pero a la vez es el más problemático. La determinación estructural no comprende exclusivamente el nivel económico, es decir, las clases no se definen únicamente a nivel del proceso de producción. La posición en las relaciones políticas e ideológicas de dominación y subordinación es igualmente importante. Pero la determinación de los niveles político-ideológicos nada tienen que ver con "el esquema hegeliano, el de la clase *en sí* (situación económica de clase, determinación objetiva de clase únicamente por el proceso de producción), y de la clase *para sí* (clase dotada de una 'conciencia de clase' propia y de una organización política autónoma =lucha de clases), al cual Lukács ha vinculado, en la tradición marxista, su nombre".⁷ Aquí la crítica

⁶ Nicos Poulantzas, *Las clases sociales...* op. cit., pp. 12-16.

⁷ *Ibidem*, p. 16.

es frontal contra el marxismo hegeliano. (Por lo demás a lo largo de su obra le rinde culto a su maestro Althusser cuando caricaturiza el hegelianismo anticientífico de cierto marxismo).

Así, y como dice E. O. Wright: "Dadas estas premisas, la estrategia teórica básica adoptada por Poulantzas se centra en la elaboración de los criterios económicos, políticos e ideológicos que determinan las posiciones objetivas de clase en el seno de la división social del trabajo".⁸ El modelo utilizado le permitirá sortear las dificultades que representa adscribir en una sola clase grupos tan heterogéneos como los que componen a la "nueva pequeña burguesía".

A *nivel económico* la categoría básica para la determinación de las fronteras de clase en las formaciones sociales capitalistas es la de *trabajo productivo*. En dichas formaciones se dan relaciones de explotación *dominantes* que corresponderán a las entabladas entre el capital y el trabajo productivo, con ésto se deslindan las situaciones de clase. Resultará así que la clase explotada *fundamental* será la clase obrera. Por ello no todos los proletarios —por ende se desecha esta dimensión como definitiva— hacen parte de aquélla. Sólo forman parte de la clase obrera los trabajadores productivos. En el apartado 4.3 volveré sobre esta discusión.

A *nivel político* Poulantzas propone que la división social del trabajo domina la división técnica del mismo. A partir de esta premisa básica del marxismo, es posible distinguir entre el trabajo productivo directo y el trabajo de supervisión. "Dentro del proceso de producción material, el trabajo de supervisión es incuestionablemente productivo a causa de su papel en la integración y la coordinación del proceso de producción. Pero dentro de la división social del trabajo las tareas de supervisión representan la dominación política del capital sobre la clase obrera". Poulantzas resuelve el problema de la adscripción de clase de los supervisores —que son productivos en estricto sentido— en la

⁸ Erik Olin Wright, *Clase, crisis y Estado*, pp. 25-26.

nueva pequeña burguesía afirmando “que la posición de los supervisores como trabajadores productivos explotados refleja su papel en la división del trabajo puramente técnica, mientras que su posición de dominación política de la clase obrera define su papel en la división social del trabajo”.⁹ Sin embargo, los excluye asimismo de la burguesía, puesto que si bien dominan políticamente a los obreros, son dominados políticamente por aquélla. Esta doble situación —dominantes-dominados— va a definir los criterios políticos para la nueva pequeña burguesía. Puede decirse, siguiendo a Poulantzas, que se trata de una clase “intermedia”.

A nivel ideológico el autor sostiene que la dominación en las formaciones sociales y entre las clases no sólo es económico-política, sino también ideológica. “El eje central de esta dominación ideológica dentro de la división social del trabajo es la división entre trabajo *mental* y trabajo *manual*. Así, la clase obrera está excluida del “conocimiento secreto” del proceso de producción y esa exclusión es necesaria para la reproducción de las relaciones sociales. El capital presiona para que la separación trabajo mental-trabajo manual se siga reproduciendo, como medio para mantener el control de la planificación y dirección del proceso productivo. El criterio ideológico “es especialmente importante para determinar la posición de clase de ciertas categorías de ingenieros y técnicos. Unos y otros son generalmente asalariados productivos, y aunque muchos de ellos ocupan puestos en la estructura de supervisión (quedando incluidos por consiguiente en la nueva pequeña burguesía, según criterios políticos), se da el caso de técnicos subalternos que no supervisan directamente a nadie. No obstante, —continúa Poulantzas—, a causa de la primacía de la división social del trabajo respecto a la división técnica y en razón de que dentro de la división social incluso los técnicos subalternos (como trabajo mental) ocupen una posición de dominación ideológica sobre la clase obrera, deben ser excluidos del proletariado y considerados parte de la nueva pequeña burguesía [...]. Como

⁹ *Ibidem*, pp. 28-29.

en el caso de los criterios políticos, el capital domina ideológicamente a la nueva pequeña burguesía. La división entre trabajo mental y trabajo manual sostiene simultáneamente la dominación ideológica del trabajo mental sobre el trabajo manual y la subordinación ideológica del trabajo mental al capital. Los expertos pueden participar del ‘conocimiento secreto’ de la producción, pero tal conocimiento es siempre fragmentario y está dominado en todo momento por las exigencias de la producción y reproducción capitalista”.¹⁰

Una premisa que atraviesa el esquema de Poulantzas, y que está en estrecha relación con lo visto anteriormente, es la que afirma que no existen grupos, fracciones o capas sociales desclasados. “En el marxismo no podemos admitir la existencia de estratos, fracciones y agrupaciones significativas fuera de las clases. Tampoco podemos decir que como resultado del desarrollo del modo de producción (esto es, de un modo puro de producción que tiene dos clases, la burguesía y la clase obrera) encontraríamos una tendencia dentro de la formación social misma, para convertir a todos los individuos y a todos los agentes en parte de la clase obrera o de la burguesía”.¹¹ Esta tesis de la adscripción exhaustiva ha sido de las más fuertemente criticadas. A Poulantzas le sirve para justificar la existencia de una gran clase al lado de las clases fundamentales en la formación social capitalista. Si todos los individuos son “agentes” de clase, entonces se debe —según la lógica del autor— construir un modelo teórico para ubicarlos en sus respectivas situaciones de clase. Si no comparten características en el nivel económico, la afirmación de que los niveles político-ideológicos hacen parte de la determinación estructural, resuelve el problema. Lo difícil para Poulantzas es justificar por qué algunas clases se determinan *más* a nivel económico y por qué otras —como la pequeña burguesía— *más* a nivel de lo ideológico-político.

¹⁰ *Ibid*, pp. 30-31.

¹¹ Nicos Poulantzas, *La nueva pequeña burguesía... op. cit.*, p. 145.

Al respecto de la adscripción exhaustiva de clases en una formación social existen numerosos trabajos que refutan la tesis. Por ejemplo, Roger Bartra afirma: "El sistema de clases [...] *no es exhaustivo* puesto que no todos los individuos de una sociedad pertenecen a una clase, sino que pueden existir capas de elementos desclasados".¹² Aún más, se afirma la existencia de individuos o grupos que participan de las características de dos clases diferentes. A esto Erik Olin Wright le llama *situaciones contradictorias de clase*.¹³

J. Bidet sintetiza críticamente la propuesta poulantziana de la siguiente manera: "Basándose, el autor, en el principio, para él evidente, de que la lucha de clases es exclusivamente asunto de clases constituidas, así cada categoría está obligada a pertenecer a alguna clase. Hace falta pues una clase que reúna todo lo que no es ni proletariado ni burguesía. Hace falta una 'grande' pequeña burguesía. Tal parece ser la lógica subyacente de su exposición".¹⁴

Con el desarrollo de este marco conceptual estamos en condiciones de pasar al análisis de las determinaciones estructurales, tanto de la pequeña burguesía tradicional, como de la nueva pequeña burguesía.

4.2 La pequeña burguesía tradicional

No quisiera dejar de mencionar las semejanzas, así sean sólo a nivel conceptual, entre las obras de Poulantzas y C. Wright Mills. El primero habla de antigua pequeña burguesía o pequeña burguesía tradicional y nueva pequeña burguesía, mientras que Mills las denomina antigua (s) clase (s) media (s) y nueva (s)

¹² Roger Bartra, *Breve diccionario de sociología marxista*, pp. 44-45.

¹³ Erik Olin Wright propone esta conceptualización básicamente en sus trabajos: *Clase, crisis y Estado*, *op. cit.*, "Los intelectuales y la clase obrera" en *Revista en Teoría*, núm. 2 e "Intellectuals and the class structure of capitalist society" en *Between labor and capital. The professional-managerial class*

¹⁴ J. Bidet, "Nota crítica sobre el análisis de las clases sociales propuesto por N. Poulantzas", *Revista Iztapalapa*, año 3, núm. 6 enero-junio 1982, p. 234.

clase (s) media (s). Si bien se pudiera argumentar que sólo es un problema semántico, bien sabemos que los conceptos y las categorías hacen referencia a significaciones precisas que sobre la realidad se elaboran. Autores, como Denis Baranger, plantean que Poulantzas importó al marxismo la visión "sociológica" de Mills sobre la nueva pequeña burguesía¹⁵. Al analizar las nociones de pequeña burguesía (nueva y tradicional) tendremos oportunidad de comprobar estas aseveraciones.

Iniciamos con la reflexión sobre la *determinación estructural* de la pequeña burguesía tradicional.

En un plano general, Poulantzas coincide en su interpretación con la de Marx y Engels respecto a esta clase. Se trata de una *clase en transición*¹⁶, perteneciente a una forma de producción mercantil simple. Su existencia depende de la permanencia de aquélla en la reproducción ampliada del capitalismo. En suma, la pequeña burguesía tradicional depende de una forma de producción que históricamente se sitúa como forma de transición del feudalismo al modo de producción capitalista. Resulta conveniente analizar su determinación estructural.

A *nivel económico* —lugar en las relaciones de producción—, "puede decirse que comprende la *pequeña producción* y la *pequeña propiedad*."

a) *Pequeña producción*: se trata en cuanto a lo esencial de formas de *artesano* o incluso de pequeñas empresas familiares, en las que el mismo agente es a la vez propietario/poseedor de los medios de producción, y trabajador directo. No se encuentra,

¹⁵ "En este contexto, la categoría de 'pequeña burguesía' se ha utilizado con gran liberalidad, sin ser un concepto adecuado al propósito que se le hizo jugar. Nos encontramos ante un equívoco de larga data, y que continúa pesando sobre la reflexión marxista en la actualidad. Es así como la idea sociológica de la 'nueva clase media' cambia de nombre y se trasmuta en la 'nueva pequeña burguesía'. Sin ser el inventor de esta alquimia, Nicos Poulantzas fue sin duda el mejor defensor de este punto de vista", Denis Baranger, *op. cit.*, p. 1591.

¹⁶ Recordemos que la situación de transitoriedad de la pequeña burguesía tradicional tiene que ser ponderada pues su permanencia es conveniente tanto para el capital como para el Estado, por lo cual ambos se encuentran interesados en su supervivencia.

propiamente hablando, explotación económica, en la medida en que esas formas de producción no emplean, o lo hacen tan sólo ocasionalmente, obreros asalariados. El trabajo está suministrado principalmente por el propietario real o por los miembros de su familia, que no son retribuidos en forma de salario. Esta pequeña producción obtiene provecho de la venta de sus mercancías y por la redistribución total del plusvalor, pero no arrebatada directamente plustrabajo.

b) *Pequeña propiedad*: se trata principalmente del *pequeño comercio* de la esfera de la circulación, en la que el propietario del negocio, ayudado por su familia, suministra el trabajo, y no emplea sino ocasionalmente trabajo asalariado.

El lugar común de estos dos conjuntos de la pequeña burguesía tradicional en las relaciones de producción, reside en el hecho de que el trabajador directo es por sí mismo propietario de los medios de trabajo, es decir, en el hecho de la propiedad y de la ausencia de explotación directa de trabajo asalariado¹⁷

Como se puede observar, para Poulantzas los “agentes” de esta clase son básicamente los artesanos y los comerciantes en pequeño; aunque pudiera argüirse que cuando habla de pequeño propietario incluye a los pequeños industriales, pero no lo hace explícitamente. Así, tanto los *campesinos parcelarios* como los *pequeños industriales* y los profesionales independientes no son adscritos como agentes de la pequeña burguesía tradicional. Recordemos que para Marx y Engels la pequeña burguesía, de manera fundamental, está constituida por los *campesinos parcelarios*, los *pequeños industriales*, los *pequeños propietarios* y los *artesanos*.

A nivel *ideológico-político*, la pequeña burguesía tradicional se encuentra en estrecha relación con respecto a la nueva pequeña burguesía, al compartir ambas los mismos rasgos: “Esta, aunque ocupando un lugar diferente de la nueva pequeña burguesía en las relaciones económicas, se caracteriza, no obstante, al nivel ideológico, y a pesar de diferencias indudables, por *rasgos*

¹⁷ Nicos Poulantzas, *Las clases sociales...op. cit.*, p. 265

análogos a aquéllas. Es porque las relaciones económicas, que son propias del lugar de la pequeña burguesía tradicional, la sitúan, a ella también, y por rasgos específicos, en una polarización respecto de la burguesía y de la clase obrera. Esta comunidad de efectos ideológicos se traduce en analogías de posiciones de estos dos conjuntos, influidos por la polarización de clase¹⁸. Los efectos ideológicos aludidos *dependen*, pues, de su inserción en una forma de producción mercantil simple. Para Poulantzas, en esta clase en particular, las relaciones económicas determinan los efectos ideológicos y éstos a su vez la identifican con la nueva pequeña burguesía. Dos son las características económicas definitorias: los agentes de la pequeña propiedad y la pequeña producción “1) se *distinguen* a la vez de la burguesía (no forman parte del capital a secas y son progresivamente destruidos por él) y de la clase obrera (sus agentes son propietarios de los medios de producción y del negocio y aunque trabajadores directos, no realizan, lo cual es importante para el artesanado, trabajo productivo capitalista o plusvalor); 2) se *aproximan* a la vez a la burguesía (propiedad a la que están ferozmente apegados) y a la clase obrera (ellos mismos son trabajadores directos)”. Por ello esa polarización —respecto a las clases principales— se refleja en el nivel ideológico, produciendo los siguientes efectos:

“a) Un aspecto ideológico anticapitalista de *statu quo*: contra la ‘gran riqueza’ y las ‘grandes fortunas’; pero temor con frecuencia a una transformación revolucionaria de la sociedad, ya que este conjunto está apegado ferozmente a su (pequeña propiedad) y teme su proletarianización”. Esto lo podríamos sintetizar en una consigna: *contra la burguesía hasta igualarla*.

“b) Un aspecto ideológico fuertemente vinculado no a la transformación radical de la sociedad, sino al mito de la pasarela”. Vale decir el mito de la movilidad-individual-ascendente.

“c) Un aspecto ideológico del fetichismo del poder. Por el hecho de su aislamiento económico (individualismo pequeño burgués), y de su distinción de la burguesía y de la clase obrera, creencia en el

¹⁸ *Ibidem*, p. 273.

Estado neutro, por encima de las clases". Esto genera la reivindicación de la "democratización estatal", de la creencia en esa posibilidad y por ende de la estatolatría, medio de "saneamiento" de los aparatos constitucionales, en fin, identificación con un Estado, que como ella, se sitúa sobre las clases, gobernando para todos y no para alguna de las dos clases fundamentales.

"d) Esta actitud compleja de la pequeña burguesía tradicional respecto del Estado se debe por lo demás igualmente a la ideología que le es inculcada por los aparatos ideológicos del Estado" no tanto los escolares, sino preferentemente los *familiares*. En el seno de la familia pequeño burguesa se interiorizan las relaciones de explotación burguesa, fundamentalmente porque estos agentes viven la explotación familiar del trabajo, es decir, su supervivencia económica está dada sobre la base de ese tipo de explotación.

"e) En fin, un último elemento, que es bastante conocido para insistir en él: las formas de rebelión violenta que, en coyunturas determinadas, caracterizan esta pequeña burguesía son a menudo —privada como ella lo está de una posición política autónoma de clase a largo plazo, y cuando no ha adoptado posiciones de la clase obrera— las de los 'alzamientos revolucionarios pequeño burgueses', marcados por el 'anarquismo' propio del individualismo pequeño burgués".¹⁹ Sobre este tipo de irrupciones violentas de la pequeña burguesía es sobre el que pone el acento Lenin, tal como vimos en el capítulo II.

El cuadro descrito sobre los efectos ideológicos de la polarización²⁰ reviste importancia central en el análisis poulantziano, puesto que, debido a la analogía, determina la adscripción de la pequeña burguesía tradicional y la nueva pequeña burguesía en una misma clase social. Como tendremos oportunidad de ver más adelante, esta propuesta de Poulantzas es la más criticada por los

¹⁹ *Ibid.*, pp. 273-275.

²⁰ Se desprende del análisis que he llevado a cabo, que Poulantzas propone el concepto *polarización* en la pequeña burguesía tradicional, no a la manera de una integración automática hacia alguna de las clases fundamentales, sino más bien en el sentido de precisar, dadas sus determinaciones económicas, su carácter de clase intermedia.

autores, debido a su inconsistencia teórica, fundamentalmente, por su alejamiento de la definición marxista clásica.

Cuando Poulantzas habla de los efectos ideológicos en la pequeña burguesía tradicional se refiere a la ideología de esta clase, más que a la posición de la misma en la división social del trabajo a nivel ideológico²¹. Con esto el autor se aleja del modelo propuesto para el análisis de clase —que vimos en el apartado anterior— ocupándose en salirle al paso al problema de la adscripción de clase de la pequeña burguesía en su conjunto. Al analizar las determinaciones estructurales de la nueva pequeña burguesía lo anterior queda de manifiesto.

4.3 La nueva pequeña burguesía

Al estudiar el asunto de la especificidad de clase de los nuevos conjuntos asalariados, Poulantzas se propone superar aquellas interpretaciones que les niegan su integración en una clase social. Tanto las interpretaciones de "clase media", como las que hablan de conjuntos carentes de adscripción —pues pertenecerían a la burguesía o al proletariado—, como las que insisten en ubicar grupos o individuos desclasados, son refutadas a partir del modelo teórico para el análisis de clases propuesto por el autor.

Para el estudio de la nueva pequeña burguesía, Poulantzas relaciona sus características definitorias con las de la pequeña burguesía tradicional. Al proceder de tal manera, la problemática se complejiza en tanto se tratan de integrar sectores estructuralmente heterogéneos bajo la cobertura de la homogeneidad

²¹ Como dice E. O. Wright, "Si bien puede ser cierto que la pequeña burguesía tradicional ocupa el lugar del trabajo intelectual en la división del trabajo intelectual/manual (es decir, que la pequeña burguesía tradicional no está separada del 'conocimiento secreto' de la producción, aunque muchos artesanos pequeño burgueses puedan ser clasificados *técnicamente* como trabajadores manuales), Poulantzas está más preocupado aquí por ciertos rasgos de la ideología de los agentes dentro de la pequeña burguesía". Erik Olin Wright, *Clase, crisis...* *op. cit.*, p. 32.

superestructural. Esto lo veremos con atención más adelante, ya que en ello radica en gran medida el blanco de las críticas de la mayoría de los autores que se han propuesto como tarea estudiar el pensamiento poulantziano sobre las clases sociales.

Cuando estudiamos a la “nueva pequeña burguesía” en Poulantzas, no dejan de llamar la atención, de nueva cuenta, sus afinidades conceptuales con respecto a las de C.W. Mills. Para éste último —tal como vimos en el capítulo anterior— los nuevos conjuntos de asalariados, que crecen a la par del desarrollo industrial, hacen parte de la clase media; los *white collars* o “nueva clase media” —empleados asalariados— se convierten, en la versión poulantziana, en “nueva pequeña burguesía”, sector fundamental y mayoritario, como en Mills, de la *pequeña burguesía*. Obviamente aquí solo estoy hablando de afinidades en cuanto a la conceptualización, lo cual no significa que se trate de procesos de elaboración análogos. Realmente el modelo de interpretación de Poulantzas es más complejo y parte de una perspectiva que se reclama marxista. Sin embargo, resulta interesante tener presentes tales anotaciones.

Abordaré enseguida las propuestas centrales del autor en torno a los elementos que delimitan y definen a la nueva pequeña burguesía.

4.3.1 La determinación estructural. Indicadores de adscripción

El problema de la adscripción de la nueva pequeña burguesía guarda íntima relación con los límites o fronteras de las clases sociales en el capitalismo moderno, establecidos por Poulantzas. Desde mi punto de vista, el análisis crítico más sistemático al respecto es el elaborado por Erik Olin Wright y al cual ya me he referido en este capítulo.

También he tenido oportunidad de señalar algunos problemas en la adscripción de clase de los “nuevos” asalariados —por ejemplo en el apartado 4.1 del presente capítulo— por ello sólo trataré de precisar algunas observaciones sobre el tema.

Para Poulantzas el desarrollo capitalista, en su fase monopolista, modifica las estructuras —lugares de clase— económicas, políticas e ideológicas, propiciando el crecimiento de empleados asalariados que denominara como “nueva pequeña burguesía”. Así como los *white collars* representan el sector cuantitativamente más importante —en comparación con la “antigua clase media”— de la clase media; la nueva pequeña burguesía —en comparación con la pequeña burguesía tradicional— es el conjunto mayoritario y definitorio de la *pequeña burguesía*. Así, la *pequeña burguesía* —la tercera gran clase—, le gana la clientela a la clase obrera. Esto último es posible dadas las limitaciones definitorias establecidas para la clase obrera: únicamente hacen parte de ella los obreros manuales excluidos de la supervisión y que producen plusvalor directamente. Es decir, sólo los trabajadores productivos subordinados política e ideológicamente al capital, constituyen la clase obrera. Poulantzas repite una y otra vez que la condición de trabajadores asalariados —en abierta distancia con las concepciones derivadas de la propuesta de Friedrich Engels, y nuestro ejemplo local sería la obra de J. Calixto Rangel Contla—²² no basta para definir a la clase obrera.

La única posibilidad de adscripción se localiza en la utilización de la propuesta de *determinación estructural* de clases.

¿A qué se debe que en las estructuras sociales de las sociedades modernas el crecimiento “poblacional” más importante corresponda a la nueva pequeña burguesía y no a la clase obrera? Poulantzas da respuesta a tal interrogante aplicando su esquema teórico al estudio de la pequeña burguesía. Revisemos rápidamente el aspecto de la determinación estructural de la nueva pequeña burguesía.

²² Véase, por ejemplo, *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana... op. cit.* Dice Poulantzas: “No es el salario el que define la clase obrera; el salario es una forma de reparto del producto social, que cubre las relaciones del mercado y las formas del ‘contrato’ de compra y de venta de la fuerza-trabajo. Si bien todo obrero es asalariado, no todo asalariado es forzosamente un obrero, ya que no todo asalariado es forzosamente trabajador productivo” en *Las clases sociales...op. cit.*, p. 20.

Criterios económicos: El criterio determinativo básico de las fronteras entre la clase obrera y la nueva pequeña burguesía, según Poulantzas, es el *trabajo productivo*. Por exclusión, todos aquéllos trabajadores que no realizan trabajo productivo, vale decir, los *trabajadores improductivos* caen dentro de la nueva pequeña burguesía. En esta proposición se centran la mayoría de las críticas y se destacan dos fuentes de error: a) la definición restringida de trabajo productivo utilizada por el autor y b) la insuficiencia de la división trabajo productivo/trabajo improductivo para la definición de las clases sociales. Veamos como se mueve Poulantzas en este terreno.

En primer lugar, Poulantzas entiende por trabajo productivo —y con esta definición se propone “completar” los análisis de Marx sobre el trabajo productivo capitalista—, en el modo de producción capitalista, aquel “que produce plusvalor al reproducir directamente los *elementos materiales* que sirven de *sustrato* a la relación de explotación: *aquél, pues, que interviene directamente en la producción material produciendo valores de uso que aumentan las riquezas materiales*”. Más adelante puntualiza: “hablar de trabajo productor de plusvalor, es hablar del proceso de producción material en su existencia y reproducción capitalista”.²³ En ese sentido únicamente encontraríamos trabajo productivo en la esfera de la producción, o sea, el plusvalor creado en la producción de mercancías, y dicha producción siempre considerada como producción material. De esta forma Poulantzas intenta sintetizar en una sola propuesta los dos niveles a los que se refería Marx cuando abordaba la definición del trabajo productivo: uno, *el trabajo productivo en general*, “es decir, el trabajo en general en cuanto que se realice en un producto, es decir ‘un valor de uso, un material de la naturaleza adaptado a las necesidades humanas mediante un cambio de forma’ (Marx), y por otra parte, el ‘trabajo productivo’ propio del modo de producción capitalista, que es el trabajo productor de plusvalor [...]. La idea

²³ *Ibidem.*, pp. 201, 205.

esencial es que en este segundo sentido el contenido del trabajo (por ejemplo, el carácter perjudicial, o de lujo, o netamente inmaterial del producto), *no debe ser considerado*: es productivo en el marco del modo de producción capitalista todo trabajo que produce plusvalor”.²⁴

En el mismo sentido E. Olin Wright critica la visión restringida de Poulantzas, cuando dice: “El trabajo productivo, para Poulantzas, se limita al trabajo que, además, de producir plusvalor, está directamente involucrado en el proceso de producción material. Esta definición descansa en la creencia de que solamente se genera plusvalor en la producción de mercancías físicas, lo que es una hipótesis arbitraria. Si los valores de uso adquieren la forma de servicios, y si la producción de estos servicios está destinada al mercado, no hay razón que impida que la producción no material genera plusvalor, del mismo modo en que lo hace la producción de mercancías físicas”.²⁵ De manera explícita Marx decía que al margen de la producción material, por ejemplo, un maestro o una cantante “que canta como un pájaro”, pueden ser trabajadores productivos: “La producción capitalista no sólo es *producción de mercancía*; es, en esencia, *producción de plusvalor*. El obrero no produce para sí, sino para el capital. Por tanto, ya no basta con que produzca en general. Tiene que producir plusvalor. *Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital*. Si se nos permite ofrecer un ejemplo al margen de la esfera de la producción material, digamos que un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo cuando, además de cultivar las cabezas infantiles, se mata trabajando para enriquecer al empresario. Que este último haya invertido su capital en una fábrica

²⁴ J. Bidet, *op. cit.*, p. 220, (cursivas nuestras). Al respecto E. Olin Wright, nos dice: “La definición marxista convencional del trabajo productivo no lo reduce explícitamente al trabajo directamente implicado en la producción material”. *Clase, crisis ... op.cit.*, p. 27.

²⁵ *Ibidem.*, p. 39.

de embutidos, no altera en nada la relación”.²⁶ Una vez analizados los conceptos de trabajo productivo en Poulantzas y Marx y advertidas las diferencias, centrémonos en la crítica a la insuficiencia de la división trabajo productivo-trabajo improductivo para la definición de las clases sociales.

Poulantzas para salvar el problema que le plantea su definición de clase obrera desde el punto de vista económico —trabajadores productivos— restringe el concepto de productividad a la esfera de la producción material, con esto limita la posibilidad de que toda la población asalariada y no asalariada forme “parte de la clase obrera. Pero la restricción a su vez lo lleva al callejón sin salida que representa el negar el carácter de trabajo productivo fuera de la esfera de la producción. La única posibilidad de salvar la situación es introducir criterios ideológicos y políticos para determinar a las clases. Posteriormente me ocuparé de esto. Aquí trato de sintetizar las contradicciones que a nivel económico se manifiestan en el autor. Como el concepto de trabajo productivo es restringido, el de trabajo improductivo se amplía; más cuando el autor nos dice que los empleados improductivos forman una clase: la nueva pequeña burguesía;²⁷ y aún más cuando recordamos que para Poulantzas no hay ni grupos, ni individuos desclasados, todos forman parte de clases sociales y obviamente aquellos por improductivos son parte de la pequeña burguesía. ¿Pero cómo puede responder Poulantzas al cuestionamiento de Marx acerca

²⁶ Karl Marx, *El capital*, t. I, vol. 2, Siglo XXI, p. 616. Los ejemplos del maestro y la cantante con voz de pájaro, como trabajadores productivos, se encuentran en Karl Marx, *El capital. Libro I, capítulo VI (inédito)*, p. 84.

También en el mismo sentido otros autores afirman: “Tras la definición del trabajo productivo (desde el punto de vista del capital individual), los productores no-materiales, periodistas, deportistas, cantantes, —siempre que estén sometidos al capital— realizan también un trabajo productivo, porque sufren también para añadir una plusvalía a ese capital, escribiendo, saltando, cantando” E. Altvater y Freerkhuisen, “Sobre el trabajo productivo e improductivo”, en *Crítica de la Economía Política*, núm. 3, p. 72. Este artículo también puede verse en *Crítica de la Economía Política*, núm. 8 (edición latinoamericana).

²⁷ Me parece pertinente documentar las semejanzas entre la proposición de la existencia de una amplia “nueva pequeña burguesía” y la de André Glucksmann

de que también un capitalista puede ejecutar trabajo productivo? Difícil encrucijada cuando se afirma, como Poulantzas, que todos los trabajadores productivos hacen parte de la clase obrera. Marx dice: “El capitalista, como representante del capital que entra en su proceso de valorización, del capital productivo, desempeña una función productiva que consiste precisamente en dirigir y explotar el trabajo productivo. Contrariamente a los co-usufructuarios de la plusvalía que no se encuentran en tal relación directa y activa con su producción, la clase del capitalista es la clase productiva por excelencia (*par excellence*). (Como conductor del proceso laboral, el capitalista puede ejecutar trabajo productivo en el sentido de que su trabajo se integra en el proceso laboral colectivo objetivado en el producto)”.²⁸ Lo dicho por Marx también cuestiona la suficiencia de la distinción de la productividad o no del trabajo como dimensión delimitadora de clase. Claro que Poulantzas se defiende echando mano de su modelo de la determinación estructural, en la cual los criterios ideológicos y políticos también definen clases.

¿Es posible definir a una clase social a partir del tipo de trabajo desarrollado? En la lógica de Poulantzas sí, es decir, utilizando la categoría de productividad a su manera. Para la concepción marxista convencional no; se trata de una definición insuficiente. Tal como plantea Hugues Lagrange: “La distinción entre trabajos

para quien los “improductivos” constituyen una clase: la “nueva clase media”: “Marx designa como fuente de ganancia capitalista el trabajo de los obreros productivos (productores de plusvalía). En este sentido, la nueva clase media es una clase improductiva. A sus funciones de vigilancia y control se añade un papel más en la economía capitalista: ‘Investigación y Desarrollo’, *planning*, estudios de mercado, publicidad, etcétera.

Este papel no lo asume en la producción sino en la circulación del capital. En este sentido, el costo de esta nueva clase media forma parte de los gastos accesorios de la producción capitalista. No por ser una clase improductiva es menos necesaria para la sobrevivencia del sistema capitalista” André Glucksmann, *Hacia la subversión del trabajo... op. cit.*, p. 86. Por lo demás, también coincide en considerar únicamente a los “obreros productivos” como integrantes de la clase obrera.

²⁸ Karl Marx, *El capital. Libro I, capítulo VI... op. cit.*, p. 89.

productivos e improductivos, si bien es interesante desde el punto de vista del análisis de las relaciones entre los diversos sectores de la sociedad: industria, comercio, 'servicios'; no constituye una línea de división entre las clases. En efecto, desde el dirigente de empresa hasta el peón, todos los asalariados de las empresas capitalistas desarrollan trabajos productivos al menos en parte. Desde luego sería absurdo situar dentro de la clase obrera a los trabajadores productivos al 80% y más, tanto más cuanto que en la práctica esta medida es irrealizable".²⁹

Erik Olin Wright se encarga de recordar dos dificultades adicionales que presenta la definición de clases a partir de la productividad del trabajo. Por supuesto que estas dos objeciones obligan a descartar la suficiencia propuesta por Poulantzas. "La segunda dificultad [...] concierne a su relación con las posiciones en la división social del trabajo. Si las posiciones reales contienen generalmente una mezcla de actividades productivas y no productivas, la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo pierde mucha de su utilidad como criterio para la determinación de clase de dichas posiciones [...] Aunque Poulantzas admite que cierto trabajo tiene ese doble carácter — productivo/improductivo—, soslaya este problema en su análisis de las clases diciendo que el trabajo es tendencialmente de uno u otro tipo. De hecho, una gran parte del trabajo en la sociedad capitalista posee tanto aspectos productivos como improductivos, y no hay razón para asumir que la frecuencia de tales formas mixtas de trabajo esté disminuyendo. *La distinción entre trabajo productivo e improductivo debería verse, pues, como reflejo de dos dimensiones de la actividad laboral antes que como diferencia entre dos tipos de trabajadores.*

La objeción de mayor peso que puede formularse al uso que hace Poulantzas de la citada distinción va más allá, sin embargo, de las cuestiones de definición o del estatuto conceptual de la

²⁹ Hugues Lagrange, "Técnicos y tecnócratas" en *Crítica de la Economía Política*, núm. 3, p. 200.

distinción. Pues situar en diferentes clases, en base a criterios económicos, dos posiciones dentro de la división social del trabajo implica que sus *intereses* de clase respectivos a nivel económico son fundamentalmente diferentes".³⁰

Me parecen correctas estas apreciaciones, sobre todo tomando en cuenta la creciente complejización de los procesos de trabajo en las economías desarrolladas, sumado a la racionalización derivada de la administración científica del trabajo y la introducción de nuevas tecnologías tanto en las empresas capitalistas como en el aparato estatal. No se precisa ahondar más en esta revisión crítica de la determinación económica de la nueva pequeña burguesía. Resta sólo presentar algunos señalamientos en torno a los criterios políticos e ideológicos que definen a estos conglomerados sociales, que por los demás, ya han sido de alguna manera vertidos en el transcurso de este capítulo.

Criterios político-ideológicos. Como hemos visto, para Poulantzas, la determinación estructural incluye los niveles ideológico-políticos, es por ello que si bien dentro de la nueva pequeña burguesía encontramos agentes que realizan un trabajo productivo, no hacen parte de la clase obrera en virtud de *supapel dentro de la división social del trabajo*: desarrollan trabajos de vigilancia y de dirección sobre los obreros productivos. Este será el caso de los técnicos e ingenieros, contra maestros, ejecutivos subalternos y explotados del capital: "De hecho, estos agentes no pertenecen a la clase obrera, ya que su determinación estructural de clase, y el puesto que ocupan en la división social del trabajo, están marcados por el predominio de las relaciones políticas que llevan a cabo sobre el aspecto trabajo productivo en la división del trabajo. Su función principal consiste en extraer plusvalor a los obreros, en 'recaudarla'.³¹

A nivel ideológico, la división trabajo manual/trabajo intelectual posibilita la subordinación de la clase obrera, por intermediación

³⁰ Erik Olin Wright, *Clase, crisis...op. cit.*, pp. 39-41.

³¹ Nicos Poulantzas, *Las clases sociales...op. cit.*, pp. 211-212.

de la nueva pequeña burguesía, al capital. “La división trabajo intelectual/trabajo manual marca el conjunto de la nueva pequeña burguesía que se sitúa en esta división, y en relación con la clase obrera, ‘del lado’ o en el ‘campo’ del trabajo intelectual, ya sea de manera directa, ya sea de manera indirecta”.³² En este nivel la detentación del “conocimiento secreto” del proceso productivo resulta fundamental para alejar al trabajo manual del intelectual. Así, la nueva pequeña burguesía se diferencia de la clase obrera en virtud del “trabajo intelectual” que realiza.

La imbricación de las relaciones políticas e ideológicas forman una *barrera* de clase que evita la articulación de aquella con la clase obrera. Aún cuando al interior de la nueva pequeña burguesía existan agentes que se insertan de manera diferenciada en el trabajo intelectual y que también ciertos agentes se “aproximen” a las condiciones de trabajo de la clase obrera, la barrera no desaparece, es más, constantemente se reproduce. Pero esta inserción diferencial da lugar a la aparición de fracciones al interior de los empleados asalariados. Cabe señalar, tal como afirma Baranger, “al mismo tiempo existen delimitaciones internas a la nueva pequeña burguesía: se trata de relaciones de *jerarquía* o de *autoridad* (es decir, de la reproducción inducida intra-clase de las relaciones de poder) y no de *poder* o *dominación* (conceptos que remiten a relaciones inter-clases); así, los agentes de la nueva pequeña burguesía realizan unos con respecto a otros relaciones de dominación preponderantes en la formación social. [...] Ello se relaciona a su vez con la *burocratización*, que materializa efectos ideológico-políticos sobre el trabajo productivo. Por la articulación de relaciones ideológicas —secreto y monopolización interiorizada del saber—, y políticas —la jerarquía—, la burocratización del trabajo de los asalariados no productivos no los afecta a todos de la misma manera, lo cual da lugar a la aparición de fracciones. Accesoriamente, el papel diferencial de la burocratización se articula con una diferenciación en el orden de la explotación

³² *Ibidem*, p. 233

experimentada por los agentes, lo que produce efectos sobre la posición de clase de la fracción subalterna de la nueva pequeña burguesía”.³³

De manera análoga como en el caso de la pequeña burguesía tradicional, y desprendiéndose de la argumentación anterior, Poulantzas establece los principales rasgos ideológicos de la nueva pequeña burguesía. Aquí también se refiere a la ideología de clase, más que a la posición de la misma en la división social del trabajo a nivel ideológico. Los rasgos ideológicos serán: “a) Un aspecto ideológico anticapitalista pero que se inclina vivamente hacia las ilusiones reformistas [...], b) un aspecto de discusión de las relaciones políticas e ideológicas a que dichos agentes están sometidos, que se inclina considerablemente no a la subversión de estas relaciones, sino a su reacondicionamiento por la ‘participación’”. Es decir la reivindicación de la asunción hacia el tipo de trabajo realizado por la burguesía, en ciertos casos, e interiorización de valores tradicionales de la empresa capitalista: orden, progreso, compromiso, etc., en otros; “c) un aspecto ideológico de una transformación de su condición, vinculada no al cambio revolucionario de la sociedad, sino al *mito de la pasarela* [...] d) un aspecto ideológico de este ‘fetichismo del poder’ de que hablaba Lenin, y que concierne esta vez a la actitud respecto del poder político del Estado”.³⁴ Para este último caso se establecen variantes: por un lado, concepción del Estado como árbitro, neutro y susceptible de ser removido —democratizado— y por el otro, antiestatismo, que deviene en ultrazquierdismo.

Como hemos visto las diferenciaciones en el seno de la nueva pequeña burguesía —tanto por la inserción diferenciada en el trabajo intelectual, como por los efectos de la burocratización del mismo— conducen a la formación de fracciones polarizadas. Conviene señalar como se componen dichas fracciones.

³³ Denis Baranger, *op. cit.*, pp. 1612-1613.

³⁴ Nicos Poulantzas, *Las clases sociales...op. cit.*, pp. 269-272.

4.3.2 Las fracciones de la nueva pequeña burguesía

El concepto central que nos permite fraccionar a la nueva pequeña burguesía es el de *polarización de las posiciones de clase* que se explica por la polarización de las determinaciones estructurales de clase —la pequeña burguesía es una clase intermedia—. La “oscilación y/o el balanceo” entre una posición burguesa y una posición proletaria es típica de la pequeña burguesía en su conjunto. Sin embargo, a su interior no todas las “partes” se comportan de manera homogénea, precisamente por la imposibilidad de contar con una posición política de clase propia; dadas las coyunturas en una formación social, encontramos “partes” que adoptan las posiciones de la burguesía y “partes” que adoptan las del proletariado.

“Es en relación con esta polarización que hay que comprender el fraccionamiento de la pequeña burguesía. Poulantzas se ocupará solamente de aquellas fracciones de la nueva pequeña burguesía polarizadas hacia el proletariado. Luego de señalar que la delimitación entre fracciones no coincide con las relaciones económicas en que se sitúan los agentes (dentro de una misma fracción pueden haber agentes pertenecientes a la circulación, a los servicios, o al Estado), finaliza definiendo tres fracciones de la nueva pequeña burguesía con polarización objetiva proletaria”

Fracción 1: “comprende la gran mayoría de los asalariados de base del sector comercial —los empleados de comercio—, especialmente sometidos a la concentración del sector comercial [...] Los asalariados [...] que afecta de manera intensa la mecanización del trabajo (ya pertenezcan a la esfera de la circulación y realización del capital, al sector servicios o al personal de los aparatos de Estado); en fin, los empleados de ciertos sectores de servicios —empleados de restaurantes, cafés, cines, teatros, asalariados de base del sector salubridad [...]—, estos asalariados no productivos son los que más se aproximan a la barrera que separa la nueva pequeña burguesía de la clase obrera. Son ‘los menos afectados por la tendencia a la burocratización del

trabajo no productivo’; a la vez que tienen menores perspectivas de ‘carrera’ y ‘promoción’, y lo característico es su inestabilidad en el empleo”.

Fracción 2: “comprende a los agentes subalternos de los sectores burocratizados públicos y privados; aquí es donde se encuentran, entre otros, los diversos ‘empleados de oficina’, ya dependen de los sectores comercial, financiero, servicios, o estatal. Su trabajo es más intelectual, y tienen más oportunidad de carrera y de promoción, aunque la parcelación de las tareas y el secreto del saber tienden cada vez más a convertirlos en ‘obreros especializados del papeleo”.

Fracción 3: “la de los técnicos e ingenieros subalternos directamente implicados en el trabajo productivo, la producción del plusvalor [...] sin dejar de estar directamente implicada en la producción de plusvalor, y presentando así condiciones objetivas determinadas para una toma de conciencia de los mecanismos esenciales de la explotación capitalista, se mantiene, no obstante, marcada por su lugar en las relaciones político- ideológicas de la empresa como aparato”.³⁵

4.4 La pequeña burguesía

Como se desprende del examen realizado sobre la pequeña burguesía tradicional y la nueva pequeña burguesía en Poulantzas, todo indica que resulta fallido su intento inicial de demostrar que “los nuevos conjuntos salariales, la nueva pequeña burguesía, dependen, con la pequeña burguesía tradicional (pequeña producción y propiedad, artesanos y comerciantes), de una misma clase, la pequeña burguesía”.³⁶ Ciertamente su esfuerzo es meritorio —y diría titánico—, pero aún aplicando su modelo de determinación estructural hasta sus últimas consecuencias, el adscribir grupos tan heterogéneos en una misma clase, resulta

³⁵ Denis Baranger, *op. cit.*, pp. 1614-1615.

³⁶ Nicos Polantzas, *Las clases sociales...op. cit.*, p. 90.

altamente inconsistente. Quizá esa obstinación explica la complejidad teórica de los análisis poulantzianos.

Poulantzas sostiene que la constitución de la pequeña burguesía como clase social reside en su analogía ideológica y, en efecto, es la única manera de sostenerlo, puesto que a nivel económico las deferencias son abismales. ¿Cómo conciliar a agentes que encuentran su determinación en formas de producción “transicionales” —forma de producción mercantil simple— como la pequeña burguesía tradicional y agentes que, como él afirma, sus “lugares” dependen del desarrollo capitalista más avanzado? “*Nueva pequeña burguesía*: nueva en el sentido de que no está en modo alguno, a semejanza de la tradicional, destinada a declinar; sino que es la reproducción ampliada incluso del modo de producción capitalista, y su paso al estadio del capitalismo monopolista, los que condicionan su desarrollo y ampliación”.³⁷

¿Cómo resolver el problema de que el criterio escogido a nivel económico —trabajo productivo— sea el determinante de la adscripción de la clase obrera, y por otro lado los técnicos —subalternos— como trabajadores productivos no hagan parte de aquélla? ¿Cómo conciliar los tres niveles de la determinación estructural de clase, cuando la única manera de encontrar cierta homogeneidad en la pequeña burguesía es a nivel ideológico? ¿Cómo evitar el determinismo superestructural, cuando se propone

³⁷ *Ibidem*, p. 194.

Resulta curioso y paradójico comparar la definición por exclusión que para la pequeña burguesía proponen Poulantzas y Enzensberger. Dice Poulantzas: “En efecto, desde este ángulo, el punto común con la pequeña burguesía tradicional y con la nueva pequeña burguesía, es que no pertenecen ni a la burguesía ni a la clase obrera, a saber, un criterio común aparentemente del *todonegativo*”. *Ibidem*, p. 191. Por su parte Hans Magnus Enzensberger plantea: “...Sostengo arbitrariamente que esta clase sólo puede definirse por su propia negación; quiero decir, como la clase que no la hace, que no está en ninguno de los dos lados [...] La única lección que esta clase ha venido aprendiendo a lo largo de su cambiante historia, podría resumirse así: nunca definirse, aprovechar siempre cualquier oportunidad, entrometerse en todo”, “El inevitable ascenso de la pequeña burguesía” en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, noviembre 24 de 1976, núm. 1222, pp. III y IV.

una definición ampliada en base a los tres niveles citados? “La determinación estructural de la *nueva pequeña burguesía* en la división social del trabajo se concentra por los efectos de la ideología de sus agentes, lo cual influye directamente en sus posiciones políticas de clase [...] Estos efectos ideológicos en la nueva pequeña burguesía presentan un parentesco notable con los que la determinación *propia* de clase de la *pequeña burguesía tradicional* ejerce sobre esta última, justificando con ello su adscripción a una misma clase, la pequeña burguesía”.³⁸ Aún así cuando analizamos a la nueva pequeña burguesía nos damos cuenta que está “fraccionada”, que ciertas “partes” están polarizadas hacia la burguesía y ciertas otras hacia la clase obrera. ¿En dónde quedó la homogeneidad ideológico-política? “El subconjunto ideológico pequeño burgués es un terreno de lucha y un campo de batalla particular entre la ideología burguesa y la ideología obrera, pero con la propia intervención de los elementos específicamente *pequeñoburgueses*”.³⁹ ¿Por qué es necesario que dicha (supuesta) comunidad ideológica constituya la condición suficiente de la existencia de una clase, en el sentido propio del término? “Esta reducción de la pertenencia de clase a una ‘comunidad de efectos ideológicos que se traduce en analogías de posiciones’ ¿no es contraria a la definición de Lenin, cuyo pensamiento declara seguir el autor, y quien propone una relación común con respecto a los medios de producción, un lugar determinado en el proceso del trabajo, etc.; e igualmente contraria a las proposiciones marxistas fundamentales que evoca la *Introducción* de la obra de Poulantzas?”

“¿Por qué habría pues que llevar a la simplicidad de un tercer término (la ‘pequeña burguesía’) toda una constelación de situaciones económicas e ideológico-políticas tan diversas? Esto es —parece— debido a los mismos principios empíricos y nominalistas del autor, según el cual ‘sostener que existen grupos

³⁸ Nicos Poulantzas, *Las clases sociales...op. cit.*, p. 266.

³⁹ *Ibidem*, pp. 267-268.

sociales externos a las clases, pero en la lucha de clases, no tiene estrictamente sentido alguno'. ¿No sería conveniente, sin embargo, reconocer al lado de 1) las clases en el sentido propio del término, definidas por las relaciones de producción y la capacidad de producir los aparatos políticos que las representan, 2) otras categorías, productos y actores de la lucha de clases, pero sin el peso, la homogeneidad y las perspectivas de hegemonía indispensables a una práctica social de clase totalmente consecuente? El concepto de clase, lejos de ser un simple instrumento de repartición de la sociedad en clases, permite así pensar a la vez en lo que corresponde y lo que no corresponde a una práctica de clase absolutamente constituida".⁴⁰

Se podrían seguir agregando interrogantes que quedarían, como las anteriores, sin encontrar respuestas satisfactorias. Sin embargo, como lo dije al principio del capítulo, Poulantzas tiene el mérito de haber iniciado la discusión seria y sistemática acerca del problema de la pertenencia de clase de la zona media en el capitalismo actual. Además, puso el dedo en la llaga al proponer un modelo teórico que en la base se propone superar las visiones acartonadas del marxismo ortodoxo. Con ello propició la discusión académica y política sobre los grandes problemas modernos: las clases sociales, los aparatos estatales, la hegemonía, el poder político... que no pueden ser comprendidos al margen de la lucha de clases. Tal vez, y muy a su pesar, su crítica radical al determinismo económico lo condujo, en el terreno del análisis de clases, a una suerte de determinismo superestructural, que no es mas que la otra versión, la otra cara de la moneda, de lo que él se empeñó en criticar.

⁴⁰ J. Bidet, *op. cit.*, p. 234

Capítulo V

Los estudios sobre la clase media en México.

A manera de conclusión

Imagínense ante un tendero que no fía, cabronas, ante un deshaucio de domicilio, ante un abogado chicanero, ante un médico estafador, imagínense en la pinche clase media, cabronas, haciendo cola, haciendo cola para comprar leche adulterada, pagar impuestos prediales, obtener audiencia, conseguir un préstamo, haciendo cola para soñar que pueden llegar más alto...

Carlos Fuentes

La muerte de Artemio Cruz

Aún así, nuestra clase media se agringa a pasos agigantados; quisiéramos vivir como en Estados Unidos, tener el mismo status, el mismo prado verde y tranquilo frente a nuestra casa, el mismo rehilete en la punta de la manguera, para regarlo con estrellitas de agua, el mismo bloody-mary o gin and tonic, los mismos corn flakes for a crisp breakfast.

Elena Poniatowska

Ay vida, no me mereces!

¿Cómo sistematizar todo lo dicho y escrito sobre la clase media en nuestro país? ¿Cómo optar por un término para definir a la zona media de la sociedad actual si se nos proponen tantos como análisis existen: clase (s) media (s), nueva pequeña burguesía, nueva clase media, sectores medios, pequeña burguesía, zona media, capas medias, etc.? Esto nos recuerda lo que acontece con otras nociones sociopolíticas como las de *populismo* a la cual se le agregan un sinnúmero de adjetivos o como *democracia*, aunque ahora se le proponga “sin adjetivos”.

La clase media, esa clase saco —todo le cabe—, un concepto “archipiélago” dirán Catanzaro y Timpanaro;¹ siempre negada, pero siempre desenterrada, útil para explicar la realidad actual, para negarla, para proyectarla; recurso explicativo, recurso metafísico, recurso peyorativo, objeto de discursos oficiales, de homenajes, pilar del corporativismo mexicano —dentro del PRI existe el “sector popular” al lado del obrero—, actor central de movimientos sociales —veáanse todas las explicaciones sobre el movimiento del 68—, en fin, ingrata —no agradece todo lo que el milagro mexicano hizo por ella y ahora, en el norte, anda votando por el PAN—. La única certeza es que se trata de una clase que tiene para todos. Las paradojas tienen sus límites, de la incompreensión también resultan las explicaciones absurdas, veáse si no: Manuel Fraga Iribarne, flamante excatedrático de la Universidad Complutense de Madrid, quien siendo presidente de la Comisión Española de Estudios de Clase Media afirmó: “Clases medias son, por definición, las que no están ni arriba ni abajo, se le va la pluma a uno a escribir que ni ricos ni pobres, sino todo lo contrario”. Aunque más adelante intenta la precisión y en un arrebatado de lucidez consigna “conjunto de grupos numerosos de naturaleza principalmente profesional, que se parecen a clases sociales, pero ninguno de los cuales presentan las verdaderas características de éstas. Cada uno de estos grupos está formado por personas: 1) que no pertenecen ni a la clase superior ni a la inferior; 2) que tienen conciencia de no pertenecer

¹ Raimondo Catanzaro y Daniela Timpanaro, “Las capas medias en Italia”, en *Revista Internacional de Sociología*, núm. 26/84, p. 177.

ni a una ni a otra; 3) que tienen bastante menos esperanza de ascender a la primera que el temor de caer en la segunda”.²

El estudio de la clase media en México no ha estado tampoco exento de vaguedades e imprecisiones. En términos generales, podría afirmarse que la noción de clase media ha sido utilizada para economizar análisis; resulta más cómodo hablar de clase media refiriéndose a *todos* los grupos sociales no adscritos directamente en alguna de las clases fundamentales del modo de producción, es decir, homogeneizar grupos sociales e individuos, que de estudiarlos detenidamente, difícil sería clasificarlos en una sola clase social. Aun cuando desde ambos lados de la trinchera, estratificadores y marxistas, se reconozca sin titubeos que la clase media está compuesta de manera heterogénea, se ha seguido utilizando la noción indiscriminadamente. Desde la perspectiva marxista, una vez que se desecha la suficiencia del concepto clase media, inmediatamente se le retoma y a lo más que se llega es a entrecomillarla; con lo cual se da a entender que no se está de acuerdo con la utilización de la noción, pero que sin embargo, se seguirá esgrimiendo. Desde la perspectiva estratificadora y habida cuenta de que no está en su interés precisar definiciones de clase, es decir, tomando en consideración que para este enfoque no es menester contar con definiciones apriorísticas, se contentan con buscar ciertos puntos en común dentro del mundo sublunar propio de estos grupos sociales.

Desde mi punto de vista, la clase media, como noción, ha servido para *describir* los *efectos* del desarrollo económico sobre los grupos sociales que no corresponden a la adscripción clásica de

² Manuel Fraga Iribarne, “Las clases medias ante los problemas de hoy” en *Actas del Congreso Internacional de Clases Medias* t. II, pp. 199, 200 y 206.

Guillermo García Ponce no queriendo ser menos define a la clase media en los términos siguientes: “La característica de la clase media reside en que quienes la forman son dueños de *ciertos* medios de producción o viven de los ingresos proporcionados por su trabajo personal”, *Política y clase media*, p. 11, (cursivas nuestras).

burguesía y clase obrera. Salvo excepciones³ esta es la constante dentro del campo marxista. En este sentido pueden comprenderse las reflexiones de Carlos Monsiváis, a quien difícilmente alguien se atrevería a ubicar como “estratificador”, sobre la clase media: “...El sueño vertical de la clase media: la educación —especialmente con grado y diploma— es el mejor elevador conocido en materia de *status*; un solo empleo es signo de ineficiencia; los puestos burocráticos o las posiciones académicas son seguros de vida; la modernidad (el ser igual que un neoyorkino o un parisino) es el valor máximo que, por lo pronto, se alcanza gracias al consumo; las ciudades son incontrolables y temibles pero el campo ya no es viable”⁴. Es decir, se busca explicar, a partir de estos sectores, a quién ha beneficiado el desarrollo mexicano —preferentemente el estabilizador—, ya que desde abajo, a la clase obrera, nunca le alcanzó la movilidad social; pero también, se buscan encontrar los efectos de la modernización mexicana en el terreno de las desavenencias sociales; en la medida en que la clase obrera industrial no se ha movilizado en lo previsto, los de en medio, entonces, serán los actores disidentes: movimiento del magisterio, estudiantil, médico, derechización y simpatías electorales por el PAN en el norte, etcétera.

Podríamos decir que el interés por el estudio de la clase media en México ha sido cíclico. En estos ciclos se descubre inequívocamente una gran sensibilidad acerca de irrupciones, a veces violentas, en la mayoría de los casos pugnadoras de

³ Sería el caso del trabajo de Zermeño, para quien la clase media fue uno de los actores centrales del movimiento del 68, véase Sergio Zermeño, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*

⁴ Carlos Monsiváis, “Aquí y ahora”, en *Nexos*, núm. 106, p. 11.

También en este mismo sentido se expresa Aguilar Camín: “Novedades sustanciales ofrece también, en el gran lienzo corporativo, la variable que resume el desarrollo urbano e industrial de las últimas décadas. Si en alguna zona del espectro social mexicano puede hablarse de una rebelión civil emergente, es en el territorio de esa modernización lograda que llamamos clases medias. No es una rebelión sin estirpe. [...] Creció sin cesar, con el ritmo lento y silencioso de los cambios duraderos, a todo lo largo de los sexenios del desarrollo estabilizador,

reformas económicas y políticas, de movimientos sociales. No son casuales, sino que recogen los vientos renovadores que se incuban en el terreno social. Por ejemplo, Miguel Othón de Mendizábal en su ya clásico ensayo: “El origen histórico de nuestras clases medias”⁵ analiza la condición de estas clases en el México del siglo XIX y proyecta la posibilidad del estallido social de 1910. Ya entrado nuestro siglo, a fines de los años cincuenta y en los sesenta, las clases medias vuelven a ser objeto de esmerada atención por parte de los estudiosos mexicanos. Lucio Mendieta y Núñez, Francisco López Cámara, Gabriel Careaga, Alberto Dallal, Juan Manuel Cañibe, Arturo González Cosío, Horacio Labastida, Susana Hernández Michel, Antonio Delhumeau, Francisco González Pineda y Calixto Rangel Contla, entre otros, percibiendo el fin del desarrollo estabilizador y previendo respuestas de los sectores medios, enfocan sus baterías a estudiar tales fenómenos. A finales de los setentas y principios de los ochentas, Julián Meza, Soledad Loeza, Denis Baranger, Alfonso Cebreros Murillo, Miguel Basáñez y María Luisa Tarrés Barraza, perciben y tratan de explicar los cambios registrados en la estructura social mexicana en el anuncio de lo que puede ser la gestación de una “gran rebelión civil emergente”: no sólo por la vía de la reivindicación bipartidista, sino a partir de la imaginación de un nuevo proyecto nacional en donde la palabra “pueblo” sustituye a la de clases medias.

Sin embargo, no todos los esfuerzos por comprender la zona media de la sociedad mexicana han redituado en claridad y profundidad analítica. Los enfoques se multiplican y con ellos los criterios definitorios. Las distancias entre uno y otro autor, con

cruel y excluyente para el campo y los pobres de la ciudad, pero propició para profesionistas, burócratas, pequeños comerciantes y productores, hijos robustos y privilegiados de esa larga siesta que tuvo su dramático despertar entre los muertos y las balas de la Noche de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968”, Héctor Aguilar Camín, “El canto del futuro”, en *Nexos*, núm. 100, p. 25.

⁵ Miguel Othón de Mendizábal, “El origen histórico de nuestras clases medias”, en varios autores, *Las clases sociales en México*, pp. 9-22.

respecto a problematizar y explicar su objeto, con frecuencia resultan abismales. Lo que cambian son las interpretaciones y éstas matizan particularidades dependiendo del enfoque del cual se parta. A pesar de los libros, artículos y ensayos publicados, el de la clase media, como problema teórico, aún no tiene solución. Desde mi punto de vista, no la tiene, porque no existe como *clase social*; se trata de un concepto descriptivo, útil para abreviar explicaciones.

Conviene detenemos brevemente en el examen de algunas interpretaciones que han tratado de encarar la conceptualización de la clase media en México. No es de ninguna manera un inventario exhaustivo, sólo he tomado las opiniones más representativas que sobre el particular se han elaborado. Una de las conclusiones generales de mi trabajo es que existe la necesidad de desarrollar una investigación a fondo sobre cómo ha sido estudiado el tema en nuestro país y, a su vez, cómo han sido contrastados los postulados con la realidad. Esto desborda los límites del presente estudio.

Desarrollo a continuación el examen anunciado, ubicando a los autores a partir de sus respectivos modelos utilizados para el análisis de clase: por un lado los teóricos cercanos o claramente estratificadores (que agrupo dentro de las explicaciones "sociológicas") y por el otro, los que parten de una perspectiva teórica crítica para el desarrollo de sus investigaciones.

5.1 Las explicaciones sociológicas

En este apartado y en el siguiente sólo me limitaré a presentar las diferentes definiciones acompañándolas, cuando así lo ameriten, de comentarios críticos. A veces resulta más elocuente ceder la palabra a los autores, que iniciar una larga explicación acerca de lo que ellos quisieron decir.

Conviene iniciar este apartado con la definición de clase media, que en 1955 elaborara el maestro Lucio Mendieta y Núñez. Partiendo de una concepción particular de clases sociales, las cuales se determinan por factores culturales y económicos, es decir,

"pueden definirse las clases sociales como grandes conjuntos de personas, conjuntos que se distinguen por los rasgos específicos de su cultura y de su situación económica"; el autor sostiene para el caso de la clase media: "A nosotros nos parece imposible definir a la clase media porque no se distingue por uno sólo o por un reducido número de caracteres específicos, sino por un complejo de esos caracteres que no pueden comprenderse en la reducida expresión de una definición". Ante esto prefiere proponer una serie de características "fundamentales universales" para acercarse a la noción: "1) La clase media imita las formas de vida de la clase alta que parece ser, en este aspecto puramente formal, su ideal constante: vestidos, muebles, habitaciones, espectáculos, etc. [...] 2) Concede gran importancia a la cultura como saber, a la ciencia, a la técnica, a las profesiones liberales, el arte, como medios para conseguir el bienestar económico y satisfacciones morales; 3) Tiene un alto sentido ético y religioso; 4) Sus ambiciones se limitan a obtener el bienestar y la satisfacción moral principalmente por medio del trabajo. No se preocupa por acumular riquezas; 5) Se debate en una contradicción ideológica: es conservadora en virtud de que sufre notable desviación de criterio ante el hecho de la propiedad privada [...]; 6) Exhibe una arraigada tendencia a cubrir las apariencias, a guardar las formas sociales aún a costa de los más grandes sacrificios; 7) Tiene una base económica, un cierto bienestar material, mínimo, derivado de la renta de pequeñas propiedades, de *reducidos capitales, o del producto de su trabajo personal o de ambos elementos* [...]; 8) Se ocupa de trabajos técnicos generalmente; pero también de tareas profesionales, científicas, artísticas, comerciales, etc. Está integrada en los *países civilizados (sic)* por la burocracia oficial y privada, los pequeños rentistas, los pequeños industriales, los pequeños comerciantes, los pequeños propietarios rústicos y urbanos, los profesionistas; los artistas de módicos ingresos". Y termina diciendo que todos estos grupos realizan trabajos materiales e intelectuales, que por lo mismo requieren "cierta cultura" y casi siempre conocimientos científicos y técnicos,

facultades de dirección, decisión, organización y ejecución.⁶ Menudo problema, en primer lugar, determinar qué países son *civilizados*; en segundo, cuál es la extensión de la clase media definida en esos términos; en tercero, dónde empieza la clase “alta” y dónde termina la “baja”. Bajo un sistema económico, social y cultural como el nuestro y tomando al azar, por ejemplo, el indicador 3 (“tiene un alto sentido ético y religioso”) ¿Qué clase social no tiene tal sentido religioso? ¿La clase obrera?, ¿La burguesía? Prefiero cederle la palabra de nuevo al autor para que nos de sus consideraciones finales: “La clase media es, por ahora, el punto de fusión étnica de la población mexicana porque en cuanto un individuo de la *clase indígena, especialmente si es un hombre*, logra mediante la educación ascender de la clase baja a la media, no encuentra dificultades para integrarse en ésta y acaba por contraer matrimonio con una mujer mestiza o blanca de dicha clase social. Esto es así, porque entre el indio y el blanco no hay lo que se llama repugnancia racial, sino diferencias culturales que son las que, *en realidad*, han segregado al indio de las otras clases de la sociedad; pero en cuanto la distancia social, se reduce mediante la cultura, el indio asciende, a veces, hasta la clase alta”.⁷

La clase media es todo y nada

La clase media es indefinible, navega en la heterogeneidad, cuando mucho tendrá que conformarse con lo que les sobre a las clases fundamentales de la sociedad. Será pues, si bien le va, una clase residual. Veamos algunas definiciones: para Susana Hernández Michel, “la clase media, por su propia naturaleza, combina

⁶ Lucio Mendieta y Núñez, “La clase media en México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XVII, núms. 2/3, pp. 517, 519, 521-522, (cursivas nuestras).

⁷ “La clase media en México, parece ser además, la poseedora y conservadora de todas las cualidades nacionales; en consecuencia, es necesario robustecerla y consolidarla; pero para determinar con precisión cuáles pueden ser los medios adecuados a esos fines, resulta indispensable conocer a fondo su estructura y posibilidades”, *Ibidem*, p. 531, (cursivas nuestras).

características de otras clases sociales. La heterogeneidad de su propia constitución la hace diferenciarse de las demás; al mismo tiempo, la permeabilidad que hay en ella, hace posible distinguir su propia dimensión: el adoptar modalidades de otras clases”.⁸

Para Arturo González Cosío, “las clases medias están formadas por los distintos niveles que se encuentran en movilidad social, sujetos a la capilaridad. Sus miembros se caracterizan principalmente por una capacidad de consumo *sui generis* y por un gasto superior a sus ingresos. La integran profesionistas, intelectuales sin fortuna [¿los que tienen “fortuna”, no?], empleados, comerciantes —pequeños y medios— pequeños propietarios —urbanos y rurales—”.⁹

También Antonio Delhumeau y Francisco González Pineda tienen algo que decirnos: “Hablar de clases medias en el México posrevolucionario es denominar con un sólo término a una gama amplísima de mexicanos, y con ellos, de perspectivas culturales y de modelos de participación social y política”. Y luego nos proponen una estratificación: “Aun cuando la mayor parte de los criterios para estratificar una estructura social compleja presentan un margen importante de arbitrariedad, el análisis de la clase media en el desarrollo reciente del país en un estrato bajo, otro medio, y uno alto resulta útil no para definir una posición estática inherente a cada uno de ellos, sino para comprender vínculos, orientaciones y tensiones dinámicas: así, el estrato *medio-bajo* nos remite a un origen; el estrato *medio-medio* nos refiere a la vez a una área nodal de tensión en las transiciones sociales de los mexicanos y a

⁸ Susana Hernández Michel, “Algunas características de la mujer mexicana de clase media”, en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, p. 99.

⁹ Arturo González Cosío, *México: cuatro ensayos de sociología política* p. 76. La misma definición pero con algunos agregados puede también verse en su libro: *Clases medias y movilidad social en México*, pp. 36, 81.

El capítulo denominado “Fundamentos para un estudio acerca de la movilidad social en México”, fue publicado en la *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, véase p. 5, (interrogante nuestra).

una tradición con símbolos propios; y el estrato *medio-alto* define una orientación real y una necesidad sentida".¹⁰

Revisamos por último, dentro de este bloque de autores, el punto de vista de Gabriel Careaga; según este autor nadie ha superado su visión sobre el tema.

Las propuestas de Careaga

Si bien Gabriel Careaga al criticar a los teóricos de la estratificación por su análisis sobre las clases sociales dice asumir una posición marxista, el contenido de sus trabajos nos obliga a ubicarlo dentro del campo "sociológico". Para él esta clase es antisolidaria, individualista, pronorteamericana, —malinchista—, fantasiosa,

¹⁰ Antonio Delhumeau Arrecillas y Francisco González Pineda, "Las Clases medias: prototipos nacionales", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, p. 86.

Dice Alfonso Cebreros Murillo: "En primer lugar, debe destacarse que no se trata de una clase pura ni unitaria, cuyos elementos definitorios puedan ubicarse con precisión. En realidad, lo que genéricamente conocemos como clases medias son una agrupación heterogénea de sectores sociales con intereses e ideologías diferentes y hasta contradictorias. Su composición varía incluso con los niveles y características del desarrollo económico. En el caso de un país como México deben considerarse en ellas desde trabajadores hasta pequeños empresarios, desde empleados hasta ejecutivos de una misma empresa, desde artesanos de cierta calificación hasta profesionistas. Resulta entonces obvio el fraccionamiento ideológico de sus diversos componentes, aunque ésta sea una situación poco apreciada y escasamente precisada para fines de análisis político", "Clases medias y desigualdad social en la crisis", en *Revista del Cepes, DF*, núm. 2, p. 17.

Para mostrar que también en Francia se comparte la visión, transcribimos lo que dijo Pierre Laroque: "L'homogénéité relative que l'on constate quelquefois dans la classe dirigeante se retrouve beaucoup moins dans les classes moyennes, faites de groupes sociaux multiples, dont le seul caractère commun est de se distinguer à la fois du groupe dirigeant et de la classe ouvrière —et encore pas toujours de manière bien nette— parce que la direction de la vie politique, économique, administrative, intellectuelle, leur échappe. Sans doute leurs membres ne sont-ils pas de simples exécutants. Ils ont des initiatives et des responsabilités. Mais leur action s'insère, plus ou moins consciemment, dans un cadre, une orientation, fixes à l'échelon supérieur", *Les classes sociales*, pp. 58-59.

mitómana e históricamente colonizable: siempre ha estado a la espera de que el exterior le diga lo que tiene que hacer; es una clase cargada de prejuicios;¹¹ y para colmo, no está destinada a desaparecer tal como lo creía Marx, "en la sociedad industrial desarrollada, la clase media ha crecido y esto ha hecho que la hipótesis de Marx sobre su posible radicalización, no se haya cumplido; por el contrario, la clase media tiende a sobredeterminar a toda la sociedad con su estilo de vida, con sus formas de expresión culturales y políticas. Por otro lado, no hay que olvidar que de la clase media surgen los radicales como, por ejemplo, los intelectuales marxistas".¹² Estas afirmaciones nos indican que Careaga hizo una lectura muy superficial de la cuestión de la pequeña burguesía tradicional en Marx. Careaga reúne bajo la noción de clase media a una gama variada de grupos y "agentes" y vuelve a incidir en el error generalizador de los autores ya analizados. No es una crítica de mala fe: cuando se utiliza la noción con fines descriptivos —para efectos de economizar explicaciones— pudiera justificarse, pero no cuando la clase media es el objeto central de estudio. Veamos a quiénes incluye en esta clase. Después de preguntarse ¿quiénes forman la clase media? responde: "Los burócratas, los

¹¹ "Un inventario de estos estereotipos en forma de *slogans* de la clase media sería el siguiente: En Cuba hay una dictadura feroz. El cáncer es una enfermedad transmitida por las cucarachas. En Rusia los hombres son tratados como esclavos. Hoy, el mayor peligro no son los rusos, sino los chinos. Estados Unidos es el país más demócrata del mundo. Todos los espías están al servicio del Kremlin. Hay que luchar contra los malditos comunistas y su ateísmo que nos quiere dejar sin religión" y así prosigue ad infinitum., Gabriel Careaga, "Un retrato colectivo de la clase media", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, pp. 95-96.

Es importante hacer notar que el prejuicio es la constante en la obra del autor, de ello nos dio sobradas muestras en sus libros *Los intelectuales y la política en México* y de manera fundamental en una obra reciente: *La ciudad enmascarada*. Por ejemplo sobre los habitantes del Norte del país aventura juicios del siguiente tenor: Los habitantes del Norte por vivir "en una sociedad que por estar cerca de la frontera, está totalmente colonizada. Se ponen nombres norteamericanos, tienen un estilo de vida que es el resultado de la influencia estadounidense y esto les da un aspecto de modernización", pp. 109-110.

¹² Gabriel Careaga, *Mitos y fantasías de la clase media en México*, p. 28.

empleados, los pequeños comerciantes, los profesionistas, los intelectuales, los estudiantes, los técnicos, los gerentes de banco, los ejecutivos, las secretarías, en una palabra, los hombres y mujeres que permiten la ligazón entre proletariado y burguesía. Se mueven dentro de un mundo de mistificación, de ilusiones, de sueños desafortunados, de frustraciones constantes, de sentimentalismo creciente; su mundo es ideológico, es decir, está mistificado".¹³

¿A quién le sirve una explicación tan inconsistente? ¿Por qué Careaga no se pregunta sobre los mitos y fantasías de la burguesía mexicana? ¿No encontraríamos en esta clase más respuestas a estas interrogantes? Si la clase media está conformada por grupos tan heterogéneos a nivel económico, ¿Por qué a nivel de mitos, prejuicios y estereotipos se comporta de manera tan homogénea? El mismo autor nos plantea una última afirmación, tan contradictoria pero tan precisa para ubicar la fuente de sus infortunios: "Se puede concluir que la clase media desde el punto de vista de las clases sociales marxistas, no existe [...]. Pero esto no quiere decir que no exista como un hecho social, político y económico *real*".¹⁴

Pasemos a continuación a una breve revisión de las definiciones de clase media, que desde el otro lado de la orilla se han esgrimido.

5.2 Las explicaciones críticas

Desde una perspectiva crítica también se ha intentado un acercamiento a la comprensión de la clase media mexicana. Tampoco en este caso las dificultades han sido superadas y se ha

¹³ Gabriel Careaga, *Ibidem*, p. 29.

En un libro posterior, *Biografía de un joven de la clase media*, repite la remuneración de los integrantes de esta clase, agregando: La clase media "la forman los profesionistas, los burócratas, los técnicos, los administradores, las secretarías, los intelectuales... En resumen todos aquellos que son parte del aparato técnico, burocrático e intelectual de lo que se puede llamar 'el sector de servicios', o el mundo del sistema político y social, en cuanto a las actividades de tipo profesional o intelectual", p. 13.

¹⁴ Gabriel Careaga, *Mitos y fantasías*, *op. cit.*, p. 28.

rayado, de nueva cuenta, en un alto grado de ambigüedad, sobre todo a partir de la definición ampliada a la que se recurre. Seré más breve en este apartado, puesto que a lo largo de mi trabajo he venido introduciendo señalamientos de los autores en cuestión.

Primeramente me referiré a la definición que nos proporciona Francisco López Cámara, autor que publica en México el primer libro sobre el tema (1971) desde una perspectiva pretendidamente marxista. Si bien el autor se interesa más por explicar la dinámica social de la clase media en la estructura sociopolítica mexicana, no por ello deja de manejar una definición que le sirve de referencia. Y ésta queda planteada en los términos siguientes: "Las llamadas clases medias constituyen en México un campo amorfo de reclutamiento y promoción social cuyos límites escapan a cualquier evaluación cuantitativa y cualitativa: desde estratos borrosos de semiasalariados urbanos y rurales, en los que podríamos encontrar elementos característicos de las capas medias clásicas (educación, vivienda, hábitos, formas mentales, aspiraciones, etc.) hasta grupos acomodados que fácilmente se incluirían en la burguesía (gerentes empresariales, altos funcionarios del gobierno o la banca, propietarios de bienes raíces, etc.)". De ahí la dificultad de establecer orientaciones ideológicas definidas, pues, "por su propia heterogeneidad, manifiestan actitudes políticas que van desde la más absoluta indiferencia hacia las cuestiones públicas, hasta conductas francamente hostiles al sistema —con expresiones de la más variada inclinación ideológica—, pasando, naturalmente, por el conformismo, la satisfacción optimista e incluso la euforia por la situación imperante".¹⁵

En resumidas cuentas, también para López Cámara, la clase media puede incluir desde pepenadores —si es que reciben cierto salario— hasta gobernadores y por qué no hasta el mismo presidente de la República. De ahí la dificultad de establecer "orientaciones ideológicas definidas"

Casi por los mismos años (1972) Calixto Rangel Contla publica

¹⁵ Francisco López Cámara, *El desafío de la clase media*, pp. 44-45.

su libro *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895 a 1960*, en el cual encontramos una definición mucho menos rebuscada, más coherente, *pero demasiado restringida*. Aun cuando no se preocupa demasiado, nada diríamos, por explicarnos por qué son sinónimos clase media y pequeña burguesía, este es el uso que hace de los conceptos. A manera de justificación podría decir que su estudio se circunscribe exclusivamente a la problemática de la pequeña burguesía tradicional. Para Rangel Contla la situación de *trabajo asalariado* es la condición objetiva que determina a la clase obrera, de tal manera, los “trabajadores no directamente productivos o empleados (los *white collars* de la bibliografía en habla inglesa) quienes por su condición de asalariados, hacen parte de la clase proletaria y no de la ‘clase media’, entendido aquel término en su sentido lato de población que vende su fuerza de trabajo”.¹⁶ Esto significa que la zona media de la sociedad mexicana se reduce a la pequeña burguesía (tradicional) ya que todos los individuos que venden su fuerza de trabajo hacen parte de la “clase proletaria”. Es decir, se da carpetazo a toda la problemática que hemos analizado en este trabajo.

Julián Meza, también en los setentas, avanza un trecho considerable en la comprensión de los problemas que aquí nos ocupan. De entrada desecha la posibilidad de identificar a la pequeña burguesía con la “clase media”. Aun cuando afirma que es absurdo “denominar clase a este pandemonium social”, habida cuenta de su heterogeneidad incluso entre las fracciones que la componen. Posteriormente utilizará el concepto “clases medias”, entrecomillándolo, estableciendo sus diferentes componentes: “a) A su más alto nivel está la pequeña burguesía (pequeños propietarios de medios de producción, profesionistas independientes), [...]. Al lado de la pequeña burguesía y prácticamente como pieza de recambio de ésta se hallan los llamados

¹⁶ José Calixto Rangel Contla, *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895 a 1960*, p. 6

tecnócratas, es decir, los administradores del capital (funcionarios públicos encumbrados, asesores políticos de estos funcionarios, gerentes, administradores de empresas públicas o privadas) [...] b) a su nivel más bajo se encuentra una fracción de la población cuyos intereses coinciden hasta cierto punto con los del obrero de fábrica. Se trata de los trabajadores asalariados manuales (productivos y no productivos) que soportan todo el peso de las jerarquías constitutivas del ‘terciario’; [...] c) entre uno y otro extremo de la pirámide se hallan las capas medias propiamente dichas. Doblemente divididas en tanto que capas intermedias del todo social, por un lado, y en tanto que fracción media del ‘terciario’, por otro lado; los miembros de estas capas de población se hallan sometidos a una doble presión social: rechazados ‘desde arriba’, son también rechazados ‘desde abajo’ por los recursos que utilizan para defender su existencia: títulos, palancas, servilismo, méritos, agresividad, etc.”.¹⁷

A partir de esta clasificación encontramos algunas contradicciones: en primer lugar, en el grupo a) habla de pequeña burguesía refiriéndose a la tradicional, pero no incluye a los pequeños comerciantes, a los artesanos, ni a los campesinos parcelarios. Además, propone que “lo adecuado es hablar de pequeña burguesía o nueva pequeña burguesía”. Como esto último no sólo es problema semántico, como ya vimos al analizar la propuesta de Nicos Poulantzas, no deja de ser una grave reducción, máxime que no explica su propuesta. En segundo lugar, y también dentro del grupo a), incluye a los gerentes de las empresas privadas como parte de la zona media y no como miembros de la burguesía, como también indicamos con anterioridad. A éstos se refiere Poulantzas como la “cima” de los administradores, es decir, los *managers*. En tercer lugar, los que están en medio de la “pirámide” les llama las “capas medias de la población propiamente dichas”. ¿Esto significa que las capas medias son las verdaderas clases

¹⁷ Julián Meza, “Sobre las ‘clases medias’” en *Cuadernos Políticos*, núm. 5, pp. 36-37.

medias? Lo cual nos remite a otras dos interrogantes, ¿a qué obedece la clasificación propuesta, y cuáles son los criterios utilizados? Por último, en su trabajo propone el concepto de *trabajadores asalariados no proletarios* para definir a “los asalariados que, independientemente de que desempeñen un trabajo manual o intelectual, no contribuyen, de ninguna manera, a la valorización del capital”¹⁸. En ese sentido debemos entender que se trata de *trabajadores improductivos* tal y como define el trabajo productivo e improductivo Marx. ¿No es a partir del trabajo improductivo como Poulantzas excluye de la clase obrera a la nueva pequeña burguesía? Meza lo dice “creemos que todos los trabajadores asalariados que contribuyen *de alguna manera* a la valorización del capital constituyen un sector específico del proletariado industrial”¹⁹. La única forma para salvar los obstáculos sería que el autor por “valorización del capital” no entendiera trabajo productivo, pero así se alejaría radicalmente de lo propuesto por Marx —y que analicé con mayor detalle en el capítulo anterior—. Una última nota, en la clasificación propuesta para la “clase me-

¹⁸ *Ibidem*, p. 35.

La referencia a clases improductivas como núcleo fundamental bajo el capitalismo la encontramos también en Sergio de la Peña, aunque este autor pondera otros elementos: las clases improductivas se dividen en a) *clases explotadas improductivas* “formadas socialmente por las relaciones de explotación del trabajo en actividades que no producen mercancías pero sí ganancias (servicios, administración, transporte no productivo, comercio, etc.)” y b) *clases improductivas indirectamente explotadas* “se refieren a diversas condiciones de servidumbre, articuladas al capitalismo y en proceso de transformación, cuyo trabajo no crea ganancias [...] Surgen de relaciones de explotación que no cobran un sentido directo capitalista, sino secundario, como en el servicio doméstico y personal (choferes, jardineros, institutrices, etc.), “Las clases sociales en México, conceptos y método”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* núm. 93-94, pp. 22-24. Vuelve a aflorar la concepción poulantziana de trabajo productivo, pues se considera la productividad como inherente al proceso de producción material, es decir, objetivado en mercancías, descartándose que en los “servicios” o el comercio, por ejemplo, pueda haber trabajo productivo.

¹⁹ Julián Meza, “Sobre las ‘clases medias’”, *op.cit.*, p. 35.

dia”, no queda claro el lugar que ocupan estos trabajadores asalariados no productivos; aunque podrían entrar en el apartado *c* donde incluye a técnicos, profesores, profesionistas, cuadros medios de la administración y del comercio, agentes de ventas, encargados de las oficinas de estudios y planeación. Pero —y de nuevo las preguntas— los técnicos y los cuadros medios de la administración y del comercio —para hablar de sólo dos casos— según su inserción en el proceso productivo, ¿no llegan a ser productivos? y si lo son, ¿entonces cambia su situación de clase? ¿se convierten en parte del proletariado industrial?

Los aportes de Soledad Loaeza

Soledad Loaeza ha puesto especial atención a la interpretación de la participación política de las clases medias en su dimensión histórica. En ese sentido, se ha interesado por explicar la inserción de estos grupos sociales en el contexto del desarrollo económico-político mexicano. Por ello, los problemas inherentes a la conceptualización de los sectores medios como clase social, no ocupan el lugar central dentro del cuerpo de análisis. Aún así, la autora parte de una noción que incluye la utilización de tres variables básicas para su definición. De estas tres una es ponderada como principal en la medida en que es “condición necesaria y suficiente” para la determinación del perfil clasemediero: la variable *educación*. Las otras serán el *medio urbano* y el *trabajo no manual*. En un ensayo publicado en 1983, la autora nos dice, a propósito de la definición y del tipo de tratamiento utilizado: “La variable central que define a las clases medias es la educación y la base primordial de su identidad social es el capital escolar. De este hecho se derivan dos características que distinguen a estos grupos dentro del conjunto de la estructura social: la heterogeneidad y la fluidez. Aun cuando nuestra perspectiva privilegia sus relaciones con el sistema político como factor de explicación de sus actitudes y de su comportamiento frente al poder, resulta indudable que sus características sociológicas también

*contribuyen a definir las políticamente*²⁰ La utilización de esta variable central se asemeja a la aseveración de C. Wright Mills sobre el papel de la educación como garantía de una posición social en la nueva clase media: “Para la nueva clase media, la educación ha reemplazado a la propiedad como garantía de una posición social. El ahorro y el sacrificio de la nueva clase media para asegurar una *buena educación* a los hijos *sustituye* al ahorro y el sacrificio de la vieja clase media para asegurarse de que los hijos puedan heredar la *propiedad* con la que han de vivir. La herencia de la ambición ocupacional y de la educación, que es su condición, reemplaza a la herencia de la *propiedad*”²¹ Así, la educación será para las clases medias la inversión fundamental, constituirá su seguro capital.

En otro ensayo (1985) Loeza presenta las tres condiciones que caracterizan a las clases medias, perfilando a sus integrantes: “A pesar de que existen desacuerdos muy importantes en cuanto a los criterios de definición de los grupos *intermedios*, de las discusiones metodológicas en torno al tema podemos derivar algunos elementos comunes que permiten establecer dos condiciones necesarias, aunque no suficientes, para la identificación de una categoría sociológica denominada ‘clase media’: el trabajo no manual y el medio urbano.

En todos los casos el primer rasgo que distingue a los grupos que ocupan una posición intermedia en la estructura económica consiste en que realizan un trabajo no manual. Este criterio de diferenciación incluye una gran variedad de categorías que a su vez se dividen entre asalariadas y no asalariadas, o si se quiere entre dependientes y autónomas. Las primeras agrupan a empleados, maestros, funcionarios, cuadros medios del ejército, cuya base de identidad es el hecho de que sus ingresos provienen

²⁰ Soledad Loeza, “El papel político de las clases medias en el México contemporáneo”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLV, núm. 2, p. 409 (cursivas nuestras).

²¹ C. Wright Mills, *White-Collar. Las clases medias...*, op. cit., p. 313

de un salario—independientemente de las variaciones que registren entre sí—. Entre las categorías de no asalariados se incluyen las profesiones liberales, los pequeños y medianos comerciantes e industriales, los pequeños propietarios y los artesanos. Por lo tanto, en el interior de las clases medias existen, una diversidad de situaciones en términos de ingresos, de calificación profesional y de *status* social [...].

La segunda condición que destaca [...] es su localización en el medio urbano. Ciertamente la estructura social del campo también incluye sectores intermedios, pero, y sobre todo en el caso de un país como México, la oposición campo-ciudad se impone sobre cualquier otro criterio de diferenciación”.

Por último, la tercera dimensión es la educación, es decir, el nivel de escolaridad, que —como vimos— es la condición más importante en la delimitación de las clases medias. “La variable educativa tiene la virtud de que conjuga criterios objetivos y subjetivos de la determinación de clase. En México el capital de instrucción constituye una variable central en la explicación de las variaciones en los niveles de ingreso personal, en virtud de que entre la escolaridad e ingreso ha existido, al menos hasta ahora, una relación positiva directa”.²²

Como podemos observar los tres criterios utilizados para definir a las clases medias están referidos más a las características de ciertos grupos sociales que a explicar la forma en como esas características determinan a una clase social. Conviene hacer algunos señalamientos analíticos. Como han señalado algunos autores, por ejemplo, Harry Braverman y Erik Olin Wright, difícilmente se podría afirmar hoy que los trabajadores del comercio o al servicio del Estado, no desarrollan un trabajo *manual*. Si ello es así, esto los excluiría de la pertenencia a las clases medias que

²² Soledad Loeza, “Las clases medias mexicanas y la coyuntura económica actual”, en *México ante la crisis*, t. 2, pp. 222-223, 225.

Otro artículo en donde la autora desarrolla una reflexión global sobre la participación política de la clase media en México es: “Clases medias. Aire y desaire de familia”, en *El desafío mexicano*, pp. 263-272.

propone Loeza. En segundo lugar, la variable *medio urbano* es muy amplia y aplicable a otras clases sociales —como la burguesía o la clase obrera—. Por último, la variable *educación*, con ser importante, para la teoría crítica constituye un elemento *secundario* en la determinación de las clases sociales, aun cuando se le ligue al indicador de ingreso. El espectro que abre la utilización del conjunto de condicionantes es tan variado que implica volver al tipo de definiciones ampliadas del que echan mano las interpretaciones “sociológicas”. De nuevo, la clase media es vista como “clase saco”, en la cual caben todos aquellos grupos que se localizan entre la burguesía y la clase obrera, incluyendo a la pequeña burguesía tradicional.

Otro orden problemático se genera cuando intentamos conocer las características y el accionar de grupos sociales particulares y que son adscritos a las “clases medias”. De ninguna manera estoy sugiriendo análisis de tipo empirista, es decir, que privilegien la descripción y la enumeración de características sobre la explicación. No, me refiero a la necesidad de elaborar estudios particulares, más aún regionales, sobre las clases sociales. Con definiciones tan genéricas como la de “clases medias” este tipo de trabajos resultan imposibles. Únicamente en un plano general, y aquí sí descriptivo en el sentido de que no explica el accionar de las clases en el terreno mismo de sus movilizaciones, es posible emplear, con todas las reservas, tales nociones. Los grupos sociales adscritos a clases medias son tan heterogéneos y presentan problemáticas tan divergentes que no resultan válidas las propuestas homogeneizadoras. ¿Cómo afirmar, como lo hace Careaga, por ejemplo, que la clase media es colonizable por naturaleza, cuando en su interior “conviven” desde el Presidente de la República hasta el barrendero? De ninguna manera la problemática social y reivindicativa de la burocracia, siguiendo los ejemplos, se iguala a la de los trabajadores del comercio. Cada uno de estos grupos demanda estudios particulares.

El gran problema de la utilización de nociones como el de “clase media” es que se corre el riesgo de homogeneizar lo heterogéneo

y en ese intento se pueden perder las determinaciones particulares. Para explicar los fenómenos coyunturales de poco nos sirve echar mano de nociones tan generalizadoras. Más aún, para conocer la determinación del accionar de grupos sociales de clases medias ante fenómenos concretos o los impactos —políticos, ideológicos y culturales— de éstos en dichos grupos, la vía más útil parece ser el desarrollo de programas de investigación que vayan más allá de la sola utilización de nociones descriptivas.²³

Erik Olin Wright llama la atención sobre las alternativas metodológicas para el estudio de las clases sociales. Me parece que su propuesta es atractiva pues la teoría crítica no puede contentarse, para el tratamiento de los problemas actuales, con permanecer en niveles tan generales, que conllevan el gran riesgo de confundir y/o simplificar la realidad, cuando no de negarla. “Hay una [...] alternativa: el intento de desarrollar programas de investigación empírica firmemente enraizados no sólo en las categorías, sino también en la lógica de la teoría marxista. Una aproximación tal rechazaría la premisa positivista según la cual una construcción teórica es simplemente un proceso de generalización empírica de regularidades legaliformes, pero insistiendo asimismo en que la teoría marxista ha de generar proposiciones sobre el mundo real que puedan ser estudiados empíricamente”.²⁴

5.3 Consideraciones finales

En este apartado me intereso por presentar, de manera sucinta, algunas consideraciones que se desprenden de la investigación. Dada la complejidad del estudio desarrollado, resulta prácticamente

²³ Sin duda, el magnífico libro de Soledad Loeza, *Clases medias y política en México*, publicado con posterioridad a la redacción de este trabajo, supera muchas de las insuficiencias y limitaciones advertidas por la utilización de la noción de “clases medias”.

²⁴ Erik Olin Wright, *Clase, crisis y Estado*, p. 2.

imposible separar del cuerpo temático los resultados del análisis. Con todo, este último capítulo contiene las conclusiones centrales del trabajo. Por tanto, resta tan solo exponer algunas consideraciones orientadas, de manera fundamental, a concretar propuestas para futuras investigaciones sobre el tema, así como ciertas reflexiones de carácter teórico-metodológico.

En primer lugar, dadas las inconsistencias teóricas, propongo desechar la noción de clase (s) media (s); al mismo tiempo considero inapropiado el concepto de “nueva pequeña burguesía” por tratarse de la importación directa de la noción de “nueva clase media” al campo marxista. Sin embargo, la categoría de pequeña burguesía tradicional resulta válida en tanto que está referida a grupos sociales concretos, y en cuanto reúne las características de una clase social.

Me parece más fructífero y rico en posibilidades analíticas el estudio de grupos sociales particulares, a la vez que resuelve el problema de la generalización arbitraria, en la cual se les atribuyen características inexistentes a diferentes sectores sociales. En la medida en que la definición de las clases sociales hace referencia fundamental a cuestiones socio-políticas de primer orden, como serían las de sus proyectos políticos, política de alianzas, influencia ideológica y cultural, entre otras, la necesidad de su comprensión rebasa los criterios académicos.

Lo anterior también se relaciona con el hecho de que en la zona media de la sociedad convergen grupos e individuos de diferentes clases y extracciones sociales, principalmente debido a la semejanza en sus niveles de vida. Sin embargo, esto no se traduce de manera mecánica en identificaciones político-ideológicas o culturales de clase, pues su composición remite a orígenes clasistas diferenciados. La heterogeneidad económica, política y cultural de los sectores medios descarta la posibilidad de su categorización como clase social. En la zona media y, en virtud de coyunturas determinadas, ciertos grupos de procedencia social diferenciada llegan a asumir posiciones políticas e ideológicas análogas, pero esto no es condición suficiente como para aludir a

una clase única: la clase media. Pero tampoco en este ámbito, es decir, en el de las afinidades expresivas, puede resolverse el problema con la referencia a la tercera clase: la clase de los que “están en medio”. Si bien con una salida semejante nos ahorramos reflexiones, simplificamos y reducimos los problemas, pero no los resolvemos.

Lo que llama la atención es la coincidencia que se establece entre estratificadores y marxistas en cuanto a la división de la sociedad en clases: en uno y otro campo se afirma la existencia de tres clases sociales: por un lado: clase alta, clase media y clase baja; por el otro: burguesía, pequeña burguesía (tradicional y nueva) y clase obrera. Una forma de enriquecer las interpretaciones sobre las clases, desde mi punto de vista, será el de investigar grupos particulares, para estar en posibilidades de conceptualizar las adscripciones clasistas. Lo que quiero decir con esto último es que existe la necesidad —desde el campo de la teoría crítica— de establecer *mediaciones* entre el cuerpo teórico para el análisis de clases sociales y el trabajo empírico sobre las mismas. Relegar la interpretación empírica en aras de “la teoría” —a la manera del marxismo convencional—; o privilegiar el dato sobre la conceptualización —a la manera de los estudiosos de la estratificación social— lleva a una simplificación de la realidad social. Sin embargo, para la teoría crítica marxista las *mediaciones* hacen referencia al señalamiento epistemológico de que la simple agregación de datos cuantitativos no conduce al entendimiento de los fenómenos sociales, es decir, existe la necesidad primaria de acercarse a los objetos de estudio con aquellos elementos teóricos que nos posibiliten el desarrollo del trabajo empírico y no a la inversa —tal como lo entiende el positivismo— de elaborar definiciones a posteriori, una vez de que se cuenta con el “trabajo de campo”.

En el caso de las investigaciones sobre las clases medias que se llevan a cabo en nuestro país, aun cuando han reducido sus pretensiones generalizadoras y delimitado su alcance espacial, preferentemente circunscribiéndose al análisis regional, las orientaciones epistemológicas dominantes se instalan dentro del

campo de las teorías de la estratificación social. Tal vez ello obedezca al hecho de que desde el marxismo resulta imposible homogeneizar a grupos sociales tan heterogéneos a partir de la noción de clase media. Esto no significa descartar la trascendencia de investigaciones sobre alguno o algunos grupos particulares de los sectores medios de la población, pero precisamente tendrán que ser analizados a partir de sus características y determinaciones de clase específicas y, en esa medida, se tendrán los elementos primarios para establecer análisis comparativos con otros grupos de la llamada zona media o con respecto a las clases fundamentales de la sociedad moderna.

Bibliografía

Aguilar Camín, Héctor, "El canto del futuro" en *Nexos*, núm. 100, abril de 1986, pp. 15-29.

Alba, Víctor, "La nueva clase media Latinoamericana" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXII, núm. 3, septiembre-diciembre 1960, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 781-789.

Allardt, Erick, "Teorías sobre estratificación social", en John A. Jackson y Shils M. Abrams (comps.), *Estratificación Social*. José Álvarez (trad.), Barcelona, Ediciones 62, 1971.

Althusser, Louis y Etienne Balibar, *Para leer El capital*, Martha Harnecker (trad.), México, Siglo XXI, 14a. ed., 1977.

Altvater, E. y Freerkhuisen, "Sobre el trabajo productivo e improductivo" en *Revista Críticas de la Economía Política* (Edición Latinoamericana), núm. 8, julio-septiembre de 1978, El Caballito, pp. 3-42.

_____, "Sobre el trabajo productivo e improductivo" en *Revista Crítica de la Economía Política*, núm. 3, Edmundo Espina (trad.). Barcelona, Fontamara, 1977, pp. 41-92.

Azar, Héctor, *La clase medium*, México, UAM-Azcapotzalco, 1985 (Colección Tercera Llamada).

Bagú, Sergio, *Marx-Engels, diez conceptos fundamentales en proyección histórica*, México, Nuestro Tiempo, 4a. ed., 1980.

Baranger, Denis, "Clases medias y pequeñas burguesías", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLII, núm. 4, octubre-diciembre 1980, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 1591-1629.

_____, *El trabajo productivo y la nueva pequeña burguesía*, Tesis de Maestría, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1980.

Bartra, Armando, "Sobre las clases sociales en el campo mexicano" en *Cuadernos Agrarios*, núm. 1, enero-marzo 1976, pp. 7-28.

Bartra, Roger, *Breve diccionario de sociología marxista*, México, Grijalbo, 12 ed., 1983 (Colección 70, 127).

_____, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, ERA, 3a. ed., 1978 (Serie Popular, 28).

Bidet, J., "Nota crítica sobre el análisis de las clases sociales propuesto por N. Poulantzas", en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, año 3, núm. 6, enero-junio 1982, UAM-Iztapalapa.

Bidou, Catherine, *Les aventuriers du quotidien, essai sur les nouvelles classes moyennes*, París, Presses Universitaires de France, 1984.

Blejer, Juan, *Clase y estratificación*, México, Edicol, 1977 (Sociológica Conceptos, 7).

Bobbio, Norberto y Nicola Matteucci, *Diccionario de política a-j*, Raúl Crisafio, Alfonso García, Mariano Martín, Jorge Tula (trads.), México, Siglo XXI, 1981.

Braverman, Harry, *Trabajo y capital monopolista*, trad. Gerardo Dávila, México, Nuestro Tiempo, 2a. ed., 1978.

Bronfman, Mario y Rodolfo Tuirán, "La desigualdad social ante la muerte: clases sociales y mortalidad en la niñez" en *Memorias*

del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo, vol. I, México, UNAM-Colmex-Pispal, 1984.

Cañibe, Juan Manuel, "El prestigio ocupacional en México como variable en la posición de clase social", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS UNAM, pp. 81-91.

Careaga, Gabriel, *Biografía de un joven de la clase media*, México, Joaquín Mortiz, 2 ed., 1978.

_____, *La ciudad enmascarada*, México, Plaza Janes, 1985.

_____, *Los intelectuales y la política en México*, México, Extemporáneos, 2a., ed., 1974.

_____, *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México, Joaquín Mortiz, 8a. ed., 1980.

_____, "Un retrato colectivo de la clase media" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS UNAM, pp. 93-97.

Carmona, Fernando, "Cambios en la estructura de clases" en *Estrategia*, núm. 36, noviembre-diciembre 1980, pp. 32-39.

_____, "México: capitalismo monopolista de Estado y estructura del proletariado" en *Estrategia*, núm. 5, septiembre-octubre 1975, pp. 52-65.

_____, "Monopolización y estructura de clases" en *Estrategia*, núm. 4, julio-agosto 1975, pp. 27-38.

_____, "Propósito y despropósito de la 'clase media' mexicana" en *Estrategia*, núm. 7, enero-febrero 1976, pp. 43-50.

_____, "Reflexiones sobre el desarrollo y formación de las clases sociales en México" en *Cuadernos Americanos*, núm. 1, septiembre-octubre 1967, Ed. Cultura, pp. 89-119.

Castells, Manuel, "Comentario: la teoría marxista de las clases sociales y la lucha de clases en América Latina" en *Las clases sociales en América Latina*, México, coed. Instituto de Investigaciones Sociales UNAM-Siglo XXI, 6a. ed., 1979.

Catanzaro, Raimondo y Daniela Timpanaro, "Las capas medias en Italia" en *Revista Internacional de Sociología*, núm. 26, Barcelona, 1984.

Cebreros Murillo, Alfonso, "Clases medias y desigualdad social ante la crisis" en *Espacio Político*, Revista del CEPES, núm. 2, marzo-abril 1985, pp. 17-20.

Cerese, F. P. y F. Mignella Calvosa, *La nueva pequeña burguesía*, Silvia Tabachnik (trad.), México, Nueva Imagen, 1980.

Cockroft, James D., "Pauperización, no marginalización" en *Coyoacán*, Revista marxista latinoamericana, núm. 15, enero-marzo 1983, pp. 25-64.

Córdova, Arnaldo, "México. Revolución burguesa y política de masas" en *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, UNAM-Nueva Imagen, 1979.

_____, *Sociedad y Estado en el mundo moderno*, México, Grijalbo, 2a. ed., 1976, (Teoría y Praxis, 20).

Cueva Agustín, "La concepción marxista de las clases sociales" en *Teoría marxista de las clases sociales*, México, UAM-Iztapalapa, 1983, (Cuadernos Teoría y Sociedad, 2).

Dabrowsky, Andrea y Luis Jorge Nieklaus, "Clase media, el sabor de la amargura" en *Razones*, núm. 74, 1-14, noviembre 1982, pp. 44-47.

Dallal, Alberto, "Clase media y cultura de la participación" en *Revista Mexicana de Ciencia Política* núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS, UNAM, pp. 107-118.

Darendorf, Ralph, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, Rialp, 1962.

Davis, Kingsley y Wilbert E. Moore, "Algunos principios de la teoría de la estratificación" en Juan Blejer, *Clase y estratificación*, México, Edicol, 1977 (Sociológica Conceptos, 7).

Del Campo, Salustiano, "Las clases medias y la movilidad social en la sociedad industrial" en *Actas del Congreso Internacional del Instituto de Clases Medias*, t. II, Madrid, 1960.

De la Garza Toledo, Enrique M., *El método del concreto-abstracto-concreto, ensayos de metodología marxista*, México, UAM-Iztapalapa, 1983, (Cuadernos Teoría y Sociedad, 3).

De Giovanni, Biagio, *La teoría política de las clases en El capital*, José Arico y Jorge Tula (trad.), México, Siglo XXI, 1984, (Biblioteca del Pensamiento Socialista).

De la Peña, Sergio, "Las clases sociales en México. Conceptos y método" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núms. 93-94, julio-diciembre 1978, FCPyS, UNAM, pp. 7-25.

_____, *Trabajadores y sociedad en el siglo XX*, México, UNAM-Siglo XXI, 1984, (La Clase Obrera en la Historia de México, 4).

Delhumeau Arrecillas, Antonio y Francisco González Pineda, "Las clases medias: prototipos nacionales" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS, UNAM, pp. 81-91.

De Mendizábal, Miguel Othón, et al., *Las clases sociales en México*, México, Nuestro Tiempo, 10a. ed., 1980, (Los Grandes Problemas Nacionales).

Di Tella, Torcuato S., *Clases sociales y estructuras políticas*, Argentina, Paidós, 2a. ed., 1974 (Biblioteca América Latina, 19).

Dos Santos, Theotonio, *Concepto de clases sociales*, México, Ediciones Quinto Sol, s/f.

Dri, Rubén R., *Los modos del saber y su periodización*, México, El Caballito, 1983.

_____, "Tipo ideal y concreto del pensamiento" en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, año 2, núm. 5, julio-diciembre 1981, UAM-Iztapalapa, pp. 228-247.

Engels, Friedrich, *Del socialismo utópico al socialismo científico* en Obras Escogidas en un tomo, Moscú, Progreso.

Enzensberger, Hans Magnus, "El inevitable ascenso de la pequeña burguesía" trad. y prólogo de José María Pérez Gay en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 1222, noviembre 24 de 1976.

Fernández, Florestán, et al., *Las clases sociales en América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Sociales UNAM-Siglo XXI, 6a. ed. 1979.

Fernández Sánchez Puerta, Francisco, *Las clases medias económicas*, Instituto Balmes, Madrid, Diana, 1951.

Fernández Santillán, José F., "El monstruo del duque Hobbes" en *Nexos*, núm. 82, octubre de 1984, pp. 53-55.

Fraga Iribarne, Manuel, "Las clases medias ante los problemas de hoy" en *Actas del Congreso Internacional de Instituto de Clases Medias*, t. II, Madrid, 1960.

Gandy, Ross, *Introducción a la sociología histórica marxista*, Isabel Fraire (trad.), México, Era, 1978, (Serie Popular, 58).

García, Antonio, "Reflexiones sobre los cambios políticos en América Latina. Las clases medias y el sistema de poder" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXX, núm. 3, julio-septiembre 1968, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 593-602.

García Ponce, Guillermo, *Política y clase media*, Caracas, Ed. Domingo Fuentes, 2a. ed., 1969.

Gilly, Adolfo, "Multitud alfonsinista" en *Unomásuno*, México, 27 de octubre de 1983.

_____, *Sacerdotes y burócratas*, México, Era, 1980 (Serie popular, 77).

Glucksmann, André, *Hacia la subversión del trabajo intelectual*, Oscar Barahona y Uxoá Doyhamboure (trads.), México, Era, 1976, (Serie Popular, 40).

Glezerman, G. y S. Smenov, *Clases y lucha de clases*, José Lain (trad.), México, Grijalbo, 1968.

Gomezjara, Francisco, "La estratificación rural en México" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, mayo-junio 1970, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 691-706.

Gómez Robleda, José, "Condiciones económicas de la familia mexicana de la clase media, después de la revolución" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXI, núm. 1, enero-abril 1959, Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, pp. 128-134.

González Cosío, Arturo, *Clases medias y movilidad social en México*, México, Extemporáneos, 1976, (Extemporaneos/Ensayo).

_____, "Fundamentos para un estudio acerca de la movilidad social en México" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS, UNAM, pp. 5-25.

_____, *México: cuatro ensayos de sociología política*, México, FCPyS, UNAM, 1972, (Serie Estudios, 28).

González Rojo, Enrique, *La revolución proletario-intelectual*, México, Diógenes, 1981.

González Rothvoss, Mariano, "Proletarización y clases medias" en *Actas del Congreso Internacional del Instituto de Clases Medias, t. II*, Madrid, 1960.

Graciarena, Jorge, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Argentina, Paidós, 1976.

Gurvitch, Georges, *El concepto de clases sociales de Marx a nuestros días*, Horacio Crespo (trad.), Argentina, Nueva Visión, 1973.

Gutiérrez, Esthela, "La determinación económica de las clases sociales en el capitalismo" en *Teoría marxista de las clases*

sociales, México, UAM-Iztapalapa, 1983 (Cuadernos Teoría y Sociedad, 2).

Halbwachs, Maurice, "Las características de las clases medias" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 1, núm. 3, julio-agosto 1939, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 95-104.

_____, *Las clases sociales*, trad. Max Aub, México, FCE, 4a. reimp., 1976 (Breviarios).

Harnecker, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 35a. ed., 1976.

Hegel, J.G.F., *Filosofía del derecho*, México, UNAM, 1975, (Nuestros Clásicos).

Hernández Michel, Susana, "Algunas características de la mujer mexicana de clase media" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS, UNAM, pp. 99-105.

Hoyo A., José Félix, *Crítica de la sociología burguesa*, México, Ediciones de Sociología Rural, UACH, s/f.

Ianni, Octavio, *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*, Ana María Palos (trad.), México, Era, 1977 (Serie Popular, 51).

Ilich Rubin, Isaak, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Néstor Miguez, Argentina (trad.), Ediciones Pasado y Presente, 53, 1974.

Koga, Eisaburo, *et al.*, "Capitalismo y clases sociales" en *Revista Crítica de la Economía Política*, núm. 3, Edmundo Espina (trad.), Barcelona, Fontamara, 1977.

Labastida, Horacio, "La clase media como alternativa de la vía socialista (algunas contribuciones al estudio del problema)" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS, UNAM, pp. 59-67.

Labini, Sylos, *Ensayo sobre las clases sociales*, Josep Rovira (trad.), Barcelona, Península, 1981.

"La clase media mexicana: del éxtasis a la agonía (Informe Especial)" en *Revista Expansión*, año XVIII, vol. XVIII, núm. 455, diciembre 10 de 1986, pp. 97-100.

Lagrange, Hugues, "Técnicos y tecnócratas" en *Revista Crítica de la Economía Política*, núm. 3, Edmundo Espina(trad.), Barcelona, Fontamara, 1977, pp. 199-215.

Laroque, Pierre, *Les classes sociales*, Francia, Presses Universitaires de France, 1959.

Laurin-Frenette, Nicole, *Las teorías funcionalistas de las clases sociales, sociología e ideología burguesas*, Taller de Sociología(trad.), México, Siglo XXI, 1976.

Leal, Juan Felipe "Las clases sociales en México: 1880-1910" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS, UNAM, pp. 45-57.

Leal Pacheco, Soledad, *et al., Funcionalismo*, DEP, FCPyS, UNAM, 1982 (mimeo).

Lenin, "Acerca del Estado" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 2.

_____, "Acerca del infantilismo 'izquierdista' y del espíritu pequeño burgués" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 2.

_____, "El Estado y la revolución" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 2.

_____, "La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 3.

_____, "La revolución proletaria y el renegado Kaustky" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 3.

_____, "Las enseñanzas de la revolución" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 2.

_____, "Las tareas del proletariado en nuestra revolución" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 2.

_____, "Marxismo y revisionismo" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 1.

_____, "Una gran iniciativa" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 3.

_____, "Uno de los problemas fundamentales de la revolución" en *Obras Escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, t. 2.

Lewis, John, *La sociología de Max Weber*, Beatriz Talamantes(trad.), México, Nuestro tiempo, 2a. ed., 1981.

Loeza, Soledad, "Clases medias. Aire y desaire de familia" en *El desafío mexicano*, México, Océano-Nexos, 1982.

_____, *Clases medias y política en México. La querrela escolar 1959-1963*, México, El Colegio de México, 1988.

_____, "El estudio de las clases medias mexicanas después de 1940" en *Estudios Políticos*, vol. 3, núm. 2, abril-junio 1984, FCPyS, UNAM, Nueva Epoca.

_____, "El papel político de las clases medias en el México contemporáneo" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLV, núm. 2, abril-junio 1983, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 407-439.

_____, "Las clases medias mexicanas y la coyuntura económica actual" en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (coords.), *México ante la crisis*, México, Siglo XXI, 1985, t. 2.

_____, "Para desconocer a la clase media" en *Nexos*, núm. 3, marzo de 1978, pp. 9-10.

López Cámara, Francisco, *El desafío de la clase media*, México, Joaquín Mortiz, 3a. ed., 1973.

Lowy, Michael, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. (La evolución política de Lukács 1909-1929)*, María Dolores Peña (trad.), México, Siglo XXI, 1978 (Biblioteca del Pensamiento Socialista).

Lukács, Georg, *Historia y consciencia de clase*, Manuel Sacristán (trad.), México, Grijalbo, 1969.

Maignien, Yannick, *La división del trabajo manual e intelectual*, Ramón Sánchez Tabares (trad.), Barcelona, Anagrama, 1977 (Colección Elementos Críticos, 13).

Mandel, Ernest e Isaac Deutscher, *¿Qué es la burocracia?*, México, Ediciones Quinto Sol, s/f.

Marini, Ruy Mauro, *El reformismo y la contrarrevolución, estudios sobre Chile*, México, Era, 1976, (Serie Popular, 37).

Marx, Karl, "Carta a Joseph Weydemeyer" en *Obras Escogidas en un tomo*, Moscú, Progreso.

_____, *El capital, crítica de la economía política*, III tomos, 8 volúmenes, León Mames (trad.), México, Siglo XXI, 6a. ed., 1983.

_____, *El capital, crítica de la economía política*, t. I, vol. 2, Pedro Scarón (trad.), México, Siglo XXI, 4a. ed., 1977.

_____, *El capital, crítica de la economía política*, Wenceslao Roces (trad.), México, FCE, 13a. reimp. 1978.

_____, *El capital, Libro I capítulo VI (inédito)*, Pedro Scarón (trad.), México, Siglo XXI, 11a. ed., 1984.

_____, "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte" en *Obras Escogidas en un tomo*, Moscú, Progreso.

_____, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, trad. Pedro Scarón, 3 vols., México, Siglo XXI, 9a. ed., 1982.

_____, *Introducción general a la crítica de la economía política 1857*, Miguel Murmis, Pedro Scarón, José Arico (trads.), México, Cuadernos Pasado y Presente, núm. 1, 13a. ed., 1979.

_____, "La guerra civil en Francia" en *Obras Escogidas en un tomo*, Moscú, Progreso.

_____, *Miseria de la filosofía*, México, Editores de Cultura Popular, 5a. reimp. 1980.

_____, *Prólogo a Contribución a la crítica de la economía política*, México, Cuadernos Pasado y Presente, núm. 1, 1979.

_____, *Teorías sobre la plusvalía, tomo IV de El capital*, Wenceslao Roces (trad.), III tomos, México, FCE, 1980.

_____, y Engels, Friedrich, *La ideología alemana*, Wenceslao Roces (trad.), México, Ediciones de Cultura Popular, 4a. reimp., 1979.

_____, y Engels, Friedrich, *La sagrada familia*, Wenceslao Roces (trad.), México, Grijalbo, 2a. ed., 1967.

_____, y Engels, Friedrich, "Manifiesto del Partido Comunista" en *Obras Escogidas en un tomo*, Moscú, Progreso.

Meisel, James, *El mito de la clase gobernante, Gaetano Mosca y la élite*, Flora Setaro (trad.), Buenos Aires, Amorrortu, 1975, (Biblioteca de Sociología).

Mendieta y Núñez, Lucio, "La clase media en México" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XVII, núms. 2 y 3, mayo-diciembre 1955, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 517-531.

Meza, Julián "Sobre las 'clases medias'" en *Cuadernos Políticos*, núm. 5, julio-septiembre 1975, Era, pp. 32-45.

Mills, Charles Wright, *Poder política, pueblo*, Julieta Campos (trad.), México, FCE, 1973.

_____, *The Marxists*, London, Penguin Books, 1963.

_____, *White-Collar. Las clases medias en Norteamérica*, José Bugada Sanchiz (trad.), Madrid, Aguilar, 3a. ed., 1973.

Moctezuma, Andrés, "La categoría trabajo productivo. Interpretación de la formulación (explícita e implícita) de Marx" en *Ensayos*, vol. II, núm. 7, 1985, DEP, Facultad de Economía, UNAM, pp. 35-41.

Monsiváis, Carlos, "Aquí y ahora" en *Nexos*, núm. 106, octubre de 1986, pp. 11-16.

_____, "Los signos de *status* serán cada vez más costosos" en *Revista Expansión*, año XVIII, vol. XVIII, núm. 455, diciembre 10 de 1986, pp. 103-104.

Nelson, Catherine, "¿Clase o *status* social? De Max Weber a Talcott Parsons" en Catherine Nelson (coord.), *Max Weber: elementos de sociología*, México, UAP/UAM-Azcapotzalco, 1985.

Nicolaus, Martin, *El Marx desconocido. Proletariado y clase media en Marx: coreografía hegeliana y la dialéctica capitalista*, Fernando Santos Fontela (trad.), Barcelona, Anagrama (Cuadernos Anagrama, 31).

Olmedo, Raúl, "Las clases medias I-XL" en *Excelsior*, México, diciembre de 1984-febrero de 1985.

Ongay, Mario, "La familia de las clases medias en México" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 98-99, octubre-diciembre 1979, enero-marzo 1980, FCPyS, UNAM, pp. 5-81.

Ossowski, Stanislaw, *Estructura de clases y conciencia social*, M. Bustamante Ortiz (trad.), Buenos Aires, Diez, 2a. ed., 1972.

Panzieri, Raniero, et al., *La división capitalista del trabajo*, José Arico, et al. (trads.), México, Cuadernos Pasado y Presente, núm. 32, 3a. ed., 1977.

París, Carlos, *La lucha de clases*, México, Grijalbo, 1979, (Textos Vivos, 5).

Perdomo, Rufino, "Las capas medias también luchan" en *Estrategia*, núm. 36, noviembre-diciembre 1980, pp. 64-70.

Pogolotti, Marcelo, (comp.), *La clase media en México*, México, Diógenes, 1972, (Serie Antologías Temáticas 10).

Poulantzas, Nicos, "El problema del Estado capitalista" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 65, julio-septiembre 1971, FCPyS, UNAM, pp. 150-158.

_____, "La nueva pequeña burguesía", Remigio Jasso (trad.), en *Clases y estructura de clases*, México, Nuestro Tiempo, 1981.

_____, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Aurelio Garzón del Camino (trad.), México, Siglo XXI, 1976.

_____, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Florentino M. Torner (trad.), México, Siglo XXI, 18a. ed., 1979.

Pozas, Ricardo e Isabel H. de Pozas, *Los indios en las clases sociales en México*, México, Siglo XXI, 6a. ed., 1977.

Rangel Contla, José Calixto, "Acerca de las clases sociales" en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 53, julio-septiembre 1968, FCPyS, UNAM, pp. 443-473.

_____, "La 'clase media' en 1980" en *El Perfil de México en 1980*, vol. III, México, Siglo XXI, 5a. ed.

_____, *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana. 1895 a 1960*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1972.

Reyes Heróles, Jesús, *Discursos políticos. febrero 1972-febrero 1975*, Comisión Nacional Editorial PRI, 1975, pp. 561-571.

Riding, Alan, *Vecinos distantes, un retrato de los mexicanos*, Pilar Mascoro (trad.), México, Joaquín Mortiz/ Planeta, 2a. reimp., 1985.

Rozemberg, D.I., *El capital de Carlos Marx. Comentarios al primer tomo*, Samuel Feldman (trad.), México, Ediciones de Cultura Popular, 1978.

Salama, Pierre y Jacques Valier, *Una introducción a la economía política*, Ana María Palos (trad.), México, Era, 1973.

Solari, Aldo et al., *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976.

Soler, Ricaurte, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas, de la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980 (América Nuestra, 27).

Stavenhagen, Rodolfo, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI, 9a. ed., 1976.

Tarrés Barraza, María Luisa, "Crisis y oposición política entre las clases medias mexicanas", ponencia preparada para el XI Congreso Mundial de Sociología, México, 1986 (mimeo).

_____, "Del abstencionismo electoral a la oposición política. Las clases medias en Ciudad Satélite" en *Estudios Sociológicos*, vol.

4, núm. 12, septiembre-diciembre 1986, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, pp. 360-389.

Thompson, E. P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Eva Rodríguez (trad.), Barcelona, Ed. Crítica, 2a. ed., 1984.

Torrado, Susana, "Clases sociales, familia y comportamiento demográfico: orientaciones metodológicas" en *Demografía y Economía*, núm. 36, vol. XII, núm 31, 1978, pp. 343-376.

Touraine, Alain, *La sociedad postindustrial*, Juan Ramón Capella y Francisco J. Fernández Buey (trads.), Barcelona, Ariel, 3a. ed., 1973 (Ariel Quincenal, 23).

_____, *Le retour de l'acteur*, París, Fayard, 1984.

Vellinga, Menno, *Industrialización, burguesía y clase obrera en México*, José Sernaudi (trad.), México, Siglo XXI, 2a. ed., 1981.

Vilas, Carlos M., "El populismo como estrategia de acumulación: América Latina", México, 1984, (mimeo).

Vincent J. M., *et al.*, "Marxismo y clases sociales" en *Crítica de la Economía Política*, núm. 4, Barcelona, Fontamara, 1977.

Weber, Max, *Economía y Sociedad, esbozo de sociología comprensiva*, José Medina Echavarría *et al.* (trads.), México, FCE, 5a. reimp., 1981.

Wright, Erik Olin, *Clase, crisis y Estado*, Alberto Jiménez (trad.), Madrid, Siglo XXI de España, 1983.

_____, "Intellectuals and the class structure of capitalist society" en *Between labor and capital. The professional-managerial*

class, Boston, Pat Walker (editor), South and Press Political Controversies Series, núm. 1, 1979.

_____, "Los intelectuales y la clase obrera" en revista *En Teoría*, núm. 2, julio-septiembre 1979, Madrid, pp. 51-91.

Zermeño, Sergio, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XXI, 4a. ed., 1984.

Índice

Introducción	9
Capítulo I	
Dos enfoques interpretativos de las clases sociales	13
1.1 Teorías de la estratificación social	16
1.1.1 Las relaciones individuo-sociedad	20
1.1.2 Estratificación social	24
1.1.3 La noción de clase social	25
1.1.4 Movilidad social	27
1.1.5 Recapitulación	29
1.2 Teoría marxista de las clases sociales	32
1.2.1 La aparente contradicción	32
1.2.2 Acerca del método	32
1.2.3 Las relaciones individuo-sociedad	37
1.2.4 Los aportes de Marx al análisis clasista	41
1.2.5 Los modelos dicotómico y multidimensional en el análisis de las clases sociales	43
1.2.6 La definición de clase social	45

Capítulo II	
El marxismo y la pequeña burguesía tradicional	51
2.1 La pequeña burguesía en Marx y Engels	54
2.1.1 Pequeña burguesía y desarrollo capitalista	61
2.1.2 Sobre algunos problemas en la adscripción de la pequeña burguesía	64
2.1.3 Indicadores de clase	65
2.1.4 Definición de pequeña burguesía tradicional	67
2.2 La pequeña burguesía en la visión de Lenin	68
2.2.1 Las semejanzas con Marx	68
2.2.2 El papel político-ideológico de la pequeña burguesía	71
2.3 Clase en sí y clase para sí: la pequeña burguesía tradicional	74
Capítulo III	
Las clases medias en la perspectiva de C. Wright Mills	81
3.1 Las antiguas clases medias	84
3.1.1 Indicadores de adscripción	85
3.1.2 Los que hacen parte	87
3.1.3 La inevitable desaparición de la antigua clase media	90

3.2 <i>White-collars</i> . La nueva clase media	92
3.2.1 Indicadores de adscripción	92
3.2.2 Los que hacen parte	95
3.2.3 Crecimiento y proletarización de los <i>white-collars</i>	99
3.2.4 Las clases medias	103
Capítulo IV	
Las interpretaciones de Nicos Poulantzas	105
4.1 Las clases sociales	108
4.2 La pequeña burguesía tradicional	114
4.3 La nueva pequeña burguesía	119
4.3.1 La determinación estructural. Indicadores de adscripción	120
4.3.2 Las fracciones de la nueva pequeña burguesía	130
4.4 La pequeña burguesía	131
Capítulo V	
Los estudios sobre la clase media en México. A manera de conclusión	135
5.1 Las explicaciones sociológicas	140
5.2 Las explicaciones críticas	146
5.3 Consideraciones finales	155
Bibliografía	159

Clases medias y pequeñas burguesías, editado por la Universidad Autónoma de Sinaloa, se terminó de imprimir en mayo de 1997, en los talleres de la Imprenta Universitaria, Ignacio Allende, esquina con Josefa Ortiz de Domínguez, Colonia Gabriel Leyva, Culiacán Rosales, Sinaloa, México.

Tiraje: 1 000 ejemplares.

El presente trabajo es producto de una permanente reflexión sobre el tema de las clases medias. No ha sido fácil sistematizar el contenido de las diferentes propuestas interpretativas vertidas sobre el tema, en gran medida debido a la cantidad de criterios definitorios utilizados por los autores. La noción de clase media ha brindado cobertura para hacer referencia a todos los grupos y sectores sociales que no llenan exhaustivamente los requisitos de pertenencia a las clases fundamentales de la sociedad moderna. Pero también la noción ha servido para economizar reflexiones, para simplificar explicaciones y como recurso ideológico a la hora de minimizar nuestras tragedias. La clase media, como ninguna otra noción, ha logrado conciliar las desavenencias teóricas. Marxistas y estratificadores la utilizan, aunque difícilmente la explican. A estos últimos no les causa resquemor esgrimirla para describir la realidad, debido fundamentalmente a que son sus autores. Desde el campo marxista se le agregan comillas en señal de prudencia o de plano se le acepta con un ligero cambio de apellidos: en este ámbito se le bautiza como nueva pequeña burguesía.

Los resultados de investigación que presento pretenden ser una introducción didáctica al estudio del tema. En esa medida he tratado de mantener una exposición sencilla, lo más clara posible, con la intención de que el lector interesado la encuentre asequible. No se trata de ninguna manera de una descripción aséptica de las diferentes interpretaciones elaboradas sobre clases medias. Todo lo contrario, partiendo de los postulados de la teoría crítica sobre las clases sociales, desarrollo un inventario analítico de las que considero las principales elaboraciones útiles para el conocimiento del tema de clases medias. En esa medida, retomo tanto a estratificadores como a marxistas recurriendo a sus postulados originales, privilegiando los aportes más significativos de ambos enfoques; además hago especial referencia al estado que guarda la investigación de la clase media en México.



Dr. Víctor Alejandro Espinoza Valle. Nació en la ciudad de Tijuana, BC, el 19 de octubre de 1958. Es licenciado en Administración Pública y Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Baja California (1980), maestro en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México (1986), y doctor en Sociología Política por la Universidad Complutense de Madrid, España (1992).

Entre otros trabajos, es autor de los libros *Don Crispín. Una crónica fronteriza* y con María Eugenia de la O Martínez, coordinador de *El sindicalismo regional en los noventa* (El Colegio de la Frontera Norte, 1992 y 1996, respectivamente); *Reforma del Estado y empleo público* (INAP, 1993); y *Miradas y querencias* (Instituto de Cultura de Baja California, 1995).

Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1, y en 1993 recibió el Premio Instituto Nacional de Administración Pública 1992. Actualmente es director del Departamento de Estudios de Administración Pública de El Colegio de la Frontera Norte.

